GRIEGOS EN AMÉRICA

Alexander Kitroeff

COLECCIONES MAPFRE 1492

La diáspora del pueblo griego hunde sus raíces en la historia. No es de extrañar, por tanto, que la emigración trasatlántica comenzara desde el descubrimiento del continente, fruto, en buena medida, de la dominación otomana. Hasta el siglo XIX fue relativamente escasa y la emigración masiva se produjo de 1890 a 1920. Su destino fue generalmente los Estados Unidos, donde personas de origen griego han alcanzado puestos relevantes en la política y en la economía. En la actualidad, los americanos de origen griego representan el 20 por ciento de la población de Grecia. La emigración en la historia griega, las condiciones sociales y políticas de Grecia desde el período otomano, el perfil social y la distribución geográfica de los emigrantes, las actitudes hacia los inmigrantes griegos en Estados Unidos y países de Hispanoamérica, las instituciones religiosas, culturales y económicas por ellos creadas son los temas que el autor aborda en este documentado trabajo sobre los griegos en América.

Alexander Kitroeff (Atenas, 1955). D. Phil History. Assistant Professor, History Department and Onassis Center for Hellenic Studies, New York University. Obras: *The Greeks in Egypt 1919-1937: Ethnicity & Class* (1989), «Transatlantic Emigration & Family Strategy: Greece» (1990), «Recent Trends in Greek Historiography» en *European History Quarterly 19* (1989).

Colección América, Crisol de pueblos

GRIEGOS EN AMÉRICA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Traducción: Isabel M. Romero
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Alexander Kitroeff
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-554-9
Depósito legal: M. 27559-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n., Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

ALEXANDER KITROEFF

GRIEGOS EN AMÉRICA

EDITORIAL
MAPFRE

GRIEGOS EN AMÉRICA

ÍNDICE

Prólogo 11

Capítulo I. La Diáspora en la historia de Grecia 15

La emigración en la historia de Grecia 15
Primera fase del periodo otomano, siglos xiv-xvii 17
Segunda fase del periodo otomano, 1700-1821 19
La diáspora después de la independencia griega, 1821-1922 25
Efectos de los cambios en la diáspora griega 26
La diáspora griega después de 1922 34

Capítulo II. Emigración transatlántica, 1492-1890 41

Posible origen griego de Colón 41
Emigración transatlántica, 1492-1830 43
El siglo xix (1830-1890) 50
Resumen 60

Capítulo III. Emigración masiva a América, 1890-1930 61

Volumen de la emigración a América 62
Causas de la emigración masiva, 1890-1924 67
Perfil social del emigrante 74
Distribución geográfica de la emigración griega 78
El viaje a América 79
Resumen 82

Capítulo IV. Emigración transatlántica desde 1924 hasta nuestros días 83

Emigración y circunstancias sociales en Grecia, 1924-1945 84
Emigración transatlántica, 1924-1945 85
Emigración después de 1945 88
Griegos y política sobre inmigración en EE.UU. a partir de 1945 ... 90

Griegos y política sobre inmigración en Canadá a partir de 1945 ... 94
Emigración griega a Sudamérica desde 1945 ... 97
Resumen ... 97

Capítulo V. Distribución geográfica y actividades profesionales ... 99
Griegos en ciudades portuarias antes de 1890 ... 99
Distribución geográfica en EE.UU. desde 1890 ... 100
Zonas de asentamiento y profesiones de los griegos en EE.UU. hasta 1950 ... 105
Profesiones en EE.UU. a partir de 1950 ... 112
Distribución geográfica y actividad profesional en Canadá ... 114
Distribución geográfica y actividad profesional en Latinoamérica ... 117
Resumen ... 119

Capítulo VI. La presencia griega vista por los americanos ... 121
Estatus de los inmigrantes en EE.UU. desde finales del siglo xix hasta mediados del xx ... 122
Actitudes hacia los inmigrantes griegos, 1890-1939 ... 125
Imagen pública de los griegos a principios de siglo ... 127
Actitudes hacia los inmigrantes en EE.UU. desde los años cuarenta hasta nuestros días ... 133
Actitudes hacia los americanos de origen griego desde los años cincuenta hasta nuestros días ... 136
Los griegos y el estatus de los extranjeros en Canadá ... 136
Los griegos en Latinoamérica ... 139
Resumen ... 139

Capítulo VII. Identidad griega en América ... 141
La atracción de América ... 142
Guía de Canoutas para la vida en Norteamérica ... 143
A mitad de camino entre la identidad griega y la americana, 1900-1940 ... 146
Primera Guerra Mundial ... 149
Identidad griega y conciencia de clase ... 153
Asimilación y pluralismo cultural desde 1950 ... 156
Identidad griega y multiculturalismo canadiense ... 159
Identidad griega en los países latinoamericanos ... 160
Resumen ... 161

Capítulo VIII. Contribución griega en América ... 163
Negocios y política ... 164
Participación política ... 165
Congresistas americanos de origen griego ... 170
Los griegos y la presidencia de EE.UU. ... 173
Griegos insignes en América ... 178

Capítulo IX. Instituciones étnicas griegas 183
Organizaciones locales o *koinotitas* 183
La AHEPA y la GAPA 187
La *Topika Somatia* 193
Escuelas griegas 196
Medios de comunicación griegos 200
Resumen 206

Capítulo X. La iglesia ortodoxa griega en América 207
Primeros pasos de la Iglesia ortodoxa griega en América 208
Establecimiento de la Archidiócesis ortodoxa griega, 1918-1930 211
Arzobispado de Athenagoras, 1931-1948 215
Arzobispado de Michael, 1949-1959 217
Arzobispado de Iakovos, desde 1960 hasta hoy 219
Bautizos, matrimonios y divorcios 222
Resumen 224

Capítulo XI. Grecia y los griegos de América 227
Actitudes ante la emigración, 1880-1930 228
La «Gran Grecia» en América hasta 1922 233
Periodo de entreguerras, 1922-1940 236
Desde los años cuarenta hasta 1974 241
Desde 1974 hasta 1992 245
Resumen 246

Capítulo XII. Los griegos de América y Grecia 247
El impacto económico 247
Los griegos de América y la política exterior griega en la década de los cincuenta 249
La crisis de Chipre en la década de los sesenta 253
El *lobby* griego, 1974-1978 257
Lobbies griegos en Canadá y EE.UU. en la actualidad 264
Resumen 265

Epílogo 267

APÉNDICES

Cronología 271
Bibliografía comentada 275

Índice de tablas 285

Índice onomástico 287

Índice toponímico 291

PRÓLOGO

Los griegos han sido uno de los muchos pueblos que se han asentado en América desde la llegada de Colón hace cinco siglos. El pueblo griego había sido siempre viajero, y no perdió la oportunidad de acceder a las riquezas que aguardaban a quienes quisiesen seguir los pasos del descubridor. En la actualidad viven allí más de dos millones de personas de origen griego, una cifra que equivale al 20 por 100 de la población de Grecia.

Una de ellas es Michael Dukakis, que estuvo muy cerca de convertirse en presidente de los Estados Unidos en 1988; Paul Tsongas, también de ascendencia griega, tuvo posibilidades de convertirse en el candidato demócrata a la presidencia en las elecciones de 1992. Por su parte, el embajador de Estados Unidos en Grecia es también descendiente de griegos. El griego más rico del siglo xx, Aristóteles Onassis, empezó su carrera en Argentina. ¿Puede haber prueba mejor de la importancia que ha tenido la presencia griega en América?

El presente libro se ocupa de los cinco siglos que ha durado dicha presencia, desde el tiempo de Colón hasta nuestros días, y es el primer estudio que abarca todo el continente. Con el propósito de satisfacer tanto al especialista en la materia como a cualquier lector en general, el libro proporciona un perfil de la experiencia griega en América, a la vez que hace referencia a los debates académicos que han generado ciertos aspectos de la misma. A la información esencial se han incorporado datos hasta ahora inéditos, fruto de la investigación archivística.

Conforme a las directrices impuestas por la Fundación MAPFRE para la colección a la que pertenece este libro, he reducido las notas al

mínimo. Cuando una determinada obra se cita con frecuencia, he abreviado su título, que sin embargo aparece completo en la bibliografía comentada que se ofrece al final. Dicha bibliografía recoge los trabajos más útiles que se han publicado sobre la historia de los griegos en América. He prescindido de la molesta terminología técnica, y en ocasiones he simplificado algunas expresiones; así, por ejemplo, he usado la palabra «griegos» para referirme a personas de origen griego o he aplicado el adjetivo «americano» a conceptos o realidades estadounidenses.

En Estados Unidos reside el 90 % de las personas de origen griego de América, por lo que a ellos corresponde, en este trabajo, la parte del león. En algunos casos, la información relativa a la presencia griega en Canadá y Latinoamérica es inédita. Sobre los griegos de Latinoamérica no existe prácticamente ninguna fuente fiable, así que sólo puedo esperar que la inclusión del tema en este libro despierte el interés por explorar en su historia como es debido.

Ha sido para mí un honor ser elegido por la Fundación MAPFRE para elaborar el libro sobre griegos de su colección. Quiero agradecer tal decisión a su presidente, Ignacio Hernando de Larramendi, al Dr. José Andrés Gallego, al personal de la fundación y en particular a la traductora del libro, Isabel M. Romero.

He dedicado mucho tiempo al tema de la experiencia griega en América desde que empecé a trabajar como profesor en los Estados Unidos. Las personas con las que estoy en deuda son demasiadas como para dar aquí una lista de ellas, por lo que me limitaré a citar las instituciones que financiaron mi trabajo investigador y permitieron así que estuviese en condiciones de aceptar la generosa oferta de MAPFRE: el Comité de Política Exterior Estadounidense perteneciente al Consejo de Estudios Sociales, en 1987-89; el Banco Comercial de Grecia en 1986; la Fundación Gerald R. Ford y el Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Contemporáneos de la Universidad de Nueva York.

También quisiera dar las gracias a una serie de personas que durante la preparación del libro me ayudaron a obtener los datos que a mí me era difícil localizar: Nicolás Sánchez Albornoz, que trabajó conmigo en la Universidad de Nueva York; Joseph Anderson, del Instituto Balch de Estudios Étnicos de Filadelfia; Stephanie Isaacs, antigua asesora política del Ministerio de Inmigración y Comunidades Culturales de Quebec; Niki Kale, archivero de la Archidiócesis Ortodoxa Griega

de América del Norte y del Sur; Haralambos Korakas, antiguo embajador griego en Buenos Aires; Nicholaos Matsis, de la Embajada griega en Brasilia; el archivero George Tselos y Elías Vlanton, antiguo jefe de prensa de la Asociación Progresista Helénica Americana radicada en Washington D.C.

Alexander Kitroeff

Centro de Estudios Helénicos Onassis,
Universidad de Nueva York.

Marzo de 1992.

Capítulo I

LA DIÁSPORA EN LA HISTORIA DE GRECIA

La emigración en la historia de Grecia

La emigración y el asentamiento en el exterior constituyen un fenómeno que está presente a lo largo de toda la historia del pueblo griego, desde la antigüedad hasta nuestros días. En todas las etapas de su historia sin excepción —clásica, bizantina, otomana y contemporánea— Grecia ha presenciado movimientos de población, voluntarios o involuntarios, hacia el exterior de lo que se ha considerado tradicionalmente como su espacio geográfico: el sur de la península balcánica, el oeste de la de Anatolia (Asia Menor) y una pequeña zona al sur del Mar Negro (la región del Ponto).

El periodo antiguo contempló el establecimiento en la cuenca del Mediterráneo y en el Mar Negro de pequeñas comunidades dedicadas al comercio. Bajo el dominio otomano, que empezó, según las regiones, entre los siglos XI y XV, y terminó en el XIX, tuvieron lugar movimientos de población aún mayores, voluntarios y forzosos, a través de los Balcanes, el Mediterráneo y el Mar Negro. La aparición de la burguesía griega en el siglo XVIII dio lugar a la formación de comunidades mercantiles en la región mediterránea, en las costas del mar Negro y en lugares de Europa central, suroriental y hasta occidental, inclusive en Inglaterra.

Por último, en el periodo contemporáneo, que se inicia con la revolución de independencia en 1821, se ha producido una emigración masiva hacia Rusia, Egipto y América. En el siglo XX la emigración a América fue continua hasta la década de los veinte. La Segunda Guerra

Mundial puso fin a esta corriente migratoria; no así a la que se dirigía hacia Australia y hacia el norte y oeste de Europa.

En la actualidad hay gran cantidad de griegos instalados de forma permanente fuera de las fronteras de Grecia. Es difícil calcular la cifra exacta. Si se aplicase un criterio objetivo, como por ejemplo considerar que eran de origen griego todos aquellos que tuviesen al menos un antepasado nacido en Grecia, ya sea por línea materna o paterna, se alcanzaría una cifra inflada que superaría ampliamente la obtenida si se aplicase un criterio subjetivo, es decir, si fuesen los propios individuos los que se considerasen o no de origen griego. En cualquier caso, los cálculos censitarios no incluyen por lo general cuestiones de este tipo; sólo en algunos casos se recaba tal información: cuando el país es consciente de haberse formado por inmigración. Esto hace que sea virtualmente imposible efectuar un cálculo preciso de las proporciones alcanzadas por la diáspora griega.

Las únicas cifras «oficiales» que existen son las que ha hecho públicas el gobierno griego, y hay que tomarlas con cautela, ya que se basan en fuentes diversas (clericales, consulares), así como en suposiciones y en información aportada por las propias comunidades de emigrantes. Esta información se suele exagerar: todas las minorías étnicas tienden a inflar sus cifras porque generalmente, cuanto más altas son éstas, más importante y seguro se siente el grupo. En la mayoría de los casos, por tanto, la presencia griega en una determinada región o país sólo puede calcularse en términos generales.

Causas de la emigración griega

Las interpretaciones que se han dado del fenómeno de la emigración griega son muy variadas, desde las que resaltan más la mentalidad individual hasta aquéllas que dan más importancia a factores políticos o económicos. En cualquier caso, las causas de la emigración varían según el periodo y la zona geográfica. Es cierto que los motivos que empujaron al pueblo griego fuera de su territorio a lo largo de la historia son de índole tanto estructural como coyuntural. Las causas de tipo estructural tienen que ver con las características permanentes del espacio geográfico habitado por los griegos: el extremo meridional de los Balcanes y la costa de Asia Menor, esto es, una larga franja costera

que facilitaba la salida por mar y una zona interior montañosa, en gran parte estéril y más inhóspita. Tales condiciones favorecían más las actividades marítimas y comerciales que la agricultura.

Las causas coyunturales hacen referencia concretamente a las fuerzas que configuraron la evolución del pueblo griego en cada una de las etapas de su historia. Los historiadores dividen la era moderna griega en tres periodos bien definidos, durante los cuales la emigración ha dado lugar al establecimiento de comunidades sólidas en el exterior. Es lo que se conoce como diáspora griega. Dichos periodos son: el otomano, que abarca desde el siglo xv hasta 1821, el siglo xix y el siglo xx, periodo este último de emigración masiva.

Primera fase del periodo otomano, siglos xiv-xvii

El derrumbamiento definitivo del imperio bizantino, cuyo hecho simbólico fue la caída de Constantinopla en manos de los turcos en 1453, aceleró la emigración de muchos griegos hacia el oeste. La consolidación del Imperio Otomano en Grecia a lo largo de los dos siglos posteriores, que se completó cuando los turcos tomaron la isla de Creta en 1669, significó para el pueblo griego el principio de una etapa de decadencia cultural.

Algunos miembros de la élite comercial e intelectual habían ya emigrado a Occidente mucho antes de la caída de Constantinopla. El Concilio de Florencia (1438-1439) decretó la unión con la Iglesia oriental y favoreció la llegada a Italia de muchos intelectuales y comerciantes griegos, que se establecieron por un lado en el sur —en la zona conocida como *Magna Grecia*, habitada anteriormente por griegos— y por otro, en las ciudades-estado más importantes del norte. Muchos eruditos griegos trabajaron como profesores y traductores, y contribuyeron así a la revitalización de los estudios clásicos en dichas ciudades.

La diáspora griega no se limitó a Italia. También llegó a España (Toledo) y a Francia (París y Lyon). Pero la presencia griega en Italia, en ciudades como Ancona, Nápoles o Venecia entre otras, es su rasgo más importante desde finales del siglo xv hasta 1700. Generalmente se considera que la comunidad griega de Venecia fue la más importante de todas no sólo en esta primera fase, sino durante todo el periodo

otomano, en el transcurso del cual Venecia fue un foco de cultura y estudios griegos.

Venecia había mantenido unas relaciones estrechas con Bizancio desde el siglo IX. Al llegar el siglo XII había 20.000 venecianos viviendo en Constantinopla, cuando en Venecia había unos 64.000 habitantes. Los matrimonios entre bizantinos y venecianos eran frecuentes y el auge de Venecia como potencia marítima sirvió para incrementar los contactos entre la *Serenissima* y Bizancio. Así pues, cuando estaba a punto de producirse la caída de Bizancio, Venecia fue el destino elegido por muchos griegos. Allí el gobierno era cada vez más ilustrado y podían utilizar su propia lengua, así como participar en actividades culturales que bajo el dominio otomano eran impensables.

Hacia el año 1500, el número de griegos estaba en torno a los cinco mil; esta cifra se triplicó antes de finalizar el siglo, con lo que el contingente griego representaba un 10 % de la población total de la ciudad. Había un barrio griego, el *Campo dei Greci*, y los comerciantes griegos poseían su propio muelle en el puerto, el *Rio dei Greci*. En 1539 se construyó una iglesia ortodoxa imponente, *San Gregorio dei Greci*. Entre los siglos XV y XVII, Venecia fue para muchos griegos una segunda patria. Entre ellos hubo muchos eruditos que buscaron trabajo en las escuelas venecianas y en la universidad de Padua. Dicha universidad creó, en 1463, una cátedra de filología griega, la primera de este tipo en el mundo occidental. La primera escuela griega se fundó en Venecia en 1593.

Una actividad cultural importante en Venecia fue la puesta en funcionamiento de imprentas griegas, las primeras de la historia. El primero en crear una fue el cretense Zacharias Calliergis y el primer libro se publicó en 1499. A ésta siguieron otras de las que salieron libros eclesiásticos, literarios, de filología, etc. [1].

[1] Deno J. Geanakoplos, «The Diaspora Greeks: The Genesis of Modern Greek National Consciousness», en Nikiforos P. Diamandouros et al. (eds.), *Hellenism and the First Greek War of Liberation (1821-1830)*. Tesalónica: Instituto de Estudios Balcánicos, 1976, pp. 59-77.

Los griegos en los principados del Danubio

Moldavia y Valaquia se someten al Imperio Otomano en 1417 y 1512 respectivamente. Los otomanos consideraban vasallos suyos a todos los estados cuyos gobernantes aceptaran pagar tributos. Tal es el caso de estos dos estados, que gozaban de cierta autonomía respecto de los turcos y que estuvieron gobernados por su propios príncipes hasta que a comienzos del siglo XVIII tomaron el poder los *fanariotas*, élite griega de Constantinopla.

Por su grado de autonomía y por pervivir aún allí la cultura bizantina, los principados danubianos se convirtieron en un lugar especialmente atractivo para griegos pertenecientes al mundo de la cultura y al del comercio. El historiador rumano Nicolae Iorga ha descrito el siglo XVII como un periodo de «Renacimiento griego» en estos principados. Un ejemplo de ello es la creación de la Academia Griega de Bucarest, en Valaquia.

Segunda fase del p[illegible] otomano, 1700-1821

Este periodo coin[illegible]on dos procesos fundamentales que cambiaron la fisonomía de la diáspora griega. El primero fue la reactivación del comercio entre el Imperio Otomano y Occidente, que tendió dos redes entre las comunidades de la diáspora griega: una que iba desde el Mar Negro hasta el Mediterráneo occidental y otra que partía de los Balcanes hacia el centro y hacia el oeste de Europa.

El segundo fue la Ilustración en Europa, que tuvo un profundo impacto en una serie de estudiosos griegos emigrados cuyos trabajos sentaron las bases de lo que se conoce como la Ilustración griega. Lo mejor es examinar por separado cada uno de estos tres grupos, aunque coincidan parcialmente.

La diáspora mercantil

El desarrollo de la marina griega y la aparición de una burguesía mercantil griega dentro del Imperio Otomano tuvieron como resultado la formación de comunidades de comerciantes emigrados en los prin-

cipales centros de comercio del sur de Europa. La integración del Imperio Otomano en la economía mundial no hizo sino reafirmar el papel de los mercaderes griegos, que hacían de intermediarios entre Oriente y Occidente.

Los comerciantes griegos se esparcieron por todo el imperio y traspasaron incluso sus fronteras siguiendo los dos tipos de rutas comerciales existentes, las marítimas hacia Europa occidental y las terrestres hacia Europa central. A comienzos del siglo XVIII había comunidades griegas en los principados de Moldavia y Valaquia, y cuando los turcos instituyeron allí el gobierno de los fanariotas en 1709, la presencia griega se incrementó. Ello significó una revitalización del pensamiento y la cultura griega en la zona. Prueba de ello es el hecho de que el primer teatro griego se inaugurara en Bucarest en 1817.

Traian Stoianovich, en su artículo titulado «El triunfante mercader ortodoxo de los Balcanes» trata el tema de la expansión de los comerciantes griegos en la zona. Advierte que no todos eran griegos, pero que se les identificaba como tales porque el idioma del comercio en la zona era el griego. No obstante, los griegos predominaban en todos los centros de comercio de la península balcánica antes incluso del impulso que dicha actividad registró a comienzos del siglo XVIII tanto en Europa como en el Imperio Otomano.

El desplazamiento de los griegos a través de Europa, pasando incluso por Alemania, hasta alcanzar la parte occidental del continente, no fue sino la extensión natural de sus actividades en los Balcanes. La comunidad más importante fue la de Viena.

Griegos en Viena

Tras la caída de Constantinopla hubo griegos que buscaron asilo en Viena, pero a comienzos del siglo XVIII el número de éstos en dicha ciudad aumentó. La comunidad griega de Viena alcanzó su momento cumbre en la segunda mitad del siglo. En 1814 se estimó en 4.000 el número de sus integrantes. La hostilidad de los Habsburgo hacia la revolución griega de 1821 y la competitividad cada vez mayor por parte de los comerciantes judíos hicieron que muchos griegos abandonasen Viena, con lo que la comunidad se redujo.

Viena era una de las ciudades más importantes a nivel mercantil del centro de Europa, y en ella radicaba gran parte del comercio con Oriente. Esto atrajo, como es natural, a numerosos hombres de negocios griegos. Muchos de ellos ganaron fama y fortuna. La familia más conocida fue la de los banqueros Simon y George Sinas, que financiaron numerosas obras públicas. Simon Sinas (1783-1822) era un comerciante de Moschopolis, ciudad de Macedonia, cuya riqueza e influencia hicieron que el emperador Francisco le nombrara barón en 1816. Su hijo, George Sinas (1783-1856), fue el fundador y director del Banco Nacional Austríaco y creó la primera compañía ferroviaria de Austria.

Merced a la progresiva decadencia de Venecia, Viena se convirtió en el foco cultural más importante de la diáspora griega. Contaba con varias imprentas griegas, la primera de las cuales fue creada por un impresor llegado de Venecia. No sólo se publicaron libros griegos en Viena; también vio la luz en 1790 el primer periódico griego, el *Ephemeris*. Las autoridades lo cerraron siete años más tarde por apoyar la liberación griega. Otra publicación famosa fue la revista literaria *Logios Hermes*, dirigida por el clérigo Anthimos Gazis. Gazis trabajó en Viena y fue uno de los intelectuales griegos que se vieron atraídos por las ideas de la Ilustración.

Griegos en el Imperio de los Habsburgo

También se formaron comunidades griegas en las dos principales ciudades portuarias del imperio austríaco, Fiume y sobre todo Trieste, esta última después de ser proclamada puerto franco a principios del siglo XVIII. La presencia griega en Trieste fue significativa tanto a nivel económico como demográfico durante los siglos XVIII y XIX. En dicha ciudad se constituyó un importante sistema de instituciones comunitarias.

La emperatriz María Teresa concedió a la comunidad griega de la ciudad privilegios oficiales y permiso para construir una iglesia en 1751. Su progresiva relevancia como núcleo de comercio atrajo a muchos griegos, que vinieron tanto de Grecia como de distintas ciudades italianas. En 1768 había unos sesenta comerciantes griegos en la ciudad.

Por lo que respecta a Hungría, los primeros griegos que se establecieron allí lo hicieron en los dominios de los príncipes transilvanos. La Casa de Rakoczy concedió privilegios a los ortodoxos griegos en 1636. Aparecieron comunidades griegas en varias ciudades que estaban dentro de las rutas comerciales entre Oriente y Occidente. Muchas contaban con escuelas, iglesias e instituciones comunitarias. Se formaron comunidades griegas en un total de 54 ciudades húngaras.

En Buda y Pest, las primeras comunidades griegas se formaron en el siglo XVIII y lograron construir su propia iglesia en 1790. Entre 1687 y 1848, de un total de 8.703 extranjeros que consiguieron la ciudadanía húngara, 246 eran griegos, y más de la mitad de éstos eran comerciantes. La magnitud del impacto de estos comerciantes griegos en Hungría se puede apreciar en el hecho de que el término húngaro para designar a un comerciante era *gorog*, que significa «griego».

La diáspora mercantil griega en centroeuropa empezó a decrecer a comienzos del siglo XIX debido a tres factores: el ascenso de la burguesía local, la rivalidad planteada por otros grupos dentro del sector mercantil, como es el caso de los judíos, y una serie de cambios económicos mayores que tuvieron lugar en la zona, entre ellos la creciente industrialización y la penetración de capital europeo. Muchos griegos y muchas de las comunidades que sobrevivieron acabaron por asimilarse a la sociedad local [2].

La diáspora marítima

De igual modo que los comerciantes griegos sirvieron de intermediarios entre el Imperio Otomano y el de los Habsburgo en el centro y sureste de Europa, muchos griegos desempeñaron un papel semejante en las relaciones comerciales que el Imperio Otomano mantuvo con Francia e Inglaterra. Esto fue posible gracias a que los griegos eran expertos navegantes. El comercio mediterráneo sufrió un retroceso a consecuencia del crecimiento de la economía atlántica pro-

[2] George Yannoulopoulos, «Beyond the Frontiers: the Greek Diaspora», en Robert Browning (ed.), *The Greeks; Classical, Bizantine and Modern*. Nueva York: Portland House, 1985, pp. 289-98.

piciado por los viajes de Colón, pero este retroceso se invirtió con la Revolución Industrial en Europa occidental, que supuso un incremento en la demanda de grano y otras mercancías.

La participación europea en el comercio mediterráneo y la competitividad entre Inglaterra y Francia contribuyeron al crecimiento del comercio marítimo griego. Los barcos ingleses y franceses que navegaban por el Mediterráneo eran los mismos que se empleaban para la guerra. Los barcos ingleses que transportaban mercancías estaban equipados con cañones y su tripulación estaba entrenada para el combate, con lo cual podían convertirse perfectamente en buques de la armada. La participación de Inglaterra y Francia en la guerra de Sucesión austríaca (1740-1748) y en la guerra de los Siete Años (1756-1763) creó un vacío en el comercio mediterráneo que fue aprovechado por los navieros y comerciantes griegos.

Todo ello supuso en Grecia un crecimiento de los centros marítimos, especialmente de islas como Hidra, Spezzes, Psara y Quios. Otra consecuencia fue el resurgir de la diáspora. Algunas prácticas mercantiles rudimentarias requerían que los comerciantes se sirvieran de parientes o amigos como agentes comerciales a lo largo de las rutas del comercio. Así, el comercio griego se expandió a través del Mediterráneo a la par que lo hacía el asentamiento de comerciantes. En 1763 se habían establecido comunidades griegas de este tipo en los puertos italianos de Venecia, Ancona, Livorno y Nápoles, así como en Marsella y en Menorca, que estaba entonces controlada por Inglaterra.

En Menorca empezaron a establecerse navegantes griegos en 1743. Las autoridades británicas concedieron permiso a los griegos para construir su iglesia en 1749, a pesar de que la Iglesia católica local se oponía a ello. En 1755 había cerca de 600 griegos en la isla, procedentes a su vez de islas como Patmos, Corfú y Cefalonia. Los marinos griegos de la isla colaboraron con los ingleses tanto en tiempo de guerra como en tiempo de paz.

La Revolución Francesa y las guerras napoleónicas

Las comunidades griegas de la diáspora marítima y mercantil prosperaron como consecuencia de las guerras emprendidas por Francia entre 1792 y 1815. En primer lugar, el estallido de la Revolución Fran-

cesa provocó una disminución del comercio francés en el Mediterráneo. Francia no volvería a ser nunca más la potencia marítima que había sido. Sus derrotas ante Inglaterra sellaron la decadencia del comercio francés en el Mediterráneo. Sin armada en la zona no podían garantizar seguridad a sus navíos mercantes. La ausencia de los franceses fortaleció aún más el papel de los griegos. El cónsul francés en Salónica informó de que los griegos controlaban la mayor parte del comercio holandés, ruso y alemán, así como una parte considerable del italiano.

El sistema de bloqueo continental impuesto por Napoleón en 1806, con el embargo de los buques ingleses y del comercio, hizo que Inglaterra tuviera que valerse de fletadores particulares para comerciar con los puertos europeos que estaban bajo el control de Francia. Pronto se hizo evidente que el embargo en el Mediterráneo no funcionaba, dado que los navieros griegos estaban dispuestos a correr el riesgo de quebrantarlo; además, era fácil sobornar a la burocracia local para que hiciera la vista gorda y permitiera a los griegos transportar de forma ilegal mercancías inglesas que eran bien recibidas por austríacos y otomanos. Esto redundó, una vez más, en beneficio de los comerciantes griegos de la zona. Pero el auge económico de que disfrutaron estas gentes tocó a su fin irremediablemente cuando en 1815 se restableció la paz en Europa [3].

Ilustración y diáspora griega

Los intelectuales griegos que habían emigrado se vieron afectados profundamente por el desarrollo de la Ilustración y por la irrupción en el pensamiento político de las ideas liberales. La mayoría de ellos vivieron en Viena, París y los principados danubianos. Estos principados, cuando accedieron al poder los fanariotas, siguieron ofreciendo a los eruditos griegos un entorno ideal para su trabajo investigador y docente. La Academia Griega de la ciudad moldava de Iasi (Jasy) se convirtió en una de las instituciones educativas más importantes del periodo an-

[3] George Leon, «The Greek Merchant Marine», en S. Papadopoulos (ed.), *The Greek Merchant Marine*. Atenas: Banco Nacional de Grecia, 1965.

terior a 1821. En Bucarest se fundó otra academia, a la vez que se creaban colegios griegos por toda la zona.

No sería exagerado decir que fueron precisamente los emigrantes los que dieron origen y apoyo a la Ilustración griega. Pensadores como Evgenios Voulgaris, Dimitrakis Katartzis e Iosipos Moisiodax se educaron en el extranjero. A muchos les fue imposible soportar el clima reaccionario que se respiraba en Grecia y se marcharon a Europa para proseguir allí sus trabajos. Éste fue el caso de Adamantios Korais (1748-1833), la figura más relevante de la Ilustración griega.

Además de llevar a cabo tareas destinadas a preservar la cultura y la identidad griega, y a propagar las ideas de la Ilustración por toda Grecia, la diáspora contribuyó de un modo directo a preparar la rebelión de 1821 contra los turcos, que conduciría a la liberación griega.

Un grupo de comerciantes griegos radicados en el puerto de Odessa (Mar Negro), comprometidos en la lucha por la independencia griega formaron una sociedad secreta, la Sociedad de Amigos *(Philiki Etaireia)*, cuyo propósito era preparar, financiar y organizar la rebelión contra los turcos.

La diáspora después de la independencia griega, 1821-1922

La instauración del estado griego moderno en 1830 no significó el fin de la emigración. No obstante, el perfil de las comunidades de emigrantes cambió notablemente. Las razones de este cambio fueron la penetración de capital británico y francés en la cuenca oriental del Mediterráneo y el ascenso de la burguesía local en el centro y el sureste de Europa. Las ventajas de que disfrutaban los comerciantes griegos anteriormente se vieron reducidas cada vez más. La mayor parte de las comunidades del centro y sureste de Europa empezaron a desaparecer, a excepción de las que se habían establecido en la desembocadura del Danubio y de los centros de comercio situados en lo que hoy es Rumania y Bulgaria. Algunas comunidades de la cuenca occidental del Mediterráneo, como la de Marsella, la del puerto de Mahón en Menorca y la de Livorno, fueron desapareciendo progresivamente.

«Pax Britannica» en el Mediterráneo después de 1815

El periodo que siguió a la paz de 1815, tras la era de Napoleón, contempló una injerencia cada vez mayor de Gran Bretaña en la zona oriental del Mediterráneo y en el Mar Negro por motivos económicos y estratégicos. A una política inicial destinada a asegurarse tratados comerciales siguió la intervención armada, como es el caso de la guerra de Crimea en la década de 1850, el bombardeo de Alejandría y la ocupación de Egipto en 1882.

En este mismo periodo tuvieron lugar una serie de avances económicos y tecnológicos, así como innovaciones que consolidaron la hegemonía económica de Inglaterra a nivel mundial. Sirva como muestra una simple enumeración de estos logros: liberalización del comercio entre 1832 y 1849, con el consiguiente incremento de dicha actividad en provecho de Gran Bretaña; habilidad para negociar tratados comerciales extremadamente beneficiosos con los gobiernos más débiles de la cuenca oriental del Mediterráneo; ventajas tecnológicas para la marina mercante británica derivadas del uso del barco de vapor, y la aparición de las sociedades por acciones (presentes también en Francia).

Las recién constituidas sociedades por acciones eran diez veces más poderosas que las empresas griegas, familiares y no corporativas. El uso de la máquina de vapor, unido al del telégrafo, acortó las distancias en el Mediterráneo y en el Mar Negro, acabando con el aislamiento de muchos puertos cuyo contacto con Europa se efectuaba a través de una red de comerciantes y navieros locales, en su mayoría griegos.

Efectos de los cambios en la diáspora griega

Pueden distinguirse tres formas de respuesta a los cambios por parte de la diáspora griega. El primero fue la desaparición de las comunidades del Mediterráneo occidental, como por ejemplo las de Livorno y Génova. La utilidad de éstas y otras ciudades como puertos francos o puntos intermedios en el comercio entre el Mediterráneo y el Mar Negro de una parte, y, de la otra, Francia e Inglaterra, quedó anulado cuando se liberalizó el comercio. Anteriormente, los comer-

ciantes habían almacenado trigo ruso en Livorno para venderlo en el momento adecuado dependiendo de la fluctuación de las tarifas en Francia e Inglaterra.

El segundo efecto fue que los intereses marítimos griegos en el Mediterráneo oriental se desplazaron a Londres. Los navieros griegos más prósperos podían reafirmar su presencia en Londres y explotar ellos también aquella lucrativa fuente de capital que había servido de pilar a la superioridad marítima británica. Los griegos habían instalado en Londres un trampolín que les permitiría demostrar su habilidad para los negocios. Se pusieron por delante de las empresas británicas porque se atrevieron a buscar nuevos mercados o, en palabras de un observador inglés, «regiones distantes y semisalvajes en las que los tejidos de Manchester eran antes tan desconocidos como el mismísimo nombre de Inglaterra», y porque introdujeron una práctica que consistía en vender conocimientos de embarque antes de que llegaran los buques y comprar cargamentos de vuelta, «operando con capitales relativamente pequeños y ganándose a la vez una buena reputación por pagar puntualmente» [4].

La tercera forma de respuesta a los cambios que estaban teniendo lugar en la zona fue la reorientación de las actividades de los comerciantes griegos en dos direcciones: abandonaron el transporte de mercancías y se introdujeron en el mundo de la banca y la exportación. Esto les permitió cooperar con los intereses financieros más poderosos de Europa. La comunidad griega de Alejandría es buen ejemplo de ello. El establecimiento inicial de comerciantes griegos en dicha ciudad alrededor de 1811 fue producto de los crecientes contactos entre Egipto y el mundo marítimo griego a partir del estallido de las guerras revolucionarias francesas.

Griegos en Egipto

Egipto era una provincia autónoma dentro del Imperio Otomano. Los griegos empezaron a establecerse allí después de la invitación de

[4] Alexander Kitroeff, «The Greek Diaspora in the Mediterranean and the Black Sea; As Seen Through American Eyes (1815-1861)», en Speros Vryonis Jr. (ed.), *The Greeks and the Sea* (publicación prevista para 1992).

Mohammed Ali. El biógrafo de este gobernante egipcio menciona que una breve demostración por parte de Inglaterra de su fuerza naval en 1808 le convenció de que lo único que podía garantizar la independencia de su país respecto de Gran Bretaña y el Imperio Otomano era una flota militar y una marina mercante. Entre sus colaboradores cercanos, dos griegos, Tosizzas y D'Anastasi, poseían buques mercantes que hacían la ruta desde Alejandría hasta el Egeo. Tanto si la flota mercante egipcia pertenecía a griegos o a egipcios, el hecho fue que sus capitanes y tripulaciones eran en su mayoría griegos.

Egipto, al ser un país productor de algodón, se benefició en la década de 1860, de la guerra civil americana, ya que ésta interrumpió la producción y exportación de algodón americano. Además, a la vez que subía el precio del algodón en todo el mundo, en Egipto se descubrió una fibra de algodón de gran calidad, lo cual fue una coincidencia feliz para la economía egipcia. La exportación de algodón se había ya incrementado en un 300 por 100 entre 1840 y 1860. Esto hizo que algunos bancos europeos se establecieran en Egipto. El número de extranjeros en Egipto pasó de unos 10.000 en 1838 a cerca de 90.000 en 1881. Casi un tercio de ellos eran griegos. Muchos miembros de la élite griega estaban estrechamente relacionados con intereses financieros y con la exportación de algodón.

Ingleses en Egipto

La situación favorable de que disfrutaban los extranjeros en Egipto, a la que contribuyó la apertura y el control por su parte del canal de Suez en 1869, pareció verse amenazada cuando en 1875 el país se declaró en bancarrota. Incapaz de poner barreras que protegiesen su propia infraestructura o limitasen los privilegios ajenos, el gobierno egipcio empezó a pedir cuantiosos créditos a la banca extranjera en términos nada favorables, hasta que sus gobernantes tuvieron que admitir la bancarrota. El resentimiento popular entre los egipcios, motivado tanto por el poder que tenían los extranjeros como por la debilidad de sus gobernantes, desencadenó una revuelta nacionalista. Esto sirvió de pretexto para que Gran Bretaña bombardeara Alejandría en 1882 y ocupara Egipto. El control británico de la mayor parte de Egipto se mantuvo hasta la revolución nacionalista liderada por Nasser en 1952.

El control del Canal pasó a Egipto en 1956 tras la que se conoce como crisis de Suez.

La consolidación del control británico sobre Egipto en 1882 supuso una relativa ventaja para la comunidad griega. Una serie de empresas comerciales fuertes intentaron competir con la creciente presencia de intereses financieros británicos y salieron perdiendo. En contraste con esto, una nueva generación de comerciantes griegos que prefirieron desempeñar el papel de intermediarios en las relaciones, cada vez mayores, entre Gran Bretaña y Egipto, adquirió pronto relevancia. Estos negociantes intervinieron de forma decisiva en la financiación y exportación del algodón egipcio, y adquirieron gran fortuna e influencia.

Más de dos tercios del número total de griegos establecidos en Egipto se quedaron en Alejandría. En 1917 había más de 3.000 griegos en esta ciudad, lo que suponía alrededor de un tercio de la población. Desde el punto de vista social, el contingente griego abarcaba todas las capas de la sociedad, desde los ricos banqueros y exportadores de algodón hasta los empleados y tenderos.

Instituciones comunitarias y conciencia étnica

La comunidad griega de Egipto mantuvo su identidad étnica gracias a la red de instituciones comunitarias que la diáspora establecía allí donde se asentaba. En Alejandría, por ejemplo, los primeros inmigrantes crearon una organización comunitaria, una iglesia, un colegio y un hospital que cubrían las necesidades de los griegos y otros habitantes ortodoxos de la ciudad. La más importante de estas instituciones fue la organización comunitaria, gobernada por los griegos más pudientes. Imitaba el modelo de las que se crearon en Grecia durante el periodo otomano, que gozaban de cierta autonomía y estaban también gobernadas por gente notable.

Un aspecto importante de estas organizaciones comunitarias era su orientación secular. Los que las gobernaban eran miembros de la burguesía cosmopolita que se identificaban con los valores políticos de la Ilustración y con las doctrinas económicas del capitalismo del siglo XIX. Esto no quiere decir que renunciaran a su tradición cultural; muy al contrario, financiaron la construcción y la administración de iglesias, reafirmando con ello el papel del Patriarca de Alejandría. Pero con res-

pecto a temas como el plan de estudios escolar, procuraron que incluyera, además de instrucción religiosa, idioma extranjero, ciencias y cursos de orientación práctica [5].

Griegos en el imperio ruso

Los griegos de Rusia constituyeron la mayor comunidad de la diáspora griega en el siglo XIX. Eran casi medio millón antes de que su número empezara a descender a finales de siglo. Se establecieron a lo largo de la costa septentrional del Mar Negro, principalmente en el puerto de Odessa.

La emigración griega a Rusia empezó en el último cuarto del siglo XVIII. Se trataba generalmente de personas que huían de los turcos durante los distintos choques producidos entre Rusia y el Imperio Otomano o durante el intento de sublevación que tuvo lugar en Grecia en la década de 1770, con el apoyo de Rusia.

Catalina II la Grande favoreció a los griegos por ser ortodoxos. Su gobierno promulgó una ley en 1775 que permitía a los griegos establecerse en territorio ruso. Las autoridades estaban ansiosas por poblar la parte sur del país y llegaron incluso a ofrecer a los griegos tierras que estarían libres de impuestos por un periodo de 30 años, concediéndoles además un considerable grado de autonomía. La segunda guerra ruso-turca (1787-1792) trajo nuevas oleadas de refugiados griegos desde Grecia y la costa meridional del Mar Negro. Muchos de ellos se instalaron en el sur y muchos fueron al norte, pero el lugar que acogió más emigrantes griegos a partir de 1794 fue el puerto de Odessa.

Comunidad griega de Odessa

Al poco tiempo de establecerse la comunidad de Odessa ya eran cerca de 1.000 los griegos que la componían. Su número aumentó considerablemente a lo largo del siglo XIX. Hasta su decadencia en la

[5] Alexander Kitroeff, *The Greeks in Egypt, 1919-1937: Ethnicity and Class*. Londres: Ithaca Press, 1989.

primera década del siglo xx, la griega fue una de las comunidades extranjeras más importantes y prósperas de la ciudad. Construyó rápidamente colegios e iglesias.

Los griegos empezaron a dominar el comercio exterior en Odessa, tanto de trigo como de otras mercancías, en la década de 1820. Cuatro empresas mercantiles griegas eran consideradas las más ricas de Rusia. En 1845 se hablaba de la de los hermanos Ralli como la más importante de Odessa.

Con la emancipación de los siervos en 1861, el ascenso lento pero constante de la burguesía local y la competencia con los comerciantes judíos, los griegos empezaron a perder su dominio del comercio en Odessa. Algunos comerciantes se pasaron al sector manufacturero, pero la mayoría fueron abandonando la ciudad. Aún así, cuando estalló la Revolución Rusa en 1917, quedaban unos 25.000 griegos en Odessa [6].

Griegos en la región del bajo Danubio

Después de firmar rusos y turcos el tratado de Adrianópolis en 1829, las comunidades griegas más importantes de esta región mantuvieron relaciones comerciales ininterrumpidas tanto por tierra con los puertos del Mediterráneo como con Europa occidental cruzando dicho mar. Estaban formadas, en su mayor parte, por griegos de las islas Jónicas, que estaban bajo protección inglesa. Se convirtieron por tanto automáticamente en una parte de la expansión británica en la zona y no pudieron operar por su cuenta.

Éste era el caso de los comerciantes y navieros de los puertos de Galaz e Ibraila, así como de los griegos que realizaban en barcos de poco calado el tránsito sobre la desembocadura del río, cenagosa y poco profunda, por lo que se conoce como el brazo de Sulina. En el caso de que algún naviero griego hubiera querido competir con las navieras británicas, al carecer de barcos de vapor, habría fracasado. Sin embargo, como los griegos se limitaron a cubrir el tránsito fluvial, operaron en la región del bajo Danubio hasta la Primera Guerra Mundial [7].

[6] Patricia Herlihy, *Odessa; A History 1794-1914*. Cambridge, Mass: 1986. *Passim.*

[7] Spiridon G. Focas, *The Lower Danube River*. Boulder CO: East European Monographs, 1987. *Passim.*

Grecia y diáspora griega en el siglo XIX

La diáspora siguió desempeñando un papel decisivo en los asuntos griegos hasta mucho después de que Grecia se convirtiera en nación independiente, tanto a nivel político como a nivel económico. El gobierno griego, en sus esfuerzos por desarrollar la «Gran Grecia», que es como se llamaba en Grecia al programa político nacionalista, buscó con ahínco el apoyo de los griegos emigrados. Dicho programa reivindicaba la incorporación al estado griego de los territorios que habían estado tradicionalmente habitados por griegos y que se hallaban bajo el dominio otomano, incluyendo la ciudad de Constantinopla. Aunque esta postura irredentista se abandonó en 1922 con la derrota de Grecia por los turcos en Asia Menor, la diáspora había contribuido activamente a la causa.

Quizá la aportación individual más destacable fuera la de Georgios Averoff, un próspero comerciante griego radicado en Alejandría que en su testamento dejó a Grecia dinero suficiente para comprar un buque de guerra al que pusieron su nombre. El *Averoff* supuso una enorme ventaja para Grecia en el Egeo y contribuyó directamente a sus victorias en las guerras balcánicas de 1912 y 1913, que dieron a Grecia casi un tercio de su territorio actual. También contribuyeron a estas victorias los miles de griegos que vinieron desde Egipto y desde los Estados Unidos para combatir como voluntarios.

Griegos en América

El último cuarto del siglo XIX registró una nueva oleada de emigración griega, esta vez hacia el oeste, en dirección a América, sobre todo hacia los Estados Unidos. La emigración se había producido ya en el pasado con un carácter esporádico; en el siguiente capítulo se examina esto con detalle. Pero a finales del siglo XIX la emigración fue masiva: cerca de 500.000 griegos emigraron a los Estados Unidos entre la década de 1880 y 1924, año en que los Estados Unidos impusieron limitaciones a la inmigración.

En un principio, esta oleada migratoria estaba compuesta por varones en un 95 %. El porcentaje de mujeres aumentó a un ritmo constante al viajar éstas con sus maridos o futuros maridos a los Estados

Unidos. Desde que se anunciaron las restricciones a la inmigración en 1922, y hasta 1924, último año en que se acogió a gran número de inmigrantes, el porcentaje de mujeres que llegaron de Grecia fue mayor que el de hombres.

La era de la emigración masiva supuso un incremento en el número de griegos que llegaron a Canadá y a Sudamérica, aunque dicho incremento fue menor que el registrado en Estados Unidos. Hasta 1900 los griegos habían llegado a Canadá sólo de manera esporádica. A partir de entonces, la corriente migratoria empezó a aumentar en modo constante. Entre 1900 y 1907 llegaron a Canadá unos 2.500 griegos. En 1912 se habían instalado allí 5.740.

El número de griegos que emigraron a Canadá y a Sudamérica fue tan pequeño en comparación con el de los que fueron a Estados Unidos que el Servicio Griego de Estadística lo une al de los que fueron a Sudáfrica y Australia. La cifra que se calcula para todos ellos es de 26.125.

Causas de la emigración a Estados Unidos

Las causas de esta oleada masiva de emigración fueron de tipo económico. La demanda de uva-pasa por parte de Europa supuso la comercialización de la agricultura griega a finales del siglo XIX. La economía de las regiones del sur y suroeste de Grecia, especialmente el Peloponeso y las islas Jónicas, giraba en torno al cultivo y exportación de pasas. Cuando la demanda cesó, se produjo una crisis en la agricultura griega que el empeoramiento general de la economía del país no hizo sino acrecentar.

La emigración parecía ser para muchos campesinos la única salida viable a la crisis. No había alternativas, ya que la base industrial y manufacturera de la economía griega era demasiado débil para absorber a quienes abandonaban la tierra. La protesta política existió, pero no contó con un apoyo masivo. La mayor parte de los campesinos se encontraban maniatados políticamente a causa del poderoso sistema de clientelismo que dominaba la política local. Además, la mayoría eran pequeños propietarios, lo que contribuía de forma indirecta a su conservadurismo.

Algunas observaciones sobre la diáspora griega, 1821-1922

Si comparamos las características de la diáspora griega antes y después de 1821 en términos económicos, podemos advertir una evolución en la condición del emigrante, que abandona la mera expedición marítima para convertirse en un intermediario. A este respecto, el ejemplo de los comerciantes griegos en Egipto después de 1882 es muy gráfico: los que consiguieron sobrevivir lo hicieron por haberse convertido en intermediarios en las relaciones comerciales anglo-egipcias. Esto se pone también de manifiesto en el resto de las comunidades de la diáspora. La del puerto de Odessa en el Mar Negro, sustentada al principio en actividades marítimas, se transformó en una comunidad mercantil dedicada a la exportación y al préstamo bancario hasta que a finales del siglo XIX sucumbió ante los competidores locales, que podían servir mejor a los intereses financieros europeos.

La condición de intermediarios de los griegos del Mediterráneo oriental y el Mar Negro era similar a la de los establecidos en el interior de la península balcánica antes de su desaparición a comienzos del siglo XIX. En su clásico artículo, Stoianovich dice que lo que hicieron aquellas comunidades para intentar superar la competencia extranjera y local fue abandonar el comercio y transporte de una misma mercancía para dedicarse al préstamo bancario y a la especulación. En otras palabras, estos griegos pasaron de ser intermediarios en el comercio de mercancías a serlo en el de capitales [8].

La diáspora griega después de 1922

Con la Primera Guerra Mundial, los brotes de nacionalismo en los Balcanes y en el Mediterráneo oriental, y la Revolución Rusa de 1917, muchas comunidades griegas acabaron por desaparecer. Las de América, sin embargo, sobrevivieron. Tras la Segunda Guerra Mundial, los emigrantes griegos eligieron además nuevos destinos: Australia, Canadá, Sudáfrica y Europa occidental y del norte.

[8] Traian Stoianovich, «The Conquering Balkan Orthodox Merchants», en *Journal of Economic History*, vol. 20, marzo 1960.

Fin de la diáspora en el siglo XIX

En los Balcanes, el nacionalismo político y el económico se conjugaron para eliminar la presencia griega en Bulgaria y Rumania, con la excepción de la comunidad marítima establecida en la desembocadura del Danubio. El intercambio de población que tuvo lugar entre Grecia y Bulgaria, y la expulsión de la mayor parte de los griegos de Rumania significaron el fin de aquellas comunidades. La revolución bolchevique de 1917 acabó también con la presencia griega en Odessa y en el resto de la costa rusa del Mar Negro. Sólo quedaron en la Unión Soviética algunos miles de griegos.

En Egipto, la irrupción del movimiento nacionalista en 1919 puso en marcha un lento proceso que culminó con la abolición de las Capitulaciones en 1937 y la de otros privilegios de los extranjeros en 1948. No obstante, a pesar de los problemas en ciernes, la comunidad griega de Egipto mantuvo hasta la Segunda Guerra Mundial su fortuna y el número de sus miembros, que rondaba los cien mil, ya que el nacionalismo egipcio no tenía nada en contra de los extranjeros, sino que era simplemente antibritánico. Las cordialidad de las relaciones entre griegos y egipcios se puso de manifiesto en múltiples ocasiones durante el ascenso del nacionalismo egipcio. La comunidad griega prefirió adaptarse a las nuevas circunstancias antes que oponerse a los derechos de los egipcios.

Pero la revolución egipcia de 1952 y el acceso al poder de Gamal Abdel Nasser supusieron la nacionalización de la industria del algodón y, con ello, la reducción de la comunidad griega. Ésta apoyó a Egipto durante la crisis de Suez en 1956. Cuando Nasser amplió el programa de nacionalizaciones en 1963, el número de griegos en Egipto empezó a descender.

El desastre de Asia Menor en 1922

Pero la desintegración de aquellas comunidades resulta insignificante comparada con los acontecimientos que tuvieron lugar en Turquía entre 1919 y 1922. Tales hechos supusieron la expulsión de más de un millón de griegos que tuvieron que buscar refugio en Grecia.

El empeño griego por anexionarse una parte de Asia Menor no fue sino el trágico final de una larga lucha por poner en práctica el programa político del nacionalismo griego, esto es, la «Gran Grecia». Este programa, hecho público en 1844, revelaba una visión irredentista que pretendía expandir el estado griego con la incorporación de las comunidades del sur de los Balcanes y de Asia Menor. En 1919, cuando, con la aprobación de la Entente las tropas griegas desembarcaron en Esmirna y penetraron hacia el interior, el Imperio Otomano se había derrumbado; pero en su lugar había surgido con gran empuje el nacionalismo turco de Kemal Ataturk.

Sin el apoyo de la Entente y mal dirigidas, las fuerzas griegas fueron derrotadas por los turcos en Asia Menor y se replegaron hacia el oeste. El contraataque turco barrió al ejército griego y a la población civil, que en un primer momento se quedaron en Esmirna y más tarde, cuando ésta fue destruida, tuvieron que abandonar Turquía. Miles de griegos murieron, muchos fueron hechos prisioneros y otros tantos fueron expulsados.

La situación se resolvió con la firma de un tratado greco-turco que acordaba un intercambio de poblaciones: todos los musulmanes de Grecia, salvo los de la Tracia occidental, se desplazaron a Turquía, y los cristianos de Turquía, a excepción de los de Constantinopla, fueron trasladados a Grecia. Así terminó la presencia de griegos en Asia Menor, tanto inmigrantes como originarios de la zona, presencia que había durado 3.000 años.

Con la afluencia de casi 1.500.000 refugiados, la población griega creció de pronto en un 20 %. Según el censo de 1928, el número de refugiados procedentes de Asia Menor superó el millón, sin contar los griegos que habían llegado antes de 1922 ni los que habían nacido en Grecia de padres refugiados desde 1922. El número de repatriados desde Rusia se estimó en 60.000 y el de los que llegaron de Bulgaria en 50.000.

Efectos del desastre de Asia Menor en la diáspora

La crisis causada por el desastre de Asia Menor afectó a las comunidades de la diáspora sólo de forma indirecta. Inmerso en los problemas relacionados con la rehabilitación de los refugiados, así como

en otros problemas de orden social, el gobierno griego se esforzó menos por mantener los lazos, tradicionalmente tan estrechos, que le unían con las comunidades griegas del extranjero. La razón de dichos lazos había sido en parte el hecho de considerar que dichos griegos podían colaborar a la consecución de la «Gran Grecia». Pero después de 1922 este programa político se abandonó y la diáspora perdió relevancia.

De todas formas, desde un punto de vista práctico, el gobierno griego podía hacer bien poco en favor de las comunidades de emigrados. Aconsejó a los griegos que vivían en Egipto que intentaran amoldarse al movimiento nacionalista egipcio. En el caso de los griegos de Estados Unidos, tuvieron que hacer frente, como el resto de inmigrantes, a la política estadounidense de «americanización» y el gobierno griego apenas pudo intervenir.

En resumen, se puede decir que, con el abandono de la visión engrandecedora de Grecia respecto del Mediterráneo oriental y con los serios problemas que el estado griego debía afrontar, lo que hicieron las comunidades del extranjero fue procurar acomodarse al entorno en que cada una se encontraba.

Emigración desde 1922 hasta nuestros días

En lo referente a la emigración durante el periodo de entreguerras, las estadísticas muestran un descenso a partir de las restricciones impuestas por los Estados Unidos en 1924. Antes de esto, los emigrantes se habían dirigido además a Canadá, Cuba, Brasil y Australia, en total unos 26.000 entre 1900 y 1925, sin que se especifique en las estadísticas griegas cuántos llegaron a cada uno de estos países. Las que recogen las cifras de emigrantes después de 1925 siguen dando una sola para «toda la emigración transatlántica sin contar Estados Unidos» y otra para Estados Unidos. Según estas cifras, entre 1925 y 1940 —año en que Grecia entró en la Segunda Guerra Mundial— 49.255 personas lograron emigrar a los Estados Unidos y tan sólo 22.083 buscaron otros destinos al otro lado del Atlántico.

Con las restricciones impuestas a la inmigración en Estados Unidos, que entraron en vigor en 1924, el número de griegos que se desplazaron a otros lugares no aumentó demasiado. Ya hemos visto que,

a pesar de las restricciones, el número total de griegos llegados a los Estados Unidos entre 1924 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial fue mayor que el de los que emigraron a otros países. Sin embargo, la comunidad griega de Canadá crecía. En 1931 había allí 9.450 habitantes de origen griego, de los cuales 5.579 —es decir, el 59 por 100— habían nacido en Grecia.

Después de la década de 1940 se produjo otra oleada de emigración, en un periodo en el que la ocupación del Eje (1941-1944) y la guerra civil (1947-1949) habían causado una considerable devastación y un clima de agitación social. En primer lugar, cerca de 40.000 griegos, niños incluidos, huyeron a los países socialistas del este de Europa como refugiados políticos al terminar la guerra civil griega. Después, a principios de los cincuenta, miles de griegos, sobre todo de las provincias, emigraron por motivos económicos a Europa occidental y del norte, a América, a Sudáfrica y a Australia. En 1954 habían salido del país unos 70.000 emigrantes, cerca de un 40 % hacia los Estados Unidos y el resto hacia Australia, Canadá, Sudáfrica y Sudamérica.

El periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial trajo consigo una reorientación de las tendencias migratorias griegas hacia Australia y el norte de Europa. América atrajo menos emigrantes, pero si bien es verdad que Estados Unidos recibió pocos en comparación con la etapa anterior a 1924, y Sudamérica aún menos, la emigración hacia Canadá se incrementó. El gobierno canadiense adoptó una política más abierta con respecto a la inmigración después de la Segunda Guerra Mundial, mientras que los Estados Unidos siguieron limitándola, salvo en el caso de aquellos que eran considerados como víctimas de la guerra en Europa («personas desplazadas»). Hasta 1965 no se relajaron las leyes referentes a la inmigración. Al año siguiente llegaron 12.193 griegos a Estados Unidos, frente a los 2.782 que habían llegado antes de esa fecha. Pero a pesar del aumento registrado en Canadá, el total de inmigrantes griegos entre 1945 y 1971 fue menor que el de los que recibió Estados Unidos en el mismo periodo: 107.780 frente a 148.164.

En el periodo que va de 1955 a 1977, 1.236.290 personas emigraron a Europa, concretamente a Alemania federal y a los países escandinavos, así como a los Estados Unidos después de la liberalización de las leyes sobre inmigración en 1965. Ésta fue la segunda gran oleada después de la registrada entre 1890 y 1924. Este segundo contingente estaba también formado en su mayor parte por griegos de las provin-

cias, pero esta vez la mayoría de ellos procedían del interior peninsular y del norte de Grecia, con un porcentaje importante de emigrantes de las zonas urbanas. En cuanto a la distribución por sexos, la tasa varió: el porcentaje de mujeres aumentó considerablemente, pasando a ser del 41,3 % entre 1955 y 1977 [9].

Algunas observaciones sobre la diáspora griega, 1922-1992

La nueva diáspora griega que surge en el siglo xx en América, Australia, Europa y el resto del mundo, es obviamente distinta a la del siglo anterior en el Mediterráneo y en el sureste de Europa. La antigua estaba compuesta por comerciantes que se habían marchado de los núcleos comerciales griegos con el propósito de expandir sus actividades mercantiles. A medida que este tipo de comunidades se consolidaba en el exterior, se les fueron uniendo miembros de la pequeña burguesía. La nueva diáspora, en una era de emigración masiva desde los países menos desarrollados hacia los más industrializados, estaba formada sobre todo por campesinos que abandonaban las regiones agrícolas más depauperadas de Grecia.

También existen diferencias en lo que se refiere a las condiciones en que se encontraban los emigrantes en los distintos países. En lugar de concedérseles los privilegios de antaño, los inmigrantes en los países desarrollados gozaban en teoría casi de los mismos derechos que el resto de la población, siempre que se nacionalizaran en el país donde se establecían.

En la práctica, tanto los inmigrantes griegos como los demás extranjeros soportaron la discriminación oficial y la encubierta. Su situación fue mejorando a medida que desapareció el miedo a los efectos de la inmigración en aquellos países.

Los nuevos emigrantes, en lugar de gozar de privilegios, debían integrarse perfectamente en la sociedad del país que les acogía, políticamente y, en distinta medida según el caso, culturalmente. También varió su perfil ocupacional: en el siglo xx los emigrantes eran miembros de la pequeña burguesía o del campesinado que se dirigían a los

[9] Ira Emke-Poulopoulou, *Provlimata Metanastefsis Palinostisis*, 1986. *Passim.*

países industrializados. No obstante, la «segunda generación», esto es, los hijos de aquellos emigrantes nacidos en el país receptor, tenían posibilidad de ascender en la escala social. Usando una expresión estadounidense, muchos de ellos hicieron realidad «el sueño americano», que consistía en ascender desde una condición humilde y anónima a otra de riqueza y relevancia social. También merece señalarse el hecho de que, después de la Segunda Guerra Mundial, aumentó la proporción de emigrantes mejor preparados.

Capítulo II

EMIGRACIÓN TRANSATLÁNTICA, 1492-1890

El presente capítulo trata el fenómeno de la emigración de griegos a América antes de la era de emigración masiva que se inició en la década de 1890. Un análisis del tema no puede omitir una serie de teorías acerca del posible origen griego o bizantino de Cristóbal Colón. A continuación expondremos dichas teorías para luego examinar la emigración transatlántica, que dividiremos en dos periodos, uno que comenzaría en 1492 y concluiría en 1830 con la independencia de Grecia, y otro que iría de 1830 a 1890.

Posible origen griego de Colón

Las teorías más ambiciosas con relación al inicio de la presencia griega en las costas americanas sostienen que Colón era griego. Spyros Cateras, un impresor grecoamericano de Manchester, publicó una octavilla en 1937 donde afirmaba que el nombre verdadero de Colón era Nicholas Ipsilantis y que había nacido en la isla de Quios [1].

En 1943, un afamado periodista americano de origen griego, Serapheim Canoutas, publicó su propia teoría, que afirmaba que Colón procedía de una familia bizantina que se trasladó a Occidente tras la caída de Constantinopla en 1453. Canoutas, que es más conocido por publicar alrededor de 1910 una guía para aquellos griegos que tuviesen la intención de emigrar a Estados Unidos, hizo un esfuerzo encomia-

[1] Spyros Cateras, *Cristopher Columbus - A Greek Prince*. Manchester, NH, 1937.

ble para demostrar el origen griego de Colón. Dedicó ocho años al estudio de la vida del descubridor y falleció de muerte natural al año siguiente de publicarse el libro.

Canoutas creía que Colón era descendiente de la familia Dissypatos, nobles bizantinos, y que su madre tenía parientes en algunas otras familias bizantinas de la nobleza. Estas familias tenían contactos con Occidente, lo que hizo a Canoutas pensar que la familia de Colón se trasladó a Génova tras la caída de Constantinopla, capital del Imperio Bizantino, en manos de los turcos [2].

La teoría de Canoutas parte del hecho de que Colón menciona en su diario que era pariente de un tal Bissipat, nombre que Canoutas tradujo como Dissypatos. Este autor aportó una reconstrucción verosímil de la genealogía de la familia Dissypatos, pero su intento de relacionar a dicha familia con el nombre occidental Bissipat tenía menos credibilidad. Canoutas fue incapaz de explicar por qué no había nada del diario de Colón que apuntase a su posible origen griego o por qué ninguno de sus numerosos biógrafos mencionaba nada que pudiera hacer suponer tal origen. Un diplomático griego, Demetrios Sicilianos, publicó un libro hace unos años en el que no sólo apoya la teoría de Canoutas, sino que se la atribuye, pero sin añadir nada nuevo [3].

Ninguno de estos autores basó sus posturas en un testimonio histórico convincente, así que los historiadores han rechazado sus afirmaciones sobre el origen griego de Colón. Pero antes de descartarlas sin más habría que hacer un alto y reflexionar acerca de las circunstancias que rodearon su publicación.

La emigración masiva de griegos hacia el Nuevo Mundo es un fenómeno que se inicia a finales del siglo XIX. La presencia griega en los Estados Unidos aumentó y se hizo permanente al acabar la Primera Guerra Mundial, precisamente en un momento en el que la política de los Estados Unidos perseguía, por un lado, frenar la inmigración, y por otro, «americanizar» a los inmigrantes recién llegados.

Este contexto nos ayuda a entender los esfuerzos realizados dentro de la comunidad griega de aquel país para descubrir los primeros

[2] Serapheim G. Canoutas, *Cristopher Columbus, A Greek Nobleman*. Nueva York: St Mark's Press, 1943.

[3] Dimitrios Sicilianos, *I Hellenike Katagogi tou Christoforou Kolomvou* [El origen griego de Cristóbal Colón]. Atenas, 1950.

contactos entre Grecia y América. Cuanto antes se hubiesen iniciado dichos contactos, más fácil sería legitimar la presencia griega allí. Y si ésta era anterior a la llegada de los ingleses y demás europeos, representantes de la cultura dominante en los Estados Unidos, en mejor situación se verían los inmigrantes griegos. Esto dio a una serie de autores grecoamericanos el coraje suficiente para sugerir que el origen de Colón era griego o bizantino.

Emigración transatlántica, 1492-1830

Uno de los primeros griegos que llegó a América, según testimonio fehaciente, parece ser Don Teodoro, un marino cuyo nombre aparece en la crónica de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Esta crónica describe la travesía de cinco navíos que zarparon hacia el Nuevo Mundo en 1527 a las órdenes del almirante Pánfilo de Narváez. Allí se dice que el griego murió a manos de los indios cerca de lo que hoy es la bahía de Pensacola, en la costa occidental de Florida.

En la literatura relacionada con el tema se vuelve a hacer en ocasiones referencia de forma indirecta a otros griegos, en su mayoría marinos. James Lockhart, en su libro *Spanish Peru 1532-1560,* menciona que un día del año 1544 llegó a Lima un grupo de marinos que venían del puerto de El Callao a realizar una operación comercial. El capitán era griego, el dueño del barco corso y los marineros genoveses, corsos, griegos y eslavos. En aquel tiempo los navegantes que no eran de la Península Ibérica eran griegos o italianos. El fundador del hospital para marinos de Lima, construido en 1573, era griego.

Marinos griegos en el virreinato de Perú

Los marinos griegos tenían un extraordinario conocimiento de su oficio. Algunos timoneles, como el primero que llegó a la costa de Chile, no sabían nada de latitudes, y se guiaban por su instinto y su experiencia, mientras que cierto capitán griego llamado Juan de Xio tenía un astrolabio, cartas de navegación y tres brújulas.

Un navegante muy bien considerado fue el griego Anton de Rodas, radicado en Lima. Llegó muy pronto a la costa occidental de Su-

damérica y fue uno de los marinos consultados con motivo de las disputas sobre fronteras que mantuvieron Almagro y Pizarro entre 1535 y 1537. En el transcurso de casi toda la década de 1540, realizó con regularidad la travesía entre Panamá y Lima en su barco *San Jorge*. En la campaña protagonizada por La Gasca contra Gonzalo Pizarro, este griego tuvo una posición de mando, y cuando acabó la guerra, fue uno de los comandantes elegidos para llevar a Panamá los tesoros del rey.

En 1549, de Rodas adquirió otro barco, el *San Juan*, que estuvo en su poder varios años. No está claro el momento en que se estableció en Perú, pero a finales de la década de 1550, tenía una mansión en Lima llena de esclavos negros, en la que, además, vivían a su costa todos los parientes españoles de su mujer y las familias de los miembros de su tripulación. De Rodas siguió en activo hasta 1563, siendo uno de los dos o tres navegantes más veteranos del Pacífico en aquel tiempo.

Artilleros griegos en el virreinato de Perú

Otro campo en el que estaban especializados los extranjeros de Perú, incluidos los griegos, era la artillería. Lockhart dice que esta actividad, que incluía la fabricación de armas y de pólvora, constituía prácticamente el monopolio de los extranjeros, y en opinión de los españoles, en particular de los griegos. También había en Perú artilleros flamencos, italianos y portugueses, pero no cabe duda que los griegos eran los más destacados. La mayoría, si no todos, habían trabajado como artilleros navales en el Atlántico o en el Mediterráneo.

El primero y más famoso fue Pedro de Candia, un artillero griego que destacó al ser uno de los trece hombres que acompañaron a Pizarro en la isla de Gallo. Se le nombró capitán artillero del rey y participó en la captura del Inca en Cajamarca, lo que le convirtió en un importante encomendero en Cuzco.

Candia era un profesional del metal muy competente. Con ocasión del reparto del botín de Cuzco en 1534, diseñó un hierro de marcar para distinguir la plata del oro. El final de su carrera, y con ello el momento cumbre en cuanto al dominio de la artillería en Perú por parte de los griegos, vino en 1542, cuando Candia se unió a las fuerzas del joven Almagro en Cuzco. Reclutó a quince o veinte artilleros grie-

gos y, con la ayuda de fundidores italianos, fabricó doce o más cañones de bronce, seis de ellos enormes, de casi cuatro metros de largo, y los llevó a la batalla de Chupas, en la que murió. Pero los hombres de Candia no fueron los únicos griegos que tomaron parte en aquella batalla: en el otro bando, el vencedor, había por lo menos otros cinco o seis artilleros griegos.

Pedro de Candia fue el único artillero que adquirió el rango de encomendero en Perú, pero su éxito fue limitado. Cuando emprendió una ambiciosa expedición por el este de Cuzco en 1538, fracasó, en parte debido a que los españoles que le acompañaban apenas respetaban la autoridad de un extranjero. Después de Candia, los capitanes de artillería fueron españoles, y se trataba más de personajes con autoridad que de especialistas en la materia. Sus artilleros extranjeros recibieron recompensas menores. Parece que el predominio griego disminuyó ligeramente con el tiempo, es de suponer que porque los españoles u otros extranjeros iban poco a poco aprendiendo el oficio. Los artilleros que manejaban los once grandes cañones de la armada real en 1554, eran todos extranjeros, a excepción de un vasco y otro que también podía ser español, y sólo había dos griegos entre ellos.

Griegos en Sudamérica en el siglo XVI

Las cifras que se manejan con respecto a los griegos presentes en Sudamérica en el siglo XVI son incompletas. El total que se da para Perú entre 1532 y 1560 es de 52, lo cual significa que, dentro de los extranjeros, los griegos ocupaban el tercer puesto en cuanto a número, por detrás de portugueses e italianos. Si nos atenemos a los registros de pasajeros, entre 1540 y 1559 llegaron a Chile seis griegos, nueve a Río de la Plata y cuatro a Asunción.

Griegos en Norteamérica, 1700-1821

En el siglo XVIII, y durante la mayor parte del XIX, la emigración de griegos a América tuvo un carácter esporádico. La primera nacionalización de un griego en Estados Unidos se registró en Maryland en 1725, y el primer matrimonio de griegos en Nueva Orleans en 1799.

El matrimonio de Nueva Orleans lo componían Marianne Celeste Dragon y Andreas Dimitris. Marianne era la hija de Mihail Drakos, un griego nacido en Atenas que se había establecido en la Louisiana francesa antes de 1764. Drakos servía en la milicia francesa, y más tarde se unió a una expedición española en el oeste de Florida. Se casó con una francesa, Françoise Chauvin Beaulieu de Monplaisir, e hizo fortuna en los negocios. Los archivos muestran que en 1815 tenía quince esclavos negros. Murió en 1821.

La hija de Drakos, Marianne Celeste, tuvo diez hijos, seis chicas y cuatro chicos. Es posible que su marido, Andreas Dimitris, fuese un albanés helenizado originario de la isla griega de Hidra. Parece que al menos dos de sus hijos adquirieron relevancia, uno como profesor y otro como periodista. Ambos tomaron parte en la guerra civil del lado del Sur. Pero no se conoce con certeza si conservaron algo de la tradición griega.

La colonia de Nueva Esmirna en Florida

A finales de la primera década del siglo XVIII, se establecieron en la costa oriental de Florida cerca de 500 griegos. Formaban parte de un grupo mayor compuesto por otros europeos, sobre todo italianos y menorquines. Se trataba del proyecto de un escocés, el doctor Andrew Turnbull, que pretendía crear una colonia griega en Florida durante el dominio británico de la zona, entre 1763 y 1783.

Turnbull estableció una plantación en una franja costera deshabitada y llamó a la colonia Nueva Esmirna en honor a este puerto de Asia Menor, que era el lugar de nacimiento de su esposa. El auge y decadencia de Nueva Esmirna aparecen descritos con detalle en un libro titulado *New Smyrna, An Eighteenth Century Greek Odyssey,* obra del historiador americano de origen griego Epaminondas Panagopoulos, que publicó la Universidad de Florida en 1966. Al parecer, este autor pasó unas vacaciones en una playa de Florida llamada Nueva Esmirna y el nombre despertó su curiosidad. Su profesión le permitió recoger información de varios archivos de Londres, Sevilla, París, Menorca, Ajaccio, Michigan y la propia Florida.

El relato de Panagopoulos es una saga. Comienza con los esfuerzos de Turnbull por reclutar griegos que quisiesen establecerse en

América y las dificultades que hubo de afrontar. Al proyecto se opusieron no sólo las autoridades otomanas, sino también la Compañía Británica de Levante, que dominaba el comercio de la parte oriental del Mediterráneo a principios del siglo XVIII. Ambos temían que las provincias griegas quedasen despobladas, con el consiguiente efecto adverso para la economía. Sin embargo, el gobierno de Londres estaba dispuesto a apoyar cualquier proyecto que significase poblar el territorio recién adquirido de Florida y desarrollar allí la agricultura.

Turnbull consiguió finalmente convencer a algunos griegos de la región de Maina, en el Peloponeso. Dicha región tenía tradición en la lucha contra los turcos, y una represalia reciente de éstos, que resultó ser una masacre, hizo que muchos maniotas, más de trescientos, decidiesen seguir a Turnbull. Empezaba a confirmarse la tesis del escocés, que creía que los griegos serían colonos ideales en el Nuevo Mundo por los apuros que habían soportado bajo la opresión de los otomanos.

De camino a Grecia se detuvo en el puerto de Mahón, en Menorca. Pretendía usar este puerto como base de operaciones y partir desde allí hacia Florida. Allí le dijeron que en Italia, en las cercanías de Livorno, había muchos campesinos dispuestos a emigrar. Pero, nuevamente, el miedo de las autoridades hizo que tan sólo unas 100 personas pudiesen darse cita en Mahón. Cuando Turnbull regresó de Grecia, encontró que a estos cien toscanos se les habían unido unos 200 griegos procedentes de Córcega, que habían decidido abandonar la isla después de que los franceses se la arrebataran a los genoveses.

Cuando se hubieron completado todos los preparativos para el viaje, resultó que muchos menorquines habían decidido acompañar a Turnbull. En 1768 había 1.400 personas dispuestas a cruzar el Atlántico con el escocés rumbo a la deshabitada costa de Florida. Más de quinientas eran griegas. Zarparon a bordo de ocho navíos que atravesaron el estrecho de Gibraltar en abril de 1768. Después de tres duros meses de viaje, llegaron a St. Augustine, en la costa de Florida. 150 personas habían fallecido durante la travesía.

Para los colonos de Nueva Esmirna los problemas no habían hecho más que empezar. Lo inhóspito del territorio y los enjambres de mosquitos resultaban insoportables. Pero al estar allí en calidad de arrendatarios, tenían que trabajar varios años para reembolsar el coste del viaje y de la tierra que se les había «concedido». Al cabo de varios

meses, 300 de ellos se apoderaron de un barco e intentaron escapar, pero fue en vano. Los tres cabecillas fueron ejecutados por las autoridades británicas de St. Augustine.

La revuelta no consiguió más que empeorar la situación. Las condiciones de vida eran lamentables; faltaban alimentos y comodidades, y el hambre y la enfermedad empezaron a diezmar la población. La supervisión del trabajo corría a cargo de mayorales, cuya forma de tratar a los colonos se volvió brutal e inhumana. En dos años la población de la colonia se redujo a la mitad. 455 adultos, hombres y mujeres, y 177 niños, habían muerto.

Aunque la colonia producía gran variedad de productos, nunca se alcanzaron los ambiciosos niveles esperados. Mientras, los que respaldaban económicamente a Turnbull desde Londres empezaron a perder interés por el proyecto. No obstante, a mediados de la década de 1770, la producción de la colonia, incluyendo el grano que se exportaba a Inglaterra, alcanzó un volumen satisfactorio.

Pero a pesar de los avances económicos, el panorama no mejoró para los habitantes de Nueva Esmirna. Las condiciones de vida seguían siendo infrahumanas. La colonia se regía por leyes brutales y disciplinarias. Un total de 930 personas perdieron la vida desde la llegada de los primeros colonos en 1768 hasta el noveno aniversario de la colonia en 1777.

Fin de la colonia

Cuando celebró su noveno aniversario, Nueva Esmirna estaba a punto de desaparecer. Dos hechos por separado habían socavado seriamente su viabilidad. En primer lugar, Turnbull había entablado una larga disputa con el nuevo gobernador de Florida. Viajó a Londres para pedir su destitución, y el gobernador, en represalia, empezó a desentenderse de los asuntos de la colonia. En segundo lugar, la Guerra de Independencia americana, aunque Florida no tomara parte en ella, repercutió seriamente en la capacidad que los ingleses tenían para garantizar que la región estuviera a salvo de los insurgentes de la vecina Georgia, de las incursiones de piratas y de las de las tribus indias.

En 1777, dos colonos escaparon al férreo control de la colonia y llegaron a St. Augustine. Allí presentaron queja formal del tratamiento

a que estaban sometidos en Nueva Esmirna. Su queja fue atendida y se les permitió establecerse en St. Augustine. A ellos siguieron otros, y en diciembre de 1777 los únicos habitantes de Nueva Esmirna eran: los parientes de Turnbull, que estaban a la espera de volver a Gran Bretaña, algunos mayorales y unos cuantos esclavos negros. Turnbull acabó por fijar su residencia en Charleston (Carolina del Sur), y practicó en aquella ciudad la medicina. Murió allí en 1792, y su esposa griega le siguió al cabo de seis años. Todo lo que quedó de su grandioso sueño fue un puñado de inmigrantes griegos, italianos y menorquines, que perseguían todavía un futuro mejor en América.

Los griegos de Florida bajo el dominio español

En St. Augustine, los colonos procedentes de Nueva Esmirna no se vieron libres de problemas. Les dieron tierras pero no casas, y las viviendas que tenían de momento no les protegían de las lluvias torrenciales. Esto costó la vida a muchos de ellos. Los que lograron sobrevivir recibieron terrenos para cultivar y edificar casas, con lo que su situación experimentó cierta mejoría.

La noticia de la cesión de Florida a los españoles fue recibida con especial alegría por parte de los menorquines de Nueva Esmirna, pero los griegos y los italianos también juraron lealtad al nuevo gobernador, Vicente Manuel de Zéspedes. Algunos se marcharon de Florida; los que se quedaron conocieron una vida mejor que la de antes.

Entre los colonos de Nueva Esmirna se celebraron muchos matrimonios mixtos. Muchos varones griegos se casaron con menorquinas. Parece ser que muchos de estos griegos asistían a la iglesia católica construida por los menorquines en St. Augustine. Había excepciones, como la del cretense Dimitrios Foundoulakis, del que algunas fuentes documentales dicen que se mantuvo fiel al credo ortodoxo. Sin embargo, lo normal fue que estos griegos se asimilaran poco a poco a la sociedad colonial española, como demuestra el hecho de que algunos cambiaran su nombre. Así por ejemplo, Kyriakos Kostas se convirtió en Domingo Costa, y Georgis Kostas pasó a llamarse Jorge Costa. Uno de ellos, Juan Janópoli (antes Ioannis Giannopoulos), hizo de su casa en St. Augustine una escuela, que ha sido posteriormente restaurada por tratarse del primer edificio escolar de los Estados Unidos. ¿Qué

mejor monumento al tremendo sacrificio de los colonos de Nueva Esmirna?

El siglo xix (1830-1890)

Los griegos que llegaron a los Estados Unidos a comienzos del siglo xix, antes de la oleada masiva de emigrantes, pueden clasificarse en varias categorías. Una primera sería la de los niños enviados allí al estallar la revolución griega; otra, la de los comerciantes y navieros que constituyeron sucursales de sus negocios en ciudades norteamericanas; por último, una tercera categoría la formarían los campesinos. También se produjeron casos aislados de emigración a Canadá y Sudamérica.

Jóvenes emigrantes

La revolución griega de 1821 despertó una ola de «helenofilia» en Europa y América. Varios helenófilos estadounidenses viajaron a Grecia para unirse a la causa griega. El más famoso de ellos fue el doctor Samuel Gridley Howe, que pasó varios años en Grecia combatiendo del lado de los rebeldes. Howe es conocido en los Estados Unidos por su trabajo en favor de los ciegos, mientras que su esposa, Julia Ward Howe, se hizo célebre por componer una famosa canción patriótica titulada *Battle Hymn of the Republic*. Por aquella misma época, muchos misioneros protestantes visitaron Grecia. Tanto ellos como los helenófilos brindaron a muchos niños y jóvenes griegos la oportunidad de ser educados en Norteamérica.

El resultado fue que unos 40 niños viajaron a América entre 1823 y 1824, en algunos casos por propia iniciativa y en otros gracias a los esfuerzos de la Iglesia protestante congregacionista de Norteamérica. Durante unas cuantas décadas cruzaron también el Atlántico un número indeterminado de jóvenes a los que se les ofreció la posibilidad de recibir educación de forma gratuita en Estados Unidos.

En el caso de los misioneros, lo que se pretendía era que aquellos niños regresaran después a Grecia con el propósito de extender la religión protestante. Algunos lo hicieron; otros se quedaron en América y

se convirtieron en figuras relevantes de los Estados Unidos. En el caso de los helenófilos, sus intenciones eran puramente filantrópicas, aunque es posible que los implicados en actividades navales animaran a los jóvenes emigrantes a hacer carrera en la armada estadounidense.

Existe mucha información disponible con relación a la vida de los niños griegos que se trasladaron a Norteamérica, sobre todo acerca de los que adquirieron relevancia. No todas las fuentes son fidedignas, pero muchos estudios reproducen bocetos prosopográficos de algunos de estos personajes. La aparición de monografías sobre varios de ellos ayuda a clarificar la información aportada por los documentos históricos [4].

La verificación de los detalles relativos a la vida de aquellos jóvenes emigrantes podría llevarse a cabo si hubiera suficientes estudiosos que se interesaran por esta faceta de la historia de los griegos en América. En caso de emprenderse un proyecto de este tipo, habría que ofrecer una interpretación general del papel desempeñado por este núcleo de emigrantes.

Con tal propósito, hemos dividido aquí a estos jóvenes en tres grupos: los que tuvieron relación con el protestantismo, los que se convirtieron en figuras importantes sin tomar parte en actividades religiosas y los que hicieron carrera en la Marina de los Estados Unidos. Se trata de una categorización algo tosca, pero proporciona una idea de cómo las distintas circunstancias forjaron la identidad de aquellos jóvenes emigrantes.

Los jóvenes emigrantes y el protestantismo

Hubo varios misioneros protestantes americanos que visitaron la cuenca oriental del Mediterráneo en la primera mitad del siglo XIX, y muchos de ellos fueron a Grecia. El deseo de hacer proselitismo se puso de manifiesto en la buena relación que mantuvieron con la Igle-

[4] Entre los estudios antiguos, el mejor es el de Thomas Burgess, *Greeks in America,* 1913, capítulos 13 y 14. Véase también Eva Catafygiotou Topping, «George M. Colvocoresses USN: From Sea to Shining Sea», en Dan Georgakas y Charles C. Moskos (eds.), *New Directions in Greek American Studies,* 1991, pp. 17-34.

sia ortodoxa griega, por considerar que sus respectivos credos coincidían bastante.

Entre los niños griegos que viajaron a Norteamérica por iniciativa de estos misioneros, hubo varios que volvieron a Grecia como apóstoles del protestantismo; otros se quedaron en Estados Unidos y trabajaron con la Iglesia Unitaria, y otros no mostraron una afiliación religiosa reseñable.

Entre los que volvieron a Grecia para hacer apostolado podemos citar a George Constantine (1833-1892). Había nacido en Atenas y fue a América en 1850. Allí se graduó por el Amherst College en 1859 y por el Seminario de Andover en 1962. Pasó el resto de su vida en Atenas y Esmirna como misionero protestante. Otro caso similar es el de Michael Kalopathakis (1825-1905), que estudió en el Seminario de la Unión y también volvió a Grecia como misionero.

Otros griegos se convirtieron al protestantismo pero se quedaron en Estados Unidos. Uno de ellos fue Andreas Zenos (Xenos), nacido en Constantinopla en 1855, que fue profesor en la Universidad de Lake Forest y en los seminarios de Hartford y McCormick. Christos Apostodulou Derebeis, nacido en Bursa (Asia Menor) en 1857, llegó a América en 1881 y estudió en el Amherst College y en los seminarios de Hartford y Andover. Finalmente fue ordenado sacerdote y ejerció como tal en Main hasta 1893. Luego estudió medicina en la Universidad de Illinois y fijó su residencia en Chicago.

Ioannis Celivergos Zachos nació en Constantinopla en 1820. Su padre, Nikolaos Zachos, era un comerciante rico y miembro de la Sociedad de Amigos que se había formado en Odessa para coordinar la lucha contra los otomanos. Condenado a muerte por las autoridades turcas, Nikolaos abandonó Constantinopla y fue a Grecia para luchar en apoyo de los insurgentes. Murió en 1824. Su viuda, Efrosyni, que también pertenecía a la clase alta de Constantinopla, se casó con Nikolaos Celivergos, el cual había sido secretario del conde Capodistria, primer regente de Grecia, y tesorero de Otón I.

Samuel Howe aconsejó a Efrosyni que enviara a su hijo Ioannis a Norteamérica para ser educado allí. Así lo hizo, y pudo costear los estudios de su hijo durante tres años, hasta que al parecer el estilo de vida extravagante de su marido acabó con su fortuna. Ioannis se pagó sus propios estudios, y a los quince años (1840) se graduó por el Ken-

yon College (Ohio). Estudió medicina y más tarde se dedicó a la enseñanza.

Durante la guerra civil, Zachos colaboró con dos organizaciones que trabajaban en favor de los esclavos negros liberados. Después de esto fue ordenado sacerdote de la Iglesia Unitaria. En 1871 pasó a formar parte del cuerpo administrativo de Cooper Union, una prestigiosa institución de enseñanza de Nueva York, para la que trabajó los veinte últimos años de su vida. Durante este tiempo destacó en los círculos intelectuales de la ciudad.

Hubo otros niños que fueron a Norteamérica a instancias de los misioneros, pero que se desligaron de la religión protestante, aunque adquirieron relevancia social. Evangelinos Apostolides (1804-1883) nació en Tsangarades, un pueblo situado en la cima del monte Pelion, en Tesalia. Muchos griegos de esta zona emigraron a Egipto. Evangelinos viajó a El Cairo en dos ocasiones y visitó el monasterio ortodoxo de Santa Catalina, en el desierto del Sinaí. Tuvo la suerte de ser alumno, primero en Tesalia y luego en la isla de Syra, de Anthimos Gazis, aquel estudioso griego que había vivido en Viena. Fue él quien empezó a llamarle *Sófocles* por lo inteligente que Evangelinos le parecía.

Sófocles conoció en Syra al reverendo Josiah Brewer, que le invitó a viajar a los Estados Unidos. Gazis le animó a aceptar la invitación, y el joven griego estudió un año en el Amherst College (1829). Después de pasar algún tiempo en Connecticut, fue a Harvard (que aún no era universidad) como profesor de griego. En 1860 se creó una nueva cátedra para él: griego antiguo, bizantino y moderno. Siguió ocupándola hasta su muerte en 1883.

Sófocles es autor de varios trabajos. El más conocido es el titulado *Léxico griego de los periodos romano y bizantino desde el año 146 a.C. hasta el 1100 d.C.* Pero parece que no demostró ningún interés por los intentos que se llevaban a cabo en Grecia por recuperar la forma clásica de la lengua griega, como tampoco debió tenerlo por ningún otro asunto griego. Sí se interesó, sin embargo, por la Iglesia ortodoxa griega, aunque no por cuestiones religiosas en general, e hizo varios donativos al monasterio del Sinaí.

Jóvenes emigrantes en la vida pública

Puede decirse que los jóvenes que se vincularon a la Iglesia protestante llevaron una vida más o menos parecida. Sin embargo, las experiencias de otros jóvenes emigrantes no parecen tener apenas nada en común. Unos se mantuvieron más unidos a Grecia que otros.

Michael Anagnos (Anagnostopoulos) (1837-1906) nació en Papingo, un pueblo de montaña situado en Epiro, al noroeste de Grecia. Era periodista, y el doctor Samuel Gridley Howe le reclutó para que colaborara con el movimiento que perseguía la unión de Creta con Grecia. Anagnos viajó a Boston con Howe con la intención de trabajar para el Comité Helenófilo Cretense de Nueva Inglaterra. También enseñó griego y latín en la Institución Perkins para Ciegos de Howe. En 1876 se casó con una hija del doctor, Julia Romana. Cuando Howe murió en 1876, Anagnos fue elegido para dirigir la institución y se distinguió por su seria entrega a la educación de las personas ciegas.

Anagnos siguió vinculado a su país de origen. Se interesó por la causa nacionalista y llegó a ser presidente a la Unión Nacional de Griegos que existía en Estados Unidos. También se encargó de edificar y equipar un colegio en su pueblo natal. Después de visitar los Juegos Olímpicos de Atenas en 1906, y en mitad de un viaje por los Balcanes, cayó enfermo y murió en Rumania. Fue enterrado en su pueblo natal.

Otro griego que apoyó la causa nacionalista fue Alexander George Paspatis, nacido en la isla egea de Quios en 1814. Los turcos quemaron la isla en 1822 como represalia por la insurrección griega. Paspatis fue capturado y vendido como esclavo en Esmirna, donde se dice que su propia madre, que había escapado de Quios, le compró con el único dinero que había conseguido guardar. Los helenófilos americanos de Esmirna le enviaron a Boston, y allí vivió con la familia de Marshall P. Wilder.

El joven Paspatis recibió una educación esmerada. En 1831 se graduó por el Amherst College, habiendo destacado en idiomas, arqueología e historia bizantina. Después cursó estudios de medicina en París y en Pisa. Fue uno de los fundadores, en 1861, de la Sociedad Filológica Griega, una organización cuyo objetivo era que los griegos, entonces bajo el dominio otomano, accediesen a la educación. Paspatis abandonó la medicina en 1879 y vivió en Atenas hasta su muerte en 1891.

Otro de estos jóvenes emigrantes llegó a convertirse en el primer congresista americano de origen griego, pero no mantuvo ningún contacto con Grecia. Se trata de Loucas Miltiades Miller, que nació en Levadia, una localidad al norte de Atenas, en 1824. Su padre fue un jefe militar que murió durante la revolución. El coronel Jonathan P. Miller, que también había combatido con los griegos, se llevó al huérfano a los Estados Unidos y lo adoptó. El joven Lucas creció en el seno de la familia Miller en Montpelier (Vermont), y se educó allí.

A los veinte años Miller empezó a trabajar como abogado. Luego se mudó al oeste y se estableció como granjero en Oshkosh (Wisconsin). En 1835 fue elegido para la Asamblea del estado y en 1891 pasó a formar parte del Congreso de los Estados Unidos como representante de Wisconsin. Ocupó su escaño por un periodo de cuatro años, y se distinguió por sus cualidades como orador y por defender el robustecimiento de la fuerza naval americana.

Jóvenes emigrantes en la Marina de los Estados Unidos

Entre los jóvenes que se unieron a la armada americana podemos citar a George Syrian (Syrianis). Se dice que su madre, cuando ambos huían de los turcos, lo puso en un bote mientras ella se quedaba en la orilla para distraer a sus perseguidores. El niño fue recogido por un buque americano. Se hizo oficial de artillería y luchó del lado del Norte en la guerra civil. Su padre adoptivo publicó uno de los primeros manuales de artillería naval. También se habla de un tal Photius Fiske que ingresó en la Marina como capellán. De estos dos griegos no sabemos casi nada, pero hay otro joven emigrante sobre el que poseemos más información. Se trata de George Musalas Calvocoresses, nacido en 1816, cuyo apellido se transformó en Colvocoressis.

El joven George fue el único de su familia que sobrevivió a la masacre de Quios. Su padre le puso a bordo de un barco americano que se dirigía a Baltimore. A su llegada, las sociedades helenófilas se hicieron cargo de él. Ya le habían encontrado un padre adoptivo en la persona del capitán Alden Partridge, un oficial retirado que había fundado la Academia Literaria, Científica y Militar de Vermont. En ella estudió Colvocoressis hasta graduarse en 1831. Después ingresó en la Marina de los Estados Unidos.

En 1838, era ya oficial y se enroló en una expedición por el Pacífico y el Atlántico que duró hasta 1842. Después de esto, y hasta que estalló la guerra civil, estuvo a bordo de otros barcos que navegaron hacia el Mediterráneo y hacia China, entre otros lugares. Durante la guerra tuvo el mando de varios buques y alcanzó gran distinción. Pero en 1867, le apartaron de la armada, lo que supuso para él un duro golpe. Cinco años después era asesinado por un ladrón cerca de su casa de Connecticut.

Comerciantes griegos en Norteamérica

Los progresos hechos por el comercio griego a mediados del siglo XIX, gracias a la exportación de algodón desde Alejandría y a la consolidación de sus intereses en Londres, supuso el establecimiento de sucursales en varios núcleos comerciales de los Estados Unidos como Boston, Galveston, Nueva Orleans, Nueva York, San Francisco o Savannah.

La aparición de estas sucursales coincide con el estallido de la guerra de Crimea en la década de 1850, que significó la interrupción del comercio en el Mediterráneo y el Mar Negro. Esto hizo que los griegos pusiesen los ojos en Norteamérica. Alrededor de 1851 se creó en Nueva York una sucursal de la empresa Rally Brothers. Hacia 1854, otras dos empresas griegas, Rodocanachi y Franghiades, abrieron sucursal en Nueva Orleans. Después aparecieron muchas otras como las de Petrocokkino, Scaramanga & Skilitzi (que representaba a la firma Argenti de Londres), Roidi, Rodocanachi & Carali, Negreponti & Alegasto, Zizinia, Scaramanga Brothers o Psomadi & Ralli, por mencionar unas cuantas.

La mayoría de estos negocios estaban relacionados con la exportación de algodón, y en las listas de comerciantes de Nueva York y Nueva Orleans aparecen muchos nombres griegos. Con el descenso de la exportación a consecuencia del estallido de la guerra civil, la mayoría de los establecimientos griegos cerraron.

Los marinos griegos también encontraron trabajo en varios puertos de Norteamérica, así como en la navegación fluvial del Mississippi, en los Grandes Lagos (Erie, Hurón y Superior) y en el río San Lorenzo, en Canadá.

Primeros emigrantes del Peloponeso

El preludio de lo que a la postre sería la era de la emigración masiva de griegos a Norteamérica se produjo en las décadas de 1860 y 1870, cuando varios pequeños grupos de habitantes del Peloponeso abandonaron sus pueblos y cruzaron el Atlántico. Los centros urbanos de Grecia, en particular Atenas y su puerto, El Pireo, habían atraído ya a mucha gente de la zona. También se habían desplazado gran cantidad de emigrantes hacia la costa occidental de Asia Menor y a Egipto. En la segunda mitad del siglo XIX había numerosos muchachos del Peloponeso trabajando como limpiabotas en Atenas: las calles de la capital no estaban asfaltadas y el polvo les proporcionaba unas magníficas oportunidades de trabajo. Los primeros emigrantes que llegaron a los Estados Unidos también desempeñaron este oficio, lo que demuestra una continuidad en su forma de vida.

Existen varios pueblos que podrían reivindicar su condición de padres de los pioneros griegos en Estados Unidos. Si nos atenemos a lo información aportada por los propios emigrantes, el honor correspondería a Esparta, de donde partió un grupo encabezado por Christos Chakonas. Tanto de la ciudad de Esparta, como de todo el distrito de Laconia, habían salido emigrantes hacia Atenas y El Pireo, y también hacia Egipto. Otro grupo conocido de Chakonas abandonó el pueblo laconio de Tzintzinon y estableció en los Estados Unidos una empresa familiar cuya red comercial se extendió por todo el país, llegando incluso a Hawaii [5].

Se considera que el líder de esta expedición, Christos Tsakonas, fue el pionero de la emigración masiva a América, no sólo desde el punto de vista cronológico, sino también por las actividades que realizó a su llegada a los Estados Unidos. Los emigrantes de su grupo se convirtieron en comerciantes minoristas y se instalaron sobre todo en Chicago. Ambas características son típicas del movimiento migratorio masivo posterior. No existe sin embargo testimonio de que los emigrantes que llegaron después de 1890 conocieran a Tsakonas antes o después de salir de Grecia, y el comercio minorista no fue más que uno de los muchos caminos que escogieron.

[5] Peter W. Dickson, «The Greek Pilgrims: Tsakonas and the Tsintzinians», en Georgakas y Moskos (eds.), *New Directions in Greek American Studies,* 1989.

Esta primera corriente migratoria no se consideró en el momento como signo de una tendencia futura, al menos por parte de los observadores americanos. El gobierno de los Estados Unidos pidió a su cónsul en Atenas, W. H. Moffet, que averiguara las proporciones y las características de la emigración que había partido de Grecia hacia Norteamérica. En junio de 1886, Moffet respondió a su gobierno que el número de griegos emigrados a los Estados Unidos no había sido muy elevado, y que no se apreciaban grandes deseos de emigrar entre la población. Dijo, concretamente, que las condiciones de vida del campesinado griego no eran como para tener que emigrar. La densidad de población era escasa y el nivel de desarrollo bajo. No era difícil encontrar trabajo y la gente tenía únicamente necesidades primarias que podían satisfacer fácilmente.

Pero en menos de diez años, el cónsul que sucedió a Moffet en Atenas, George Horton, informaría a su gobierno de la crisis económica causada por el excedente de uva-pasa. Fue entonces cuando la emigración fue un hecho para cientos de familias campesinas griegas.

Estadísticas de la emigración griega a los Estados Unidos hasta 1890

Con relación al periodo anterior a la era de emigración masiva, las únicas cifras de emigrantes recogidas por el Servicio Griego de Estadística son las referidas a personas que se trasladaron a los Estados Unidos.

Tabla 2.1. Emigrantes griegos a los Estados Unidos, 1821-1890

1820-1824	5	1855-1859	7
1825-1829	12	1860-1864	16
1830-1834	2	1865-1869	35
1835-1839	44	1870-1874	104
1840-1844	8	1875-1879	101
1845-1849	6	1880-1884	178
1850-1854	25	1885-1889	1.539

Datos tomados de *Statisitki Epetiris tis Ellados*, 1930, p. 136.

Griegos en Canadá, 1821-1890

La emigración griega a Canadá en este periodo tuvo un carácter esporádico y está muy poco documentada. Los primeros emigrantes fueron marinos que decidieron establecerse en Canadá, pero conocemos muy poco sobre sus orígenes. Se sabe que en 1871, había en Canadá 39 griegos.

Uno de ellos fue un tal George Kapiotes, originario del pequeño puerto de Kymi (Euobea), que prestaba servicio en la Marina británica. Fijó finalmente su residencia en Victoria, donde se casó con la hija de un jefe indio. La ceremonia fue oficiada por un sacerdote ortodoxo ruso. Kapiotis murió en 1916, a la edad de 93 años. Otro marino griego fue Ioannis Yannaris, nacido en la isla de Syros. En 1878, se enroló en un barco en Vancouver y se dedicó al negocio de la pesca del salmón. Se hizo súbdito británico y cambió su nombre por el de John Stevens, pero al parecer todos le llamaban Johnny *el Griego*. Otro caso es el de Petros Constantinides, que se licenció en medicina en Edimburgo (Escocia) y se estableció en Toronto en 1864.

Griegos en Sudamérica en el siglo XIX

A lo largo de todo el siglo XIX hubo un continuo goteo de emigrantes griegos a Sudamérica, especialmente a Brasil. En 1840, existía una pequeña comunidad griega en Río de Janeiro compuesta por personas relacionadas con grandes empresas comerciales, como Rallis, Rodocanachis y Petrocokkinos. Uno de sus miembros era un tal Kalogeras, sobrino de Capodistria, cuyo hijo, Pandias Kalogeras, llegó a ser ministro de Economía en Brasil en 1915.

En la década de 1880, un pequeño grupo de campesinos procedentes del Peloponeso viajaron a Brasil, y trabajaron en los cafetales. Parece ser que las penurias que soportaron, descritas en cartas que publicó la prensa griega, desalentaron a aquellos que pensaban abandonar Grecia para evitar, precisamente, la dureza de la vida campesina.

Al tratarse de cifras tan pequeñas, las estadísticas nacionales no revelan por lo general el número de griegos que llegó a Sudamérica. Cuando tales números aparecen registrados, no nos sirven más que para comprobar lo exiguos que eran. Así por ejemplo, en la región ar-

gentina de Santa Fe en 1875 había tan sólo 13 varones griegos, mientras que los italianos eran 1.691. No obstante, los griegos ocupaban el décimo puesto en cuanto a número entre las comunidades étnicas de la región [6].

Resumen

La emigración transatlántica griega mantuvo unos niveles relativamente bajos hasta el siglo XIX. Después de 1492, los griegos llegaron de forma esporádica y su llegada tuvo que ver con la conquista del Imperio Bizantino por parte de los otomanos, con el consiguiente desplazamiento hacia el oeste de marinos y otros emigrantes. Varios de ellos se distinguieron como navegantes y artilleros en la etapa de la conquista.

Menos de cuatrocientos años más tarde, las circunstancias que rodearon la lucha griega por la independencia empujaron a muchos niños griegos hacia Norteamérica en calidad de refugiados. En Florida se había establecido una colonia de emigrantes a principios del siglo XVIII. Poco a poco, los griegos fueron atraídos hacia América.

Sin embargo, antes del siglo XIX la presencia griega en América se reducía a un puñado de comerciantes y marinos. Mientras que Europa occidental experimentó una oleada de emigración masiva a mediados del siglo XIX, el escaso desarrollo de las regiones griegas, basado en una economía de subsistencia, significaba que gran parte de la población agraria no estaba aún expuesta al tipo de crisis económica que da lugar a la emigración. Además, siempre podían ir a Asia Menor o a Egipto, que estaban bastante más cerca.

[6] Alberto Kleiner (comp.), *La inmigración Europea en la Argentina*. Buenos Aires: Libreros y Editores del Polígono, 1983, p. 71.

Capítulo III

EMIGRACIÓN MASIVA A AMÉRICA, 1890-1930

La emigración masiva a América, en especial a los Estados Unidos, empezó en la última década del siglo XIX y aumentó de manera más o menos constante hasta que entraron en vigor las restricciones en 1924. En un principio, la emigración fue una consecuencia de la crisis por la que atravesaba la agricultura griega: muchos campesinos, primero del Peloponeso, y más tarde de todo el país, decidieron ir a los Estados Unidos en busca de un futuro mejor y más seguro económicamente, ya fuera a corto o a largo plazo. En Turquía, la desintegración del Imperio Otomano tras la rebelión de los Jóvenes Turcos en 1908, que supuso el alistamiento de las minorías étnicas para combatirla, y la persecución cada vez mayor a que fueron sometidos los griegos a partir de las guerras balcánicas (1912 y 1913), condujeron a una creciente emigración de éstos. La salida de emigrantes, tanto desde Grecia como desde el Imperio Otomano, fue en aumento, con la lógica fluctuación en los años de la Primera Guerra Mundial a causa de la interrupción de las comunicaciones en el Mediterráneo.

En este capítulo examinaremos primero las dimensiones del movimiento migratorio hacia los Estados Unidos, Canadá y los países latinoamericanos. Después se analizarán una a una las causas de la emigración griega, el perfil social de los emigrantes, su procedencia geográfica y las distintas formas que adoptó el fenómeno. El análisis se centrará en la región del Peloponeso, que fue de la que salieron mayor número de emigrantes a principios de siglo.

Volumen de la emigración a América

A finales del siglo XIX y principio del XX, la emigración se dirigió sobre todo a Estados Unidos. El número de griegos que se establecieron en Canadá o Sudamérica fue relativamente pequeño. Las cifras que se citan a continuación muestran el volumen de la emigración griega en este periodo. La primera tabla representa el número de griegos llegados a los Estados Unidos. En la columna denominada «raza griega», a los ciudadanos griegos se les han sumado los griegos que no tenían la nacionalidad griega por ser súbditos del Imperio otomano, que era lo más frecuente, o por estar nacionalizados en otro país.

Tabla 3.1. Cifras totales de ciudadanos griegos y personas de raza griega de ambos sexos emigrados a los Estados Unidos, 1880-1925

Año	Ciudadanos griegos	Raza griega
1880	25	–
1881	19	–
1882	126	–
1883	73	–
1884	37	–
1885	172	–
1886	104	–
1887	313	–
1888	782	–
1889	158	–
1890	524	–
1891	1.105	–
1892	615	–
1893	1.131	–
1894	1.351	–
1895	605	–
1896	2.175	–
1897	571	–
1898	2.339	–
1899	2.333	2.395
1900	3.771	3.773
1901	5.910	5.919
1902	8.104	8.115
1903	14.090	14.376
1904	11.343	12.625
1905	10.515	12.144

Año	Ciudadanos griegos	Raza griega
1906	19.489	23.127
1907	36.580	46.283
1908	21.489	28.808
1909	14.111	20.262
1910	25.888	39.135
1911	26.226	37.021
1912	21.449	31.566
1913	22.817	38.644
1914	35.832	45.881
1915	12.592	15.187
1916	27.034	26.792
1917	23.974	25.919
1918	1.910	2.602
1919	386	813
1920	11.981	13.998
1921	28.502	31.828
1922	3.451	3.821
1923	3.333	4.177
1924	4.871	5.252
1925	826	1.068

Cifras aportadas por la Comisión de Inmigración de los Estados Unidos y por el Servicio Nacional de Estadística de Grecia.

Con la era de emigración masiva de griegos se incrementó el número de los llegados a Canadá y Latinoamérica, aunque tal incremento fue menor que el registrado en Estados Unidos. La emigración a Canadá, que hasta 1900 había tenido carácter esporádico, aumentó sus cifras debido a una afluencia migratoria más constante. Entre 1900 y 1907 llegaron a Canadá unos 2.500 griegos. En 1912 había allí 5.740.

El número de griegos que emigraron a Canadá y a Sudamérica fue tan pequeño en comparación con el de los emigrantes que recibió Estados Unidos, que el Servicio Griego de Estadística lo une con el de los que emigraron a Sudáfrica y a Australia. El total que se calcula para el periodo 1871-1925 es de 26.125.

La siguiente tabla ofrece alguna información respecto del volumen de la emigración griega a Canadá.

Tabla 3.2. Inmigrantes en Canadá según nacionalidad para los años fiscales 1900-1920 y los años naturales 1920-1924

Años	Griegos	Turcos en general
1900-01	81	37
1901-02	161	17
1902-03	193	43
1903-04	191	29
1904-05	98	30
1905-06	254	357
1906-07	545	232
1907-08	1.053	489
1908-09	192	236
1909-10	452	517
1910-11	777	469
1911-12	693	632
1912-13	1.390	770
1913-14	1.102	187
1914-15	1.147	33
1915-16	145	–
1916-17	258	5
1917-18	45	–
1918-19	4	–
1919-20	39	1
1920	297	1
1921	195	–
1922	187	5
1923	294	10
1924	215	43

Fuente consultada: Imre Fenczi and Walter F. Willcox, Eds. *International Migrations*, vol. I, Nueva York: National Bureau of Economic Research, 1929, pp. 364-65, 367.

Las razones de la escasa presencia de griegos en Latinoamérica no están del todo claras, aunque es evidente que los emigrantes no querían dedicarse a tareas agrícolas en el extranjero, y que las condiciones de este tipo de trabajo en América les eran desconocidas.

En una primera corriente migratoria, anterior a 1900, hubo una serie de griegos del Peloponeso que viajaron a Brasil. Desde allí enviaron cartas, que fueron publicadas por la prensa local. En general, su experiencia estaba siendo negativa. Se dijo que el cónsul griego en Brasil había tenido que socorrer a 500 griegos que estaban «hambrientos,

desnudos y sin hogar». Este dato contrasta con el tono eufórico de un tal Petros P. Polyzopoulos, cuya carta irradiaba entusiasmo acerca de las oportunidades que ofrecía el cultivo de café. El periódico que publicó ambos testimonios comentó que la carta de Polyzopoulos contrastaba con las demás que llegaban de Brasil, que eran en su mayoría desalentadoras [1].

Al leer la prensa local del momento, es posible deducir que había dos factores que frenaban la emigración de griegos a Brasil, que parecía ser el destino preferido de aquellos que se dirigían a Sudamérica. En primer lugar, tanto si las referencias eran negativas o positivas, lo que estaba claro era que los que se dirigiesen a Brasil tenían que estar preparados para trabajar en el campo y soportar unas condiciones climáticas bastante adversas, o al menos, desconocidas para los griegos. A juzgar por las ocupaciones que escogieron en los Estados Unidos, que se hallaban inscritas en las zonas urbanas, no parece que los campesinos griegos vieran su futuro como una repetición del entorno de trabajo al que estaban acostumbrados en Grecia. La agricultura era para ellos, sin duda, sinónimo de dificultades y privaciones.

El segundo factor fue la actitud poco alentadora del gobierno griego. Tal actitud se debía, por un lado, a sus temores acerca de las consecuencias de la emigración, y por otro, a la información negativa que enviaban los emigrantes. La noticia de un brote de fiebre amarilla en Brasil en 1905 supuso una prohibición temporal de la emigración hacia aquel país. Las protestas de los que querían emigrar hicieron que el gobierno aludiese a una medida parecida tomada al parecer por el gobierno italiano [2].

Esto hizo que el número de emigrantes a Latinoamérica fuese reducido, tanto más reducido cuanto más pequeño era el país. Así, por ejemplo, a Paraguay llegaron sólo seis griegos entre 1889 y 1906. A Uruguay llegaron algunos más: 54 entre 1909 y 1912; ocho entre 1913 y 1916, y 79 entre 1921 y 1924. Las cifras más importantes son las que se refieren a Argentina, Brasil y Cuba. Desgraciadamente, como en Argentina, la comunidad griega que era pequeña comparada con otras comunidades de inmigrantes, no aparece en las estadísticas del país. Las cifras para Brasil y Cuba son las siguientes:

[1] *Neos Aion* (Patrás). 7, 15 y 16 de octubre, 1905.
[2] *Neos Aion*. 22, 23 y 28 de julio, 1905

Tabla 3.3. Inmigrantes griegos en Brasil, 1908-1924

Año	Número	Año	Número
1908	99	1917	47
1909	94	1918	18
1910	113	1919	40
1911	250	1920	94
1912	453	1921	61
1913	375	1922	98
1914	232	1923	101
1915	143	1924	85
1916	160		

Fuente: Imre Fenczi and Walter F. Willcox Eds. *International Migrations* vol. I, Nueva York: National Bureau of Economic Research, 1929, pp. 551-52.

Tabla 3.4. Inmigrantes griegos en Cuba, 1907-1924

Año	Número	Año	Número
1907	64	1916	34
1908	79	1917	30
1909	40	1918	14
1910	14	1919	36
1911	13	1920	57
1912	14	1921	35
1913	22	1922	142
1914	17	1923	473
1915	12	1924	913

Fuente: Imre Fenczi and Walter F. Willcox Eds. *International Migrations* vol. I, Nueva York: National Bureau of Economic Research, 1929, pp. 525-27.

Puede observarse que el número de inmigrantes griegos en los países sudamericanos aumentó precisamente en la década de 1920, momento en el que los Estados Unidos imponían restricciones a la inmigración. Al mismo tiempo, sin embargo, se empieza a acusar un descenso general de la emigración griega. Por consiguiente, la presencia griega en Latinoamérica no se incrementó de forma significativa en el periodo siguiente.

Causas de la emigración masiva, 1890-1924

La causa fundamental de la emigración griega durante este periodo fue de tipo económico: la economía griega pasaba por un momento difícil, en particular la agricultura. El capítulo anterior describía la emigración como elemento estructural permanente en la historia de Grecia. En efecto, en 1880 la emigración no era un fenómeno nuevo: el movimiento de personas desde las zonas rurales de Grecia hacia distintos puntos del Mediterráneo había sido continuo. Lo nuevo fue que los emigrantes cruzaron el Atlántico y su número creció de forma significativa.

Si nos ceñimos a la emigración transatlántica, las causas pueden dividirse en dos categorías, las estructurales y las puramente coyunturales. Las primeras hacen referencia al tremendo atraso que padecía el mundo agrario, un atraso que se había iniciado en el tiempo del dominio otomano pero que se mantuvo después de la independencia del país. Los sucesivos gobiernos griegos del siglo XIX no hicieron apenas nada por rescatar a la agricultura de su situación de escaso desarrollo tecnológico. Existe una descripción muy gráfica de este atraso en el informe redactado por cierta comisión estadounidense que visitó Grecia como un paso más en su investigación sobre las causas de la emigración europea a Norteamérica. El informe dice así:

> El cultivo de la tierra en Grecia se hace de una forma bastante primitiva. Los aperos de labranza más usados son unas pesadas azadas de hierro que se manejan con las manos, podones y unos toscos arados de madera. Estos últimos, sin embargo, se van sustituyendo por otros de hierro no muy pesados hechos en el país. Los intentos de introducir segadoras mecánicas han resultado en la mayoría de los casos un fracaso. La cosecha se recoge a mano y la manera de trillar el grano es esparcirlo sobre una superficie circular empedrada y dejar que lo pisen los caballos [3].

Tales condiciones de trabajo provocaban un éxodo rural casi continuo. Este movimiento de población sólo sirvió para empeorar la si-

[3] The Immigration Commission, *Emigration Conditions in Europe: Greece.* Washington D.C., 1911, p. 402.

tuación, porque la falta de mano de obra encarecía en muchos casos el coste del trabajo, lo cual no animaba a invertir en el campo. Pero las ciudades griegas no resultaban especialmente atractivas, ya que su nivel de industrialización tampoco era alto, así que los campesinos empezaron a emigrar.

A los motivos económicos se sumaron otros. Cientos de griegos que vivían bajo el dominio otomano prefirieron emigrar que acatar una ley decretada en 1908 que les obligaba a incorporarse al ejército. El resultado de la derrota turca en las guerras balcánicas fue una persecución cada vez mayor de los griegos, lo que les empujó, claro está, a emigrar.

Con el proceso migratorio ya en marcha, entraron en juego otra serie de factores adicionales. Los representantes de las compañías navieras y, sobre todo, los de las agencias de empleo (padrones), empezaron a animar a los campesinos para que emigraran y disfrutaran de las grandes riquezas que ofrecía el continente americano. Más adelante examinaremos el sistema de *padrones* en el contexto de los modelos ocupacionales de la comunidad griega en los Estados Unidos. Por último, no podemos olvidar que muchos griegos decidieron emigrar con el fin de evitar alistarse (esta vez en el ejército griego). Es el caso de aquellos que, después de haber tomado parte en las guerras balcánicas, y en vísperas de la intervención de Grecia en la Primera Guerra Mundial, rechazaron la idea de volver al frente.

Crisis de la uva-pasa

Las condiciones de tipo coyuntural que fomentaron la emigración a finales del siglo XIX tienen que ver con el auge y el posterior hundimiento del comercio de uva-pasa. La uva se cultivaba sobre todo en el sur de Grecia, en el extremo peninsular (especialmente en el Peloponeso) y en las islas jónicas (Cefalonia, Levkas, Zante). El colapso en la exportación de pasas supuso la emigración de los campesinos de ésta y de otras zonas colindantes que enviaban allí jornaleros. La corriente migratoria arrastró pronto a la población de otras regiones agrarias de Grecia.

A partir de mediados del siglo XIX, tres factores alteraron la fisonomía del trabajo agrario en las regiones productoras de uva: la distri-

bución de tierras por parte del estado después de 1871; el movimiento interior de población hacia las tierras bajas, una vez que se acabó con el bandidaje, y el «*boom* de la pasa», antes de convertirse en «crisis de la pasa» a finales de siglo [4]. El Peloponeso era la principal región productora de pasas. Aún hoy hablamos de «pasas de Corinto» por concentrarse su producción alrededor de esta ciudad.

Pero aunque la producción se concentrase en las tierras bajas del norte y del oeste, había además otras zonas del Peloponeso cuya economía dependía del cultivo de uva. Tal es el caso del nomos de Arcadia, región montañosa del interior, cuyos habitantes poseían tierras en las zonas bajas de los alrededores.

La producción de pasas se benefició de la plaga de filoxera que asoló los viñedos franceses a finales de la década de 1860. Grecia se aprestó a cubrir el vacío dejado por Francia en el comercio internacional, en el que Gran Bretaña, Alemania y Rusia eran los principales compradores. Los precios se dispararon y la producción de pasas empezó a sustituir a la de aceite y cereales. Las hectáreas cultivadas pasaron de ser 34.275 en 1871 a ser 75.000 en 1903, mientras que la producción al final de dicho periodo superaba el doble de la inicial [5]. Pero los viñedos no representaban en cualquier caso más de un 25 % del total de superficie cultivada. Lo que recogemos a continuación son las palabras de un cónsul estadounidense en Patrás, la principal ciudad del Peloponeso, que reflejan la importancia de la producción de pasas:

> La exportación de pasas es la clave del comercio griego. El éxito o el fracaso de este cultivo suponen una cuestión vital para el reino. El grueso de la población, o al menos los habitantes del Peloponeso, dependen prácticamente de esta pequeña planta, y cuando la cosecha del día ha sido buena y se ha puesto a salvo en casa, el país entero parece estar alegre [6].

[4] Uno de los pocos estudios sistemáticos sobre el tema es el de Nicholas A. Bakounakis, «Patras et le Commerce du Raisin Sec au XIXe s. (1828-1904)» DEA. París, EHESS, 1984.

[5] Las cifras están disponibles en los informes *U.S. Department of Commerce and Labor, Bureau of Statistics, Special Consular Reports* y en el trabajo de Bakounakis citado en la nota anterior.

[6] *U.S. Department of Commerce and Labor, Bureau of Statistics, Special Consular Reports,* vol. 54, n.º 200, mayo de 1897.

El final del periodo de prosperidad, es decir, prosperidad para los comerciantes de pasas y las entidades de crédito, coincidió con el final del siglo. Francia había superado la crisis y se disponía a poner en vigor una medida proteccionista que «expulsaba literalmente la uva-pasa griega del mercado por vía legal» [7]. Fue la época en que el libre mercado dejó paso a la política proteccionista. Rusia elevó sus impuestos a la importación y Alemania subió los suyos en un 300 % para las pasas y un 500 % para las uvas. El único mercado posible era el de Gran Bretaña, pero Grecia tenía que competir allí con Francia. Además, la producción mundial superaba ampliamente la demanda, con los que los precios cayeron. El valor de la exportación griega de pasas, que había alcanzado su punto culminante en 1877-1878, y que había mantenido los niveles anteriores a la plaga de filoxera hasta 1894, empezó a descender. Entre 1871 y 1903 se redujo a la mitad.

Antes incluso de la recuperación de la viticultura francesa, el hecho de que en el Peloponeso se hubiera optado por la producción de pasas y se hubieran dejado de lado otros cultivos estaba ya creando el clásico y nefasto proceso en círculo, a saber: subida de precios, aumento de la inversión, extensión de la superficie cultivada e incremento de la oferta; un círculo que tenía que cerrarse obligatoriamente con una caída de los precios. La recuperación de la producción francesa (y también la española) coincidió con la maduración de las viñas que se habían plantado en Grecia en la década anterior. Esta lamentable coincidencia supuso un golpe brutal para los agricultores griegos.

La crisis de la pasa no se manifestó como una quiebra repentina, sino que fue un proceso lento y prolongado que duró casi una década. El gobierno prometía garantizar la estabilidad de los precios y la diversificación del sector, fomentando por ejemplo producción de vino; unas promesas que hicieron abrigar esperanzas sobre una posible solución a largo plazo del problema. Pero la contracción del comercio mundial, una plaga en 1900 y, sobre todo, una política estatal que favorecía más a los comerciantes que a los agricultores, confirmaron la magnitud de la crisis al finalizar el siglo.

A mediados de la década de 1890, George Horton, cónsul de Estados Unidos en Atenas, informó a su gobierno de que los problemas

[7] Saloutos, *The Greeks...*, p. 29.

con que se enfrentaban los campesinos griegos se veían acrecentados por el hecho de no poder cambiar de cultivo. El deseo de beneficiarse del alza de los precios les hizo «perder la cabeza». No dudaron en destruir plantaciones de árboles frutales y olivos para plantar en su lugar viñedos. Se arrasaron extensos olivares, así como bosques de morera destinados a la producción de seda. Si tenemos en cuenta el tiempo que un olivo tarda en dar un fruto que se pueda vender, apreciaremos el alcance del problema creado por el entusiasmo ciego de los agricultores.

Impacto de la crisis económica en el campesinado

La comercialización de la agricultura en el Peloponeso significó el fin de la economía preindustrial de la región. Dicha economía había dado lugar a una forma de organización social basada en la familia, que no era simplemente una unidad económica, sino que constituía el núcleo de la vida campesina. Las familias del Peloponeso en el siglo XIX solían constar de cinco o seis miembros, y eran lo que llamamos familias complejas: los hijos se quedaban en la casa de sus padres incluso después de casarse. Si había más de dos hijos, uno de ellos abandonaba el hogar para formar su propio núcleo familiar. El sistema de valores era prácticamente común para todo el campesinado de la Europa meridional: sus pilares fundamentales eran el honor y la familia, que era patriarcal.

La manera de reproducir el sistema era dar a las hijas una dote y repartir el patrimonio entre los hijos a partes iguales. Asimismo, la tradición imponía que los hijos no se casasen hasta que sus hermanas lo hubieran hecho. La novia tenían que aportar una dote para poder casarse, y si no era virgen, había que aumentar la dote para persuadir al novio. De ahí que los hermanos tuvieran la obligación de proteger el «honor» de sus hermanas.

A pesar del cambio en las condiciones agrarias, la familia se mantuvo como unidad fundamental desde el punto de vista social y también económico, y el sistema de dotes también perduró, aunque, como todo lo demás, se monetarizó. El incremento de su valor era el talón de Aquiles de la familia, porque aunque aseguraba la reproducción de la célula familiar, era una carga más que debía afrontarse.

A diferencia de otras regiones de Europa, Grecia no había desarrollado ningún sector industrial o manufacturero importante que absorbiera a todos aquellos campesinos agobiados por la subida de los impuestos, de los tipos de interés y del coste del trabajo y de la producción. Por consiguiente, durante el auge de la pasa, los campesinos del Peloponeso permanecieron vinculados a la tierra y la familia siguió siendo la célula social y económica.

Prueba de ello es el hecho de que la propiedad de la tierra permaneció sorprendentemente estable hasta después de la crisis del sector. Tradicionalmente, dicha propiedad era pequeña, ya que su origen era el siguiente: la guerra de independencia había provocado la desbandada de los terratenientes otomanos, y sus tierras fueron ocupadas por los campesinos griegos que las habían trabajado, antes de que el estado griego pudiera reclamarlas como suyas; las que cayeron bajo su control, fueron distribuidas entre pequeños propietarios mediante la reforma agraria de 1871. En el Peloponeso fue donde esta estructura minifundista se hizo más patente. Cierto viajero europeo indicó que «prácticamente todos sus habitantes poseen una parcela de tierra. Aquí no hay aristocracia, pero tampoco proletariado» [8].

A pesar de que los tributos impuestos a la agricultura eran los más altos de Europa, y aunque los intereses sobre los préstamos monetarios también eran elevados, los pequeños propietarios se aferraron a sus tierras. Muy pocas parcelas cambiaron de dueño y apenas hubo campesinos que no fueran propietarios. Esto se debió en parte a que la población de la zona aumentó muy poco. Pero el factor decisivo fue el hecho de que la uva no se convirtió en un monocultivo: sólo cubría un 25 % de la superficie cultivada, y el resto se usaba sobre todo para sembrar trigo. A diferencia del maíz, dicho cereal permitía a los agricultores tener también viñedos, ya que los ciclos de ambos cultivos no coincidían. De manera que cuando el sector de la pasa entró en crisis, los campesinos pudieron mantenerse gracias al trigo, aunque fuese a niveles de mera subsistencia.

Un análisis detallado llevado a cabo por Dimitris Psichogios ha puesto de manifiesto que la comercialización de la uva afectó también a la cuantía de las dotes. Psichogios descubrió que en cierta comuni-

[8] *Apud* Tsoucalas, *Exartisi kai Anaparagogi*, p. 79

dad al oeste del Peloponeso, durante la etapa de auge de la pasa (1880-1892), la media de las dotes aumentó en un 30 %. También se elevó el componente monetario de las mismas. La crisis supuso, como es lógico, un descalabro para las familias, que tuvieron que buscar otras maneras de defender su sistema de vida [9]. Se vieron atrapadas en la espiral de los precios, con su correspondiente impacto en los costes de la producción, en los salarios y en el valor de las dotes, que constituían el eje de las relaciones y el intercambio entre las familias. Para mantener sus condiciones de vida, por tanto, tuvieron que buscar maneras de complementar los ingresos de la casa, a fin de que las dotes de las hijas estuvieran al nivel de los precios al consumo. El caso de tener que repartir la propiedad entre dos hijos varones también planteaba un problema que había que solucionar asegurándose otra fuente de ingresos fuera del núcleo familiar.

Hemos visto que, gracias a la pervivencia del sistema minifundista, a la escasa industrialización y a la ausencia de movimientos políticos campesinos, la familia se mantuvo como unidad económica esencial a lo largo de toda la era preindustrial y hasta bien entrada la etapa de comercialización. Cabe hacernos varias preguntas. ¿Podría quizás el simple hecho de enviar a un miembro de la familia al extranjero por un tiempo debilitar los lazos familiares? La investigación antropológica llevada a cabo sobre la correlación entre emigración y vínculos familiares en la Grecia rural después de la Segunda Guerra Mundial ha demostrado que los miembros de una familia, incluso los matrimonios, estaban obligados a aceptar la separación en el espacio y en el tiempo como algo natural. Los antropólogos han puesto de relieve que si la familia sobrevivió a tales separaciones fue gracias al arraigado sentimiento familiar que existía y a los valores derivados del mismo. Este tipo de sentimientos y la importancia del honor suponían una condena del adulterio y la bastardía.

¿Pervivió la familia como unidad económica viable? El volumen de los envíos de dinero a Grecia (cuya cifra alcanzó los 8 millones de dólares sólo en 1910), y su efecto reactivador de la economía nacional, no dejan lugar a dudas. En el Peloponeso, dichos envíos hicieron bajar los tipos de interés de un 25 a un 6 ó un 8 %, lo que borró práctica-

[9] Psichogios, *Proikes, Foroi, Psomi* [Dotes, impuestos, pan], 1986, pp. 172-183.

mente del mapa a los prestamistas. También subieron los precios de la tierra y de la mano de obra. Esto empujó a la inmigración, porque los estratos más humildes se dieron cuenta de que, a pesar de la reducción de los tipos de interés, necesitaban una ayuda económica del extranjero para afrontar los gastos cada vez mayores relacionados con la mano de obra, las hipotecas y los impuestos.

Perfil social del emigrante

Existen multitud de muestras de que la emigración era más una decisión de toda la familia que de individuos aislados. En 1907, un 15 % de quienes viajaban lo hacían acompañados al menos por un pariente masculino o femenino, cuando no por sus hijos. En otras palabras, en aquel momento, muchos de los emigrantes varones viajaban en grupo con algún otro miembro de la familia, aunque las estadísticas arrojan cifras muy bajas de emigración femenina.

Otra muestra de que la decisión de emigrar no afectaba tan sólo a los varones está en el considerable número de emigrantes casados. El porcentaje de éstos es significativo precisamente por demostrar que la decisión de emigrar correspondía a la familia y porque nos ayuda a interpretar el crecimiento posterior de la emigración femenina. En 1907, la proporción de emigrantes casados había aumentado respecto de la registrada en 1903, que estaba entre un 10 y un 15 %. Además, el testimonio aportado por las listas de pasajeros apunta a la utilización de redes familiares como sistema de asentamiento en el Nuevo Mundo. Entre julio y septiembre de 1907, momento de máxima emigración griega, un 95 % de los emigrantes eran varones y buena parte de ellos declaró tener parientes en Estados Unidos.

Mujeres y emigración

El porcentaje de mujeres de raza griega entre 1903 y 1908 aumentó de un 3,42 a un 6,37 %. En 1914 representaba un 12,37 %, es decir, se había duplicado, y al año siguiente alcanzó el 22,70 %. En el momento de las restricciones, el porcentaje de mujeres había llegado al 32,29 %, y a partir de entonces superó al de hombres. Cabe destacar que la ausencia de varones supuso un aumento de sus oportunidades

de trabajo, no sólo en la agricultura, sino también en la industria textil de algunos centros urbanos, con lo que muchas mujeres se convirtieron en cabezas de familia.

Tabla 3.5. Distribución por sexos de la emigracion griega a los Estados Unidos, 1890-1924. Totales y porcentajes

Año	Varones	Mujeres	% varones	% mujeres
1890	464	60	88,5	11,5
1891	1.040	65	94,2	5,8
1892	604	56	91,5	8,5
1893	—	—	—	—
1894	—	—	—	—
1895	—	—	—	—
1896	2.124	51	97,6	2,4
1897	546	25	95,6	4,4
1898	2.246	93	96,0	4,0
1899	2.263	132	94,5	5,5
1900	3.655	118	96,9	3,1
1901	5.754	165	97,2	2,8
1902	7.854	261	96,8	3,2
1903	13.885	491	96,6	3,4
1904	12.106	519	95,9	4,1
1905	11.586	558	95,4	4,6
1906	22.266	861	96,3	3,7
1907	44.647	1.636	96,5	3,5
1908	26.972	1.836	93,6	6,4
1909	18.738	1.524	92,5	7,5
1910	36.580	2.555	93,5	9,6
1911	34.105	2.916	92,1	7,9
1912	28.521	3.045	90,4	9,6
1913	35.143	3.501	90,9	9,1
1914	40.207	5.674	87,6	12,4
1915	11.740	3.447	77,3	22,7
1916	21.093	5.699	78,7	21,3
1917	21.124	4.795	81,5	18,5
1918	2.149	453	82,6	17,4
1919	696	117	85,6	14,4
1920	11.167	2.831	79,8	20,2
1921	21.551	10.277	67,7	32,3
1922	1.679	2.142	43,9	56,1
1923	1.474	2.703	35,3	64,7
1924	2.256	2.996	24,9	57,0

Statistiki Epetitiris tis Ellados, 1930, p. 137.

Extracción social de los emigrantes

Como en otras zonas de Europa en las que la emigración fue una respuesta a los efectos de la comercialización, los emigrantes del Peloponeso procedían de lo que llamamos estratos medios de la sociedad. No se trataba ni de los hombres de negocios que controlaban la economía local, ni de los campesinos más pobres que no podían permitirse mandar a un miembro de la familia al extranjero, ya que esto suponía no sólo el gasto del billete, sino, en algunas ocasiones, la sustitución de dicho miembro en las tareas agrícolas de la familia. Se trataba de los campesinos más «prósperos» que se habían visto atrapados en la espiral de precios y costes resultante de la comercialización, y que tenían la posibilidad de defender su sistema de vida. Otra opción fue la protesta.

Una fuente valiosa para conocer la extracción social de los emigrantes es la investigación dirigida por Andreades, profesor de la Universidad de Atenas, inmediatamente antes de la Primera Guerra Mundial. Envió a una serie de estudiantes a sus pueblos de origen con cuestionarios acerca de las causas y los efectos de la emigración, y publicó los resultados. El informe sobre la región de Patrás (*nomos* de Achaia) decía que «los emigrantes de nuestra región no son los más pobres, e incluso los más ricos tienen a uno o más hijos en el extranjero» [10]. El diario local *Neologos* fue más explícito:

> Los emigrantes no han salido de tierras áridas y estériles, ni dependían del roble y la piedra, como habría dicho Homero [...] sino que proceden de las regiones productoras de pasas, como Tsoucaleika, en las cercanías de Patrás. Tienen —o tenían— ahorros, de veinte a cincuenta mil dracmas [...] y aún así han emigrado porque no podían hacer frente a las crecientes presiones [11].

Acerca de los emigrantes del *nomos* de Elia, en la costa oeste del Peloponeso, y del sur de Achaia, el mismo periódico decía en ese mismo año:

[10] Andreas Andreades, *E Elliniki Metanastefsi* [Emigración griega], 1917, pp. 66-75.
[11] *Neologos*. 2 de noviembre, 1902.

> Entre los emigrantes había hombres con fortuna personal incapaces de ponerse el traje de ilota (esclavo espartano) que los prestamistas y sus usureros intereses les obligaban a llevar [12].

Al describir a los emigrantes de Trifilia, una zona del *nomos* de Elia, el *Neologos* hablaba de ellos como «agricultores trabajadores y diligentes» que eran «las abejas obreras del país» [13].

Además del Informe Andreades y de los artículos de prensa del momento, otra fuente importante de información son los hallazgos de la Comisión de Inmigración que visitó Grecia en 1910 con el fin de averiguar las causas y los niveles de la emigración a los Estados Unidos. Al comparar las condiciones de vida de Grecia con las del sur de Italia, las de Rusia y las de Austria-Hungría, la comisión llegó a la conclusión de que, a diferencia de aquellos países, las causas de la emigración en Grecia no eran ni la miseria, ni la superpoblación, ni la esterilidad de la tierra. Además, funcionarios griegos aseguraron a la comisión que la gente podía ganar tanto como sus padres «pero esto ya no era suficiente», afirmación que ha de tomarse con cautela, pero que puede ser una muestra de que la comercialización creó mayores expectativas [14].

Pero si efectivamente los emigrantes griegos no eran pobres, o al menos no tan pobres como los de otras partes de Europa, sería de esperar que hubieran enviado también más dinero a Grecia. En 1893, una ley estableció en Estados Unidos que en las listas de pasajeros cada inmigrante debía especificar si tenía 30 dólares o más, y si era menos, cuánto tenía. En 1903, dicha ley seguía vigente, pero la cantidad de referencia pasó a ser de 50 dólares. Según la Comisión de Inmigración, entre 1899 y 1903, un 12,4 % de los inmigrantes griegos declararon 30 dólares o más.

Esta cifra es superior a las correspondientes a las siguientes «razas» europeas: búlgaros, serbios y montenegrinos (las tres dentro de una misma categoría); croata-eslovenos; italianos del sur; lituanos; magiares; polacos; rumanos; rutenios y eslovacos.

[12] *Neologos*. 30 de septiembre, 1902.
[13] *Neologos*. 3 de septiembre, 1902.
[14] *U.S. Immigration Commission. Emigration Conditions in Europe...*, p. 401.

En el periodo 1904-1910, cuando las autoridades subieron la cantidad a 50 dólares, los grupos anteriores, así como el formado por dálmatas, bosníacos y herzegovinos, siguieron declarando menos que los griegos [15]. Todas estas cifras corroboran la idea de la Comisión, según la cual los campesinos griegos no parecían más pobres que los del sur de Italia o los de Austria-Hungría.

Distribución de los emigrantes por edades

Un dato importante que revela las pautas de la emigración griega a los Estados Unidos es la distribución por edades. Particularmente interesante es la proporción relativamente alta de niños menores de 14 años. Dicha proporción disminuyó a partir de 1916 debido a las medidas que se tomaron contra el trabajo infantil en Estados Unidos. El incremento registrado a principios de la década de 1920, que coincide con un aumento de la emigración femenina, indica que las esposas e hijos empezaron a emigrar para reunirse con los cabezas de familia.

Tabla 3.6. Distribución por edades de los emigrantes griegos a Estados Unidos, 1899-1924

Periodo	Menores de 14	De 14 a 44	Más de 45	Total
1899-1900	710	5.314	153	6.168
1901-1905	3.429	48.822	928	53.179
1906-1910	4.224	151.704	1.687	157.615
1911-1915	6.597	157.404	4.298	168.299
1916-1920	4.913	59.124	6.087	70.124
1921-1924	6.003	26.927	4.682	27.612

Statistiki Epetitiris tis Ellados, 1930, p. 137.

Distribución geográfica de la emigración griega

La primera corriente de emigrantes alertó al resto de la población rural sobre las oportunidades del Nuevo Mundo. Poco a poco, todas

[15] *U.S. Immigration Commission: Abstracts of Reports...*, pp. 102-103.

las regiones agrícolas más deprimidas fueron enviando personas a los Estados Unidos, aunque del Peloponeso seguían saliendo más emigrantes que de cualquier otro sitio. Aunque el gobierno griego asumió las cifras aportadas por las autoridades americanas y no llevó ninguna estadística propia sobre la emigración, existen muestras suficientes de la preponderancia de emigrantes de dicha zona.

El gobierno griego, para ampliar el informe sobre emigración publicado en 1912, puso en marcha una investigación que fue realizada por los sacerdotes y maestros de cada localidad a instancias del Ministerio del Interior [16]. Aunque en principio podamos dudar de su credibilidad, es posible que en ciertos aspectos sea más exacta que si la hubiesen realizado funcionarios del gobierno. Los campesinos respetaban más a sus párrocos y maestros que a dichos funcionarios, ya que desconfiaban del Estado, al que relacionaban con cargas fiscales y reclutamiento militar. En cualquier caso, los datos de la investigación proporcionan datos fiables sobre la distribución geográfica de la emigración.

Dichos datos indican que el Peloponeso, con un 37,9 % del total de la población griega, enviaba un 56,51 % de emigrantes. El porcentaje de griegos que habían emigrado entre 1890 y 1911 era del 6,75 %. Las cifras se recogieron en cada *nomos* (circunscripciones administrativas equivalentes a los condados en Gran Bretaña o los departamentos en Francia). Si comparamos los porcentajes de cada uno, de un total de 13 *nomoi*, los cuatro del Peloponeso ocupaban los lugares primero, tercero, cuarto y octavo. En Arcadia había emigrado un 15,10 % de la población, en Argolis y Corintia, un 9,87 %, en Laconia un 8,81 %, y en Achaia y Elis un 6,11 %. Aunque el informe no revela el destino de los emigrantes, podemos suponer que más del 90 % fueron a los Estados Unidos. La emigración a Egipto había disminuido mucho, y Sudamérica y Sudáfrica atraían también a muy pocos emigrantes.

El viaje a América

Decidirse a viajar a América no era fácil, ni siquiera para los que podía conseguir pasajes sin demasiado sacrificio. Hasta principios del siglo XIX no había un servicio directo entre Grecia y los Estados Uni-

[16] Emmanouil Repoulis, *Meleti meta schediou nomou peri metanastefsos* [Estudio y Proyecto de ley sobre Emigración], 1912.

dos. Había que tomar un barco hasta Italia, y a veces incluso viajar por tierra hasta Nápoles o Génova para embarcar allí hacia Norteamérica. Otra ruta consistía en tomar un barco hasta Trieste y viajar luego en tren hasta Amberes o Hamburgo para embarcar allí. Esto podía suponer hasta treinta días de viaje o más. En 1902 se estableció una línea directa desde los puertos del Peloponeso hasta Nueva York, travesía que no se realizaba en menos de 18 días.

Las navieras hicieron propaganda por todas las zonas rurales de Grecia. La competencia hacía que a menudo exagerasen su oferta respecto a la duración del viaje. Una de ellas acusó a sus competidores de mentir al decir que se tardaban sólo 12 días. Seguramente había anuncios en todos los cafés y tiendas de Grecia, con imágenes de los transatlánticos, horarios y precios de los billetes. Los periódicos estaban llenos de dichos anuncios, que incluían el menú a bordo, que podía ser: «Por la mañana, café y pan en abundancia; a mediodía, guiso de carne, cuarto litro de vino y pan en abundancia; por la noche, guiso de carne con verduras, pan, queso y vino».

La prensa además recogía comentarios del viaje, tanto auténticos como preparados por las compañías. Eran frecuentes los «relatos de horror» que describían travesías especialmente difíciles. Generalmente la compañía en cuestión se desquitaba publicando «cartas de agradecimiento» escritas por emigrantes que estaban entusiasmados con el viaje.

Había varias maneras de costearse el pasaje. Seguramente, muchos hicieron como los primeros espartanos: vendieron sus tierras y animales o usaron sus ahorros. Otros pidieron dinero a parientes o a prestamistas. A principios de siglo, según la prensa, la mayoría de los billetes los compraban y enviaban parientes o amigos que ya estaban en los Estados Unidos.

El primer paso consistía en viajar desde cada pueblo hasta un puerto importante como Patrás o El Pireo. Los días en que salía de allí algún barco, era difícil encontrar mesa en alguno de los muchos cafés que había cerca del puerto, ya que la zona estaba plagada de emigrantes.

Una vez allí, había que someterse al riguroso procedimiento establecido por el Servicio de Inmigración de los Estados Unidos. A partir de 1903, había que pasar un reconocimiento médico exhaustivo, ya que anteriormente muchos griegos no habían sido admitidos al llegar por razones de salud.

En el caso del puerto de Patrás, el procedimiento era el siguiente: al llegar al puerto, el supuesto emigrante era examinado por el médico de la compañía naviera, y si resultaba aceptado, se le permitía comprarse el billete. El doctor le ponía en la muñeca uno de los siete sellos que tenía. Hasta la mañana en que el barco zarpaba, nadie sabía lo que significaba cada sello. Para poder subir al barco, había que tener tanto en el billete como en la muñeca el sello adecuado. Tal precaución se tomaba para impedir que viajara otra persona en lugar de la que había pasado el reconocimiento.

Todo el equipaje que los emigrantes portaban se colocaba en un almacén, y allí se inspeccionaba y se desinfectaba antes de subirlo al barco. La llave del almacén era entregada al cónsul estadounidense o a su asistente, que la guardaban hasta que la desinfección terminaba. Luego se ponía una etiqueta en cada bulto. A diferencia de otros puertos, en Patrás se pedía que los emigrantes firmasen una declaración en la que aseguraban no tener antecedentes penales. Una vez que todos estos requisitos se habían cumplido, el viaje empezaba.

Aparte de estos aspectos puramente mecánicos, hemos de tener en cuenta la preparación mental de los emigrantes. La mayoría de ellos pudieron emprender un viaje de tal envergadura porque pensaban volver pronto a Grecia.

Sin embargo, lo cierto es que a Grecia volvieron menos emigrantes que a otros países. Entre 1908 (año en que empezaron los recuentos de este tipo) y 1910, de cada 100 griegos admitidos regresaba una media de veinticinco, mientras que para las demás «razas y pueblos» la media era de 32 [17]. También hay que tener en cuenta que en 1909 la emigración descendió por motivos de inestabilidad política. En términos relativos, el número de emigrantes que regresaron se mantuvo por debajo de la media, y fue más bajo que el de los siguientes grupos europeos: croata-eslovenos, italianos del norte, italianos del sur, magiares, polacos, rumanos, rusos, eslovacos y españoles.

[17] *U.S. Immigration Commission: Abstracts of Reports of the Immigration Commission*, Washington, 1911.

Resumen

La crisis agraria por la que atravesó el Peloponeso a finales del siglo XIX puso fin al corto periodo de prosperidad de que habían gozado los habitantes de esta región. Para mantener su sistema de vida, se trasladaron a América. Los griegos de otras regiones, que tenían también dificultades y ni siquiera habían disfrutado de la prosperidad de sus compatriotas, empezaron también a emigrar. Finalmente, los griegos que vivían en territorio otomano, expuestos a una discriminación cada vez mayor a partir de 1908, también decidieron marcharse.

La decisión de emigrar concernía a toda la familia, aún cuando el que viajaba a América era generalmente el hijo mayor. En principio el plan suponía una estancia corta allí, y aunque no se contaba con que luego se desplazara el resto de la familia, ello se convirtió en un fenómeno cada vez más frecuente. Por consiguiente, la emigración significó un progresivo asentamiento de griegos en América.

Capítulo IV

EMIGRACIÓN TRANSATLÁNTICA DESDE 1924 HASTA NUESTROS DÍAS

Desde el final de la era de emigración masiva hasta la actualidad se pueden distinguir dos periodos principales: uno desde 1924 hasta 1945, en el que la emigración descendió como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, y otro desde 1945 hasta hoy. En este segundo periodo, la emigración fue masiva en la década de los cincuenta, en los sesenta y a principios de los setenta; a partir de entonces empezó a disminuir. Es conveniente hacer esta división porque en 1924 el panorama cambió completamente, tanto en Grecia como en Estados Unidos.

Este capítulo comienza con un análisis del primer periodo, es decir, el que iría desde 1924 hasta 1945. Se trata de un perfil general del fenómeno, en el que se examinan las condiciones que impidieron en aquel momento una salida más masiva de emigrantes griegos, los efectos de las restricciones a la inmigración impuestas en Estados Unidos y, finalmente, los niveles de emigración a Canadá y a Latinoamérica en este periodo. Después, el capítulo pasa a analizar el periodo siguiente, esto es, el posterior a 1945. Se examinan las pautas generales de la emigración en dicho periodo, sus causas, las distintas fases por las que pasó la política americana con respecto a la inmigración hasta su relativa relajación en 1965, la política sobre inmigración en el caso de Canadá y la emigración griega a aquel país y, por último, la emigración a los países latinoamericanos.

Emigración y circunstancias sociales en Grecia, 1924-1945

Las razones por las que la emigración griega descendió en este periodo son dos. La primera tiene que ver con las restricciones impuestas por Estados Unidos. Brasil también impuso restricciones en 1934. La segunda se refiere a las propias circunstancias sociales de Grecia.

En este periodo, la emigración transoceánica griega (es decir, la que se dirigía a cualquier país que no fuera europeo o mediterráneo) se redujo en favor de una nueva corriente orientada hacia ciudades europeas. Las cifras que se dan a continuación son las que ofrece el Servicio Griego de Estadística para la etapa anterior a 1940. Durante la guerra, no consta que existiera emigración.

Tabla 4.1. Emigración Transoceánica griega, 1926-1940

	Total	Hacia EE.UU.	Otros países
1926-1930	40.838	27.352	13.486
1931-1935	14.797	11.363	3.434
1936-1940	15.703	10.540	5.163
Total	71.338	48.255	22.083

Fuente: Servicio Griego de Estadística, anuarios 1926-1940.

Al mismo tiempo, se producía una considerable emigración hacia Europa y el Mediterráneo a consecuencia de la difícil situación de la economía griega después del *crack* de 1929. Entre 1932 y 1938, cerca de 100.000 griegos se desplazaron hacia Europa y otros 90.000 hacia países de la cuenca del Mediterráneo.

Mientras en Estados Unidos se restringía la entrada de griegos, Grecia debía hacer frente, a su vez, a la afluencia de más de un millón de refugiados como resultado del desastre de Asia Menor y los acuerdos con Turquía y Bulgaria sobre intercambio de población. El aumento de población hizo subir la tasa de natalidad: de un 8,7 % en 1921 se pasó a un 16 % en 1934. En vísperas de la entrada de Grecia en la guerra, la tasa empezó a estabilizarse en un 10,7 %.

La tendencia decreciente de la emigración después de 1924 se contrarrestó con una aceleración de los movimientos internos de población, ya que en las ciudades griegas, con el nuevo contingente de refugiados, se desarrollaron considerablemente las actividades industriales, manufactureras y comerciales. En 1920 la población urbana en Grecia representaba un 27 % del total, y en 1940 era del 47 %. Paralelamente, la densidad de población en el campo descendió.

La aceleración del proceso migratorio después de 1929 está relacionada con los problemas económicos del país. La agricultura seguía retrasada porque la distribución de la tierra no se había efectuado completamente, y la mecanización estaba aún poco desarrollada. Pero las condiciones económicas adversas se dejaron sentir con mayor intensidad en las ciudades, donde el número de parados se duplicó entre 1928 y 1935. No obstante, la emigración durante este periodo seguía partiendo principalmente de las zonas rurales.

Las cifras correspondientes a los años de la guerra (1940-1945), aunque son irrelevantes desde el punto de vista de la emigración, tienen cierto interés desde el punto de vista demográfico. La tasa de natalidad descendió de forma repentina, mientras que la de mortalidad creció marcadamente: de un total de casi 6.000.000 de habitantes, alrededor de 400.000 perdieron la vida. El campo fue devastado, así como gran parte del sector manufacturero. La guerra civil griega (1947-1949) sólo contribuyó a despoblar aún más las zonas rurales.

Emigración transatlántica, 1924-1945

El fin de la Primera Guerra Mundial significó en Estados Unidos la consagración de una serie de tendencias ideológicas poco progresistas: anticomunismo, xenofobia, teorías eugenésicas sobre la pureza de la raza, aislacionismo (se creía que los Estados Unidos debían limitar sus relaciones con el exterior). La combinación de todas estas actitudes condujo a la condena de la anterior política de apertura a la inmigración.

El resultado fue que se dictaron una serie de leyes destinadas a reducir drásticamente la entrada de emigrantes en la década de los veinte. Existía un sentimiento creciente, tanto entre la clase política como entre la opinión pública, de que la afluencia de inmigrantes pro-

cedentes de Europa del sur y del este podía romper el «equilibrio racial» del país y acabar con el predominio del elemento anglosajón. Este tipo de inmigrantes eran los que habían llegado más recientemente, con lo cual, no sólo había que limitar la inmigración en general, sino que había que frenar sobre todo la entrada de personas del sur y del este de Europa.

Los esfuerzos dieron fruto. Una ley dictada por el Congreso el 19 de mayo de 1921 limitaba la admisión de extranjeros de cualquier nacionalidad para cada año fiscal a un 3 % del total de residentes de dicha nacionalidad en los Estados Unidos no en aquel año, sino en 1910, cuando el número de europeos del sur y del este instalados allí era mucho menor. La «cuota» anual de griegos (es decir, el número de inmigrantes admitidos) fue de 3.063.

Pero estas restricciones dieron paso a otras aún mayores. Con la Ley de Inmigración *(Immigration Act)* de 1924 se consiguió reducir el número de admitidos a un 2 % del total de residentes de cada nacionalidad en 1890, momento en el que la presencia de inmigrantes procedentes del sur y del este de Europa había sido escasa. La cuota griega descendió a 100 personas. Con el reajuste de cuotas de 1927 se recuperó ligeramente y en 1929 fue de 307. La ley de 1924 incluía una disposición mediante la cual quienes poseían la nacionalidad estadounidense podían solicitar la admisión de parientes en el país.

El resultado de esta legislación fue una reducción considerable de la emigración griega, aunque no fue aún mayor gracias a que muchos griegos fueron reclamados por sus parientes estadounidenses. En realidad, el número de éstos fue superior al de la cuota de inmigrantes admitidos. Entre 1925 y 1940, 3.975 griegos entraron en el país conforme al sistema de cuotas y 25.296 lo hicieron como parientes de ciudadanos estadounidenses. Esta diferencia de cifras permite comprender por qué el número de mujeres admitidas superó al de varones. Entre 1922 y 1932, por ejemplo, entraron en Estados Unidos 20.460 griegas y 11.234 griegos.

Las mujeres llegaban para unirse a sus maridos o para casarse con inmigrantes con los que ya se había acordado el matrimonio. En muchos casos los novios ni se conocían. El resultado de su viaje a los Estados Unidos no fue siempre satisfactorio. El *New York Times* publicó un artículo, el 3 de junio de 1923, que describía una escena ocurrida en el puerto tras la llegada de un grupo de novias griegas:

> Muchos novios aguardaban en el muelle cuando el barco griego atracó y se anunciaron los nombres de las elegidas. Al parecer, algunas de las jóvenes no estaban a la altura de sus fotografías, ya que nadie las reclamó en la Isla de Ellis, y se pusieron a contar su historia con los ojos llenos de lágrimas [1]

Durante la Primera Guerra Mundial y el periodo de entreguerras, la emigración a Canadá descendió. Aunque también se tomaron allí medidas restrictivas, ello no afectó directamente a los europeos, y por consiguiente, tampoco a los griegos.

La economía canadiense se resintió mucho de la crisis mundial de 1929. El sector industrial frenó su desarrollo (que tampoco era muy alto) y la exportación de productos agrarios descendió. La proporción de parados en 1933 alcanzó el 26 %, frente al 3 % de 1929. Tales circunstancias no hacían de Canadá un país especialmente atractivo para los emigrantes, y tampoco eran éstos mejor recibidos. Los esfuerzos para fomentar la emigración a Canadá cesaron en 1930.

Hay muy pocos datos fiables con respecto al número de griegos llegados a Canadá en el periodo de entreguerras. En 1931 había allí 9.450 personas de origen griego, de las que más de la mitad (5.579) habían nacido en Grecia. En 1941 el número de inmigrantes nacidos en Grecia era de 5.871, y cerca del 26 % eran mujeres.

En Argentina, las estadísticas sobre inmigración en los años treinta no incluyen a los griegos entre las cinco nacionalidades contempladas. Los griegos aparecen sólo en una tabla que recoge las entradas y salidas en 1939. La tabla muestra que 330 personas entraron en Argentina en aquel año y 344 abandonaron el país [2]. Una tabla parecida revela que en 1941 entraron 356 griegos y salieron 324, mientras que las cifras al año siguiente pasaron a ser de 369 y 315, respectivamente [3].

[1] *Apud* Saloutos, «The Causes of Emigration...». p. 414.

[2] República Argentina, *La población y el Movimiento Demográfico de la República Argentina en los años 1938 y 1939.* Buenos Aires, 1940, p. 19.

[3] República Argentina, *La población y el Movimiento Demográfico de la República Argentina en los años 1940 y 1941.* Buenos Aires, 1942, p. 17; República Argentina, *La población y el Movimiento Demográfico de la República Argentina en los años 1941 y 1942.* Buenos Aires, 1943, p. 18.

Emigración después de 1945

El final de la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo, el de la guerra civil griega en 1949, supusieron un importante aumento de la emigración. La situación social en Grecia por un lado, y, por otro, el fomento de la inmigración en otros países, se combinaron para dar lugar a lo que se puede considerar como la segunda gran oleada de emigración griega. Esta oleada se produjo entre la década de los cincuenta y la de los setenta, y en lugar de dirigirse hacia América como la primera, tuvo como destino principal Europa y Australia. También existió, sin embargo, emigración a Canadá y, en los setenta, a los Estados Unidos.

Las cifras que se calculan para los emigrantes griegos son: 196.000 en la década de los cincuenta y 455.000 en la década siguiente, lo que hace un total de 650.000 emigrantes entre 1950 y 1970.

Mientras la emigración a Estados Unidos mantuvo un nivel bastante inferior al alcanzado antes de 1924, y la emigración a los países latinoamericanos siguió siendo escasa, la afluencia de inmigrantes a Canadá se incrementó. El gobierno canadiense liberalizó su política al respecto después de la guerra, mientras que el estadounidense continuaba restringiendo la entrada de extranjeros, a excepción de los considerados como víctimas de la guerra («personas desplazadas»). La política americana sobre inmigración no se relajó hasta 1965. En 1966, 12.193 griegos entraron en los Estados Unidos, frente a los 2.782 del año anterior. A pesar del aumento registrado en Canadá, entre 1945 y 1971 sólo emigraron a dicho país 107.780 griegos, es decir, menos que los emigrados a Estados Unidos en el mismo periodo, cuyo total fue de 148.164.

Las estadísticas revelan que Grecia padeció una situación de desempleo crónico entre la década de los cincuenta y la de los setenta. En 1961 había más de 200.000 parados, lo que representaba un 6 % de la población activa del país. Al cabo de diez años, las cifras se redujeron, pero el desempleo no desapareció: los parados eran 101.000, o lo que es lo mismo, más del 3 % de la población activa.

Además, en la posguerra, la renta per cápita griega era una de las más bajas de Europa, y estaba muy mal distribuida. La agricultura, cuyos ingresos eran los más bajos del país, representaba una parte cada vez más pequeña de la renta nacional.

Los problemas por los que atravesaba el sector agrario eran muy complejos. La atomización de la propiedad suponía una fragmentación del gasto, lo que impedía un desarrollo eficaz de la mecanización. Tal desarrollo era escaso, y la irrigación apenas se empleaba. Las avances introducidos en la década de los setenta supusieron una mejora en términos generales, aunque su repentina aplicación condujo al desempleo.

El nivel de formación de los agricultores era bajo, especialmente en los cincuenta. Tan sólo unos pocos tenían estudios superiores. Esto impidió la formación de cooperativas, que habrían significado una reducción de los gastos y una mayor eficacia.

Los pobres resultados en otros sectores de la economía contribuyeron también a la emigración. La industria pesquera, por ejemplo, que tradicionalmente había desempeñado un papel importante en la economía griega, dada la configuración geográfica del país, también se resintió en esta época. Aunque la producción aumentó, el número de trabajadores descendió: en 1964 eran 15.150 las personas empleadas en esta industria, y en 1971 la cifra era de 8.720. El sector industrial estaba atrasado y era incapaz de absorber el excedente de mano de obra del campo, con lo que muchos griegos decidieron emigrar.

Las dificultades que planteaba el sistema educativo después de la guerra contribuyeron también a la emigración de tres formas distintas. En primer lugar, las plazas universitarias eran insuficientes. En 1972, sólo fueron admitidos un 24 % de los que las solicitaron. Tres años más tarde, la proporción descendió a un 22,5 %. Cientos de estudiantes no admitidos por el sistema griego han cursado y siguen cursando estudios superiores en el extranjero, muchos de ellos con éxito. En segundo lugar, la universidad griega cuenta con pocos recursos, y el nivel de la enseñanza en las áreas de ciencias y empresa es bajo. En tercer lugar, los estudios postgrado apenas han existido.

Las condiciones de vida en los cincuenta y en los sesenta eran de pobreza, sobre todo en la Grecia rural. En las zonas montañosas, los servicios eran deficientes. Muchos pueblos permanecían mucho tiempo aislados a causa de la nieve, con la mula como único medio de transporte. Las estadísticas al respecto muestran uno de los niveles de vida más bajos de la Europa no comunista. En las casas había 1,54 personas por habitación. Muchas de estas zonas rurales no tuvieron electricidad hasta los años sesenta, y muchas casas no tenían baño ni ducha. La

asistencia sanitaria era rudimentaria. En 1977 había un solo médico para cada 2.000 personas y los medios de que se disponía eran inadecuados.

Griegos y política sobre inmigración en Estados Unidos a partir de 1945

A partir de 1945, las leyes sobre inmigración en Estados Unidos se hicieron más complejas. En lo que se refiere a los griegos, antes de 1924 no habían existido restricciones, y en dicha fecha se inició la política de cuotas, como hemos visto. Después de la guerra, en los años cincuenta, miles de griegos consiguieron eludir el sistema de cuotas y entrar en los Estados Unidos en calidad de refugiados. Después de este contingente, el número de griegos admitidos no volvió a aumentar hasta que en 1965 se liberalizó la política sobre inmigración. En la posguerra, la opinión estadounidense estaba dividida: unos seguían pensando que la inmigración tenía que limitarse; otros, en cambio, pensaban que la ley debía relajarse en vista de la devastación producida por la guerra en muchos países del mundo. El resultado fue que se acogió a más refugiados, pero las restricciones relativas a otro tipo de inmigrantes se mantuvieron.

Ley de 1948 sobre personas desplazadas

Ante los apuros de millones de refugiados europeos que la guerra había arrancado de sus países, el gobierno de los Estados Unidos sentó las bases de una política destinada a absorber al menos una parte de ellos.

En 1948 se dictó la primera Ley de Personas Desplazadas (*Displaced Persons Act*), que contemplaba la admisión y el establecimiento de más de doscientas mil personas en dos años. El término «personas desplazadas» aludía a quienes habían perdido su hogar o lo habían abandonado, voluntaria o involuntariamente, durante la guerra. Esta ley supuso un primer paso en el proceso, pero ponía tantas trabas que la admisión de griegos, por ejemplo, no estaba contemplada.

En 1950 la ley se revisó. Se liberalizaron los términos de admisión, lo que permitió el acceso a los Estados Unidos de los refugiados de la guerra civil griega (1947-49). Pero para ser admitido había que cumplir ciertos requisitos. A este respecto, la AHEPA, que es la organización griega más importante de Norteamérica, desempeñó un papel fundamental. Sus representantes comparecieron ante la Comisión de Inmigración y Naturalización del presidente Truman para explicar por qué debía permitirse la entrada de un mayor número de griegos en los Estados Unidos.

Los esfuerzos de la AHEPA comenzaron en su vigésimo octavo congreso, que tuvo lugar en agosto de 1950 en Cleveland (Ohio). En él se creó un consejo (*Displaced Persons Board*) que se encargaría de cumplir los requisitos impuestos por el Congreso de los Estados Unidos para acoger a los 10.000 refugiados de la guerra civil griega en el país. Se exigía la existencia de patrocinadores que les proporcionaran empleo, vivienda y el capital necesario para viajar desde Grecia.

A mediados del año 1952, habían entrado 7.500 refugiados en Estados Unidos. Sin embargo, se había cumplido ya el plazo de dos años previsto en la revisión de la ley de 1950. El Congreso mantuvo una serie de audiencias para determinar hasta qué punto se había subsanado el problema de los refugiados europeos. George A. Polos, presidente del comité prorrefugiados de la AHEPA, describió la situación griega ante el comité judicial de la Cámara. El total de «personas desplazadas» en Grecia era de 750.000, con lo que en Estados Unidos sólo se había instalado un 10 %. Al parecer, de los más de 40.000 que habían solicitado emigrar, sólo la mitad cumplían los requisitos impuestos por el gobierno americano. A muchos se les concedieron «previsados», lo que les dio a entender que, tan pronto como presentaran la documentación necesaria, obtendrían el visado para entrar en los Estados Unidos. Así es que muchos liquidaron sus asuntos, desembolsaron lo necesario para conseguir el certificado de buena salud y el de buena conducta, así como el pasaporte, y se presentaron en los consulados americanos de Atenas y Tesalónica. Allí les dijeron que el cupo de inmigrantes en los Estados Unidos se había cubierto, y muchos de ellos se quedaron varados en estas dos ciudades, más desesperados que antes.

Los griegos no eran, como es lógico, el único grupo étnico que pedía al gobierno americano que ampliase el número de refugiados ad-

misibles. Además de los grupos étnicos, también estaban en favor de una reforma de la ley muchos juristas, así como un amplio sector de la opinión pública. En 1953, se consiguió que la Ley de Refugiados (*Refugee Act*) admitiese 205.000 ingresos en un plazo de tres años.

Los griegos y la Ley de Refugiados de 1953

Mediante la ley de 1953, 205.000 refugiados obtuvieron visado, lo cual no afectó a las cuotas de inmigración normal. De ellos, 15.000 vinieron de Grecia, a los que se sumaron 2.000 familiares de griegos residentes en los Estados Unidos.

La ley definía como refugiado a toda persona procedente de un país o región no comunista que, por motivos de persecución, catástrofe natural u operaciones militares, se viera apartada de su domicilio e incapaz de regresar a él, que no hubiera conseguido establecerse en ningún otro sitio y que necesitara ser atendida urgentemente. También contemplaba un margen especial, fuera de la cuota, de 4.000 visados para posibles huérfanos de menos de diez años que fuesen adoptados por ciudadanos de los Estados Unidos.

En el trigésimo tercer congreso de la AHEPA, celebrado en 1955, se acordó solicitar la ampliación, por un lado, del plazo previsto por la ley hasta el 31 de diciembre de 1960, y por otro, del límite de edad de los huérfanos hasta 16 años; pero nada de esto se consiguió. En el congreso siguiente se disolvió el comité prorrefugiados. Su informe final mostraba que de las 32.980 solicitudes enviadas desde Grecia, 19.054 habían sido aceptadas, 2.183 rechazadas, 23 estaban siendo examinadas y 11.919 estaban en lista de espera.

Ley de 1952 sobre inmigración y nacionalidad

A pesar de los progresos alcanzados con relación a la entrada de refugiados, la normativa referente a la inmigración normal se mantuvo inalterada en virtud de la Ley sobre Inmigración y Nacionalidad de 1952, conocida como «Ley McCurran-Walter». Dicha ley refrendaba la política de cuotas y favorecía a los países de Europa occidental, a los que concedía un 85 % del total anual admitido. Para los demás países

se mantuvieron las mismas cuotas, así que la de Grecia siguió estando en 308 personas. El proyecto de ley fue aprobado por el Congreso, pero recibió luego el veto del presidente Truman, que se refirió al carácter discriminatorio de la ley con las siguientes palabras:

> Hoy hemos firmado una alianza, el Tratado del Atlántico Norte, con Italia, Grecia y Turquía, para combatir una de las amenazas más terribles a las que se ha enfrentado jamás la Humanidad. Les pedimos que se unan a nosotros para proteger la paz en el mundo [...] pero con esta ley les decimos: sois menos dignos de entrar en este país que los ingleses o los irlandeses; [...] vosotros, griegos, que os esforzáis por socorrer a las víctimas de una guerra civil comunista, tendréis una cuota de 308.

No obstante, en el Congreso predominaban los partidarios de las restricciones, con lo que el proyecto se convirtió en ley en 1952, a pesar del veto del presidente. En ella se observaban ciertos elementos liberalizadores. Se estableció una categoría preferente dentro de cada cuota para los inmigrantes que tuvieran una formación extraordinariamente buena o alguna capacidad especial. El cupo de inmigrantes fuera de la cuota, esto es, los familiares de extranjeros nacionalizados o residentes en los Estados Unidos (los que tenían «tarjeta verde»), se amplió.

Reforma de la Ley de Inmigración en 1965

A finales de los cincuenta, la política de cuotas empezó a hacerse incompatible con la voluntad por parte de Estados Unidos de convertirse en líder del «mundo libre». ¿Cómo podía compaginarse el concepto de libertad con los privilegios concedidos a los emigrantes de Europa occidental? John F. Kennedy, que asumió la presidencia de la nación en 1960, rechazó la legislación vigente en cuestión de inmigración. Su asesinato dejó en manos de su sucesor, Lyndon Johnson, la tarea de reformarla. Durante su mandato, se aprobó la llamada Ley de Inmigración de 1965, cuyas disposiciones entraron en vigor en 1968.

Dicha ley, conocida también con el nombre de quienes la sacaron adelante («Ley Hart-Celler»), suprimió el sistema de cuotas. Las cate-

gorías al margen de la cuota contempladas en 1952 (familiares de residentes y personas brillantes del Este), mantuvieron sus mismos cupos. La ley, que pretendía sobre todo acabar con la discriminación a que estaban sometidos los emigrantes de Europa del sur y del este, supuso un aumento de la inmigración procedente del Tercer Mundo. En cualquier caso, la afluencia de inmigrantes, como se verá a continuación, repercutió de forma importante en el carácter de la comunidad griega de los Estados Unidos. La siguiente tabla muestra el volumen de la emigración procedente de Grecia entre 1947 y 1974:

Tabla 4.2. Emigración desde Grecia hacia los Estados Unidos, 1947-1974

1947	1.326	1961	3.471
1948	2.047	1962	4.460
1949	1.483	1963	4.564
1950	1.890	1964	2.890
1951	8.930	1965	2.782
1952	2.155	1966	12.193
1953	1.320	1967	11.778
1954	3.487	1968	9.839
1955	6.896	1969	12.716
1956	8.982	1970	11.484
1957	1.807	1971	8.275
1958	3.870	1972	6.613
1959	2.528	1973	6.028
1960	3.561	1974	6.347

Fuente: Servicio Griego de Estadística, anuario de 1975 p. 46.

Griegos y política sobre inmigración en Canadá a partir de 1945

Después de la guerra, Canadá adoptó una política más liberal en cuestión de inmigración. La Ley de Inmigración de 1952 seguía siendo discriminatoria con respecto a ciertos grupos, pero admitía el patrocinio de familiares y amigos y la entrada de trabajadores que cumpliesen los requisitos fijados por las propias empresas canadienses.

Canadá experimentó un rápido desarrollo industrial después de la guerra, y necesitaba mano de obra. Ello hizo que en 1967 se introdujera el «sistema de puntos»: se seleccionaba a los inmigrantes según los

puntos que ganasen en nueve apartados, como, por ejemplo, educación, ocupación o idioma. Otros criterios, como el país de origen o la raza, se eliminaron. La normativa de 1967 establecía tres clases de inmigrantes: familiares de quienes estaban ya en Canadá, inmigrantes independientes y refugiados.

En 1976 se aprobó una nueva ley de Inmigración. Tanto dicha ley como disposiciones posteriores modificaron muy poco el esquema de 1967. Para la clase de los familiares, por ejemplo, se ha añadido el principio de reunificación familiar, y la categoría de trabajadores independientes se ha ampliado para dar cabida a dos nuevos tipos de inmigrantes: inversores y empresarios.

La emigración de griegos hacia Canadá empezó a aumentar después de 1952 y alcanzó un total de casi 6.000 personas en 1957. Se estabilizó durante un tiempo y después de 1964 experimentó otra subida espectacular. En 1968 se alcanzó prácticamente la cota de los 10.000 inmigrantes. A partir de entonces se produjo un descenso gradual, y en 1971 la cifra se estabilizó en torno a los 6.000. En el transcurso de la década de los sesenta, entraron en Canadá 40.700 griegos, con lo que Grecia se convirtió en el quinto país emisor de inmigrantes, por detrás de Gran Bretaña, Italia, Estados Unidos y Portugal. El porcentaje de griegos era el 4 % del total de inmigrantes llegados a Canadá en aquella década. Partiendo de los 12.000 que se habían instalado en 1941, en treinta años se sobrepasó la cifra de 124.000.

Conforme al censo de 1981, de un total de 4.000.000 de habitantes, 154.365 eran de origen griego. Ello significa que los griegos eran el noveno grupo étnico europeo en cuanto a población, por detrás de alemanes, holandeses, italianos, ucranianos, escandinavos, judíos, polacos y portugueses.

La tabla que se ofrece a continuación muestra la distribución de la comunidad griega de Canadá en cuanto a edad y sexo en 1971.

Tabla 4.3. Personas de origen griego en Canadá por edades y sexos, 1971

Edad	Varones		Mujeres		Total	
	N.°	%	N.°	%	N.°	%
0-19	23.190	30,0	23.005	39,0	47.200	37,9
10-39	26.890	41,0	23.380	40,0	50.275	40,5
40-59	11.500	17,5	9.125	15,0	20.615	16,5
60+	2.895	4,5	3.585	6,0	6.385	5,1
Total	65.475	100,0	59.010	100,0	124.475	100,0

Fuente: Peter Chimbos, *The Canadian Odyssey*. 1985, p. 31.

Un rasgo interesante que muestra la tabla anterior es la distribución de la población griega de Canadá en cuanto a sexos, que contrasta bastante con la correspondiente a la primera fase de emigración masiva entre 1890 y 1924. Entonces, la proporción de mujeres era pequeña. La distribución después de la guerra es similar a la de los griegos de Alemania en el mismo periodo, que revelaba aproximadamente el mismo número de hombres que de mujeres.

La paridad entre los sexos es ciertamente un fenómeno característico de la emigración griega después de la Segunda Guerra Mundial, y el resultado de la evolución histórica de los patrones demográficos. Si consideramos que 100 es la cifra de paridad absoluta entre los sexos, y que cualquier cantidad superior a 100 indica que predominan los hombres (y al contrario, es decir, que cualquier cantidad inferior indicaría un predominio de mujeres), la distribución en Canadá empezó siendo de 578 en 1911, descendió a 261 en 1921, a 179 en 1931 y a 161 en 1941; pero en 1971 las proporciones estaban prácticamente igualadas en 111, cifra que descendió a 109 en 1981.

Otra característica de la presencia griega en Canadá es que, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, la proporción de inmigrantes (es decir, los nacidos en Grecia) todavía es elevada. En 1901, era del 20 %, que no es un porcentaje alto, pero ascendió al 74 % en 1911. En el periodo de entreguerras empezó a descender, de 69 % en 1921 a 50 % en 1941. Pero después de 1945 el porcentaje de inmigrantes volvió a aumentar: en 1951 era de 61 %; en 1961 de 67 %; en 1971 de 63 % y en 1981 de 61 %.

Emigración griega a Sudamérica desde 1945

La información que poseemos acerca de la emigración y la presencia griegas en los países sudamericanos es fragmentaria. La enciclopedia griega *Megali Elliniki Engiklopedia* ofrece las siguientes cifras para principios de la década de los sesenta: alrededor de 40.000 griegos en Argentina, 50.000 en Brasil, 2.000 en Uruguay, 800 en Chile y «unas doscientas veinticinco familias» en México.

En cuanto al volumen total de emigración después de la Segunda Guerra Mundial, es difícil hacer un cálculo preciso, ya que las estadísticas griegas son incompletas. Las cifras de que disponemos indican que entre 1855 y 1974 emigraron 8.099 griegos hacia Latinoamérica, un porcentaje menor a un 1 % del total de emigrantes en dicho periodo. De ellos, 5.038 eran mujeres y 3.061 hombres.

El número de emigrantes llegados a Argentina, que, junto con Brasil, fue el destino preferido por los griegos, entre 1944 y 1954, ofrece una imagen del reducido volumen de la emigración a Latinoamérica en aquel tiempo. En 1944 entraron en Argentina 346 griegos; en 1945, 490; en 1946, 616; en 1947, 715; en 1948, 1.206; en 1949, 1.200, y en 1950, 1.131, que fue la cifra más alta de este periodo. A partir de entonces, el número de inmigrantes griegos en el país empezó a descender: 592 entraron en 1952 y 460 en 1954.

Hoy día, según las cifras aportadas por la embajada griega en Buenos Aires, se calcula que viven de 20 a 25.000 personas de origen griego en Argentina, y cerca de 10.000 en Chile. Otros recuentos oficiales hablan de 30.000 griegos en Brasil, de «unas cincuenta familias» en Perú y de «unas veinticinco familias» en Bolivia, mientras que la presencia griega en Ecuador y Paraguay es insignificante.

Resumen

La combinación de tres factores, a saber, la situación en Grecia, el desarrollo económico impulsado por la llegada de los refugiados procedentes de Asia Menor (y también de Rusia, Bulgaria y otros lugares) y las restricciones impuestas por Estados Unidos a la inmigración, puso fin a la oleada de emigración masiva. Con la devastación del país tras la Segunda Guerra Mundial, los griegos se vieron de nuevo en unas

circunstancias que les empujaban a emigrar. En aquel momento, los inmigrantes eran bienvenidos en una serie de países, sobre todo en Alemania, Escandinavia y Australia. La emigración a América se mantuvo a un nivel reducido.

La relajación de las leyes sobre inmigración en Canadá y Estados Unidos, y el progreso económico de ciertos países latinoamericanos, sobre todo el de Brasil, recondujeron de nuevo la emigración griega hacia aquel continente. Estados Unidos siguió siendo el destino más atractivo, probablemente porque allí la comunidad griega era numerosa, y la ley permitía la entrada de familiares en el país. Aún así, la emigración a Canadá a finales de los años sesenta y en la década siguiente fue importante.

A finales de los setenta, Grecia empezó a recuperarse y el volumen de la emigración descendió. Incluso aumentó el número de emigrantes que regresaron. La integración europea en 1992 puede suponer el desplazamiento de griegos hacia Europa, pero no se prevé que aumente la emigración hacia América en un futuro próximo.

Capítulo V

DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA Y ACTIVIDADES PROFESIONALES

La primera parte de este capítulo ofrece un perfil de la distribución geográfica de los griegos en América, mientras que en la segunda se analizan las características y la evolución de sus actividades profesionales. Dado que en muchos casos la distribución geográfica era consecuencia del tipo de trabajo que realizaban los inmigrantes, especialmente a principios de siglo, la primera parte estudia la relación entre ambas facetas hasta mediados del siglo xx, mientras que la segunda se centra sobre todo en las actividades profesionales desde mediados de siglo hasta nuestros días.

El capítulo empieza con un breve análisis de la distribución geográfica y las actividades profesionales de los griegos en el periodo anterior a la época de emigración masiva que comenzó en la última década del siglo xix. A continuación se examina la distribución geográfica de los griegos en los Estados Unidos, en Canadá y en Latinoamérica, haciendo referencia, como ya se ha dicho, a la relación entre lugar geográfico y ocupación profesional, particularmente en la primera mitad del siglo xx.

Griegos en ciudades portuarias antes de 1890

La presencia griega en América antes de 1890 fue esencialmente marítima y mercantil, es decir, que los emigrantes eran sobre todo marinos y comerciantes. Por consiguiente, los griegos se encontraban sólo en las zonas costeras, concretamente en los puertos más grandes de América, sobre todo en aquellos donde se realizaban actividades rela-

cionadas con la importación y la exportación. Algunos de estos puertos eran los de Nueva York, Filadelfia y Nueva Orleans en Norteamérica, y Buenos Aires, Montevideo y São Paulo en Latinoamérica. Los griegos llegaron incluso a Hawaii y se establecieron allí en el siglo XIX.

A causa de la naturaleza de sus actividades, los comerciantes y marinos griegos sólo se quedaban en estas ciudades de manera temporal, aunque algunos iban desde allí a otros lugares y regresaban cada vez. Los índices de presencia griega fluctuaban dependiendo de la prosperidad de la ciudad portuaria en cuestión. En Nueva Orleans, por ejemplo, la decadencia del puerto llevó aparejada una disminución de la presencia griega en la ciudad. Por contra, la presencia griega en Nueva York fue casi permanente desde mediados del siglo XIX.

La presencia de marinos y comerciantes griegos en América antes de 1890 fue, en cierto sentido, una extensión de las actividades de la diáspora griega en la cuenca del Mediterráneo. De los hombres de mar que se establecieron en puertos americanos de ambas costas, la atlántica y la del Pacífico, unos se convirtieron en navegantes y recorrieron los grandes ríos de aquel continente y otros se dedicaron a actividades relacionadas con la pesca. La emigración masiva cambiaría luego para siempre el carácter «mediterráneo» de los primeros asentamientos griegos en América.

Distribución geográfica en Estados Unidos desde 1890

Las primeras cifras de que disponemos con relación a la distribución geográfica de los inmigrantes griegos datan de 1908 y no son más que cálculos aproximados. Las ciudades norteamericanas con más de 1.500 habitantes griegos eran las siguientes: Chicago con 15.000; Nueva York, oficialmente, con 9.000 (ver más adelante), aunque otros recuentos oscilan entre 12.000 y 20.000; Lowell (Massachusetts) con 7.000; Pittsburgh con 3.500; Manchester (New Hampshire) con 3.000; San Francisco con 3.000; Salt Lake City (Utah) con 2.000; St Louis con 2.000; Filadelfia con 1.800; Boston con 1.500; Lynn (Massachusetts) con 1.500; Nashua (New Hampshire) con 1.500; Omaha (Nebraska) con 1.500 y Portland (Oregón) con 1.500.

En cuanto a los que se instalaron en cada estado, las cifras correspondientes a 1910 muestran que había griegos en todos ellos. Los es-

tados con una presencia más numerosa eran: Nueva York con 19.058; Massachusetts con 11.407; Illinois con 10.061; California con 7.916; Pennsylvania con 4.214, y Washington con 4.159. Los estados con menor presencia griega eran los del sur.

Tabla 5.1. Inmigrantes nacidos en Grecia presentes en Estados Unidos, 1910-1940, por regiones y estados (datos de 1950)

Región y estado	1910	1920	1930	1940
NUEVA INGLATERRA				
Maine			748	772
New Hampshire	2.634	5.280	3.233	2.945
Vermont			225	188
Massachusetts	11.413	20.441	16.780	15.208
Rhode Island			1.100	987
Connecticut			3.337	3.041
COSTA ESTE (CENTRAL)				
Nueva York	10.097	16.117	33.387	34.800
Nueva Jersey	1.575	4.521	6.020	5.288
Pennsylvania	4.221	13.893	11.646	10.510
NORDESTE (CENTRAL)				
Ohio	2.555	13.540	12.050	10.058
Indiana	1.370	4.521	4.087	3.747
Illinois	10.031	16.465	20.003	18.428
Michigan	1.196	7.115	10.061	8.989
Wisconsin			2.900	2.636
MEDIO OESTE				
Minnesota			1.765	1.761
Iowa	3.356	2.884	1.910	1.535
Missouri	2.790	3.022	2.405	2.183
Dakota del Norte			303	251
Dakota del Sur			279	263
Nebraska			822	718
Kansas			534	439
COSTA ESTE (SUR)				
Delaware	34	286	339	342
Maryland	463	964	1.617	1.686
Distrito de Columbia	342	1.207	1.617	1.863
Virginia	721	1.797	1.285	1.270
West Virginia	787	3.186	2.479	1.915
Carolina del Norte	174	551	1.006	1.114
Carolina	282	578	627	713

Región y estado	1910	1920	1930	1940
Georgia	941	1.473	1.197	981
Florida	886	1.408	1.552	1.643
SUR				
Alabama	633	915	968	759
Arkansas	179	277	312	238
Kentucky	273	401	466	435
Louisiana	237	610	574	505
Mississippi	117	207	342	286
Oklahoma	590	620	642	499
Tennessee	374	491	528	562
Texas			1.803	1.773
MONTAÑA				
Arizona			356	336
Colorado	2.272	1.802	1.230	1.049
Idaho			414	345
Montana	1.905	1.465	840	681
Nuevo México			292	346
Nevada	1.051	618	499	359
Utah	4.039	3.029	2.881	2.476
Wyoming	1.915	1.236	888	759
COSTA OESTE				
California	7.920	10.314	12.675	12.421
Oregón	3.555	1.928	1.575	1.267
Washington	4.187	4.215	2.881	2.476

Fuente: Babis Malafouris, *Oi Ellines tis Amerikis*, p. 158, basado en los censos decenales estadounidenses.

Si se comparan las cifras de 1950 con las de 1920, se observa un descenso en cuanto a concentración relativa de inmigrantes en Nueva York, Nueva Jersey, Illinois y Michigan, así como un descenso en términos absolutos en los estados de Nueva Inglaterra, noroeste central, montaña y costa oeste. Después de 1965, Nueva York, Nueva Jersey, Pennsylvania, los estados de Nueva Inglaterra, Illinois y California experimentan un aumento a causa del asentamiento de inmigrantes nacidos en Grecia.

Nueva York

Cierta guía para emigrantes griegos publicada en 1911 recomendaba: «Es preferible que el inmigrante procure no pasar mucho tiempo en

Nueva York y abrirse camino hacia el interior». La razón de dicho consejo era el alto coste de la vida en la gran ciudad. El alojamiento y la comida podían venir a costar un dólar al día, siempre que uno comiera en pequeños restaurantes griegos y evitase invitar a beber a los amigos [1].

Sin embargo, Nueva York siguió siendo, junto con Chicago, la ciudad con más población griega. Una de las razones era que en dicha ciudad estaba uno de los principales puertos de desembarco de inmigrantes europeos. Llegaban primero a Castle Garden, en el extremo sur de Manhattan, y luego a la pequeña isla de Ellis, situada al suroeste de allí. Cuando se reinició la emigración después de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo a partir de 1965, Nueva York volvió a acaparar la llegada de griegos a los Estados Unidos. La diferencia era que, en lugar de desembarcar en la isla de Ellis, ahora lo hacían en el aeropuerto J. F. Kennedy.

La población griega en Nueva York creció de manera constante, debido, por un lado, al aumento en el número de llegadas y, por otro, al incremento de la natalidad. La siguiente tabla muestra las pautas de dicho crecimiento.

Tabla 5.2. Griegos de Nueva York clasificados según el lugar de nacimiento y la nacionalidad de los padres

Año	Total	Nacidos en extranjero	Nacidos en EE.UU.	Nacidos EE.UU. padres grieg.	Nacidos EE.UU. matr. mixto
1910	8.925	8.038	887	661	226
1920	23.204	18.220	4.984	4.417	567
1930	43.833	27.182	16.651	15.036	1.615
1940	53.253	28.593	24.660	21.120	3.540
1950	56.925	29.815	27.110		
1960	55.584	28.845	26.739	–	–
1970	63.854	35.000	28.854	–	–

Fuente: Ira Rosenwaike, *Population History of New York City.* Syracuse: Syracuse University Press, 1972, pp. 203-6.

Astoria

La afluencia de inmigrantes a Nueva York a partir de 1965 supuso la aparición de un barrio griego bastante extenso en la zona de Astoria,

[1] Canoutas, *op. cit.*, p. 43.

en el distrito de Queens. Se trata, quizá, del barrio griego (*Greektown*) más famoso de la diáspora contemporánea. Cierto observador lo describió con las siguientes palabras:

> Las calles de Astoria están llenas de rostros de ancianas griegas vestidas con el tradicional atuendo campesino de blusa negra y bufanda oscura. Las conversaciones junto a los puestos de fruta de los mercados, en las paradas de autobús y en los restaurantes son en griego, no cabe la menor duda. Los animados gestos de esos jóvenes que están de pie en las esquinas de la calle y silban a las jovencitas que pasan son inequívocamente griegos. Esas tabernas que antes fueron tiendas están llenas de griegos que juegan a las cartas, beben café dulce y discuten sin parar. Por la noche, en los restaurantes y en las salas de fiesta, oscurecidos mediante cortinas en las ventanas, se mezclan el juego y la comida griega con el tañido del bouzouki y la voz aguda del cantante griego [2].

No es ésta una visión exagerada de Astoria en el último cuarto de siglo. La concentración de griegos americanos en aquel barrio, entre 30 y 4.000, le dan efectivamente un sabor griego indiscutible. La mayoría de tiendas y restaurantes están regentados por griegos. Varias asociaciones culturales, iglesias y otras organizaciones griegas tienen su sede allí.

«Suburbanización» de la comunidad griega norteamericana

La movilidad social ascendente de los años cincuenta y sesenta trajo consigo un desplazamiento de los griegos hacia el exterior de los centros urbanos en ciudades como Nueva York, Chicago, Boston, Filadelfia, Los Ángeles. Fue una tendencia general en todo el país, relacionada con la decadencia del centro de la ciudad. En muchos casos, el desplazamiento supuso la aparición de zonas residenciales con una marcada presencia griega en las afueras de las ciudades, aunque nada parecido a los barrios griegos del centro.

[2] Andrea Simon «The Sacred Sect and the Secular Church: Symbols of Ethnicity in Astoria's Greek Community». Tesis doctoral, 1977, p. 72.

Zonas de asentamiento y profesiones de los griegos en Estados Unidos hasta 1950

Los lugares donde se establecieron los inmigrantes griegos fueron un reflejo de las actividades profesionales a las que quisieron dedicarse. Entre la última década del siglo XIX y 1924, los inmigrantes no se sintieron atraídos por las actividades agropecuarias, a pesar de su origen campesino. Desempeñaron diferentes trabajos en las ciudades o se convirtieron en trabajadores industriales, sobre todo en los sectores textil, minero y ferroviario. Se instalaron en las ciudades del norte y nordeste de Estados Unidos: Nueva York, Boston, Filadelfia, Chicago. Los obreros textiles lo hicieron en el nordeste (Nueva Inglaterra): en Massachusetts y New Hampshire. Los mineros y los que participaron en la construcción de los ferrocarriles se establecieron por todo el país, desde Pennsylvania en el este hasta California en el oeste.

Nueva York

Las ocupaciones de los griegos en Nueva York durante la oleada de inmigración masiva que tuvo lugar entre finales del siglo pasado y 1924 abarcaron un amplio espectro profesional dentro del sector servicios: restaurantes, pastelerías, tiendas de alimentación, floristerías, tintorerías, sastrerías. Según cierto cálculo aproximado que se hizo público en 1910, existían más de 600 tiendas de griegos y alrededor de 2.000 vendedores ambulantes.

Había dos distritos griegos. Uno estaba en la parte baja de Manhattan, cerca del punto de desembarco de inmigrantes, y contaba con hoteles, restaurantes y agencias de viajes. El segundo estaba en el centro de Manhattan, a lo largo de la Sexta Avenida, entre las calles 26 y 42. La mayoría de las tiendas en ambos distritos tenían clientela griega, cosa que no ocurría en otros restaurantes y tiendas regentados por griegos fuera de estas zonas. Los restaurantes de los distritos griegos, por ejemplo, servían cocina griega, mientras que los demás servían cocina norteamericana.

Las actividades relacionadas con la hostelería y, en general, con el comercio minorista de alimentos, han constituido un rasgo permanente de la comunidad griega en Estados Unidos. Los primeros inmigran-

tes trabajaron en restaurantes (incluso en los de carretera que tienen forma de vagón comedor de tren y reciben el nombre de diners), en puestos de fruta, en pastelerías y en panaderías. Después de la Segunda Guerra Mundial, los inmigrantes griegos trabajaron también en restaurantes, cafeterías y como vendedores ambulantes.

Cierto periodista americano de origen griego ha descrito la adquisición de un restaurante como el primer signo de prosperidad para el inmigrante griego, alcanzado el cual,

> nuestros compatriotas inmigrantes podían experimentar cierto desahogo económico y descansar de los arduos principios de su andadura, de la pesada carga que suponía trabajar en el ferrocarril o en la mina, y de la vida, a menudo desalentadora, del vendedor ambulante [3].

El restaurante resultaba, en efecto, un negocio ideal para los griegos, ya que proporcionaba un alto grado de seguridad y permanencia, a la vez que reportaba beneficios rápidamente. Además, significaba que toda la familia trabajaba en un mismo lugar, y era, por tanto, una unidad autosuficiente en materia de empleo regida por el cabeza de familia. Ningún miembro tenía que buscar trabajo fuera de ella.

Otro sector que proporcionó oportunidades laborales a los griegos fue el de la manufactura, especialmente el trabajo de la piel. Los emigrantes procedentes de Castoria, importante centro peletero situado al norte de Grecia, pudieron hacer valer su oficio cuando llegaron a Nueva York. Fueron muchos los técnicos y comerciantes que emigraron. Los mayoristas que tuvieron más éxito vendiendo a los grandes almacenes instalaron sus propias fábricas y dieron trabajo a sus compatriotas. Les pagaban bastante bien: un técnico cobraba de 10 a 20 dólares a la semana hasta 1910; en 1920 podía ganar hasta 60. Muchos abrieron sus propios talleres o fábricas. En 1912 había 44 griegos trabajando en este sector.

Pronto Nueva York se convirtió no sólo en un núcleo económico para los griegos de Estados Unidos, sino también en un importante centro cultural. Los dos periódicos griegos más importantes, *Atlantis* y *National Herald,* se editaban allí. También se publicaban varias revistas

[3] Malafouris, *op. cit.*, p. 274.

en griego. En 1891 se formó una comunidad dedicada a establecer y administrar la Iglesia ortodoxa griega.

Chicago

Chicago fue la ciudad que atrajo mayor número de inmigrantes durante el periodo de emigración masiva, y, al menos hasta la década de los sesenta, se concentraba en ella el mayor número de habitantes de origen griego de Estados Unidos. En 1882 había allí casi un centenar. El censo de 1890 arroja una cifra de 245 griegos, cifra que en 1900 aumentó a 1.493. La más alta que se ha alcanzado ha sido 75.000.

Los primeros griegos que se establecieron en Chicago lo hicieron en 1840. Habían viajado por el Mississippi desde Nueva Orleans. Ello animó a otros navegantes griegos de aquella ciudad. El primer nacimiento griego (de matrimonio mixto) registrado fue el de Frank Combiths en 1869.

El gran incendio de 1871 destruyó gran parte de la ciudad, y su reconstrucción atrajo a más inmigrantes. Un año después del incendio, Christos Chakonas, el líder del grupo procedente del Peloponeso, visitó Chicago. Cuando volvió a Grecia, animó a sus paisanos para que se trasladaran a aquella ciudad.

Durante el periodo de emigración masiva, Chicago se convirtió en uno de los destinos preferidos por los griegos, especialmente por los procedentes del Peloponeso. Conforme a la teoría de la «emigración en cadena», a los primeros emigrantes de una región les siguen otros que se establecen también en la misma zona.

Por consiguiente, la población de la ciudad creció de manera constante a principios del siglo xx. En 1904 había en Chicago cerca de siete mil quinientos griegos. El volumen de la comunidad griega (como de otras comunidades de inmigrantes) tendía a fluctuar considerablemente porque muchos tenían en Chicago su residencia de invierno, y durante el resto del año trabajaban en Illinois o en algún estado del oeste. Cierto informe señala que de los 15.000 griegos con domicilio en Chicago en 1910, 12.000 abandonaron la ciudad en primavera para trabajar en otro sitio.

En 1900 había tres pequeños barrios griegos en la ciudad. Uno de ellos estaba próximo a Hull House, un albergue que acogía inmigran-

tes pobres recién llegados, y que se convertiría más tarde en un centro de reforma social. Su fundadora, la asistente social Jane Addams (1860-1935), compartió el Premio Nobel de la Paz en 1931. Por hallarse próximo al barrio griego y atender a los inmigrantes procedentes de Grecia, Hull House llevó a cabo un estudio de los condiciones de vida en dicho barrio.

Nueva Inglaterra

Esta región atrajo muchos inmigrantes griegos, especialmente los estados de Connecticut, Massachusetts y New Hampshire. Encontraron trabajo en la industria textil y, en menor medida, en la del calzado. Si nos olvidamos de ciudades grandes como Boston, Lowell, Lynn, Manchester o Nashua, había comunidades de más de cien griegos en otras más pequeñas como Bridgeport, Stamford, New Haven, Norwich o Hartford en Connecticut; Chicope, Clinton, Fall River, Haverhill, Peabody, Salem, Springfield o Worcester en Massachusetts, y Concord, Dover o New Haven en New Hampshire.

La historia de los griegos de Lowell, la tercera ciudad en cuanto a concentración de griegos en los Estados Unidos, al menos hasta los años veinte, sirve para ilustrar la historia de los griegos que trabajaron en la industria textil de Nueva Inglaterra. Lowell, situada al norte de Boston, era un importante centro textil, con una población cercana a los 100.000 habitantes a principios de siglo. La mayoría de ellos eran inmigrantes de clase obrera; aproximadamente un 40 % eran irlandeses y un 20 % canadienses francófonos.

Cuando llegaron los primeros griegos en 1891, los trabajadores de las fábricas textiles pertenecían a estos dos grupos. Los primeros que llegaron, como la mayoría de sus compatriotas entonces, no querían trabajar en las fábricas, sino que preferían trabajar como vendedores ambulantes. Pero en 1892 tuvo lugar una crisis económica que obligó a algunos de ellos a ocupar los puestos inferiores de las fábricas. Tuvieron que trabajar, por ejemplo, en las salas de tintura o como barrenderos, empleos por los que cobraban tres o cuatro dólares a la semana. Los capataces se dieron cuenta muy pronto de que los griegos eran trabajadores serios y eficientes, y les pidieron que animaran a sus compatriotas para que se incorporaran a las fábricas textiles. La comunidad

griega empezó a crecer rápidamente: en 1895 contaba con cerca de 350 individuos, y pronto tuvieron su propia cafetería, una panadería y una tienda de comestibles.

Al incrementarse el número de trabajadores griegos en la industria textil, los irlandeses y canadienses empezaron a sentir que peligraba su empleo. Los dueños de las fábricas preferían a los griegos porque no consumían tanto alcohol como los otros durante el fin de semana. Al parecer, se consumía tanto que los lunes el ritmo de producción era muy lento. No está claro si se les prefería por esto o porque aceptaban salarios más bajos. En cualquier caso, entre la población de la ciudad se podía observar un gran resentimiento contra los inmigrantes griegos, hasta el punto de maltratarlos físicamente o de negarles el alojamiento. Esto contribuyó a la cohesión de los griegos, que vivían en un mismo barrio, e iban y volvían de trabajar juntos.

La presencia griega en Lowell fue cada vez más numerosa. En 1904 habían creado una organización comunitaria. Lo primero que hizo dicha organización fue construir una iglesia, que se acabó en 1908. En el sótano de la iglesia funcionaba una escuela. Según el censo de 1911, de un total de 100.000 habitantes, unos siete mil eran griegos. Desde el punto de vista laboral, aunque el principal soporte económico de la comunidad lo constituían los que trabajaban en la industria textil, había cierta diversidad. Un cómputo de la época recoge la presencia de doctores, dos periódicos, dos escuelas nocturnas (además de la que funcionaba en el sótano de la iglesia) y gran variedad de tiendas regentadas por griegos, como por ejemplo cafeterías, tiendas de comestibles, restaurantes, fruterías, *drugstores* o establecimientos de limpieza del calzado [4].

Tarpon Springs

Esta pequeña ciudad, fundada en 1876 en la costa oeste de Florida (golfo de México), se convirtió en un importante punto de asentamiento griego a principios de siglo. Como muchas ciudades de Florida, Tarpon Springs fue concebida en un principio como centro turístico de invierno para la clase alta del nordeste de los Estados Uni-

[4] Thomas Burgess, *Greeks in America*. Boston, 1913, pp. 146-47.

dos. Uno de estos turistas fue un banquero de Filadelfia llamado John Cheyney. Durante sus vacaciones en Tarpon Springs, observó que había pescadores procedentes de Cuba y las Bahamas recogiendo esponjas en Key West, al sur de Florida. Se interesó por dicha actividad, y al enterarse de que la pesca y la elaboración posterior de esponjas eran técnicas que habían avanzado mucho en las islas griegas, contrató al experto griego John Cokkoris.

A partir de 1904, Cokkoris empezó a reclutar pescadores griegos y a emplearles en Tarpon Springs. La mayoría de ellos procedían de Kalymnos, una isla desértica cuyos habitantes se habían especializado en la pesca de esponjas, que practicaban por todo el Mediterráneo.

Tarpon Springs dejó pronto de ser un balneario para convertirse en el principal centro productor de esponjas de los Estados Unidos. A partir de 1905, y hasta la Segunda Guerra Mundial, prácticamente la mayoría de la población era de origen griego. En 1930, de un total de 3.414 habitantes, 1.439 eran descendientes de griegos, con lo que representaban el 42 % de la población. En 1940 el porcentaje se había elevado hasta el 70 %, y a partir de entonces empezó a descender. En 1965, los griegos representaban aproximadamente el 35 % de la población de la ciudad [5].

A partir de 1945, la industria de la esponja empezó a sufrir una contracción importante a causa de dos factores: una plaga que asoló los lechos de esponjas en el golfo de México y el desarrollo de las esponjas sintéticas. A finales de los setenta, la población de Tarpon Springs rondaba los 13.000 habitantes, y un tercio de ellos era de origen griego. Aún hoy, la pesca de esponjas y un puñado de restaurantes griegos forman parte de la imagen turística de la ciudad. También es popular la fiesta ortodoxa de la Epifanía, que se celebra el 6 de enero. Tal día se procede a la «bendición de las aguas», para lo cual un sacerdote arroja una cruz al mar y los muchachos de la localidad se zambullen para recuperarla. Por otro lado, muchos pensionistas americanos de origen griego eligen Tarpon Springs para fijar su residencia.

[5] Edwin Clarence Buxbaum, *The Greek-American Group of Tarpon Springs,* Florida, 1980, p. 43.

El oeste

Los griegos que se establecieron en los estados del oeste trabajaron en la minería y en la construcción del ferrocarril. El censo de 1911 arroja las siguientes cifras: 7.916 en California, 2.267 en Colorado, 3.358 en Iowa, 3.457 en Nebraska, 1.051 en Nevada, 3.546 en Oregón, 3.991 en Utah, 4.159 en Washington y 1.915 en Wyoming.

El trabajo en el ferrocarril consistía en tender las vías. Se trabajaba en cuadrillas de seis a diez obreros, normalmente de una misma procedencia. Al menos uno de ellos tenía que tener suficientes conocimientos de inglés como para hacer de intérprete. Cada cuadrilla vivía en un mismo sitio. Si el lugar de trabajo estaba cerca de una ciudad, se vivía en casas; pero lo más normal es que las viviendas fuesen móviles, como por ejemplo vagones de carga, tiendas de campaña o chamizos de madera. El caso de los mineros era idéntico. En los meses más fríos del invierno, lo habitual era que se suspendiera el trabajo y los obreros pasaran el tiempo en ciudades en las que había varios cafés griegos.

Los vagones que se habilitaban como vivienda solían tener de ocho a diez literas y una mesa para jugar a las cartas. Normalmente se usaba otro vagón como cocina y uno de los obreros se encargaba de cocinar. El cocinero quedaba exento del trabajo en las vías, pero debía procurar provisiones, hacer pan y preparar las comidas, en las que no solía faltar la carne. El puesto de cocinero era rotativo y su salario procedía de las aportaciones de los demás miembros de la cuadrilla.

Se dice que la vida de estos trabajadores no era muy saludable. No se cumplían las normas de higiene más elementales. Por poner un ejemplo, de los 500 griegos que trabajaban en la ciudad de McGill, en Nevada, ninguno usaba los baños de la empresa. Su vivienda no se ventilaba y las sábanas no se oreaban ni se lavaban. Las enfermedades más corrientes eran las de tipo respiratorio, las venéreas y el reumatismo. La empresa no proporcionaba asistencia médica a los trabajadores.

En las ciudades, como es natural, las condiciones eran mejores. Lo que sigue es un texto de la época que habla de la comunidad griega de Salt Lake City (Utah):

> En el estado de Utah viven unos cuatro mil de nuestros compatriotas. La mayoría de ellos son mineros u obreros del ferrocarril. El cen-

> tro principal de los griegos es Salt Lake City, donde existe una comunidad con el mismo nombre. En la actualidad hay allí unos cien establecimientos griegos, la mitad de los cuales tienen clientela exclusivamente griega [...] y son cafeterías, restaurantes, tiendas de comestibles, *saloons*, barberías, etc. El resto son sólo para americanos [sic] y se trata de restaurantes, unas cuantas tiendas de caramelos y puestos de limpiabotas [...] Esta colonia ha progresado a pasos agigantados. En enero de 1905 se tomó la decisión de llamar a un sacerdote y organizar una iglesia [...] el 25 de octubre, la iglesia, cuya construcción había costado 10.000 dólares, se puso a disposición de la comunidad [...] Recientemente han aparecido dos periódicos [6].

Este original modelo de asentamiento empezó a cambiar en la década de los treinta a causa no sólo de la crisis económica, sino también del ascenso de los griegos en la escala social. Abandonaron el sector industrial e ingresaron en el de servicios, unas veces como empleados y otras como pequeños propietarios. En los años cuarenta eran muy pocos los griegos que trabajaban como obreros.

Profesiones en Estados Unidos a partir de 1950

El historiador Theodore Saloutos ha definido muy bien los años cincuenta como la «era de respetabilidad» para los griegos en los Estados Unidos. El ascenso social de la comunidad griega fue notable, especialmente el de la llamada segunda generación (griegos nacidos en Estados Unidos), que entró a formar parte de la clase media americana. La tabla que se ofrece a continuación muestra los cambios en el perfil ocupacional de los griegos de Estados Unidos. En ella se enumeran las profesiones más comunes desempeñadas por ellos en los años cincuenta, y se hace una distinción entre los nacidos en Grecia y los nacidos en Estados Unidos. Las cifras hacen referencia a la frecuencia de cada ocupación entre los griegos en comparación con una media nacional de 100.

Las diferencias entre inmigrantes y segunda generación según las distintas profesiones ponen de manifiesto el aburguesamiento de este último grupo.

[6] Burgess, *op. cit*, pp. 165-6.

Tabla 5.3. Ocupaciones de los griegos en EE.UU. En los años cincuenta. Proporción entre trabajadores blancos = 100 (* = 90).

Varones	Nacidos en Grecia	Nacidos en EE.UU.
Técnicos	28	136
Granjeros	12	9
Administradores y propietarios	290	147
Oficinistas	29	112
Comerciales	68	143
Artesanos, capataces	46	66
Operarios	57	101
Empleados de hogar	73*	—
Servicios	579	265
Jornaleros del campo, mayorales	14	22
Otros jornaleros, mineros	73	75
Sin especificar	110	120
Técnicos	28	64
Granjeras	52*	—
Administradoras y propietarias	380	84
Oficinistas	19	166
Comerciales	75	112
Artesanas, oficialas	189	88
Operarias	188	78
Empleadas de hogar	30	17
Servicios	163	77
Jornaleras del campo, mayorales	41*	—
Otras jornaleras, mineras	87*	25
Sin especificar	139	44

Fuente: E.P. Hutchinson, *Inmigrants and their Children, 1850-1950.* Nueva York: Wiley, 1956, pp. 220-221.

La tabla muestra que la segunda generación se dedica más a trabajos de oficina y menos a tareas manuales. También se observa que las mujeres participan más en la economía. Una serie de estudios sobre pequeñas comunidades griegas de Estados Unidos, llevados a cabo en los sesenta, confirmaron estas pautas. Vlachos, por ejemplo, realizó un estudio sobre la comunidad griega de la ciudad de Anderson, en Indiana, y descubrió que, mientras que la primera generación de inmigrantes se había especializado en la hostelería, la segunda se concentraba más en torno a trabajos de oficina y diversos negocios pequeños, y de la tercera no había nadie trabajando en restaurantes [7].

[7] Evangelos C. Vlachos, *The Assimilation of Greeksin the United States*, 1968, p. 140.

En la década de los setenta, la comunidad griega de Estados Unidos se había asimilado a la sociedad norteamericana y cubría un amplio espectro de actividades profesionales que no vamos a clasificar aquí, puesto que no tendría sentido. Sólo los recién llegados trabajaban en restaurantes y cafeterías, el empleo tradicional de los inmigrantes griegos.

En el último cuarto de siglo, varios griegos hicieron suficiente fortuna como para aparecer en la revista *Forbes*, que publica, entre otras, la lista de las personas más ricas de Estados Unidos. Para el sociólogo Charles Moskos, que ha llevado a cabo un estudio sobre la comunidad griega de los ochenta en Norteamérica, los griegos más ricos son los siguientes: George Phydias Mitchell, cuya fortuna se calcula en 400 millones de dólares; Alex G. Spanos, que se hizo millonario con la construcción y el desarrollo urbanístico en California; los hermanos Dikeou de Denver (Colorado), también dentro del negocio inmobiliario, como George Argyros; John Catsimatides, dueño de una cadena de supermercados; Kenneth Pontikes, dueño de una de las empresas arrendadoras de equipamientos informáticos más importantes del mundo; Michael Jaharis Jr., presidente de una destacada compañía farmacéutica; William Tavoulareas, antiguo presidente de Mobil Oil; Anthony Antoniou, dedicado al desarrollo inmobiliario en el medio oeste; George Hatsopoulos, presidente de la Thermo Electron Corporation; Thomas Philips, presidente de la Raython Corporation, y algunos otros [8].

Distribución geográfica y actividad profesional en Canadá

Los primeros inmigrantes griegos se instalaron en las ciudades más importantes de las provincias de Quebec (Montreal) y Ontario (Toronto y Ottawa). En 1911, el 67 % estaba en estas dos provincias. El siguiente punto de máxima concentración era el puerto de Vancouver, en la provincia de British Columbia (en la costa occidental). En las demás provincias se establecieron pocos griegos.

[8] Charles C. Moskos, *The Greek Americans...*, p. 125.

Tabla 5.4. Distribución de los Inmigrantes Griegos en Canadá por Provincias, 1911-1951

Provincia	1911	1921	1931	1941	1951
Alberta	97	217	270	190	244
British Columbia	59	683	483	532	573
New Brunswick	24	42	41	33	40
Newfoundland					1
Nova Scotia	36	83	96	108	129
Manitoba	64	133	135	137	158
Ontario	1.119	1.147	2.936	3.570	5.731
Prince Edward Island				2	4
Quebec	4541	1.115	1.294	1.112	1.559
Saskatchewan	40	221	272	202	154
Yukon y Northwest	12	2	3	6	1

Fuente: George Vlassis, *The Greeks in Canada*, p. 93.

La emigración a Canadá a partir de 1945 confirmó las pautas de los primeros asentamientos urbanos. El que muchos griegos procedentes del campo prefiriesen el estilo de vida de la ciudad puede entenderse como un reflejo de sus esperanzas de encontrar un empleo mejor y más oportunidades educativas. Al igual que en los Estados Unidos, los griegos de Canadá tendían a apiñarse en determinados barrios, cuyas casas eran normalmente antiguas y baratas. En un principio, lo reducido de los salarios les obligaba a alquilar este tipo de viviendas. Otra razón para la aparición de estos enclaves étnicos era, naturalmente, que los inmigrantes preferían vivir cerca de sus familiares y amigos. El hacinamiento y el mal estado de las viviendas supusieron importantes problemas para los griegos de Canadá, especialmente en los cincuenta y los sesenta.

Tabla 5.5. Destino de los Inmigrantes Griegos en Canadá por Provincias, 1957-1971

Provincia	1957	1961	1967	1971
Alberta	60	94	115	108
British Columbia	215	150	361	215
New Brunswick	12	87	67	11
Newfoundland	1	1	1	2
Nova Scotia	89	87	67	35
Manitoba	97	81	169	115
Ontario	2.502	1.634	6.187	2.565
Prince Edward Island	1			
Quebec	2.581	1.764	3.642	1.685
Sakatchewan	73	39	77	31
Yukon y Northwest		1	10	2

Fuente: Chimbos, *Greek Odyssey; The Greek Experience in Canada*, p. 160.

Los griegos de Canadá están localizados sobre todo en centros urbanos. En 1981, había 64.970 griegos en Toronto, lo que representaba un 2,2 % de población de la ciudad; en Montreal había 48.185, es decir, un 1,7 % de la población y en Vancouver 6.240, un 0,5 %. En estas tres ciudades existe una fuerte concentración de griegos en determinados barrios.

En el barrio griego de Montreal, situado al norte de la ciudad, alrededor de Park Avenue, el 45 % de los habitantes son griegos. Allí se encuentra su iglesia, así como varios restaurantes y tiendas griegos. En el de Toronto, situado al nordeste del puerto, un 26 % de la población es de origen griego. En Vancouver los griegos se concentran en el lado este de la ciudad, pero allí la densidad es menor: 6 %.

Actividad profesional

Antes de 1945, la mayoría de los inmigrantes griegos en Canadá no tenían apenas estudios y se dedicaban a tareas de tipo manual: eran por ejemplo vendedores ambulantes o limpiabotas. Poco a poco se convirtieron en propietarios de establecimientos más o menos grandes. En líneas generales, el perfil laboral era similar al de la comunidad esta-

dounidense. El ascenso social fue menos evidente porque la emigración masiva no tuvo lugar hasta después de 1945. Además, muchos emigrantes tenían asumido que su trabajo en Canadá sería de escasa categoría. En 1951, por ejemplo, 1.100 griegos fueron admitidos con el propósito de que cubrieran unos determinados puestos: 500 mujeres se incorporaron al servicio doméstico, 200 personas fueron empleadas en restaurantes y 400 en la agricultura y la minería. Como ya se ha señalado, Canadá, a diferencia de los Estados Unidos, reguló la admisión de inmigrantes con arreglo a sus necesidades de mano de obra. Hasta la década de los sesenta no se relajó la legislación relativa a la entrada de extranjeros en el país.

Dado que los inmigrantes griegos llegaban para realizar trabajos que no requerían cualificación, no es de extrañar que, según el censo canadiense de 1971, su nivel profesional y de estudios fuera bajo en comparación con la media de la población del país.

Distribución geográfica y actividad profesional en Latinoamérica

Las referencias a la distribución geográfica de los inmigrantes griegos en Latinoamérica son dispersas. Ello se debe a que la presencia griega en la parte sur del continente americano es reducida. Poseemos más información acerca de etapas anteriores que de la etapa actual. Además, como ya se ha dicho, nos encontramos con el problema de que las cifras correspondientes a los griegos son inexactas, ya que se consideraba a los procedentes del Imperio otomano como turcos.

El 20.° Censo de la República Argentina habla de 313 griegos (283 varones y 30 mujeres), de los cuales 170 (150 varones y 20 mujeres), es decir, casi la mitad, vivían en Buenos Aires, y otros 69 (65 varones y 4 mujeres) en los alrededores de la capital. Para el resto de las provincias, el mencionado censo arroja las siguientes cifras: 34, en Santa Fe; 15, en Entre Ríos; 4, en Corrientes; 1, en Córdoba; 2, en Mendoza; 3, en La Rioja; 7 en Tucumán, y 1, en Salta.

Durante todo el siglo xx, el asentamiento griego se localiza en los centros urbanos. No obstante, al igual que en Estados Unidos, la distribución geográfica del contingente griego es extensa.

En Argentina, la presencia griega se concentra en su mayor parte en torno a la ciudad de Buenos Aires. De un total de 25.000 griegos

instalados en el país, 20.000 residen en dicha ciudad o en sus alrededores. Aunque no disponemos de cifras fiables en cuanto a las dimensiones de cada comunidad, existe una lista de varias instituciones comunitarias y su localización, la cual nos da una idea de la distribución geográfica de los griegos en Argentina. Dos de ellas están radicadas en Buenos Aires, la de Palermo y la de Banfield (Sócrates), y otra en las afueras de la ciudad (Panhellenion). Esta última la formaron inmigrantes que buscaban trabajo en las fábricas cercanas. Caso parecido es el de la comunidad «Platón» en Verisso La Plata, a setenta kilómetros de Buenos Aires, que es la más antigua de Argentina. También existen comunidades en Rosario, Córdoba, Residencia (en la provincia de El Chaco), Comodoro Rivadavia y Mar del Plata.

En Brasil hay en la actualidad cerca de 30.000 griegos, y la mayoría residen en São Paulo o sus alrededores. En Río de Janeiro hay unos dos mil y en Brasilia cerca de 400. También existen comunidades griegas en otras ciudades, como por ejemplo en Florianópolis, Porto Alegre, Recife y Goiania.

En el resto de países latinoamericanos, la distribución es similar. En Chile, existen comunidades griegas en Santiago, en Valparaíso, en Antofagasta y en Viña del Mar. Hasta hace poco había otra en el puerto de Punta Arenas. En los demás países la presencia griega no va más allá de unos pocos centenares y se concentra sobre todo en las capitales.

Actividad profesional

Las ocupaciones de los griegos en Latinoamérica son variadas, pero la mayoría pertenecen al campo mercantil. Existen algunos comerciantes e industriales poderosos. La información disponible al respecto es poco concreta e indica que las familias más pudientes están localizadas principalmente en Argentina y Brasil. Muchos hicieron fortuna gracias al boom económico de principios de los sesenta, que atrajo a muchos griegos.

En varios países latinoamericanos nos encontramos con que los griegos han amoldado sus aptitudes a la economía local. Así, por ejemplo, a principios de los sesenta había entre los griegos de Argentina varios cultivadores y granjeros, mientras que en Chile las profesiones

variaban desde la de panadero en Antofagasta hasta la de ingeniero o minero.

Ninguna reseña de las actividades profesionales de los griegos en Latinoamérica sería completa sin hacer referencia a la figura legendaria de Aristóteles Onassis (1900-1975), considerado uno de los personajes más ricos del mundo cuando estaba en la cumbre de su carrera y, sin duda, el griego más rico de todos los tiempos. Su vida ha llamado tanto la atención que es difícil distinguir entre realidad y fantasía. Para el propósito que nos ocupa, baste decir que Onassis escapó a la destrucción de Esmirna en 1922 y viajó a Buenos Aires, donde tenía ciertos parientes lejanos. Después de desempeñar diferentes oficios, incluido el de telefonista, creó lo que acabaría siendo una próspera empresa de tabaco. Su padre, que también había huido de Esmirna, había sido comerciante de tabaco en aquella ciudad, y cuando se estableció en Grecia siguió dedicándose a ello. Onassis, cuando contó con capital suficiente, entró en contacto con navieros griegos instalados en Londres y decidió participar en el negocio, hecho este que le apartaría más tarde de Argentina. Empezó comprando diez viejas fragatas en Canadá después de la Segunda Guerra Mundial. Por aquel entonces ya estaba en vías de convertirse en un personaje célebre.

Aristóteles Onassis es la figura idónea para terminar este capítulo dedicado a los aspectos geográficos y profesionales de la presencia griega en América. Los griegos se caracterizaron por su movilidad geográfica: incluso después de emigrar, no dudaron en trasladarse a cualquier sitio en busca de oportunidades económicas. La mayoría de inmigrantes empezaron en franca desventaja con respecto a Onassis, muchos de ellos lavando platos en restaurantes griegos. Casi todos soñaban con un futuro acomodado, participando así del llamado «sueño americano». Onassis no fue el único en conseguirlo, aunque sí el que lo hizo de manera más espectacular.

Resumen

La emigración masiva que comenzó en la última década del siglo XIX cambió de manera drástica el carácter «mediterráneo» de los asentamientos griegos a lo largo de las costas americanas. Los emigrantes se establecieron en los lugares donde había trabajo: en las grandes ciuda-

des, en las fábricas textiles de Nueva Inglaterra, en las minas y en los puntos de construcción del ferrocarril, en el oeste de los Estados Unidos. A partir de entonces, la presencia griega en América adquirió su clásico perfil eminentemente urbano, aunque abarca localidades de casi todas las regiones.

Más recientemente, con la superpoblación y demás problemas por los que atraviesan los núcleos urbanos, los griegos más adinerados han abandonado el centro de la ciudad para vivir en las zonas residenciales de las afueras, un desplazamiento que pone de manifiesto su aburguesamiento y que ha supuesto la desintegración de los tradicionales barrios griegos. Los inmigrantes recién llegados a Canadá y a los Estados Unidos, sin embargo, siguen viviendo en barrios donde constituyen una considerable mayoría.

Las actividades profesionales de los griegos en América han evolucionado y se han diversificado conforme a su ascenso en la escala social. Sin embargo, merced a la llegada de nuevos inmigrantes en la década de los sesenta, la «especialización» tradicional no ha desaparecido. Aún se identifica a los griegos como propietarios de restaurantes y cafeterías. Pero hay individuos de origen griego en todos los escalones de la pirámide profesional, desde los consejos de administración de las grandes empresas hasta los puestos de perritos calientes en la calle.

Capítulo VI

LA PRESENCIA GRIEGA VISTA POR LOS AMERICANOS

Michael Dukakis, norteamericano de origen griego y candidato a la presidencia de los Estados Unidos en 1988, fue muy criticado porque a pesar de insistir en sus raíces étnicas, no encajaba con el arquetipo griego. Dukakis era frío, serio y modesto, nada parecido al sanguíneo y emotivo Zorba *el Griego* [1]. Pero si ésta hubiera sido la acusación más grave que se hubiera vertido contra los griegos en América, podrían darse por satisfechos. Lo cierto es que los inmigrantes griegos han tenido que afrontar un grado tremendo de discriminación, sobre todo en los Estados Unidos y en Canadá; no tanto en los países latinoamericanos. En Estados Unidos, a principios de siglo, había restaurantes que ponían un cartel en la ventana para proclamar lo «limpio» que estaba el establecimiento. El cartel decía «Ni ratas ni griegos».

La visión americana de la presencia griega en el continente fue cambiando a medida que los sentimientos racistas y antiextranjeros se vieron sustituidos por unos valores más liberales e igualitarios. De igual modo que el contexto general evolucionó, así también lo hizo la manera en que los griegos eran considerados. El cambio fue diferente en cada país. Así pues, este capítulo analizará por separado la situación de los griegos en Estados Unidos y en Canadá. Primero se tratará el tema de la situación de los extranjeros en general para luego centrarnos en el caso particular de los griegos. El capítulo acabará con algunas observaciones acerca de la situación de los griegos en Latinoamérica.

[1] Ver por ejemplo el artículo de Philip Roth titulado «Ethnic Pop and Native Corn», publicado en el *New York Times*, el 19 de septiembre de 1988.

Estatus de los inmigrantes en Estados Unidos desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX

A finales del siglo XIX, los procesos cada vez más acelerados de industrialización y urbanización, y el cambio vertiginoso de los esquemas de movilidad social, produjeron en la mente de la población un fuerte sentimiento de dislocación e inestabilidad social. Una explicación fácil a tales problemas eran los inmigrantes europeos, ya que se encontraban en las industrias y ciudades que por entonces empezaban a resentirse económicamente. A medida que se acercaba el final del siglo, y a la par que los problemas económicos aumentaban, crecía la hostilidad hacia la inmigración y los inmigrantes. Este sentimiento se hizo extensivo a todas las capas de la población, incluidos los propios inmigrantes.

Las dificultades económicas dieron lugar a la aparición del radicalismo obrero y el sindicalismo. Los empresarios empezaron a reducir costes mediante la sustitución de los trabajadores conflictivos por inmigrantes recién llegados: no estaban afiliados a ningún sindicato y estaban dispuestos a aceptar salarios más bajos e incluso a ser utilizados para reventar las huelgas. Estos inmigrantes entraron en pugna con los trabajadores afiliados, que en su mayoría habían sido también inmigrantes con anterioridad. En la década de 1870, por ejemplo, se produjo un fuerte estallido de violencia en las minas de carbón de Pennsylvania: los mineros de origen inglés e irlandés se opusieron a la contratación de mano de obra barata, es decir, de inmigrantes procedentes de Italia y del este de Europa.

La alta y la pequeña burguesía de los Estados Unidos, sobre todo la provinciana, compartía la hostilidad hacia los inmigrantes. Convenía tomarlos como símbolo de los problemas planteados por un proletariado urbano cada vez más numeroso. Los *ghettos* de los inmigrantes en las grandes ciudades eran considerados como un caldo de cultivo para la «amoralidad», la delincuencia, el desorden social y el radicalismo político. El radicalismo parecía algo culturalmente ajeno a la sociedad americana; sus características eran tanto más extrañas cuanto que eran los inmigrantes los que más participaban de él. El blanco siguiente, después del radicalismo, fue el catolicismo, que se asociaba también con los obreros extranjeros de las ciudades.

Los intelectuales fomentaron la hostilidad con lo que se conoce como «nativismo». Molestos por su impotencia en las esferas económica y política, intentaron mantener su estatus dentro la sociedad estadounidense mediante la reivindicación de su aportación al formular valores culturales y morales. Una vez más, el motivo más a mano para la inestabilidad social fueron los inmigrantes.

A finales del siglo XIX se había producido una formidable alianza entre los antiguos inmigrantes de la clase obrera, los empresarios, la clase media rural, la pequeña burguesía y los intelectuales. Esta alianza formó un bloque de opinión pública que recibió a los inmigrantes procedentes del sureste de Europa con gran hostilidad. El bloque nativista era reacio a cuestionar las instituciones y las prácticas americanas; prefería interpretar la debilidad de la nación como el resultado de la influencia destructiva ejercida por los inmigrantes recién llegados. Éstos traían consigo deficiencias culturales hereditarias que no harían sino acentuar la crisis social de Estados Unidos.

En tanto en cuanto que los inmigrantes no se adaptaban a los valores anglosajones dominantes, se les consideraba no sólo como intrusos, sino como biológicamente inferiores: la incapacidad por parte de los países del sureste de Europa, entre ellos Grecia, de retener a sus respectivas poblaciones, cuyo único recurso era la emigración, no podía ser más que el resultado de la inferioridad racial de estas gentes. Este punto de vista se correspondía con el «darwinismo social» en boga, que era la apropiación de las teorías darwinianas sobre la evolución de las especies.

La hostilidad hacia los inmigrantes del sureste de Europa quedó institucionalizada con la creación de la Comisión Dillingham, un organismo nombrado por el gobierno en 1907 para analizar el «problema» de la inmigración. En un informe emitido tres años después, la comisión dividía a los inmigrantes en dos categorías: los «antiguos» y los «nuevos». Se comparaba a los «nuevos» inmigrantes procedentes del sureste de Europa, que estaban literalmente desembarcando en los Estados Unidos, con los que habían llegado al principio procedentes del noroeste de Europa. Estos últimos estaban ya instalados en el país y algo más asimilados a su cultura, aunque tampoco parecían capaces de aclimatarse completamente.

Las actitudes extraoficiales eran mucho más extremistas. El sentimiento nativista se extendió y se manifestó como anticatolicismo, anti-

semitismo y fundamentalismo protestante. El Ku Klux Klan, creado en 1915, fue el máximo exponente de dicha mentalidad; en 1920, era un movimiento de masas.

La hostilidad se incrementó durante la primera guerra mundial. El sentimiento antialemán dio lugar a severos ataques contra todas las manifestaciones de la cultura alemana en los Estados Unidos y a la persecución de muchas personas de origen alemán, fuera cual fuera su opinión sobre la guerra. La discriminación se hizo extensible a los inmigrantes de cualquier país que se hubiera aliado con Alemania.

La posición de los griegos era peculiar: el gobierno monárquico había optado por la neutralidad, mientras que un gobierno provisional formado en el norte del país estaba a favor de la alianza con la Entente anglo-francesa. En 1917, año en que los Estados Unidos entraron en la guerra, los tropas anglo-francesas intervinieron en Grecia. Destituyeron el gobierno monárquico e instalaron en su lugar un gobierno provisional favorable a la Entente. Los griegos que se mostraron partidarios de la derrocada monarquía en los Estados Unidos fueron perseguidos por las autoridades americanas.

El final de la guerra, con el consiguiente descenso de la actividad económica y el malestar de la clase trabajadora, supuso un nuevo auge del movimiento nativista, que encontró una nueva y sólida razón de ser en el miedo despertado por la revolución rusa. La impresión de que la Unión Soviética constituía una amenaza para el liberalismo occidental se tradujo en un ferviente anticomunismo, que en los Estados Unidos se denominó «el miedo rojo». La restricción a la inmigración se convirtió en punto prioritario de la agenda gubernamental.

La culminación de la corriente nativista fue, efectivamante, la imposición de una serie de restricciones a la inmigración que empezaron en 1921 y se hicieron permanentes en 1924. La inmigración procedente del noroeste de Europa quedaba exenta de tales restricciones.

A partir de 1924, el sentimiento antiextranjero empezó a apaciguarse, aunque no desapareció. Se animó a los inmigrantes a que se asimilaran a la sociedad y a la cultura americanas, y muchos lo hicieron gustosos. El periodo de discriminación manifiesta parecía haber tocado a su fin y los inmigrantes tenían la oportunidad de «americanizarse». Como veremos más adelante, la punta de lanza del movimiento favorable a la «americanización» fue la AHEPA, la más importante organización laica grecoamericana.

Actitudes hacia los inmigrantes griegos, 1890-1939

Los griegos que llegaron a los Estados Unidos a finales del siglo XIX tuvieron que hacer frente a dos formas de hostilidad. Una era la del componente anglosajón de la sociedad americana, que despreciaba a los griegos por considerarles una raza inferior. La segunda era la de otras comunidades de inmigrantes por motivos económicos: temían que los griegos, al aceptar salarios más bajos, les quitaran su puesto de trabajo.

La preocupación principal del sistema dominante anglosajón era determinar en qué medida los griegos que llegaban se parecían a los de la Antigüedad, que eran prácticamente reverenciados por haber sido los padres de la civilización occidental. A principios del siglo XX, se llevó a cabo la valoración con arreglo a los criterios raciales (físicos y biológicos) imperantes.

El *Dictionary of Races or Peoples* (Diccionario de razas o pueblos), publicado por la Comisión de Inmigración en 1911, por ejemplo, comparaba a los griegos antiguos y a los contemporáneos desde el punto de vista de los rasgos físicos y afirmaba que los griegos de la Antigüedad

> eran del tipo conocido como mediterráneo: de cabeza alargada y facciones regulares. Aunque este tipo es aún predominante en Grecia, la mezcla de sangre extranjera ha dado lugar a un tipo característico de ciertas regiones del país que difiere materialmente del de los griegos antiguos por tener la cabeza y el rostro más anchos y ser más corpulento, aunque quizás su piel no sea más oscura.

El diccionario pasaba después, como era de esperar, a evaluar las diferencias a nivel de carácter y civilización. Los autores reconocían que esto era más difícil que comparar los aspectos puramente físicos. Los griegos contemporáneos no tenían la preeminencia de los antiguos en filosofía y ciencia, pero se les reconocían ciertas virtudes como, por ejemplo, agilidad mental y espíritu comercial.

«Criminalidad» griega

El diccionario, por ser una publicación oficial, no iba más lejos en sus investigaciones; pero muchos comentaristas de la época, con el

propósito de hacer una distinción de las razas, especulaban sobre la moralidad de los inmigrantes que llegaban al país. Con tal propósito, se publicaron una serie de estudios que pretendían evaluar la «criminalidad» de algunos grupos étnicos. En aquel tiempo se pensaba que la moralidad de un grupo se podía medir por la incidencia de la delincuencia entre sus miembros.

La hostilidad hacia los inmigrantes, y en especial hacia los procedentes del sureste de Europa, no era un sentimiento compartido absolutamente por todos los comentaristas de los Estados Unidos. Algunos individuos y organizaciones procuraron rebatir las calumnias acerca de la moralidad de los inmigrantes. Una escritora que defendió concretamente a los griegos fue Grace Abbott, directora de la Liga para la Protección de Inmigrantes.

Según se deduce de su nombre, la liga defendía los derechos de los inmigrantes; para ello, testificaba ante comités del Congreso y organizaba actividades destinadas a sensibilizar tanto a los políticos como a la opinión pública. Grace Abbott, su directora, era socióloga y profesora de la Universidad de Chicago. También colaboraba con Hull House, la institución filantrópica que asistió a los inmigrantes de Chicago, entre ellos a los griegos.

Abbott, en un artículo publicado en 1909 en el *American Journal of Sociology,* hacía una descripción de los griegos de Chicago y rebatía el estereotipo de inmigrante del sureste de Europa, concretamente del griego, que habían difundido los nativistas. En primer lugar, sostenía que la herencia clásica no debía volverse en contra de los griegos contemporáneos:

> La conclusión a la que llega el americano medio que espera de cualquier griego que tenga la belleza de Apolo y la habilidad de Pericles, y que lee sólo artículos sensacionalistas sobre algún delito que éste haya o no cometido, es que la raza ha degenerado y constituye una aportación de lo más indeseable a nuestra sociedad. Esto es evidentemente injusto (p. 382).

El objetivo principal del artículo era cuestionar las estadísticas de delitos cometidos en Chicago que se utilizaban como «prueba» de la criminalidad de los inmigrantes griegos. Según dichas estadísticas, un 27 % de los griegos de Chicago habían infringido alguna ley en 1908,

mientras que sólo un 7 % de los blancos habían delinquido en ese mismo año. Abbott aportó un conjunto impresionante de argumentos que cuestionaban la validez de aquellas estadísticas y consiguió poner en duda la relación de las mismas con la conducta de cada grupo. Demostró que el porcentaje se había inflado considerablemente: aquel año habían vivido en la ciudad por lo menos tres veces más griegos que los reconocidos oficialmente, pero la policía no los había incluido en el total de griegos por tratarse de trabajadores eventuales.

También demostró que el hecho de ser recién llegados obligaba a los griegos a trabajar como vendedores ambulantes, con lo que eran a menudo multados o arrestados, y esto falseaba la cifra de infracciones. Por otro lado, el porcentaje inusualmente elevado de varones jóvenes y la ausencia de vida familiar suponían la práctica sin trabas de ciertos hábitos sociales indeseables, y esto conducía a la infracción de la ley. Por último, lo que ocurría es que los recién llegados simplemente desconocían las leyes y costumbres de los Estados Unidos, y muchas veces las incumplían sin darse cuenta, algo que se rectificó a medida que los griegos se fueron asimilando a la sociedad estadounidense.

Lo que Abbott hizo fue rebatir la lógica darwiniana del determinismo social que asociaba la delincuencia con las raíces étnicas; sus argumentos apuntaban a los factores sociales que habían llevado a los inmigrantes recién llegados a cometer tantos delitos. El final del artículo era un elogio del carácter griego y su vinculación con los valores democráticos. No hace falta decir que este artículo les proporcionó un gran apoyo moral.

Imagen pública de los griegos a principios de siglo

Los sentimientos hostiles hacia los griegos inspirados por ideologías antiextranjeras se veían a menudo reforzados por la situación de pobreza en que se hallaban muchos de estos inmigrantes. Sus condiciones de vida, sus hábitos y su apariencia física se combinaron para crear una imagen negativa de ellos entre muchos americanos. Muchas veces, bastó con que la conducta de unos pocos inmigrantes fuera reprensible para criticar a la comunidad entera.

El siguiente párrafo está tomado de un libro publicado en 1911 sobre la inmigración a los Estados Unidos, y describe la situación en

la ciudad de Lowell (Massachusetts). Su autor, Henry Pratt Fairchild, repite muchos de los tópicos sobre los griegos.

> Tomados en conjunto, los griegos no tienen una reputación que sea precisamente envidiada por el ciudadano medio de este lugar. En general, se les considera pendencieros, traicioneros, sucios y miserables. Pero esta opinión no hace justicia a una gran proporción de ellos, posiblemente a la mayoría. Hay muchos griegos en la ciudad que son tan buenos ciudadanos como uno pueda esperar [2].

Los griegos y la agitación social

En 1904 se declaró la huelga en los Almacenes Diesel de Chicago y se despidió a muchos trabajadores. La empresa recurrió a los inmigrantes recién llegados para cubrir las vacantes, porque se sabía que no estaban familiarizados con la política laboral y los principios de solidaridad obrera. La mayor parte de ellos eran griegos.

Al aceptar el empleo, los griegos chocaron de pronto con la desaprobación de los sindicatos de la ciudad. Un dato interesante es que los pequeños comerciantes griegos, para preservar el buen nombre de la comunidad, se pusieron también en contra de sus compatriotas. De hecho, se pidió a los líderes de la comunidad y a varias sociedades que aconsejaran a los recién llegados y les explicaran la importancia de la acción sindical y la necesidad de respetar la huelga de sus compañeros trabajadores.

Sin embargo, se tomaron represalias contra muchos griegos. A veces los responsables de tales acciones eran inmigrantes establecidos anteriormente. En Idaho, por ejemplo, donde trabajaban un centenar de griegos, se les dio a elegir entre marcharse de la ciudad en veinticuatro horas o hacer frente a cincuenta hombres armados y enmascarados. De otros estados del oeste, tales como California, Colorado o Utah, llegaban noticias de brotes parecidos. Los sentimientos nativistas y la hostilidad de los sindicatos hacia los nuevos inmigrantes eran allí especialmente fuertes. Muchos querían que se despidiese a los griegos por no

[2] Henry Pratt Fairchild, *Greek Inmigration to the United States.* New Haven: Yale University Press, 1911, p. 144.

ser ciudadanos americanos y porque impedían a los trabajadores ya instalados mantener un nivel de vida y un salario decentes.

Disturbios en South Omaha (Nebraska)

La expresión más violenta del sentimiento antigriego tuvo lugar en South Omaha (hoy, parte de Omaha), una ciudad del estado de Nebraska con cerca de veinte mil habitantes. Los dos pilares económicos de la ciudad eran la industria empaquetadora de carne y la construcción del ferrocarril. Los griegos llegaron a South Omaha porque los trabajadores de Armour and Co estaban en huelga y la empresa había decidido solucionar el problema contratando trabajadores griegos y japoneses. La huelga fracasó y estos nuevos empleados se quedaron en la empresa. En 1909 había cerca de 2.000 griegos en South Omaha y sus alrededores, y en invierno su número ascendía a 300 porque los que trabajaban en el ferrocarril iban a la ciudad a pasar los meses fríos. De los 2.000 residentes permanentes, alrededor de 1.200 vivían en la ciudad.

La mayor parte de los inmigrantes griegos en South Omaha eran varones; unos eran solteros y otros habían dejado a la familia en Grecia. La vida social de los griegos transcurría al margen de la del resto de la ciudad, pero se produjeron una serie de incidentes y se culpó a los griegos de haber insultado a mujeres que habían pasado junto a sus casas. Las reyertas entre griegos y otros hombres de la localidad eran frecuentes. La tensión se incrementó cuando los trabajadores del ferrocarril fueron a pasar el invierno en la ciudad, a la espera de que mejoraran las condiciones climatológicas.

La disposición de los griegos a aceptar salarios bajos y sus particulares costumbres les distanciaban de los demás ciudadanos. La prensa los describía como un «problema» y una «amenaza» para los trabajadores estadounidenses porque eran mano de obra barata, porque insultaban a las mujeres y porque vivían en condiciones insalubres.

En la noche del 19 de febrero, un trabajador griego, John (Ioannis) Masourides, fue arrestado por mantener relaciones con una menor. En el momento de su detención, Masourides estaba armado. De camino a la comisaría, el policía que le conducía murió de un disparo y el griego fue herido. Testigos presenciales afirmaron que Masourides

había disparado primero, mientras que el griego sostenía que era el policía quien le había disparado a él cuando trataba de deshacerse del arma que portaba, y que él a su vez le había disparado en defensa propia. Estuvo a punto de ser linchado en la calle. En mayo de 1909 se le condenó a muerte, sentencia que fue luego reducida a 14 años de prisión. En 1920 quedó en libertad pero fue deportado a Grecia.

Después del intento de linchamiento y del traslado a una prisión fuera de South Omaha, Masourides estuvo más a salvo que cualquier otro griego de la ciudad. El asesinato del policía desencadenó una revuelta en la tarde del 21 de febrero que se prolongó hasta bien entrada la noche. El día anterior, un periódico local había pedido que se expulsara a los griegos de South Omaha. Les tachaba de sucios y decía, no ya sólo que insultaban a las mujeres, sino que las atacaban.

A primeras horas de la tarde del domingo 21 de febrero, un millar de personas se dieron cita para discutir la petición publicada en la prensa. Se pronunciaron varias soflamas de signo antiextranjero y antigriego. Cierto orador denunció que los griegos padecían enfermedades venéreas y no debía permitírseles tocar la carne en la fábrica empaquetadora. Después de los incidentes, la empresa emitió una declaración en la que negaba rotundamente tales acusaciones.

Cuando los discursos concluyeron, una multitud de entre cuatrocientas y mil personas, según los cálculos, marchó por el barrio griego destruyendo las propiedades y golpeando a todo el que les parecía griego. Cuando anocheció, debido a que, por un lado, la policía local era incapaz de restablecer el orden y a que, por otro, la de los alrededores no estaba dispuesta a intervenir, la turba empezó a quemar casas. El resultado fueron daños en unos cincuenta edificios y muchas personas heridas, aunque ninguna víctima mortal. Los griegos se limitaron a huir como pudieron; 1.300 abandonaron la ciudad casi inmediatamente. Otros extranjeros —eslavos y rumanos— hicieron lo mismo.

La evaluación de los daños varió según las fuentes. El gobierno griego, en nombre de los ciudadanos griegos cuya propiedad había salido perjudicada, exigía una indemnización de 288.130 dólares. Los gobiernos otomano y austro-húngaro reclamaron cantidades menores en nombre de los griegos con nacionalidad turca y de los eslavos que habían sido tomados por griegos. Grecia obtuvo 40.000 dólares y los otros dos países algo más de 1.000.

Discriminación de tipo económico

Muchos de los obstáculos que los inmigrantes griegos tuvieron que afrontar como resultado del sentimiento antiextranjero en los Estados Unidos se tradujeron en restricciones a sus actividades económicas. Si tenemos en cuenta que los recién llegados se veían obligados a aceptar empleos temporales o informales, podemos imaginar lo expuestos que estaban a cualquier tipo de medida restrictiva.

El ejemplo más destacado de esta vulnerabilidad fueron los cientos de griegos que trabajaron como vendedores ambulantes en las calles de Chicago y Nueva York, transportando sus mercancías en carros, bandejas o cajas. Vendían a precios más bajos que las tiendas, con lo que los pequeños comerciantes se quejaban de la competencia desleal que ello suponía. Las autoridades municipales solían entonces elevar el precio de las licencias necesarias para vender en la calle. La confrontación entre estos nuevos inmigrantes con los ya establecidos y con el resto de comerciantes americanos nos da idea de la implicación del sentimiento antiextranjero en tales disputas.

En 1909, por ejemplo, la ciudad de Chicago anunció que subiría el precio de las licencias de 25 a 200 dólares. Los vendedores ambulantes se opusieron a tal medida, y los griegos, que eran quienes «controlaban» este tipo de venta en la ciudad, la interpretaron como una maniobra antigriega. Tal opinión es discutible, ya que los comerciantes que protestaban por la intromisión de los vendedores callejeros eran también griegos. Sí era claramente antiextranjera la postura de los comerciantes nativos de Estados Unidos, que acusaban a los griegos recién establecidos de atentar contra los intereses locales. Tales acusaciones se expresaron en 1916, y fueron eco del resentimiento generalizado contra los griegos por la rapidez con que se habían abierto camino en el negocio de la hostelería [3].

Primera Guerra Mundial y periodo de entreguerras

El sentimiento antiextranjero se vio acrecentado durante la Primera Guerra Mundial. Los inmigrantes procedentes de Alemania y de

[3] Saloutos, *The Greeks...* pp. 263-269.

otros países aliados con las potencias centrales fueron los más perjudicados. Afortunadamente para los griegos, después de un periodo de conflicto interno e indecisión, Grecia se había unido a la Entente anglo-francesa, de la que también eran aliados los Estados Unidos. Ello los alejó de toda sospecha, y les permitió alistarse como voluntarios en el ejército estadounidense. Así, la imagen de Grecia (y la de los inmigrantes griegos) mejoró sustancialmente durante los años de la guerra.

En los años siguientes, el deseo de muchos griegos de asimilarse a la sociedad americana fue bienvenido en Estados Unidos. Las actividades de la AHEPA —una organización formada por inmigrantes griegos con el propósito de fomentar la asimilación, de la que hablaremos con más detalle en el capítulo siguiente— no pasaban inadvertidas a los medios de comunicación. Los periódicos locales solían cubrir y presentar con simpatía la información relativa a las reuniones que la AHEPA celebraba por todo el país.

The Springfield Union, por ejemplo, un periódico de Massachussets, comentaba una de las reuniones en su editorial y describía a los griegos con las siguientes palabras:

> Son un pueblo ahorrador, patriótico y amante de la libertad. Tienen tras de sí siglos de cultura y saber. Gracias a dicha herencia, encajan de forma bastante natural en nuestros esquemas. La impresión que los griegos tienen es que, si Norteamérica es lo suficientemente buena como para darles la bienvenida a sus hospitalarias costas, lo mínimo que pueden hacer ellos es promover, mediante su propio esfuerzo, la tarea de la asimilación [4].

Sin embargo, en el periodo de entreguerras, el sentimiento antiextranjero no había desaparecido del todo en Estados Unidos. El Comité Wickersham, nombrado por el gobierno para investigar la problemática derivada de la «Prohibición», o lo que es lo mismo, la legislación que desautorizaba la fabricación y distribución de bebidas alcohólicas, concluyó que había un alto porcentaje de delincuencia griega. Los griegos respondieron con un informe sobre las cárceles de todo el país y demostraron que la cifra que daba la comisión era por lo menos veinte veces mayor que la real [5].

[4] George Leber, *The Order of AHEPA...* p. 202.
[5] *The Ahepa Magazine.* Septiembre-octubre, 1932.

Actitudes hacia los inmigrantes en Estados Unidos desde los años cuarenta hasta nuestros días

La participación de Grecia en la Segunda Guerra Mundial y su victoria contra las tropas invasoras italianas incidieron positivamente en la imagen que se tenía de los griegos en Estados Unidos. Los comentarios favorables que difundían los medios de comunicación restablecieron el orgullo griego después de un largo periodo de hostilidad directa e indirecta. Durante la guerra, y especialmente después de la intervención en ella de Estados Unidos, los griegos de Norteamérica disfrutaron de un prestigio social sin precedentes.

Con el final de la guerra se produjo un cambio notable en cuanto a la opinión que los estadounidenses tenían de los grupos étnicos del sureste de Europa, que por aquel entonces incluían un alto porcentaje de personas nacidas en Estados Unidos. Parecía que el sentimiento antiextranjero se había desvanecido.

El creciente malestar entre la población de color y su lucha por acceder a los derechos civiles en los cincuenta y principios de los sesenta tendrían un fuerte impacto en los grupos europeos no anglosajones de Norteamérica. El movimiento negro condujo a la aprobación en 1964 de la Ley de Derechos Civiles *(Civil Rights Act),* destinada a garantizar la igualdad de oportunidades para los estadounidenses de color. A partir de entonces, el movimiento negro se orientó hacia una política de afirmación de su propia identidad, su patrimonio cultural y su historia. Tal propósito queda muy bien reflejado en el eslogan «El color negro es bello» *(Black is Beautiful).*

El movimiento negro cogió por sorpresa a muchas minorías blancas que empezaron a hacerse preguntas sobre su propia identidad, así como a analizar con espíritu crítico la manera en que se habían asimilado a la corriente anglosajona dominante y las particularidades que habían retenido. Ello condujo a una revitalización de la conciencia étnica a finales de los sesenta y principios de los setenta. Las consecuencias de dicha corriente en la identidad griega serán examinadas en el capítulo siguiente. Lo que nos interesa ahora son las formas de respuesta a la nueva corriente de reivindicación étnica por parte del gobierno y la opinión pública.

El renacimiento de la conciencia étnica entre los hijos e hijas de los inmigrantes tuvo que ver con los efectos económicos de la citada

Ley de Derechos Civiles de 1964 y, sobre todo, con los programas de «acción afirmativa» que se diseñaron para facilitar el desarrollo social y económico de los negros. Muchas etnias blancas que pertenecían a las categorías de renta más baja sintieron que habían sido injustamente excluidas del programa de ayuda estatal. Paralelamente, la mayor participación de los negros en la actividad económica y la ayuda que recibían del gobierno en materia de vivienda convertían a este colectivo en una «amenaza» para la posición social y económica de los blancos más pobres, que formaron asociaciones para expresar sus preocupaciones y defender lo que consideraban sus derechos.

Sensibles a las implicaciones políticas del desencanto de las minorías blancas, tanto Richard Nixon —presidente de los Estados Unidos entre 1968 y 1974— como su sucesor, Jimmy Carter —presidente hasta 1980—, unas veces introdujeron y otras aceptaron medidas inspiradas por el Congreso cuyos destinatarios eran estos grupos étnicos. En la campaña electoral de 1972, los candidatos, incluido Nixon, pusieron especial énfasis en el «voto étnico», en un intento por atraer votos de minorías como la italiana o la polaca. Desde entonces, flirtear con el voto étnico forma parte de la política americana.

En cuanto a la legislación relativa a estos temas, consistió en una serie de medidas en los terrenos de educación, vivienda, empresa y oportunidades de empleo. En el de educación, el primer paso fue la Ley de Educación Bilingüe *(Bilingual Education Act)* de 1968. No se trataba de ofrecer educación bilingüe a todos los estudiantes, sino de proporcionar instrucción a las personas que vivían en ambientes donde no se hablaba inglés y, por lo tanto, no dominaban dicho idioma. La teoría era la siguiente: si se educaba a un niño en su idioma materno se le permitía desarrollar ciertas facultades cognitivas mientras se producía la transición al inglés. Con ello se pretendía reducir el fracaso escolar y el porcentaje de jóvenes que abandonaban la escuela sin concluir sus estudios.

Lo que impulsó tal medida fueron sobre todo las dificultades con que se enfrentaban los inmigrantes de habla hispana en los colegios estadounidenses. El gobierno no se interesó por saber cuántos idiomas aparte del español eran apropiados para la enseñanza; su enfoque fue más general y permitió que las clases se impartieran en tantos idiomas como fuera necesario.

Otra iniciativa en materia de educación fue la relativa al plan de estudio. Roman Pucinski, congresista del partido demócrata por la ciudad de Chicago, pidió en el Congreso la creación de «Centros de Patrimonio Étnico» por todo el país. Tales centros incluirían temas étnicos en sus planes de estudio, y de ellos saldrían profesores que enseñarían dichos temas en colegios, escuelas superiores y universidades.

El resultado fue la aprobación en 1972 de la Ley sobre Patrimonio Étnico en los Planes de Estudio *(Ethnic Heritage Studies Program Act).* Su propósito era crear un clima de respeto mutuo donde se tolerasen las diferencias culturales y se apreciase la contribución de las distintas etnias a la sociedad americana. Para ello se incluyeron en los planes de estudio temas como historia de los grupos étnicos en los Estados Unidos y sus respectivas culturas en los países de origen.

La filosofía subyacente era fomentar el pluralismo étnico y el respeto entre los distintos grupos para acabar con el racismo y con las protestas de las minorías blancas por las ayudas concedidas a los negros. Sin embargo, la legislación en cuestión fue criticada por algunos, que pensaban que su auténtica finalidad era neutralizar la identidad étnica entre los inmigrantes europeos, dividiéndola en primer lugar entre las distintas culturas nacionales, y convirtiéndola después, en el mejor de los casos, en un molde académico, y en el peor, en una forma de expresión puramente folclórica. El resurgimiento de la conciencia étnica tuvo, efectivamente, cierta dimensión folclórica; prueba de ello fue el interés generalizado por las costumbres y la cocina de las distintas etnias.

Los problemas de las grandes ciudades, la pobreza y las tensiones raciales requerían unas medidas legislativas que fomentaran el pluralismo étnico. En 1970 se creó el Centro Nacional para los Asuntos Étnicos Urbanos *(National Center for Urban Ethnic Affairs)* para resolver este tipo de problemas. Su función era conseguir que el gobierno financiase iniciativas destinadas a revitalizar el sentimiento de comunidad y el pluralismo étnico entre las distintas minorías raciales y étnicas que convivían en los centros urbanos. Durante la administración Carter, hubo varios programas de ayuda para financiar servicios sociales en barrios de presencia étnica dentro de las ciudades.

Actitudes hacia los americanos de origen griego desde los años cincuenta hasta nuestros días

La revitalización de la conciencia étnica patrocinada por el gobierno fue evidentemente un factor importante que puso de manifiesto las actitudes oficiales y de la sociedad estadounidense hacia los griegos, pero no fue el único. A finales de la década de los cuarenta y principios de la de los cincuenta, el gobierno de los Estados Unidos participó activamente en los asuntos de Grecia, tanto durante su guerra civil como en tiempos de la guerra fría, y buscó el apoyo de la comunidad griega de Norteamérica para legitimar dicha participación. Se organizaron mítines en los que se proclamaba que «americanismo» y «helenismo» eran sinónimos. La incorporación de Grecia a la alianza atlántica contribuyó a mejorar la opinión sobre Grecia y, por consiguiente, sobre los griegos de Estados Unidos.

A la par que los medios de comunicación se hacían eco de un interés cada vez mayor por el resurgir de la conciencia étnica, la relajación de la las leyes sobre inmigración a partir de 1965 supuso un aumento de la inmigración procedente de Grecia. Muchos de los nuevos inmigrantes desempeñaron los mismos trabajos que sus predecesores a principios de siglo, es decir, se dedicaron a la venta ambulante, al comercio o a la hostelería. También se instalaron en los barrios griegos de ciudades como Nueva York o Chicago. Su fácil localización les convertía en un blanco perfecto para el tipo de historias que los periódicos solían publicar a raíz del interés suscitado por las cuestiones étnicas. En el *New York Times,* por ejemplo, aparecían con relativa frecuencia artículos acerca de la cultura y la cocina griegas, la Iglesia ortodoxa de Grecia y el barrio de Astoria. En uno de ellos, el escritor de origen griego Nicholas Gage, llegaba a proclamar: «ser griego es chic».

Los griegos y el estatus de los extranjeros en Canadá

La actitud hacia los griegos en Canadá no difería demasiado de la de Estados Unidos. A principios de siglo, el sentimiento antiextranjero era manifiesto. Hubo varios incidentes que pusieron de relieve la vulnerabilidad de los primeros inmigrantes griegos. En 1907, cierta com-

pañía ferroviaria, la Canadian Pacific Railway, se negó a contratar griegos como peones de carga en Port Arthur (Ontario) porque tenían fama de sindicalistas. En tiempos de la Primera Guerra Mundial, se produjo una oleada de hostilidad hacia los extranjeros en Toronto, en el caso concreto de los griegos porque se pensaba que estaban de parte de Alemania. En 1918 hubo disturbios en dicha ciudad.

Después de la guerra, la imagen de los griegos ante la opinión pública canadiense mejoró. En 1934, un prestigioso jurista, Fred I. Malone, dijo que los griegos respetaban las leyes y eran ciudadanos trabajadores, honestos y respetables. De ello se deduce que persistía el sentimiento antigriego entre la población. Pero con la entrada de Grecia en la Segunda Guerra Mundial y la admiración que despertó su participación en la misma, la imagen pública de los griegos mejoró de forma espectacular. Esto se puso de manifiesto en la visita del rey Jorge II a Canadá en 1942 [6].

«Multiculturalismo» en Canadá

Aunque después de la Segunda Guerra Mundial el sentimiento antigriego ya no era algo explícito, los griegos, a causa de su bajo nivel socioeconómico, no gozaban de demasiado prestigio. Algunos estudios sociológicos que han evaluado el prestigio relativo de las distintas minorías étnicas presentes en Canadá sitúan a los griegos por debajo de todos los demás grupos europeos a excepción del portugués [7]. Pero la campaña lanzada por el gobierno canadiense en la década de los sesenta, conocida como «multiculturalismo», vino a elevar la categoría de los griegos y la de muchas otras comunidades de inmigrantes.

La política puesta en marcha bajo la citada denominación era, por fin, un reflejo del reconocimiento de la diversidad étnica del país y lo interesante de la mismo. Hasta la década de los sesenta, la actitud del gobierno en materia de inmigración se había regido por el principio de que los que se incorporaran a la sociedad canadiense debían ser asi-

[6] Chimbos, *The Canadian Odyssey*... pp. 36-40.

[7] Jay E. Goldstein, «The Prestige Dimension of Ethnic Stratification», en Rita M. Bienvenue and Jay E. Goldstein (eds.), *Ethnicity and Ethnic Relations in Canada*. Toronto: Butterworth, 1985, pp. 181-198.

milables a los dos grupos étnicos dominantes, el británico y el francés. Aunque a partir de 1920 se habló mucho del mosaico étnico canadiense y se elogió una situación en la que las minorías étnicas podían retener su identidad y ser a la vez canadienses, en contraposición a la política de «crisol» *(melting pot)* practicada por los Estados Unidos, ello no se tradujo en ningún tipo de ayuda a los grupos en cuestión. Por poner un ejemplo, en los colegios públicos estaba prohibido enseñar en idiomas que no fueran el inglés o el francés, y no existía un interés especial por que se aprendieran otras lenguas modernas [8].

De igual modo que el movimiento negro hizo que se reconsideraran las cuestiones étnicas en Estados Unidos, las fricciones entre anglófonos y francófonos en Canadá que tuvieron lugar en Quebec durante la década de los sesenta suscitaron el interés del gobierno canadiense por investigar el estado de las relaciones étnicas en el país. Se creó la Comisión Real sobre Bilingüismo y Biculturalismo, en principio para investigar la implicación de otros grupos étnicos en el conflicto anglo-francés. La comisión publicó, entre otras cosas, una serie de recomendaciones específicas destinadas a proteger la aportación de los demás grupos étnicos al enriquecimiento cultural de Canadá.

En 1971, un año después de la publicación de dicho informe, el gobierno anunció su intención de aceptar las citadas recomendaciones y proporcionar apoyo cultural a las minorías étnicas, atender sus iniciativas sociales y ayudarlas a superar las barreras que impedían su participación plena en la sociedad canadiense. En 1972 se nombró a un ministro responsable del multiculturalismo y se crearon una serie de organismos a nivel nacional y local para asistir, colaborar y coordinar las actividades de los grupos étnicos. Como era de esperar, en medios políticos y académicos se ha cuestionado mucho esta política, así como sus posibilidades de alcanzar los objetivos trazados [9]. En cualquier caso, el apoyo del gobierno a la comunidad griega es innegable y ha servido de base para la preservación de su identidad étnica en Canadá.

La política multiculturalista tuvo, claro está, un impacto positivo en el estatus de los griegos, tanto en relación con el gobierno como

[8] Jean Burnet, «Multiculturalism in Canada», en Leo Driedger (ed.), *Ethnic Canada Identities and Inequalities.* Toronto: Copp Clark Pitman, 1987, pp. 65-79.

[9] *Ibidem.*

con el resto de la sociedad canadiense. Una muestra de la creciente aceptación de los griegos en Canadá fue un artículo publicado en septiembre de 1991 en *La Presse,* un periódico francófono de Montreal. Este artículo describía a los griegos como el grupo más importante de nuevos quebequianos después de los judíos y los italianos, y un grupo que estaba cobrando arraigo en la ciudad de Montreal y sus alrededores. Si tenemos en cuenta que los griegos se han venido identificando tradicionalmente con la vertiente cultural anglófona de aquella ciudad, el hecho de ser reconocidos por el componente francófono es un síntoma de su integración en la sociedad canadiense [10].

Los griegos en Latinoamérica

Sabemos que la política sobre inmigración en los países latinoamericanos, como por ejemplo en Brasil, se interesaba también por las cuestiones raciales, pero no sabemos hasta qué punto ello afectaba a los griegos. En Sudamérica se ha intentado asimilar a la población inmigrante de una forma menos directa que en Estados Unidos hasta los años sesenta. Los países latinoamericanos han permitido la creación de instituciones étnicas y no han impedido sus actividades. Las griegas están extendidas por todo el continente. Sin embargo, la disminución de la emigración y la imparable tendencia asimilativa conducirán inevitablemente a un progresivo desvanecimiento del sentimiento étnico.

Resumen

Las actitudes de las distintas sociedades que acogieron inmigrantes tuvieron un papel crucial a la hora de determinar el estatus de los griegos, especialmente en Canadá y Estados Unidos. A menos que se asimilaran totalmente, los griegos residentes en aquellos países tuvieron que esperar a que se pusiesen en marcha políticas de multiculturalismo

[10] Gérald Leblanc, «Quatorze Hellènes Virés Montréalais», *La Presse,* 19 de septiembre de 1991.

y pluralismo étnico, respectivamente, para poder disfrutar de un trato más equitativo.

Si los comparamos con el resto de inmigrantes del sureste de Europa, los griegos no parecen haber recibido un trato muy diferente. Bien es verdad que la era de helenofilia había terminado a principios de siglo, y la discriminación que tuvieron que afrontar los primeros inmigrantes fue similar a la que habían soportado sus predecesores cuando se establecieron las primeras comunidades griegas en el continente. En general, hemos visto la influencia decisiva de las posturas del gobierno en la actitud de la sociedad hacia los inmigrantes en general, y hacia los griegos en particular, en los distintos países.

Capítulo VII

IDENTIDAD GRIEGA EN AMÉRICA

La evolución de la identidad griega en América a lo largo de los cinco últimos siglos, especialmente en los últimos cien años, ha estado determinada, como se ha visto en el capítulo anterior, por la actitud de los gobiernos que los acogieron, pero también por la interacción de los propios griegos con su entorno. Este aspecto de la experiencia griega en América es el que centrará nuestra atención en el presente capítulo.

La evolución de la identidad griega en América desde el siglo pasado ha sido un caso de transformación cultural. En lugar de considerar dicha identidad como una magnitud matemáticamente decreciente, es más útil considerar que se halla en continuo proceso de transformación, a expensas sobre todo del entorno que rodea a los propios inmigrantes. De lo contrario, nos sería imposible explicar la notable pervivencia de la identidad griega en América y su autonomía respecto de la cultura de su país de origen.

El presente capítulo trata el tema del encuentro cultural entre la identidad griega en América, la autóctona y otras culturas implantadas por los inmigrantes en el continente, así como de los efectos de dicho encuentro. El capítulo empieza por referir las impresiones que los inmigrantes tuvieron del Nuevo Continente a principios de siglo, para luego exponer las distintas respuestas de los griegos al entorno extranjero, tanto a nivel social como profesional.

El resto del capítulo analizará la transformación de la identidad griega durante la segunda mitad del siglo xx, sobre todo a la luz del resurgimiento de la conciencia étnica que tuvo lugar en Estados Unidos y Canadá en la década de los sesenta, una cuestión que fue exa-

minada desde el punto de vista de los países anfitriones en el capítulo anterior. Dado que cualquier análisis válido sobre la evolución de la identidad griega en América ha de hacer referencia al caso de Estados Unidos, el presente capítulo se centrará sobre todo en dicha cuestión.

La atracción de América

El Nuevo Mundo no fue para los primeros inmigrantes un lugar acogedor. Pero a medida que los griegos empezaron a establecerse y a progresar, aquel continente desconocido empezó a ejercer sobre ellos una fascinación cada vez mayor. Las primeras impresiones que nos han llegado son las cartas de los precursores de la inmigración griega a América, que llegaron allí a finales del siglo XIX. Las cartas que se citan en los textos literarios aparecieron publicadas por primera vez en la prensa. Hasta el momento, no ha salido a la luz ninguna carta no publicada. Las que recogió la prensa tenían un tono bastante dramático. Por consiguiente, hemos de tener cierta cautela a la hora de interpretar a través de ellas las impresiones de aquellos inmigrantes.

Las primeras cartas, como indica Saloutos en su libro *The Greeks in the United States*, fueron publicadas prácticamente con el único propósito de desalentar a los emigrantes. El periódico griego *Sphaira*, por ejemplo, que se oponía a la emigración, publicó en 1888 la carta de un inmigrante de Cincinatti que lamentaba la marcha de griegos hacia los Estados Unidos. Este inmigrante decía que si su hermano estaba considerando la idea de emigrar, era mejor que se la quitara de la cabeza, puesto que la vida allí era difícil; la venta de caramelos en la calle no le daba para vivir y estaba pensando en regresar a Grecia.

Otro inmigrante escribió desde Chicago en 1904 diciendo que en la ciudad había miles de griegos, italianos y austríacos sumidos en la miseria porque no sabían hablar inglés. Decía asimismo que los griegos de la ciudad también eran muy pobres, y que a menudo pasaban cinco o seis meses sin encontrar trabajo, con lo que se les oía lamentar su suerte.

Sin embargo, pronto aparecieron cartas llenas de entusiasmo escritas por inmigrantes que lograban establecerse con toda comodidad. «Aquí la gente trabaja mucho [*sic*] y sólo descansa los domingos [...] Hoy es domingo; me he bañado, he tomado mi vaso de leche y voy a

pasar un buen día»; esto era lo que le decía otro inmigrante a su antiguo jefe, animándole a que se reuniera con él en los Estados Unidos.

Guía de Canoutas para la vida en Norteamérica

Canoutas, un escritor norteamericano de origen griego que, como vimos con anterioridad, se adhirió a la teoría sobre el origen griego de Colón, publicó en 1910 una guía para los griegos que estuviesen interesados en emigrar a los Estados Unidos. Además de proporcionar todo tipo de instrucciones prácticas, Canoutas dedicaba un capítulo a describir las «costumbres, hábitos y peculiaridades» de los estadounidenses. La intención de dicho capítulo era dar a conocer al futuro inmigrante los aspectos de la vida diaria en aquel país que diferían de lo habitual en Grecia.

Vale la pena repasar algunos de las indicaciones hechas por Canoutas. La guía se publicó en el momento de máxima emigración griega a los Estados Unidos, y su visión del país refleja el sentimiento de confianza del recién llegado. Canoutas evoca con maestría la fascinación experimentada por él allí, y su vena humorística demuestra que el miedo a lo desconocido, tan frecuente al principio, empezaba a desaparecer de la mente de los inmigrantes.

Al hablar de los restaurantes, Canoutas decía que tan pronto como el cliente se sentaba a la mesa, un camarero o camarera le traían un vaso de agua con un trozo de hielo, y que el hielo se servía en verano y en invierno. Se asombraba de la cantidad de hielo que se consumía. Por contra, en las comidas se bebía menos agua que en Grecia. En los restaurantes baratos, las servilletas, en lugar de ser de tela, eran de papel, tan fino como papel de fumar. Los americanos, comentaba el escritor griego, comían en silencio y muy deprisa, sobre todo en el desayuno y en el almuerzo, intentando perder el menor tiempo posible. Las conversaciones y los gritos no existían, y tampoco se invitaba a los demás a beber (prácticas sin duda frecuentes en los restaurantes griegos); y no se servía queso.

Sobre el consumo de alcohol, la guía informaba a sus lectores de que en los restaurantes baratos —conocidos como *Lunch Rooms, Quick Lunch Rooms, Oyster Houses y Chop Houses*— no se servía vino ni cerveza. En muchas ciudades de Nueva Inglaterra y del sur, por influencia

de la Iglesia, se restringía la venta de alcohol. Un rasgo curioso de la vida americana era que a pesar de estar prohibido beber alcohol en domingo, era absolutamente legal beber cuanto uno quisiera si se pedía comida, aunque uno no se la comiera.

El autor advertía de que las barberías eran totalmente diferentes. Al entrar, daba la impresión de que uno entraba en un quirófano. Los clientes, en lugar de estar sentados como en Europa, estaban prácticamente tumbados, como en una mesa de operaciones. La barba no era habitual, y muchos estadounidenses se afeitaban además el bigote o lo llevaban muy corto. Si uno se lo podía permitir, una atractiva mujer te cortaba las uñas, e incluso podían limpiarte los zapatos en la misma barbería. Una combinación destinada a ahorrar tiempo. Bien es verdad, concluye Canoutas, que uno pagaba por el tiempo que ahorra, pero los americanos pensaban que el tiempo que se ganaba era tan valioso como el dinero.

En opinión del autor, no había ningún otro sitio en el mundo donde se consumieran tantos dulces como en Estados Unidos. La cantidad de helados que se tomaban en verano era inimaginable. Las pastelerías abundaban en todas las ciudades. Este abuso de los dulces, sobre todo por parte de las mujeres, conducía al deterioro de la dentadura. Por consiguiente, los dentistas ganaban más dinero que los pasteleros. Era raro encontrar a un estadounidense que no tuviera dientes de oro, algo que estaba, por otra parte, muy de moda.

Los grandes almacenes (*Department Stores*), cuyos edificios eran altos y espaciosos, ofrecían al cliente absolutamente todos los productos que un ser humano o un animal pudieran necesitar. El número de personas, de ambos sexos, empleadas en dichos almacenes, podía llegar a seis mil; así que para apreciar las dimensiones de aquellos establecimientos, uno podía imaginar a la población entera de una ciudad griega como Lamia, Corinto o Nauplia bajo un mismo techo.

La guía ponía de relieve que los americanos eran la raza más volcada hacia el trabajo del mundo. No se despreciaba ninguna profesión u oficio. Los jóvenes y las mujeres trabajaban como mecanógrafos o dependientes. Las máquinas de escribir se usaban hasta en las oficinas más pequeñas, y la correspondencia comercial que no llegaba mecanografiada no tenía ninguna validez. La simplificación de los métodos de trabajo había llegado a su culminación en Estados Unidos. Los americanos eran tan cuidadosos y constantes en su trabajo que nunca

derrochaban con las visitas de negocios más tiempo del estrictamente necesario para el trámite en cuestión. En las oficinas se llegaba a veces al extremo de colocar en la pared un cartel que decía «El tiempo es dinero», «Hoy estoy ocupado» o «Mi tiempo es limitado».

En cuanto a las normas de conducta, la guía informaba a sus lectores de que los americanos jamás se quitaban el sombrero para saludar a alguien en la calle, ni siquiera cuando se trataba del jefe o de una persona de más categoría, pero sí en el caso de saludar a una mujer. Se podía llevar sombrero en la oficina, y uno podía recibir allí visitas sin tener puesta la chaqueta. En general, a los americanos no les gustaba que en las relaciones interpersonales existiese demasiada formalidad, como era lo habitual en Europa.

Bañarse era una de las ocupaciones preferidas de la gente. En todas las casas, hoteles, clubs y demás establecimientos había bañeras con agua fría y caliente. Hombres y mujeres se bañaban juntos en la playa, y esto no suponía un escándalo como en Grecia o en cualquier otro país europeo. Todos nadaban juntos y después se tendían y hasta rodaban juntos por la arena.

El capítulo hablaba por último del papel de la mujer en la sociedad estadounidense, que era igual o superior al del hombre. Las mujeres estaban presentes en una amplia gama de profesiones. Esto podía inducir a pensar que, a causa del trabajo, eran sucias y desaliñadas, pero Canoutas informaba a sus lectores de que, por el contrario, las mujeres americanas eran limpias e iban bien vestidas. Estaban tan liberadas que podían andar solas por la calle incluso después de medianoche, y asistir al teatro o a un club sin miedo de ser molestadas.

En 1910, cuando se publicó la guía de Canoutas, los nuevos inmigrantes estaban empezando a acostumbrarse cada vez más, por un lado, a las maravillas del Nuevo Mundo, y por otro, al lado más siniestro de la experiencia americana, como se deduce de las condiciones de pobreza y el largo horario de trabajo que la mayoría de ellos tenían que soportar. Además, el movimiento antiextranjero y la discriminación, tanto social como laboral, les obligaban a preocuparse más por su estatus en los Estados Unidos.

A mitad de camino entre la identidad griega y la americana, 1900-1940

Antes de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los inmigrantes griegos se veían a sí mismos únicamente como residentes temporales en los Estados Unidos, por lo que retenían una identidad griega fuerte y permanecían estrechamente vinculados tanto a Grecia como entre sí. Por la misma razón, no querían integrarse demasiado en la sociedad estadounidense. Sin embargo, la creciente hostilidad hacia los extranjeros les hizo actuar de forma colectiva para defenderse. Al reivindicar sus derechos como ciudadanos, a la vez que hacían hincapié en su propia identidad, los griegos se embarcaron en un proceso que les introdujo cada vez más en la política y en la sociedad americanas. Su opinión estaba dividida en cuanto a la manera en que debían defenderse. ¿Debían poner el punto de mira en su identidad griega o en los derechos que se les concedían a todos los ciudadanos estadounidenses?

Este dilema planteó por vez primera una cuestión que acompañaría para siempre a los inmigrantes griegos en Estados Unidos. ¿Eran griegos o estadounidenses? Algunos de ellos insistían en la necesidad de mantener la cultura y la identidad griegas. No obstante, a causa de la pujante influencia del nativismo, no es de extrañar que existiera otra importante tendencia que abogaba por la necesidad de demostrar públicamente su lealtad a los Estados Unidos. Al mismo tiempo, los griegos de la clase obrera se veían obligados a defender sus derechos a través de la lucha sindical, lo cual, a pesar de tener una apariencia étnica, contenía la semilla de otro tipo de concienciación puramente social. Más adelante examinaremos ambos procesos.

A principios de siglo, la identidad griega se sustentaba en la propia evolución de las comunidades de inmigrantes. La mayor parte de los que llegaban a Estados Unidos se dirigían a una determinada ciudad para reunirse con un familiar, con un amigo o con un paisano. Así, en cada ciudad se formaban grupos relacionados entre sí: vivían cerca, solían trabajar en el mismo sitio y casi siempre hacían vida social juntos. La identidad griega, por tanto, pervivía a través de estos pequeños enclaves, casi *ghettos*.

Aparte de la cohesión espacial y social, estaba la cuestión de la mentalidad de los inmigrantes. Al principio, muchos de ellos no tenían

pensado quedarse mucho tiempo en los Estados Unidos; estaban deseando regresar a Grecia, donde tenían su familia, su casa y sus tierras. Estaban muy unidos a su país natal, y es comprensible que prefirieran mantener su identidad particular a asimilarse a la sociedad estadounidense.

Pero a causa del nuevo entorno y de la presión nativista, algunos griegos defendieron un cierto grado de asimilación. Tal actitud, que se manifestó con más fuerza en los años veinte, pretendía garantizar el progreso y la prosperidad de la comunidad. No pretendían disolver la identidad griega dentro de la americana, sino que se trataba más bien de una maniobra táctica destinada a impedir que otras comunidades más asimiladas o la presión del movimiento nativista condenaran a los griegos al aislamiento y al ostracismo.

El antagonismo entre ambas corrientes quedó patente en las dificultades por las que atravesó la primera organización de inmigrantes griegos en Estados Unidos: la Unión Panhelénica. Uno de sus problemas principales fue el derivado de la intromisión del gobierno griego, que pretendía controlar indirectamente dicha organización y orientar sus actividades hacia el fomento de los intereses de la nación griega en Estados Unidos. Algunos de sus miembros se opusieron a ello e insistieron en la necesidad de poner remedio a los problemas concretos de los inmigrantes.

La postura del gobierno griego fue un reflejo de la opinión que prevaleció en aquel país antes de 1922: la diáspora era una extensión de Grecia y su obligación era desempeñar un papel auxiliar en el desarrollo de los intereses de Grecia. Este tema se tratará a fondo en un posterior capítulo, en el cual se hará referencia a la actitud de Grecia hacia los inmigrantes en América. Lo que ahora nos interesa es la aparición dentro de la comunidad griega estadounidense de cierta corriente de orientación más americana y cuya mayor preocupación eran los intereses de los inmigrantes.

Dicha corriente, aunque no se oponía a que se apoyara a Grecia en su participación en las guerras balcánicas (1912 y 1913) primero, y después, en la Primera Guerra Mundial, defendía que la Unión Panhelénica debía ocuparse de una serie de temas que concernían a los inmigrantes. Los griegos debían comprender sus deberes para con los Estados Unidos y demostrar su voluntad de asimilarse. En este sentido, una forma de conseguir más derechos y mostrar respeto por el país al

que habían venido para ganarse la vida era adquirir la nacionalidad estadounidense.

La organización atravesó una fase difícil desde el momento de su fundación, en 1907, hasta 1910, año en que la presidencia estuvo a cargo de Lambros Coromilas, el embajador griego en Estados Unidos, que se oponía a la postura proamericana. Cuando Coromilas fue destinado a otro país, se relajó el control de Grecia sobre la organización.

Los estatutos de la Unión Panhelénica se modificaron en 1912, lo que demostró un mayor compromiso de la organización con la problemática de los inmigrantes. El primer artículo establecía que debían fomentarse los lazos entre los griegos de Estados Unidos así como su solidaridad y compromiso con la identidad étnica griega. La organización se proponía además promover las buenas relaciones entre griegos y estadounidenses, la enseñanza del inglés y del griego y la preservación de la fe ortodoxa. Por último, se comprometía a proporcionar ayuda moral y material, así como asistencia médica a los inmigrantes griegos.

El grado en que estos inmigrantes debían asimilarse, sin perder su propia identidad, seguía siendo un tema muy debatido en la prensa griega de Estados Unidos. En la ciudad de Lowell (Massachusetts) apareció un periódico en lengua griega que defendía la asimilación. Fue bienvenido, no sin cierto recelo, por el *Ethnikos Kyrix* (Heraldo Nacional) de Nueva York, que escribió que la asimilación no debía producirse demasiado deprisa y que los inmigrantes debían conducirse «de forma griega y americana [...] Si se apresuran a imitar todo lo americano se volverán completamente inútiles, porque aprenderán a encontrar satisfacción simplemente en pasarlo bien» [1].

En la década de los veinte, cristalizó entre los griegos de Norteamérica una identidad dual. Por un lado, existía la tendencia hacia la asimilación expresada, entre otros, por los miembros de la Unión Panhelénica. Otra tendencia abogaba por la preservación de la identidad griega. Un componente importante de dicha identidad era su afinidad con los intereses de Grecia, en especial con el nacionalismo griego. En efecto, cuando estallaron las guerras balcánicas, cerca de cuarenta mil griegos regresaron a su país para combatir como voluntarios. Además,

[1] *Ethnikos Kyrix*, 22 de agosto de 1916.

como veremos en el último apartado de este libro, los griegos de Estados Unidos participaron activamente en la política de Grecia e intervinieron en los enfrentamientos entre monárquicos (conservadores) y liberales (partidarios de Venizelos).

Primera Guerra Mundial

Cuando los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial, en abril de 1917, los inmigrantes griegos, tanto los monárquicos como los liberales, se apresuraron a proclamar su apoyo y su lealtad a este país. Todos los periódicos griegos, sin excepción, cubrieron la información sobre la guerra desde una postura favorable a los aliados; la prensa se hizo eco del punto de vista americano y reflejó las opiniones del presidente Woodrow Wilson. Los griegos respondieron con entusiasmo a la petición de voluntarios por parte del gobierno estadounidense, compraron los bonos de guerra que dicho gobierno emitió para financiar el esfuerzo bélico del país y procuraron por todos los medios hacer público su compromiso con la Entente.

Se planteó el dilema de si los inmigrantes que se alistaban como voluntarios debían unirse al ejército estadounidense o al de sus respectivos países de origen. El gobierno de los Estados Unidos apoyó la primera tesis, y su decisión fue aceptada tanto por los inmigrantes como por el gobierno griego. Aunque no disponemos de información fehaciente en cuanto a las cifras exactas, siempre se menciona que 60.000 voluntarios griegos se incorporaron al ejército de los Estados Unidos. Servir en el ejército no se consideraba en absoluto incompatible con mantener la identidad griega.

En el caso de los griegos monárquicos, su apoyo a Estados Unidos fue un reflejo más de la lealtad dual de la que hemos hablado con anterioridad. En Grecia, la facción monárquica era partidaria de la neutralidad, que, de modo indirecto, favorecía a Alemania. Parte del conflicto entre monárquicos y liberales se debía a sus distintas posturas con respecto a la guerra. El gobierno estadounidense investigó la actitud del periódico monárquico *Atlantis* pero no halló evidencia alguna de deslealtad a los Estados Unidos.

Los esfuerzos de los inmigrantes griegos por demostrar públicamente su adhesión a la política americana alcanzaron su momento

cumbre en 1919, año en que se lanzó una campaña para incrementar el número de nacionalizados. La cúpula monárquica tomó esta medida como un medio de protegerse de las acusaciones de deslealtad. El 1 de mayo de 1919, y después de una misa ortodoxa y un mitin en el que se proclamó la lealtad griega a los Estados Unidos, 250 personas solicitaron la nacionalidad americana.

Los griegos y la nacionalidad estadounidense, 1923-1939

La presión nativista y el ambiente creado por la participación de Estados Unidos en la guerra supusieron un poderoso incentivo para que los inmigrantes adquiriesen la nacionalidad como medio de formalizar su «americanización». El hecho de que los que la conseguían podían introducir familiares en el país, en un tiempo en el que la inmigración estaba a punto de restringirse, contribuyó a incrementar el número de solicitudes a principios de la década de los veinte.

La tabla que aparece a continuación muestra dicho incremento, como también el hecho de que en la década siguiente, el número de nacionalizaciones empezó a descender.

Tabla 7.1. Griegos que adoptaron la nacionalidad estadounidense entre 1923 y 1940

1923	2.920	1932	2.335
1924	3.837	1933	1.704
1925	4.852	1934	1.727
1926	5.668	1935	1.741
1927	9.518	1936	2.015
1928	9.005	1937	2.015
1929	6.253	1938	2.625
1930	4.011	1939	3.540
1931	3.172		

Fuente: Saloutos, *The Greeks in the United States*, p. 240.

La corriente partidaria de la nacionalización y la asimilación estuvo apoyada por una organización denominada Asociación Progresista

Helénica Americana *(American Hellenic Educational Progressive Association),* que se fundó en 1922 en Atlanta (Georgia). El número de sus miembros, que empezó siendo pequeño, creció rápidamente en el periodo de entreguerras. En 1928 se habían creado 192 delegaciones locales y el total de miembros ascendía a 17.516. La AHEPA fue la mayor organización griega de Estados Unidos en cuanto a número de personas adscritas. Sus características estructurales serán tratadas más adelante; lo que aquí nos interesa es su propósito principal, que no fue otro que la asimilación de los inmigrantes griegos a la sociedad estadounidense.

Los objetivos de la AHEPA aparecían en la solicitud que sus fundadores presentaron ante las autoridades del estado de Georgia para que la organización fuese reconocida oficialmente. Lo que se pretendía era «avanzar y promover un puro e intachable americanismo entre los griegos de Estados Unidos», educarlos

> en materia de democracia y gobierno de los Estados Unidos e infundir (en ellos) la más profunda lealtad y adhesión [...] a los Estados Unidos [...] y promover la educación americana entre los griegos, y fomentar el tipo más elevado de ciudadanía americana entre los griegos [2].

Los fundadores de la AHEPA fueron un grupo de empresarios y profesionales. Esto se comprende mejor si tenemos en cuenta el contexto histórico. A la clase media griega de Estados Unidos le interesaba —y era capaz de ello— apartar de sí la presión nativista y erradicar la imagen del inmigrante que imperaba sobre todo en el sur del país. La hostilidad hacia los extranjeros podía dañar seriamente su actividad económica. No es casualidad que la AHEPA naciera en Atlanta, cuna también del Ku Klux Klan.

La aparición de la AHEPA coincidió además con el radical cambio de actitud de muchos inmigrantes griegos hacia los Estados Unidos. La repatriación parecía haber cesado por una serie de razones. En primer lugar, a causa del clima de malestar social que se vivía en Grecia y de la crisis económica de los años veinte. Otra razón pudieron

[2] Leber, *The Order of AHEPA..*, p. 150.

ser las restricciones impuestas a la inmigración, que dificultaban los desplazamientos en ambos sentidos. Por último, había surgido una generación de inmigrantes que se habían trasladado a los Estados Unidos en su infancia o su juventud y que se sentían más unidos a este país que sus padres.

En los mítines de la AHEPA se hablaba en inglés. En uno de los primeros, destinado a hacer proselitismo entre los no afiliados, alguien del público preguntó que por qué no se hablaba en griego. Uno de los representantes de la AHEPA respondió que entre los propósitos de la organización figuraba fomentar el uso del inglés entre los griegos, sobre todo para los negocios. Las publicaciones de la AHEPA también aparecían en inglés. Con frecuencia se acusó a la organización de ser una institución americana en lugar de griega.

Críticas a la asimilación

Muchos griegos de Estados Unidos se alarmaron a raíz de lo que consideraban como un proamericanismo fanático por parte de la AHEPA, la cual negaba la identidad y el patrimonio cultural griegos, especialmente el idioma y las creencias religiosas. La prensa griega criticó a la mencionada organización por predicar la «deshelenización» mediante el abandono del idioma griego. Los seguidores de la fe ortodoxa griega tampoco estaban satisfechos, porque la AHEPA, aunque sólo admitía cristianos, no se declaraba específicamente ortodoxa. No cabe duda de que existía otro tipo de oposición puramente política: los empresarios sureños que formaban la AHEPA amenazaban el liderazgo de los grupos de Nueva York y Chicago.

En diciembre de 1923 se formó otra organización en Pittsburgh (Pennsylvania) con el propósito expreso de preservar la herencia cultural griega y el uso del idioma griego, aunque no se oponía a la asimilación de los inmigrantes a la vida americana. Esta nueva organización, denominada Asociación Progresista Griega Americana, GAPA *(Greek American Progressive Association),* se diferenciaba de la AHEPA por su postura en relación con la identidad griega y el movimiento antiextranjero. Por otro lado, la GAPA reconocía también que los griegos de Estados Unidos se iban a quedar para siempre en el país y tenían que

demostrarle su adhesión. Pero esta organización utilizaba el griego y estaba estrechamente vinculada a la Iglesia ortodoxa griega.

En la década de los treinta, ambas posturas se suavizaron considerablemente. La depresión económica y la difusión de la «americanización» entre numerosos grupos de inmigrantes restaron empuje al movimiento nativista. Por su parte, la AHEPA comenzó a hacer hincapié en el patrimonio cultural griego y adoptó iniciativas conciliadoras orientadas hacia el uso del griego y hacia una mayor vinculación con la Iglesia ortodoxa de Grecia.

Identidad griega y conciencia de clase

Los inmigrantes griegos que se incorporaron a la clase trabajadora de los Estados Unidos fueron participando cada vez más en huelgas y demás actividades sindicales. Al principio, como es natural, se les utilizaba como esquiroles: aceptaban salarios relativamente bajos y no entendían el significado y las implicaciones que tenía reventar una huelga. Sin embargo, tardaron poco en rechazar este papel y apoyar las decisiones de los sindicatos.

La primera manifestación de militancia fueron las movilizaciones contra los denominados *padrones*, que eran agentes de contratación. Se encargaban de garantizar empleo a los inmigrantes, especialmente en los estados del oeste, en las minas y en la construcción del ferrocarril. En principio se trató de un fenómeno de alcance transatlántico: se reclutaba a los trabajadores en Europa, y éstos accedían a emigrar sabiendo que trabajarían para una determinada empresa que, generalmente, les pagaba el viaje. Los contratos eran leoninos, lo que llevó a las autoridades estadounidenses a prohibir la entrada de inmigrantes sujetos a dichos contratos.

No obstante, el sistema de *padrones* se mantuvo durante la década de los veinte, pero dentro de Estados Unidos. Existían varios agentes, sobre todo en el oeste, que actuaban como intermediarios entre las empresas y los inmigrantes y contrataban trabajadores griegos. La relación entre los *padrones* y los inmigrantes era recíproca: el *padrone* proporcionaba trabajo y cierta seguridad en el empleo, y recibía una cantidad a cambio. Los mineros de Utah, por ejemplo, pagaban 20 dólares por el empleo y un dólar al mes por conservarlo.

La relación entre las dos partes no era de igualdad, como tampoco lo eran las condiciones del contrato. Pero ciertos códigos tácitos de honor preservaban el equilibrio. Si los trabajadores juzgaban que la conducta del *padrone* iba más allá de lo acordado, reaccionaban de manera violenta. En 1908 empezaron a producirse reacciones de este tipo en las minas de cobre de la Utah Copper Company. En 1912 los trabajadores se declararon en huelga. De nada sirvió la presencia del poderoso *padrone* griego Leonidas Skliris. La huelga fue un éxito, aunque no duró mucho.

Cuando estalló la primera guerra balcánica en 1912, muchos trabajadores griegos regresaron a Grecia para combatir como voluntarios, lo que les sirvió para reafirmar su identidad nacional. Skliris aprovechó el clima creado para enarbolar la bandera del patriotismo y ofrecerse para proporcionar trabajo a los que quisiesen regresar. Pero el éxito de las acciones sindicales promovidas por los trabajadores griegos contra dicho *padrone* se ha considerado como una prueba de que los inmigrantes estaban en vías de adquirir no ya sólo identidad étnica, sino además conciencia de clase [3].

Efectivamente, las manifestaciones subsiguientes de radicalismo obrero no se hicieron esperar. El brote más famoso fue quizás la huelga en las minas de carbón de Colorado entre 1913 y 1914, en la que participaron mineros de distintos grupos étnicos. Los griegos, con Louis Tikas a la cabeza, desempeñaron un papel decisivo. Tikas perdió la vida cuando el ejército puso fin a la huelga. Los soldados asaltaron la tienda en la que vivían los mineros y sus familias para expulsarlos de allí. Fue imposible hacer un recuento de víctimas mortales, pero se sabe que murieron más de 30 hombres, mujeres y niños, entre ellos Louis Tikas, que pereció después de haber salvado la vida a muchas personas durante el ataque del ejército. Este incidente se conoce como la masacre de Ludlow, que es como se llamaba el lugar donde ocurrió, y es una de las páginas heroicas de la historia del movimiento obrero americano.

Otro hito en la trayectoria del citado movimiento fue la participación de uno 3.000 mineros de Utah en una huelga a nivel nacional

[3] Gunther W. Peck, «Padrones and Radicals in Utah, 1908-1912», en Dan Georgakas and Charles C. Moskos (eds.), *New Directions in Greek American Studies,* 1991, pp. 73-93.

convocada por el Sindicato de Mineros. En el transcurso del conflicto, un huelguista griego fue asesinado, lo cual provocó manifestaciones que culminaron con la quema de una bandera americana. La ira desatada era una reacción contra el Ku Klux Klan, una organización racista que consideraba a todos los inmigrantes como seres inferiores y que había colocado a los griegos a la cabeza de una lista de personas *non gratas (not wanted).* En respuesta, un grupo de trabajadores griegos despojaron a la fuerza de su atuendo a varios miembros del Ku Klux Klan en Salt Lake City (Utah). Para defenderse de esta organización racista, los griegos se unieron a italianos y eslavos y formaron comisiones armadas [4].

La actividad reivindicativa siguió proporcionando a los obreros griegos la oportunidad de abandonar un tipo de organización de carácter puramente étnico y aliarse con otros inmigrantes, así como con trabajadores nativos, para defender los intereses de la clase obrera. Muestra de ello fue la experiencia vivida por los trabajadores de la piel en Nueva York entre la década de los veinte y la de los treinta. Eran muchos los artesanos que habían emigrado a América desde la Europa del este, como por ejemplo desde el norte de Grecia (sobre todo, Macedonia). En Estados Unidos, la mayoría de los trabajadores de la piel eran judíos y estaban afiliados al Sindicato de Trabajadores de la Piel y el Cuero. En 1920, los griegos que trabajaban en este sector eran muy pocos y no estaban afiliados.

Cuando el mencionado sindicato convocó la huelga en aquel año, los griegos no sólo no participaron, sino que se aprovecharon de la coyuntura, porque absorbieron el trabajo de los judíos. Después de treinta largas semanas, la huelga terminó con un rotundo fracaso, debido a una serie de razones que no nos conciernen aquí directamente. Como parte de su programa de reorganización, el sindicato se interesó por los mil quinientos griegos que trabajaban en condiciones aún peores que los judíos. Ese mismo año, y con el apoyo del sindicato, los trabajadores griegos, cuyos jefes también eran griegos e intentaban convencerles de que el apoyo del sindicato era una forma de propaganda judía, mantuvieron una huelga de diez días que fue todo un éxito. El

[4] Dan Georgakas, «The Greeks in America», en *Journal of the Hellenic Diaspora,* vol. XIV, n.os 1 y 2, primavera-verano 1987, pp. 22-24.

texto siguiente, que describe la reacción de los trabajadores ante la noticia de que sus jefes, en reunión con el sindicato, habían acordado satisfacer sus demandas, nos muestra la dimensión étnica y social de su lucha:

> La noticia de que los acuerdos habían concluido fue transmitida a los 1.500 trabajadores griegos que esperaban con ansiedad fuera de la sala de conferencias. Al instante, comenzó un alegre desfile para celebrar la victoria. Muchos de ellos vestían el traje típico de su país. Atravesaron el mercado con pancartas y letreros que proclamaban su triunfo. Cuando desfilaron por las calles, recibieron la conmovedora ovación de los trabajadores judíos [5].

A partir de entonces, los trabajadores griegos desempeñaron un papel importante en las acciones y movilizaciones del sindicato de la piel. Su caso es un ejemplo más de cómo el mundo laboral contribuyó a la combinación de identidad étnica y conciencia de clase.

Asimilación y pluralismo cultural desde 1950

Los expertos en temas étnicos y de inmigración de Estados Unidos no se ponen de acuerdo en cuanto al grado de asimilación de los diferentes grupos después de la Segunda Guerra Mundial. La tesis dominante en los años cincuenta era la del «crisol» *(melting pot),* que sostenía que las distintas peculiaridades étnicas quedaban fundidas dentro de la sociedad americana. La asimilación, por tanto, se consideraba en gran medida como un proceso lineal, constante e inevitable. La tesis del «crisol» se basó en el panorama social estadounidense de los años cincuenta, y fue un reflejo evidente de la tendencia asimilacionista.

El modelo del «crisol» fue revisado parcialmente por el sociólogo Milton Gordon, que hizo una distinción entre «asimilación de comportamiento» y «asimilación estructural». Gordon sugería que las etnias se habían asimilado sólo culturalmente, no socialmente. El redescubrimiento de la cultura étnica a finales de los sesenta tuvo como consecuencia la aparición de nuevos estudios sobre el tema a finales de los

[5] Philip S. Foner, *The Fur and Leather Workers Union,* 1950, p. 162.

setenta y principios de los ochenta. Se ha llegado a afirmar que en muchos aspectos los grupos étnicos no son asimilables a nivel cultural, aunque sí se asimilen socialmente. Estos estudios, en su visión de la sociedad estadounidense, se han acercado más al modelo de pluralismo cultural que la tesis del «crisol» [6].

Cuando surgió la mencionada tesis, se llevaron a cabo varios estudios sociológicos sobre la comunidad griega de Estados Unidos. El método más usado fue el cuestionario. Las pautas de comportamiento que reflejaban dichos cuestionarios proporcionaban una manera de evaluar el grado de asimilación cultural [7].

Merece la pena resumir los hallazgos de estos estudios con relación a la familia y al idioma. Los primeros inmigrantes trasladaron a los Estados Unidos la forma tradicional de organización social de la Europa mediterránea, cuyo núcleo era la familia de tipo patriarcal. Aunque el carácter jerárquico de este tipo de estructura familiar fue desapareciendo, los valores culturales se mantuvieron. Los inmigrantes de segunda generación, es decir, los nacidos en Estados Unidos, sufrieron las contradicciones, a menudo fuertes, entre los valores de sus padres y las normas de la sociedad estadounidense. Era inevitable que tales circunstancias afectaran a las relaciones entre padres e hijos, a la cohesión familiar, al papel de los sexos y a la comprensión intergeneracional.

En este sentido, es interesante observar que, tanto Theodore Saloutos como Charles Moskos, dos autores norteamericanos de padres griegos cuyos estudios sobre la experiencia griega en Estados Unidos manejamos a menudo en este libro, estuvieron tan marcados por su propia experiencia infantil como para incluir en sus libros capítulos que la describen [8]. Dichos textos nos inducen a pensar que la primera generación de inmigrantes, precisamente porque tuvo que «americanizar-

[6] Eva Morawska, «The Sociology and Historiography of inmigration», en Virginia Yans-McLaughlin (ed.), *Immigration Reconsidered: History, Sociology, and Politics.* Nueva York: Oxford University Press, 1990, pp. 187-238.

[7] George Kourvetaris, *First and Second Generation Greeks in Chicago,* 1971; Evangelos Vlachos, *The Assimilation of Greeks in the United States,* 1964.

[8] Saloutos lo hace en el capítulo XV de *The Greeks in the United States,* titulado «The Second Generation», y Moskos en el capítulo VI de *Greek Americans Struggle and Success,* titulado «Growing up in Greek American: A Family and Personal Memoir».

se» en público, optó por aferrarse tenazmente a su identidad griega en privado, con la familia. Esto agudizó el conflicto entre vida familiar y social que la segunda generación tuvo que afrontar.

Este clima de tensión aparece reflejado en la obra de varios escritores norteamericanos de origen griego. *Go Naked in the World* (1959), de Tom Chamales, es un relato conmovedor de sus propias frustraciones como miembro de una familia tradicional y autoritaria en los años cuarenta. *The arrangement* (1967), de Elia Kazan, es la historia de un padre intransigente que es temido y a la vez respetado por su hijo, y los intentos de este último por vivir su propia vida al margen de las expectativas tradicionales. En *Lion in my Heart* (1959), Harry Mark Petrakis describe el enfrentamiento entre un padre patriarcal y sus hijos. En *Paved with Gold* (1979), de Georgia Gianakos Buchanan, un hijo, afligido por ver morir a su padre, dice: «Me he preguntado a menudo cómo un padre y un hijo podían llegar a ser prácticamente unos extraños» [9].

La segunda generación, que alcanzó la madurez en los años cincuenta, y se vio entonces libre de la influencia paterna, fue proclive a asimilarse con gran entusiasmo. Así, la siguiente generación creció en un entorno familiar más abierto a las «influencias externas». En efecto, en los años sesenta, la comunidad griega estaba menos definida culturalmente, y las influencias externas fueron relativamente más efectivas. En su estudio de la pequeña comunidad de Anderson (Indiana), Vlachos encontró que la familia de segunda generación se caracterizaba por un debilitamiento de la orientación patriarcal y una menor cohesión. Respecto de la de tercera generación, en la que casi todos los abuelos habían nacido en Estados Unidos, Vlachos observó una estructura más igualitaria y una mayor independencia de sus miembros [10]. Otros estudios han confirmado, como era de esperar, la evolución del papel de los sexos y de las relaciones intergeneracionales en aquel tipo de familia, mientras que otros han revelado la creciente incidencia de los matrimonios mixtos [11].

En cuanto al uso del idioma, la enseñanza en inglés ha sido uno de los instrumentos decisivos para la asimilación. Las escuelas ameri-

[9] *Apud* Alice Scourby, *The Greek Americans,* cap. 5.
[10] Vlachos, *The Assimilation of Greeks in the United States,* p. 151.
[11] Alice Scourby, *The Greek Americans,* cap. V.

canas, al fomentar el patriotismo y la lealtad a los Estados Unidos, aunque reconozcan el pluralismo étnico del país, consiguen que los escolares participen más de los valores del país. A pesar de los esfuerzos de la Iglesia ortodoxa griega y de las comunidades (que trataremos más adelante), lo más frecuente entre los griegos es asistir a centros donde las clases se imparten en inglés.

Una vez superada la teoría del «crisol» por la distinción de Milton Gordon entre asimilación social y cultural, los estudios sociológicos más recientes han hecho hincapié en la conservación de ciertos elementos de la cultura étnica. Este punto de vista sostiene que la identidad griega se ha preservado unas veces como subcultura y otras como algo simbólico, y no como una forma primordial de identidad [12]. Tales estudios nos ayudan a comprender la evolución de la identidad en los Estados Unidos a partir de mediados de los sesenta: dicha identidad ha sufrido una transformación permanente, se ha preservado en ciertas facetas y se ha abandonado en otras; ha pervivido como algo prácticamente simbólico en un entorno que no acepta las culturas extranjeras sino su versión «étnica» americanizada.

Identidad griega y multiculturalismo canadiense

La política multiculturalista canadiense de la que hablamos en el capítulo anterior ha ayudado a los griegos de Canadá a conservar su identidad. Hay que señalar que esta identidad está más cerca de la de su país de origen porque la mayoría de los griegos presentes en Canadá en el momento en que se introdujo el multiculturalismo habían nacido en Grecia. En el caso de los Estados Unidos, el renacimiento étnico tuvo lugar cuando una gran parte de la comunidad griega era de segunda generación y estaba más asimilada. Por tanto, exceptuando los nacidos en Grecia, la recuperación de la conciencia étnica ha sido un fenómeno más subcultural que en Canadá.

No existe ningún estudio comparativo sistemático de la identidad griega en Canadá y en los Estados Unidos, por lo que la afirmación

[12] Chrysie Constantakos, *The American-Greek Subculture: Processes of Continuity*, 1980; Alice Scourby, *The Greek Americans*, 1984.

anterior ha de tomarse como una mera hipótesis de trabajo para una investigación posterior. No obstante, algunos indicadores parecen confirmar el carácter independiente de la identidad griega en Canadá. En cuanto a la conservación del idioma materno, por ejemplo, los censos decenales han registrado los siguientes índices: 95 % en 1921; 87 % en 1931; 58 % en 1951; 72 % en 1961; 83 % en 1971 y 79 % en 1981.

El caso ruso, por ejemplo, es diferente. Los rusos emigraron masivamente a Canadá a partir de 1917, y por lo tanto, cuando se introdujo el multiculturalismo, muchos habían nacido en Canadá. En 1921, el índice de conservación de la lengua materna era similar al griego, 96 %, pero en 1971 había descendido a un 50 %, para recuperarse ligeramente en la década siguiente (55 % en 1981). Los altos índices de conservación de la lengua materna entre los griegos de Canadá pueden ser una consecuencia de la elevada proporción de inmigrantes nacidos en Grecia. El futuro dirá si la combinación del multiculturalismo (mientras dure) con un número elevado de personas nacidas en Grecia supone que la conservación de la identidad griega es mayor en Canadá que en otros países.

Identidad griega en los países latinoamericanos

La experiencia griega en los países latinoamericanos nos recuerda un hecho que, hasta ahora, hemos dado por supuesto: la importancia de las cifras. Existe una correlación entre las proporciones de la presencia griega en aquellos países y la preservación, o mejor dicho, la desintegración de la identidad griega y de todas sus manifestaciones. En Chile, por citar un ejemplo, una de las comunidades griegas utiliza el español en su correspondencia con las autoridades diplomáticas de Buenos Aires.

Como indicábamos al principio de este capítulo, en el contexto de la diáspora, es más útil considerar la identidad griega como un fenómeno cambiante, y no como una magnitud determinada que, o bien se mantiene constante, o disminuye. En efecto, en casos como el de los enclaves griegos en países pequeños de Latinoamérica, el modelo aritmético es válido porque no hay una masa social lo suficientemente numerosa como para sostener la identidad étnica, ya que ésta es sobre todo una identidad colectiva.

Resumen

En el capítulo anterior, al hablar de Sudamérica, poníamos de relieve que, dada la falta de políticas destinadas a avivar o a mitigar de manera efectiva la conciencia étnica, la identidad griega se iba desvaneciendo progresivamente. Hemos visto que en Norteamérica, sin embargo, a pesar de que tanto en Estados Unidos como en Canadá se vivió un periodo de creciente asimilación entre los años treinta y los cincuenta, dicha identidad ha pervivido con más fuerza, si bien de manera no uniforme. El conocimiento que podemos extraer del renacimiento étnico estadounidense en los sesenta, es el de la tenacidad de la etnia y la identidad griegas, y su capacidad para redefinirse y adaptarse a unas circunstancias cambiantes. Ello se debe, en gran parte, al papel desempeñado por las diferentes organizaciones comunitarias que analizaremos a continuación.

Capítulo VIII

CONTRIBUCIÓN GRIEGA EN AMÉRICA

Como vimos con anterioridad, los artilleros griegos tomaron parte en el asedio de Cuzco y los marinos contribuyeron a hacer que las costas del Pacífico fueran más accesibles para los inmigrantes. También observamos el servicio prestado por los jóvenes que llegaron a Norteamérica como refugiados después de la revolución griega. Han sido muchos los griegos que han demostrado su entrega al bien común en América, como por ejemplo el arzobispo Iakovos, que marchó junto a Martin Luther King en una de las célebres manifestaciones que tuvieron lugar en el sur de Estados Unidos en los años sesenta.

Aunque son muchos los casos que nos vienen a la cabeza, es difícil identificar todos los que pudieran considerarse como una verdadera contribución. A los grupos de inmigrantes, sobre todo al poco tiempo de establecerse, les gusta recalcar su aportación a la sociedad anfitriona para afianzar su puesto en la misma. Pero las aportaciones pueden ser tan variadas, desde las privadas a las públicas, que es difícil opinar sobre ellas, y más difícil aún evaluarlas.

Sin embargo, podemos identificar dos campos en los que los griegos han contribuido de forma notoria: los negocios y la política. El papel griego en los negocios americanos se ha tratado ya en el capítulo V de este libro. Lo que más nos interesa ahora es la participación de los griegos en la política estadounidense. Después hablaremos de los griegos que adquirieron relevancia en otras facetas de la vida americana.

Negocios y política

Existe una buena razón para prestar especial atención a la participación de los griegos en la política americana, sobre todo en Estados Unidos. Dicha participación, que empezó después de la década de los cincuenta, es uno de los dos ejes que caracterizan al elemento griego de Estados Unidos. El primero fue la actividad económica, que al principio se localizaba en los centros urbanos, lo cual ha determinado la forma de asentamiento griego desde los primeros tiempos hasta la actualidad. Dicha actividad ha experimentado una evolución generacional característica que empezó con la venta ambulante, siguió con la hostelería y ha acabado por abarcar negocios de mayor envergadura.

Aunque la segunda generación ha accedido a estas esferas superiores a través de la educación, ha prevalecido un tipo de ética empresarial que ha caracterizado la mentalidad de los americanos de origen griego. Por todo ello, no es de extrañar que las organizaciones griegas estén dominadas por hombres de negocios y abogados, y que los intelectuales y artistas tengan en ellas una presencia menos destacada. No obstante, en virtud de su progreso, los políticos desempeñan un papel cada vez más importante a la hora de definir la comunidad griega de Estados Unidos, complementando a la perfección su interés por la vida pública con una orientación de tipo económico.

Si analizamos la historia de la presencia griega en América, es fácil entender por qué los negocios primero, y después la política, han predominado sobre otras facetas, como por ejemplo la intelectual. La inmensa mayoría de griegos llegados a América procedían de situaciones de pobreza y habían emigrado por motivos fundamentalmente económicos. Razones como por ejemplo la persecución política, que sólo se produjo en tiempos del Imperio Otomano y no originó, comparativamente, una emigración excesiva, habrían supuesto un número mayor de inmigrantes con estudios. Tampoco se produjo una huida de intelectuales y artistas como en el caso de los judíos de la Europa central y del este, hecho que ha determinado la naturaleza de las comunidades judías de América.

Pero a pesar de su extracción social, el primer contingente de inmigrantes había mantenido una relación estrecha con la política. Nada más establecerse el estado griego moderno y de que se promulgara la primera constitución en 1843, se concedió el derecho al voto a todos

los varones adultos sin excepción. Grecia se adelantó a muchas democracias europeas en la puesta en práctica del sufragio universal masculino. Dadas las circunstancias, el sistema político vino a basarse en un tipo de relación patrón-cliente; pero la política se convirtió en una preocupación fundamental para toda la población.

Además, el lamentable estado de la economía y el hecho de que una gran parte de la burguesía empresarial estuviera fuera de Grecia hicieron que el gobierno decidiese impulsar el desarrollo del país. Esto convirtió al estado en el mayor proveedor de empleo, y muchos griegos encontraron en la administración pública un medio de conseguir seguridad económica y de ascender socialmente. Para ingresar en el funcionariado se necesitaba la ayuda de un padrino político, por lo que a finales del siglo XIX y comienzos del XX prosperó el clientelismo. Ello hizo que la política tuviera una gran importancia para la población de Grecia. No así en Italia, por ejemplo, donde gran parte del campesinado no tenía derecho a voto, por lo que su relación con la política era menos directa.

Podría deducirse que, igual que la ética empresarial fue un producto del contexto que rodeó a los primeros emigrantes, la participación política fue también un aspecto importante en la vida de éstos. Por consiguiente, el interés por la política, especialmente la rivalidad entre monárquicos y liberales hasta 1940, estuvo muy presente en los hogares griegos de América. La segunda generación, al acceder a la educación y al bienestar económico necesarios, estuvo en condiciones de hacer suyo aquel rasgo característico de la mentalidad griega, el interés por la política, aunque las circunstancias, claro está, eran bien distintas.

Participación política

Ya hemos hecho referencia al primer griego que se presentó a unas elecciones en Estados Unidos. Se trataba de Loucas Miltiades Miller, que representó al estado de Winsconsin en el Congreso durante un mandato, desde 1892 hasta 1894. También vimos que Pandias Kalogeras llegó a ser ministro de Brasil en 1915.

Miller fue uno de las huérfanos griegos adoptados por una familia estadounidense durante la revolución griega de 1821. Pero su caso es

una excepción. Hasta 1959 no encontramos otra persona de origen griego en Washington. Nos estamos refiriendo a John Brademas, que había nacido en los Estados Unidos.

La primera generación de inmigrantes tuvo una intensa actividad política, especialmente en los años veinte y treinta, cuando un gran número de griegos adquirieron la nacionalidad estadounidense. La inmensa mayoría apoyó al partido demócrata, el partido de los menos favorecidos. Pero los apuros de la población en la década de los treinta, que se tradujeron en una oleada de radicalismo obrero, hicieron mella en los griegos. En la clase obrera griega había una facción izquierdista, como también la había en la prensa. La década de los veinte y la de los treinta fueron la época de apogeo del movimiento de izquierdas griego.

En los treinta, una gran parte de los griegos apoyaron a Franklin D. Roosevelt y su programa, el *New Deal.* Su sucesor, Harry S. Truman, gozó de doble popularidad por la doctrina que lleva su nombre, enunciada en 1947, a través de la cual los Estados Unidos intervinieron en Grecia.

Truman, que contó con el apoyo de la cúpula griega, fue derrotado en las elecciones de 1952 por el republicano Dwight Eisenhower. La presidencia de Eisenhower, que ocupó la Casa Blanca por un periodo de dos mandatos (de 1952 a 1960), coincidió con la que se ha descrito como era de respetabilidad griega en Estados Unidos. Gran parte de la segunda generación, que había ascendido socialmente, empezó a adherirse al partido republicano. Tras los mandatos consecutivos de John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson, el candidato republicano Richard Nixon, accedió a la presidencia en 1968. Entre sus más fieles partidarios había plutócratas y otras personas de origen griego. El vicepresidente, Spiro Agnew, era uno de ellos. Evidentemente, algo había cambiado en el perfil político de la comunidad griega de Estados Unidos entre los años treinta y los años sesenta.

Más adelante hablaremos del comportamiento electoral de los griegos en América en los setenta y los ochenta, pero ahora nos centraremos en el decisivo papel que una serie de personas de origen griego tuvieron en el proceso político americano, especialmente en el de Estados Unidos, entre los años cuarenta y principios de los noventa. Estas personas pueden dividirse en tres categorías: los llamados *insiders* (gente «de dentro»), los funcionarios políticos y los que ostentaron car-

gos públicos a nivel municipal, estatal (en los diferentes estados) o nacional.

«Insiders» políticos

Esta categoría extraoficial, de la que disfrutan muchos individuos de buena posición o influyentes, constituye en muchos aspectos un fenómeno único dentro del sistema político de Estados Unidos. Es una consecuencia de los amplios poderes concedidos al presidente de la nación y de la reducida capacidad decisoria del resto del gobierno, con la excepción del secretario de estado y el del tesoro. El presidente, sobre todo si se halla en su primer mandato y pretende ser reelegido, ha de contar con el apoyo de gente poderosa a la que, a su vez, le conviene estar cerca del presidente.

Entre los años cuarenta y los sesenta, hubo una serie de personas de origen griego en estos círculos, y su opinión fue muy respetada en la Casa Blanca. Entre ellos podemos citar a John Maragon, próximo al presidente Truman; a Charles Maliotis, amigo de la familia Kennedy, o a Bill Collins, que apoyó la candidatura a la presidencia de su amigo el senador Hubert Humphrey. Hubo además muchos otros griegos que estuvieron al lado de senadores y congresistas, y que destacaron a nivel local o de partido.

El archivo presidencial de Gerald Ford contiene un interesante y curioso documento que nos muestra el grado de influencia de los griegos en una determinada administración. También nos revela la relación entre los miembros influyentes de una minoría étnica y los personajes políticos de otra de las categorías que veremos a continuación, la de los funcionarios políticos. El documento en cuestión es un memorándum interno de la Casa Blanca enviado por Tom C. Korologos, un griego que había sido asesor privado de Nixon y que Ford mantuvo a su lado cuando asumió la presidencia en 1974.

En el momento de ser remitido este memorándum, a finales de agosto de 1974, la comunidad griega se movilizaba contra la pasividad de la administración Ford con respecto al tema de la invasión de Chipre por parte de Turquía. Al parecer, el secretario de estado, Henry Kissinger, y el consejero de seguridad nacional, Brent Scowcroft, encargaron una lista de los griegos más ricos de Estados Unidos para pedir-

les que apoyaran públicamente la postura gubernamental ante sus compatriotas. En su nota, Korologos exponía sus dudas diciendo: «Francamente, no estoy seguro de la influencia que estos diez nombres puedan tener en nadie». Pero en cualquier caso, Korologos quería ser uno de los contactos de Kissinger. Al final de la nota manifestaba que «si se celebra alguna reunión, me gustaría mucho asistir, si es posible, o incluso ser el anfitrión», con la obvia intención de reafirmar su propia influencia entre los griegos de mayor relevancia.

Los nombres de las diez personas que Korologos consideró «probablemente los diez griegos más ricos de Estados Unidos» en agosto de 1974 fueron los siguientes: William G. Helis, empresario del petróleo en Nueva Orleans; Peter G. Peterson, vicepresidente de la empresa de ordenadores Lehman Brothers en Nueva York; James A. Papas, de Boston; William P. Tavoulareas, presidente de la Mobil Oil en Nueva York; Charles Maliotis, un industrial de Massachusetts; George Christopher, de Christopher Dairy Farms en San Francisco; Sam Nakis, un fabricante de Missouri; James Snyder, un comentarista deportivo de televisión; Alex G. Spanos, un agente inmobiliario de California y Mike DeMoulas, dueño de una cadena de alimentación en Massachusetts [1].

Funcionarios políticos

Entre ellos cabe citar a Michael Manatos, el primer americano de origen griego que formó parte de un equipo de gobierno en la Casa Blanca. Manatos fue nombrado por el presidente Kennedy en 1960 para servir de enlace entre el presidente y el Congreso. Nacido en Wyoming de padres cretenses, Manatos había llegado a Washington en 1937 y había trabajado en los despachos de varios congresistas de su estado natal. Fue el único miembro de la administración Kennedy que, tras el asesinato del presidente (1963) y la toma de posesión de Lyndon Johnson, permaneció en la Casa Blanca. Mantuvo su cargo hasta el final del mandato de Johnson (1968). Durante dicho mandato, hubo otro griego en la Casa Blanca: Harold Pachios. El sucesor de Manatos en el tiempo de Nixon fue otro griego: Tom C. Korologos. Otros des-

[1] Gerald R. Ford Papers, *Congressional Relations Office Box* 3, 29 de agosto de 1974.

pués de ellos han colaborado con miembros del Congreso en Washington [2].

Política municipal

El primer griego que destacó en la política municipal estadounidense fue George Christopher, elegido alcalde de San Francisco en 1956. Había nacido en 1907, en un pueblo del Peloponeso, y sus padres lo habían llevado consigo a Estados Unidos cuando tenía dos años de edad. La historia de Christopher es el típico caso del inmigrante que consigue abrirse camino desde el anonimato. A mediados de la década de los treinta poseía un pequeño negocio de distribución de leche; al terminar la Segunda Guerra Mundial estableció una importante empresa de productos lácteos. Entre tanto, participó en la política municipal y en la del estado hasta ser elegido alcalde.

La carrera política de Christopher fue meteórica. Se presentó a las elecciones municipales de 1951 y fue derrotado por un estrecho margen. Pero en los siguientes comicios su triunfo fue apoteósico: obtuvo el mayor porcentaje de votos en la historia de la ciudad de San Francisco. En 1959 fue reelegido. Durante su paso por la alcaldía, Christopher propulsó numerosas iniciativas destinadas a revitalizar la ciudad y mejorar las relaciones entre las razas. Actuó como anfitrión en la visita del líder soviético Nikita Kruschev en 1959, y viajó después a la Unión Soviética donde fue muy bien acogido. Más tarde se presentó como candidato a gobernador del estado de California, pero fue derrotado por un colosal oponente: Ronald Reagan [3].

En el contexto de la comunidad griega americana, la elección de Christopher como alcalde de San Francisco tiene significación histórica por tratarse del primer griego que accedió a un cargo de ese tipo. También fue importante porque se produjo en una zona de escasa presencia griega, por lo que no pudo contar con demasiado apoyo étnico. En

[2] Peter N. Marudas, «Greek American Involvement in Contemporary Politics», en Harry J. Psomiades y Alice Scourby (eds.), *The Greek American Community in Transition*, pp. 97-99.

[3] George P. Daskarolis, «The political Career of George Christopher», en *Journal of the Hellenic Diaspora*, vol. XVI, n.os 1-4, 1989, pp. 61-75.

circunstancias bien distintas, aunque con una presencia griega igualmente reducida, otro político de origen griego, Art Agnos, accedió a la alcaldía de San Francisco en 1987. Otros alcaldes de ascendencia griega —casi todos, de los años setenta— son el famoso George Athanson, que se mantuvo mucho tiempo en la alcaldía de Hartford (Connecticut); Lee Alexander en Syracusa (Nueva York); Helen Boosalis en Lincoln (Nebraska); John Roussakis en Savannah (Georgia); Nicholas Mavroules en Peabody (Massachusetts); George Vavoulis (republicano) en St. Paul (Minnesota); George Chacharis en Gary (Indiana) y John Apostol en Annapolis (Maryland).

Congresistas americanos de origen griego

En torno a la década de los cuarenta, varias personas de origen griego irrumpieron en la escena política estadounidense. Uno de los pioneros fue Dean Alfange, al que hemos aludido como presidente de la AHEPA entre 1927 y 1929. Alfange había nacido en Constantinopla (hoy, Estambul) en 1897 y había llegado a los Estados Unidos cuando tenía tres años de edad. Estudió derecho en la Universidad de Columbia y fue adjunto del fiscal general del estado de Nueva York. En 1941 encabezó la lista del partido demócrata en el 17 distrito electoral de Nueva York, y en 1942 se presentó como candidato a gobernador del estado por el partido laborista. Fue uno de los fundadores del Partido Liberal del estado de Nueva York en 1944, y a partir de entonces ocupó un puesto destacado en la política de dicho estado.

El primer congresista de origen griego de nuestro siglo fue John Brademas, que en 1958 resultó elegido para representar a Indiana en la Cámara. Después de estudiar con una beca en Harvard, Brademas colaboró con el demócrata Adlai Stevenson, que fue derrotado por Eisenhower en las elecciones de 1956. Brademas se había presentado dos veces a las elecciones antes de ganarlas en 1958. Representó a Indiana en el Congreso hasta 1980, año en que muchos otros demócratas fueron barridos por el partido republicano gracias a la popularidad de Reagan. Durante los 22 años que permaneció en el Congreso, Brademas se distinguió por su apoyo a la educación, y se convirtió en uno de los políticos demócratas más veteranos de la Cámara de Representantes.

Aunque su padre era griego, Brademas había sido educado por su madre en la religión metodista, y tuvo que librar sus batallas políticas prácticamente sin apoyo étnico. En Indiana había muy poca población de ascendencia griega, con lo que Brademas no podía apelar a la conciencia étnica. Lo cierto es que se interesó cada vez más por los asuntos de Grecia y, en concreto, por el tema de Chipre. Criticó la actitud de la Junta griega entre 1967 y 1974. Tras la invasión turca de Chipre, Brademas pudo ejercer presión para que se decretase el embargo de Estados Unidos a Turquía (en la invasión se había utilizado armamento estadounidense). Al haberse mantenido su carrera política al margen de las cuestiones étnicas, Brademas pudo hacer frente a las acusaciones de los que pensaban que su interés en aquel asunto se debía a sus orígenes y no a un verdadero principio político, lo que le permitió encabezar de un modo efectivo la lucha por el embargo.

Los siguientes representantes de ascendencia griega que llegaron al Congreso lo hicieron en 1966. Uno de ellos fue Nick Galifianakis, que representó a Carolina del Norte. Era abogado en la ciudad de Durham y profesor de derecho en la Universidad de Duke. Tras ocupar su puesto en la Cámara de Representantes por un periodo de tres mandatos (1966-1972), se presentó como senador por el mismo estado. De haber ganado, habría sido el primer senador de origen griego de los Estados Unidos, pero fue derrotado por el candidato republicano Jesse Helms el año en que Nixon ganó la presidencia en medio de una oleada de republicanismo que afectó a ambas cámaras.

También en 1966, Peter Kyros, marino y licenciado en derecho por la Universidad de Harvard, fue elegido para representar al estado de Maine en el Congreso, y lo hizo hasta 1974.

El cuarto congresista de origen griego fue Gus Yatron, que representó a Pennsylvania y resultó también elegido en un distrito electoral donde la presencia griega era insignificante. Yatron había tenido unos comienzos inusuales para un político: había sido boxeador profesional y más tarde se había quedado con la fábrica de helados de su padre. Hoy sigue siendo miembro del Congreso en la actualidad, y es el político de origen griego que ha permanecido más tiempo en la Cámara de Representantes. Se le considera como un demócrata del ala conservadora, y a pesar de su larga trayectoria como congresista, hasta los años ochenta no adoptó una postura más abierta, manifestándose a favor del embargo.

Paul Sarbanes, hijo de inmigrantes del Peloponeso instalados en el estado de Maryland, fue elegido para representar a dicho estado en el Congreso en 1970. Sarbanes, cuyo padre regentaba un restaurante, se educó en Princeton y Oxford, y tras ganar la misma beca que Brademas, estudió derecho en Harvard. Equilibrado y metódico, Sarbanes atrajo de pronto la atención de la opinión pública a raíz de su intervención en el comité de Justicia del Congreso encargada de emprender la acusación *(impeachment)* contra el presidente Nixon en 1974. Sarbanes fue uno de los miembros más activos de dicho comité, cuyas sesiones fueron televisadas a toda la nación. La popularidad conseguida le permitió presentarse como candidato al Senado en 1976.

De este modo, Sarbanes se convirtió en el primer senador griego de los Estados Unidos. Recibió el apoyo entusiasta no sólo de los griegos de su estado, sino de los de todo el país. Fue reelegido sin problemas en 1982 y 1988, y hoy es miembro veterano del Senado. También destaca por poseer el récord de votos de orientación liberal entre los demócratas del Senado. Ha participado activamente en la campaña por el embargo de armas a Turquía y en la política exterior americana en el este del Mediterráneo, así como en otras muchas cuestiones de política nacional y exterior.

El siguiente político de ascendencia griega que resultó elegido para la Cámara de Representantes fue L. A. Bafalis, el primer republicano. Representó a Florida y recibió algún apoyo de la comunidad griega de Tarpon Springs. A pesar de su origen, no se distinguió especialmente por defender el embargo de armas a Turquía.

En 1978, dos políticos de origen griego llegaron a la Cámara de Representantes a la edad de cuarenta y nueve años. Uno de ellos fue Nicholas Mavroules, alcalde de Peabody (Massachusetts). Dicha ciudad destacó en su día como centro industrial del cuero. Mavroules es el prototipo de político griego «proletario». No fue a la universidad; después de acabar el bachillerato, trabajó como jefe de personal en una empresa importante y se interesó por la política municipal. Es un ejemplo de lo que se ha denominado como «viejo estilo». Dicho estilo no se caracteriza por un carisma personal o unas iniciativas espectaculares, como sucede en el caso de la generación más joven de políticos estadounidenses, sino que es una combinación de lealtad a las líneas del partido demócrata e independencia respecto de las organizaciones

locales y del contacto personal con los electores. Mavroules sigue ocupando hoy su escaño en el Congreso.

El otro personaje al que hacíamos referencia es Olympia Snowe, que fue también elegida en 1978 y también mantiene actualmente su escaño en la Cámara de Representantes. Por el momento, es la única mujer de ascendencia griega que ha resultado elegida para el Congreso, y presentó su candidatura por el partido republicano. Provenía de una familia demócrata (los Bouchles). Quedó huerfana cuando tenía nueve años, y después de licenciarse por la Universidad de Maine, trabajó para cierto político demócrata. Sin embargo, se casó con un republicano y cambió de partido. Cuando su marido murió en accidente de automóvil, empezó su carrera política. En 1978 fue elegida para representar al estado de Maine en el Congreso.

Para terminar, dos políticos de origen griego se han incorporado muy recientemente a la Cámara. Los dos son republicanos. Uno es George Gekas, elegido en 1982 para representar a Pennsylvania. El otro es Michael Bilirakis, elegido el mismo año en Florida. Los dos han sido reelegidos.

Los griegos y la presidencia de los Estados Unidos

La convención del partido republicano que se celebró en el verano de 1968 decidió que el candidato a las elecciones presidenciales de ese mismo año fuese Richard Nixon. Como es costumbre, él mismo debía elegir al vicepresidente. Para sorpresa de muchos, Nixon escogió a Spiro Agnew, gobernador de Maryland, conocido por su mentalidad conservadora. Agnew había accedido al cargo en 1966, convirtiéndose en el primer gobernador estadounidense de origen griego. El tremendo orgullo generado en la comunidad griega cuando Nixon le eligió como vicepresidente se evaporó en 1973, cuando dimitió y reconoció haber evadido impuestos.

Agnew, cuyo padre era dueño de un restaurante, redescubrió sus raíces griegas cuando accedió a la vicepresidencia. Había acortado su nombre, Anagnostopoulos, para acercarlo más al inglés; no hablaba griego y era episcopaliano, no ortodoxo. Aunque su padre había sido socio de la AHEPA y uno de los pilares de la comunidad griega de Baltimore, Spiro Agnew se había asimilado totalmente. Sin embargo,

muchos griegos de Estados Unidos le consideraron como uno de los suyos, y fue cortejado por las organizaciones griegas más importantes, a las que correspondió en sus atenciones.

Agnew estuvo particularmente próximo a la AHEPA, probablemente porque su padre estaba afiliado. Asistió a convenciones, mantuvo reuniones con altos cargos y en 1972 recibió una medalla de oro macizo como conmemoración del 150 aniversario de la revolución griega [4]. La AHEPA, que simpatizaba con la Junta griega, vio con buenos ojos la visita que Agnew realizó en 1971 al pueblo natal de su padre en el Peloponeso, visita que muchos interpretaron como una muestra del apoyo de la administración Nixon a los coroneles griegos.

Cuando se vio obligado a dimitir, al año siguiente de ser reelegido, en el seno de la comunidad griega hubo opiniones de todo tipo. Algunos señalaron que su identidad griega era dudosa, otros le siguieron apoyando, pero para la mayoría, Agnew pasó pronto al olvido [5].

Candidatos a la presidencia

En 1974, el abogado demócrata Michael S. Dukakis ganaba las elecciones a gobernador del estado de Massachusetts. Sus padres, un médico y una profesora, eran griegos muy respetados, y Dukakis había sido compañero de Sarbanes en Harvard. Aunque en 1978 fue derrotado, su vuelta en 1982 fue triunfal: fue de nuevo gobernador y resultó reelegido en 1986, con una victoria aplastante sobre su oponente, el también griego George Kariotis.

A pesar de contar con esta base electoral tan amplia y sólida en Massachusetts, Dukakis era prácticamente desconocido para el resto del país. Por su talante serio y discreto, no era del tipo de personajes que captan la atención de los medios de comunicación y se dan así a conocer. Por lo tanto, cuando anunció que presentaría su candidatura a la presidencia de la nación en 1988, muchos dudaron que pudiera superar las elecciones primarias, cuyos ganadores elegirían a su vez, en las convenciones de verano del partido, el candidato para las elecciones presidenciales de noviembre.

[4] *Ahepan,* vol. XLVII, n.º 3, marzo de 1972.
[5] Charles Moskos, *Greek Americans Struggle and Success,* pp. 119-120.

A paso lento pero seguro —no podría haberlo hecho de otra manera—, empezó a tomar la delantera a sus oponentes dentro del partido demócrata. Ganó las primarias y consiguió una mayoría de delegados en todos los estados para la convención. Después de ganar en Nueva York a principios de mayo, parecía en condiciones de superar a sus rivales. Efectivamente, en la convención del partido resultó elegido candidato a la presidencia. La perspectiva de un griego en la Casa Blanca tomaba cuerpo, sobre todo porque Dukakis parecía gozar de más popularidad entre los electores que George Bush, el candidato republicano.

Buscar las razones de su derrota ante Bush en noviembre de 1988 es tarea de los historiadores de las campañas presidenciales en Estados Unidos. Lo que aquí nos interesa es el impacto de la campaña de Dukakis en la comunidad griega y, a su vez, el papel de tal comunidad en dicha campaña. En primer lugar, hay que señalar que Dukakis hizo de su condición de hijo de inmigrantes el centro de su estrategia electoral. Insistió en los orígenes de sus padres y en los clásicos valores de frugalidad, ahorro, cohesión familiar y tenacidad que éstos le habían infundido. Esto constituyó una novedad en las campañas presidenciales, y fue posible no sólo porque Dukakis era un fenómeno singular dentro de la segunda generación, sino también gracias a la consolidación de la conciencia étnica a partir de los sesenta, conciencia que sigue aún muy presente, como ha quedado demostrado, por ejemplo, en la celebración del centenario de la estatua de la Libertad en 1986.

Con relación al estatus de los griegos en Estados Unidos, el hecho de que Dukakis proclamara su procedencia en la campaña presidencial supuso un paso importante en la historia de la comunidad. ¡Qué sorprendidos se hubieran quedado los inmigrantes que fueron víctimas de los disturbios antigriegos de Omaha en 1913 y todos los demás si hubiesen contemplado la escena! De pronto, las historias sobre los antepasados de Dukakis acaparaban los medios de comunicación, y los periodistas emprendían el largo viaje al lugar de nacimiento del padre de Dukakis, la aldea de Pelopi, situada en la isla egea de Lesvos.

Los estadounidenses nacidos en Grecia mostraron un tremendo entusiasmo por la candidatura de Dukakis. Los mítines que celebró en Astoria (el barrio griego de Nueva York) y en otras zonas con fuerte presencia griega fueron acontecimientos muy emotivos. La multitud, extática, ondeaba banderas griegas y estadounidenses; se oían los him-

nos de los dos países; Dukakis abría sus discursos con unas palabras en griego. Su madre, Euterpe Dukakis, de ochenta y cinco años de edad y nacida en Tesalia, también se dirigía a los asistentes en griego, y afirmaba, para júbilo de todos: «Mihalis no es sólo hijo mío, es hijo de todos vosotros».

Pero un candidato, además de votos, necesita también apoyo financiero. Es aquí donde entraban en juego otros miembros diferentes de la comunidad griega, y el enfoque tampoco era el mismo: se organizaban cenas de etiqueta y almuerzos en los que la entrada venía a costar entre 500 y 1.000 dólares por persona, con el propósito de recaudar fondos. Parecía que todo el *establishment* griego de Estados Unidos apoyaba a Dukakis en sus esfuerzos por alcanzar la presidencia. Antes de la convención del partido, se había recaudado un total de 29 millones de dólares, del cual, aproximadamente el 20 % (más de cinco millones) provenía de fuentes griegas.

El capital que Dukakis recibió de la comunidad griega fue impresionante, y debe tenerse en cuenta que la clase alta griega también hizo donaciones al partido republicano. No obstante, como dijo cierto escritor en junio de 1988:

> El dinero, sin embargo, no expresa el entusiasmo de los griegos por la campaña de Dukakis. Como en el caso de John F. Kennedy y los católicos en 1960 o Jesse Jackson y los negros ahora, la campaña presidencial de Dukakis es un símbolo del orgullo y la consagración de la identidad étnica. Los griegos de este país han triunfado en todas las demás facetas importantes de la sociedad. Los censos indican que son el segundo grupo étnico en cuanto a renta per cápita, por detrás de los judíos, e indiscutiblemente el mejor educado. Y ahora, como dijo cierta persona griega, «vamos a tener a un chico griego en la Casa Blanca» [6].

La perspectiva de un «chico griego» en la Casa Blanca se esfumó en las elecciones de 1988, pero volvió a cobrar vida en las primarias de 1992. Entre los nombres de los candidatos demócratas figuraba el de otro político griego de Massachusetts: Paul E. Tsongas.

[6] Morton M. Kondrake, «Grecian Formula», en *The New Republic*, 6 de junio de 1988.

Tsongas, hijo también de un inmigrante de Tesalia, había sido elegido en 1974 para representar al distrito de Lowell (Massachusetts) en el Congreso. Tras ocupar dicho escaño por un periodo de dos mandatos, se presentó al puesto de senador en 1978; su triunfo electoral le convirtió en el segundo senador estadounidense de origen griego de la historia. Tenía muchas cosas en común con el primero, Paul Sarbanes: los mismos recuerdos infantiles (con un padre inmigrante que había trabajado duro), la misma buena educación (fue al colegio Dartmouth y estudió leyes en Yale) y la misma filiación política (demócrata).

En 1983, Tsongas descubrió que tenía un cáncer incurable, aunque podía seguir un tratamiento. Ello le apartó de la política precisamente cuando preparaba su campaña para ser reelegido. El tratamiento fue especialmente duro, pero consiguió superar el cáncer. Volvió a su despacho de abogado, pero se dio cuenta de que no podía permanecer al margen de la política, con lo que anunció que se presentaría a las elecciones presidenciales de 1991. La comunidad griega no quería volver a pecar de optimista, y el apoyo financiero fue escaso hasta que Tsongas demostró la viabilidad de su candidatura en las primarias; pero las expectativas de triunfo final eran menores que en el caso de Dukakis.

Un estudio sobre las pautas electorales dentro de la comunidad griega llevado a cabo en 1972, año en que se presentaron Nixon y Agnew, concluyó que la identificación étnica (por Agnew) contaba mucho para estos electores a la hora de emitir sus votos [7]. No existen estudios similares sobre las elecciones de 1988, a las que se presentó Dukakis; pero todo parece indicar que la identidad étnica fue una baza importante, no sólo en las urnas sino durante toda la campaña (recaudación de fondos, colaboración voluntaria, muestras de adhesión, etc.).

Dada la ausencia de hechos fundamentales, hemos de basarnos en pruebas circunstanciales para concluir que los políticos de ascendencia griega que han destacado lo han hecho a través del apoyo financiero o electoral de su grupo étnico. No hay un solo distrito donde el bloque electoral griego sea lo suficientemente fuerte como para ganar unas

[7] Craig R. Humphrey and Helen Brock Louis, «Assimilation and Voting Behavior: A Study of Greek Americans», en *International Migration Review*, vol. VII, n.° 1, primavera de 1973, pp. 34-45.

elecciones. Pero como ocurre con frecuencia en la política americana, lo que cuenta es la fortaleza económica, y los candidatos griegos pueden recibirla de todos los puntos del país. A menudo, el apoyo financiero puede llegar independientemente de la filiación política. Esto explica por qué la comunidad ha respaldado a candidatos en su mayoría de corte liberal. Paul Tsongas describió muy bien este fenómeno en una conferencia sobre la diáspora griega que ofreció en Atenas en 1989. Contó una anécdota que le había ocurrido durante su campaña en Massachusetts. Un día entró en un restaurante griego y, tan pronto como su asesor le presentó al dueño del establecimiento, éste le extendió un cheque por un valor de 1.000 dólares. El asesor, sorprendido, le dio las gracias y le preguntó que por qué había hecho tal donación antes de oír la opinión de Tsongas. El hombre respondió que si la oyese, no haría jamás una donación.

Griegos insignes en América

Nos limitaremos aquí a mencionar a algunos de los griegos o de las personas de origen griego que han contribuido de manera especial al desarrollo del país donde ellos o sus ancestros se establecieron y cuyos nombres han adquirido notoriedad [8].

En cuanto a los nacidos en Grecia, en el campo de la medicina podemos citar al doctor George N. Papanicolau, que desarrolló un método para detectar el cáncer de útero (método que ha tomado su nombre, «Papanicolau»), y al neurólogo George Kotzias, pionero en el tratamiento de la enfermedad de Parkinson. En el mundo de las artes, Dimitri Mitropoulos se convirtió en un director de orquesta mundialmente conocido; también podemos citar al artista Lucas Samaras y al escultor Polygnotos Vagis. Los hermanos Skouras —Spyros, Charles y George— se hicieron un hueco en la industria cinematográfica; Spyros fue presidente de la Twentieth Century Fox. En deportes, Jim Londos fue campeón mundial de lucha libre en los años treinta. La reputación, sin embargo, del legendario jugador Nick Dandolos —más conocido como Nick *el Griego*— no fue tan buena.

[8] La mayor parte de la información que se da a continuación está tomada del libro de Charles Moskos *Greek Americans Struggle and Success*, pp. 113-115.

La lista de griegos famosos a partir de los años cuarenta es demasiado extensa, pero cabe mencionar a los siguientes: la cantante de ópera María Callas, que en la cumbre de su carrera fue aclamada como la mejor soprano del mundo; el autor y director cinematográfico Elia Kazan; el actor y también director de cine John Cassavetes; los actores George Chakiris y Titos Vandis; a Alexander Scourby, actor dramático de la escena de Nueva York y al popular Telly Savallas, protagonista de la serie de televisión «Kojak».

En cuanto a artistas griegos o de origen griego, podemos citar a Theodoros Stamos, William Baziotes, Peter Voulkos, Harry Bouras, Michael Lekakis y Evangelos Frudakis, autor del monumento a la memoria de John F. Kennedy erigido en Atlantic City (Nueva Jersey). Entre los novelistas destacan Nicholas Gage, Stratis Haviaras, Harry Mark Petrakis e Irene Spanidou. Otros artistas griegos famosos en América son el pintor Paul Soulikias en Montreal y el escultor Nikos Vlavianos en Brasil.

La mayoría de los ejemplos citados son hijos o hijas de inmigrantes griegos que se abrieron camino con gran esfuerzo. El escultor Michael Lekakis, por ejemplo, nació en Nueva York en 1907; sus padres eran del Peloponeso y Michael era el segundo de siete hermanos; empezó vendiendo flores, una actividad que en Nueva York, en el periodo de entreguerras, estaba dominada por griegos. Su primera obra fue un busto de escayola de su padre [9].

Entre los periodistas de origen griego en los medios de alcance nacional destaca Ike Pappas. Trabajó veinticuatro años para CBS News, los servicios informativos de una de las tres cadenas de televisión más importantes de los Estados Unidos. Abandonó la CBS en 1987. Durante su carrera, cubrió la información sobre el movimiento por los derechos civiles en el sur, el asesinato de Martin Luther King Jr., la guerra de Vietnam (fue reportero allí entre 1966 y 1967) y varias campañas presidenciales; también fue reportero en Oriente Medio [10].

En el mundo de los deportes han sido pocos los griegos que han descollado. En el baseball profesional podemos citar a Alex Campou-

[9] Paul Denis, «A Singularly Hones Sculptor: Michael Lekakis», en *The Greek American*, 14 de marzo de 1987.

[10] Magna Stylianou, «Reporting on Ike Pappas», en *The Greek American*, 28 de marzo de 1987.

ris, Gus Niarchos, Harry Agganis, Gus Triandos, Alex Grammas y Milt Pappas. Lou Tsiropoulos jugó en el equipo de baloncesto de los Boston Celtics. Quizá el deportista de origen griego más conocido en los cincuenta y sesenta sea Alex Karras, que jugó en el equipo de fútbol americano de los Detroit Lions.

Más recientemente, en la liga norteamericana de hockey participan algunos jugadores estadounidenses y canadienses de ascendencia griega. Quizás el más famoso es Chris Chelios, hijo de inmigrantes instalados en Chicago, que se incorporó al equipo de los Montreal Canadiens en 1983 y destacó como un defensa de gran agresividad. También ha jugado con la selección olímpica de Estados Unidos, y en la actualidad pertenece al equipo Detroit Red Wings [11].

En Montreal son muchos los griegos que se han hecho merecedores del reconocimiento público. Hay que decir que la mayoría de ellos, a pesar de haber nacido en Grecia, son excepciones dentro de la comunidad griega de Canadá. Algunos estudiaron en Francia y viajaron a Montreal con becas, o se trasladaron allí para completar sus estudios y después se quedaron en dicha ciudad. Otros llegaron a Montreal por casualidad, como el naviero Phryxos Papachristides, que murió allí en 1981.

Papachristides era hijo de un comerciante de tabaco de Macedonia y estudió en Suiza. Se carteaba con una joven canadiense; cuando le informó de que planeaba establecerse en algún lugar de Sudamérica, ella le convenció para que hiciese escala en Montreal. Allí se casó con ella y fijó su residencia en la ciudad. Como otro comerciante de tabaco al que hicimos referencia anteriormente, Papachristides se introdujo en el negocio naviero. De hecho fue él quien supervisó la compra de las diez fragatas por parte de su amigo Aristóteles Onassis. Papachristides levantó su propio imperio en Montreal, y fue presidente de la comunidad griega de la ciudad.

Otro ejemplo de llegada fortuita a Canadá fue la del arquitecto Dimitri Dimakopoulos, que estudió en la Universidad McGill de Montreal porque, en 1948, el embajador canadiense en Atenas le persuadió a hacerlo. Hoy es Caballero de la Orden Nacional de Quebec y ha

[11] Robin Finn, «Canadiens Have Seasoned a New Leader», en *New York Times,* 25 de abril de 1989.

diseñado muchos edificios públicos de Canadá, como el Queen Elizabeth Hall de Vancouver o el Palacio de Justicia de Quebec. También ha trabajado en el extranjero: hizo los planos para la residencia del príncipe saudí Yamani y para el primer hotel Hilton de China.

El doctor Apostolos Papageorgiou es uno de los griegos que estudiaron en la Sorbona y se desplazaron a Montreal para desarrollar allí su carrera profesional. Llegó a la ciudad en 1966 y en la actualidad ocupa el puesto de director del Departamento de Neonatología del hospital judío de Montreal.

Christos Sirros, que llegó a Canadá en 1949 siendo un niño, es uno de los muchos inmigrantes griegos empleados por empresas canadienses. Se introdujo en la política de Quebec en 1981 y fue elegido para representar a dicha provincia en el parlamento. Más tarde ocupó un cargo ministerial.

A medida que los griegos de América se integren más y más en los diferentes países donde se han establecido, puede suceder que la historia de su «éxito» se convierta en algo corriente y pierda interés. Pero los logros de los primeros inmigrantes no dejarán de marccar un hito y de tener un reflejo positivo tanto en la comunidad griega como en las sociedades que los acogieron.

Capítulo IX

INSTITUCIONES ÉTNICAS GRIEGAS

Como en el resto de las comunidades de la diáspora, los griegos establecieron en América una compleja red de organizaciones de carácter étnico. Su propósito era promover el apoyo mutuo entre todos los griegos de una localidad; al mismo tiempo, al ser una forma de institucionalizar la presencia griega en el continente, estas organizaciones fomentaban la identidad étnica no sólo por acercar a los inmigrantes entre sí, sino porque funcionaban como órganos colectivos con iniciativas propias orientadas en aquella dirección, como es el caso de la creación de escuelas.

Organizaciones locales o koinotitas

En las comunidades griegas más importantes del siglo XIX, la forma principal de organización étnica era la de tipo local, conocida como *koinotita,* que administraba las instituciones comunitarias: iglesias, colegios e incluso, en el caso de las comunidades más numerosas, hospitales, asilos de ancianos y orfanatos. Este tipo de organizaciones eran regidas por los griegos más ricos, generalmente los comerciantes más prósperos, que controlaban el funcionamiento de la comunidad.

Los griegos de América también crearon *koinotitas,* pero era difícil que dichas organizaciones se impusiesen dentro de la vida comunitaria. Las razones son varias. En primer lugar, no atraían a los inmigrantes que planeaban estar poco tiempo en América. En segundo lugar, la dispersión geográfica de los griegos fragmentaba su presencia en el continente, y en muchos casos no se contaba con el número necesario

de personas para desarrollar alguna iniciativa. En tercer lugar, y ésta es quizás la razón más importante, la comunidad carecía de una clase alta que pudiese administrar los recursos y se comprometiese a sustentar económicamente la *koinotita.* Por último, gran parte de los inmigrantes, al proceder de regiones relativamente aisladas, se identificaban más con sus paisanos que con sus compatriotas en general. Por poner un ejemplo, a finales del siglo pasado se formaron en Chicago dos organizaciones (su nombre griego era *Topika Somatia*) que representaban, respectivamente, a las comarcas vecinas de Arcadia y Laconia, ambas en el Peloponeso.

Por consiguiente, aunque se crearon organizaciones del tipo *koinotita,* les resultó arduo competir, por un lado, con la *Topika Somatia,* por otro (a partir de los años treinta) con la Archidiócesis ortodoxa griega, y sobre todo, con la AHEPA. La rivalidad con la *Topika Somatia,* cuyos miembros provenían de un mismo pueblo, ciudad, isla o región de Grecia (o incluso de fuera de Grecia, si la presencia griega allí era lo suficientemente importante) fue relativamente cordial: consistía simplemente en procurar atraer un mayor número de miembros y conseguir más donaciones. En cuanto a la Archidiócesis, la rivalidad era potencialmente más virulenta, ya que por lo general implicaba dos maneras diferentes de concebir la identidad étnica y su desarrollo. Ambas posturas entraron en colisión a la hora de decidir el plan de estudio de los colegios griegos y la manera de distribuir los fondos.

A lo largo de la historia, las organizaciones *koinotita,* por ejemplo las de Egipto, defendieron una visión más secular y cosmopolita de la identidad étnica, que se reflejó en la introducción de asignaturas como idioma extranjero, ciencias y contabilidad en los colegios de aquella comunidad. La Iglesia, por lo general, adoptó una postura más tradicional y estrecha de miras. En Egipto solía prevalecer la influencia y el poder económico de los comerciantes de mentalidad liberal.

En América, sin embargo, como ya hemos apuntado, las primeras organizaciones *koinotita* de Estados Unidos carecían no sólo de la base necesaria para establecer sus propios términos, sino también, en gran medida, de una visión alternativa. Los primeros inmigrantes se sintieron ideológicamente próximos a los valores de la Iglesia, y no había apenas lugar para la disensión, aunque por muy religioso que uno sea siempre puede estar en desacuerdo con la manera en que la Iglesia rige los asuntos comunales. Así pues, al menos en Estados Unidos, la Igle-

sia pudo gobernar la vida de las comunidades. Los medios empleados se analizarán en el capítulo siguiente.

La Asociación Progresista Helénica Americana (AHEPA), tercer rival de las *koinotitas,* fue fundada precisamente por el sector que había hecho prosperar a estas organizaciones en Egipto y en otros lugares: los hombres de negocios de la comunidad. Ello fue así a pesar de que la ascensión de la clase alta griega en Estados Unidos en los años veinte coincidió con la aparición del movimiento antiextranjero. Por esa razón, los empresarios griegos se vieron más inclinados a promover la asimilación que la conciencia étnica, que era lo que centraba, sin embargo, el interés de las *koinotitas* y del resto de la gente. El resultado fue la creación de una forma singular de organización a imagen de las de tipo masónico: la AHEPA.

En resumen, la situación en Estados Unidos antes de la Segunda Guerra Mundial era la siguiente: las instituciones principales a nivel nacional, por orden de importancia, eran la AHEPA, la GAPA —organización tradicionalista rival de la primera— y la Iglesia; a nivel local, las agencias de las instituciones citadas tenían que competir con las *koinotitas* y, en algunas zonas, con la *Topika Somatia.*

Después de la Segunda Guerra Mundial, la AHEPA empezó a perder su razón de ser: la asimilación se había conseguido y la GAPA se había desintegrado, mientras que la Iglesia, al haber aborbido a las *koinotitas* dentro de cada parroquia, emergía como la organización étnica dominante. Por último, a partir de mediados de los sesenta, por influencia de los «nuevos» inmigrantes, que han apoyado tradicionalmente las organizaciones de orientación local, la *Topika Somatia* se convirtió en la segunda organización étnica griega más fuerte de Estados Unidos. A esto hay que añadir una acotación, y es que los miembros más pudientes de la comunidad griega ya no están vinculados a la AHEPA, y que muchos de ellos están sin embargo próximos a la Archidiócesis.

En Canadá la situación es algo más simple. Las *koinotitas* más importantes, la de Montreal y la de Toronto, han conseguido mantener cierto grado de autonomía respecto de la Archidiócesis, que intentó absorberlas del mismo modo que en Estados Unidos (lo describiremos en el capítulo siguiente). Ello ha dividido a los miembros de la comunidad y ha creado un conflicto continuo en cuanto a la dirección de las mencionadas organizaciones. Aunque en teoría las *koinotitas* han

aceptado ser reguladas por la Archidiócesis, en la práctica deciden a menudo por sí mismas en materia de bienes, educación, programas culturales, etc.

La dirección de las *koinotitas* ha estado tradicionalmente en manos de los miembros más ricos de la comunidad, pero en las últimas décadas se han incorporado a sus juntas de gobierno algunos jóvenes profesionales. Normalmente forman parte del sector «modernista» y se oponen a la postura tradicionalista de la Iglesia, aunque, en tiempo de elecciones, apenas se distinguen diferencias programáticas.

Las *koinotitas* siguen imponiéndose más o menos en cuestiones étnicas, con cierta competitividad por parte de la *Topika Somatia* y menos aún por parte de la AHEPA, que se ha extendido a Canadá y tiene allí casi mil miembros, es decir, un 5 % del total.

En los países latinoamericanos, las organizaciones dominantes son las *koinotitas,* que en líneas generales no han sucumbido a la presión de la Archidiócesis. En comunidades pequeñas y débiles económicamente (y hay muchas en esa situación), la responsabilidad de pagar al sacerdote supone una pesada carga para la comunidad. Pero según informes diplomáticos griegos, las organizaciones comunitarias y la Iglesia colaboran de buen grado. De forma muy parecida a lo que ocurría en las comunidades de antaño, uno de los objetivos primordiales de las organizaciones comunitarias es el establecimiento de la Iglesia griega. Finalmente, existe una tendencia hacia la creación de una confederación general de organizaciones comunitarias griegas de toda Sudamérica.

Las escuelas y los medios de comunicación son también formas de organización étnica que nos conciernen aquí. Hasta los años sesenta, los colegios estaban bajo la jurisdicción de la *koinotita* local o de la Iglesia. La introducción del pluralismo étnico en Estados Unidos y del multiculturalismo en Canadá han dado entrada a un nuevo fenómeno: la posibilidad de recibir una educación en lengua griega dentro del sistema nacional de enseñanza pública.

Puede que los medios de comunicación de orientación étnica —los periódicos, las emisoras de radio y televisión y, en la actualidad, los canales de televisión por cable— no deban considerarse como organizaciones propiamente dichas, pero funcionan como tales en cuanto a la preservación y reproducción de la identidad étnica en las comunidades de la diáspora, y por eso merecen ser mencionados aquí. Sin

embargo, no nos detendremos a hablar de los cientos de pequeñas asociaciones filantrópicas, culturales y de todo tipo que funcionan o han funcionado en toda América.

A continuación, haremos un breve repaso de la historia de la AHEPA, en el que se hará referencia al papel de la GAPA; después hablaremos de la *Topika Somatia;* en tercer lugar ofreceremos un perfil del sistema educativo étnico, y el capítulo terminará con un apartado dedicado a los medios de comunicación de orientación étnica. El papel de la Iglesia ortodoxa griega ocupará el capítulo siguiente.

La AHEPA y la GAPA

Ya hemos visto que ambas organizaciones se crearon en 1922 y 1923, respectivamente, por iniciativa de empresarios griegos preocupados por el tema de la «americanización». La AHEPA se inclinaba por la asimilación de los inmigrantes, mientras que la GAPA, con una actitud más tradicionalista, defendía la preservación de la identidad griega. La AHEPA atrajo más socios, lo cual no es de extrañar dado el contexto histórico en que ambas organizaciones aparecieron.

La AHEPA se había defendido enérgicamente de las críticas de los miembros más tradicionalistas de la comunidad aludiendo a sus excursiones anuales a Grecia y a otras actividades filantrópicas en favor de aquel país. Tras un intento frustado por parte de cierto sector dentro de la institución de imponer el griego como idioma de la AHEPA en 1929, el inglés prevaleció como idioma de la organización, aunque se podía usar el griego en reuniones locales. Con ello se abandonó la cuestión del idioma. Cuando se hizo innecesario seguir haciendo campaña por la obtención de la nacionalidad estadounidense, dado el éxito de la misma, las publicaciones de la organización, tales como la revista mensual *The Ahepa,* se llenaron de artículos sobre la cultura y civilización griegas, que aparecían en inglés y en griego.

La dirección de la AHEPA podía combinar sin esfuerzo el compromiso con la «americanización» y los vínculos con Grecia. En un banquete celebrado en Atenas en el transcurso de una de las visitas anuales de la AHEPA a Grecia, el presidente de la organización, V. I. Chebithes, lejos de la facción crítica, proclamó sin ambages que el verdadero propósito de la AHEPA era preservar la identidad helénica

en Norteamérica. Esto era sin duda una exageración, pero revela la concepción dual de la identidad griega que caracterizó la postura de la AHEPA [1].

En su séptimo aniversario (1929), la AHEPA contaba con 20.000 socios, lo que suponía un logro extraordinario. Pero al cabo de unos cuantos años, a medida que la asimilación se convirtió en la norma habitual, la AHEPA perdió su propuesta más atractiva. Paralelamente, en respuesta a las críticas por haber ignorado supuestamente por completo la cultura griega, la organización se embarcó en una serie de aventuras filantrópicas destinadas a la creación de escuelas y servicios sociales en Grecia. Pero lo peor de todo fue que a mediados de la década de los treinta el empresariado afiliado se vio seriamente afectado por la crisis económica, y las bajas fueron numerosas. En 1936, Chebithes emprendió una gira por todo el país, con la intención de infundir ánimos a las delegaciones locales. Un año antes, el número de las mismas había descendido de 36 a 24, porque algunas habían cesado sus actividades [2]. La visita de Chebithes sirvió ciertamente de estímulo a las que aún quedaban en activo, que registraron un aumento de sus socios [3].

Parece que a finales de la década de los treinta la cifra de afiliados se había recuperado, pero no se había descubierto otra razón de ser, una vez agotada la de la «americanización». Si uno examina el desarrollo de sus convenciones anuales en dicho periodo, se dará cuenta de que la organización, a pesar de ser fuerte y numerosa, se limitaba a responder a los acontecimientos en lugar de iniciar propuestas como había hecho cuando apoyó en solitario la causa de la «americanización» en los años veinte. Entre las cuestiones discutidas figuraban la coordinación de todas las organizaciones étnicas griegas de Estados Unidos, el compromiso de la organización con la democracia, la condena del fascismo y el derecho de Grecia sobre las islas Espóradas meridionales (Dodecaneso) en el Egeo, entonces en poder de Italia. La presencia del arzobispo ortodoxo griego Athenagoras en el congreso de 1937, celebrada en Syracusa (Nueva York), es una prueba más de que

[1] *The Ahepa*, vol. XI, n.º 3, mayo-junio 1937, p. 21.

[2] George Leber, *The History of the Order of AHEPA*, p. 299.

[3] John G. Thevos, «V. I. Chebithes: the Greatest Ahepan?», en *The Ahepan*, vol. LIX, n.º 1, invierno 1985, p. 25.

la AHEPA se había convertido por aquel entonces en un elemento importante del *establishment* griego de Estados Unidos.

La AHEPA y la Segunda Guerra Mundial

El estallido de la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, la entrada de Grecia en el conflicto, proporcionaron a la AHEPA motivos para movilizarse, aunque la subsiguiente incorporación de muchos de sus miembros al ejército de los Estados Unidos restó efectividad a la organización. La AHEPA estaba dispuesta a cooperar tanto con Grecia como con Estados Unidos en la guerra. Por lo que respecta a Grecia, colaboró con la GWRA *(Greek War Relief Association),* una organización creada con el propósito de recaudar 10 millones de dólares para socorrer a la población civil de Grecia. El apoyo de la AHEPA fue en gran medida lo que permitió que la GWRA llegara a todos los enclaves griegos de Estados Unidos: le proporcionó el 90 % de las personas que se dedicaron a recaudar fondos, fondos que ascendieron a 3.336.700 dólares desde el momento en que Grecia entró en la guerra (octubre de 1940) hasta el día en que Atenas fue ocupada por los alemanes (abril de 1941) [4].

La voluntad de la AHEPA por colaborar con otras organizaciones griegas de Estados Unidos quedó patente en sus esfuerzos por crear un Congreso Panhelénico que representase a todas ellas. Esta idea prosperó en agosto de 1941, año en que el congreso nacional de la AHEPA debía reunirse en Cincinatti (Ohio). Aunque el Congreso no pudo desempeñar el papel que se le había asignado, la composición de su junta directiva es interesante, porque nos da idea de la importancia de cada una de las entidades involucradas: la AHEPA y las organizaciones comunitarias tendrían tres miembros cada una; los Pan-Arcadians (una de las organizaciones locales más importantes) dos, y todos los demás organismos, uno [5].

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra en ese mismo año, después del ataque japonés a la base naval de Pearl Harbor en el

[4] Theodore Saloutos, *The Greeks in the United States,* pp. 347-349.
[5] George Leber, *op. cit,* p. 331.

Pacífico, aunque no se desentendió de Grecia ni de la GWRA, la AHEPA se puso al servicio del esfuerzo bélico estadounidense. Sus miembros compraron bonos de guerra. En la conmemoración del segundo aniversario de la entrada de Grecia en la guerra (octubre de 1942), la AHEPA, con la colaboración del Departamento del Tesoro, puso en marcha una campaña para vender bonos por valor de 50 millones de dólares. La campaña fue lanzada en Washington por el portavoz del Congreso, Sam Rayburn, y el presidente de la AHEPA, George C. Vournas.

Como brillante homenaje, Rayburn describió el proyecto como una demostración de la unidad y continuidad de los esfuerzos bélicos griegos y estadounidenses, y añadió que la contribución de la comunidad griega de Estados Unidos era una continuación de la heróica resistencia de Grecia frente al ataque el Eje. Para hacer publicidad de los bonos, él y los representantes de la AHEPA salieron a la calle, se dirigieron a una esquina y le compraron un bono de la AHEPA a un griego llamado Steve Vasilakos que allí, además de bonos, vendía cacahuetes.

Este fue el principio de una impresionante lista de actividades organizadas por la AHEPA para contribuir al esfuerzo bélico del país. Gracias al empeño de gente corriente como el manisero Steve Vasilakos o Micheal Loris en Brooklin (Nueva York), que en 1943 fue proclamado «campeón» de Estados Unidos en la venta de bonos de guerra, la AHEPA consiguió cumplir en ocho meses su propósito de vender bonos por valor de 50 millones de dólares. La campaña se amplió indefinidamente con un objetivo de 100 millones. Además, la institución siguió ayudando a la GWRA, organizó donaciones de sangre y actividades en defensa de la población civil, y colaboró con la Cruz Roja.

El entusiasmo demostrado por la AHEPA y por todos los griegos de Estados Unidos puede explicarse en parte por la legitimidad que dicho entusiasmo confería a la comunidad. Este punto de vista fue expresado por el presidente de la AHEPA en la gira que realizó por todo el país para pedir la contribución de los griegos al esfuerzo bélico. Aludía conjuntamente a las dimensiones griega y estadounidense del esfuerzo y, al menos en una ocasión, el presidente insistió en que la compra de bonos de guerra protegería a los griegos de Estados Unidos contra la intolerancia, beneficiaría a Grecia en la conferencia de paz y

proporcionaría fondos para socorrer a los familiarles necesitados de aquel país [6].

Este nuevo propósito que la AHEPA encontró durante la Segunda Guerra Mundial tuvo su vertiente negativa: trasladó a la organización las tensiones políticas entre derechistas e izquierdistas que tenían lugar en Grecia en aquel momento, especialmente después de la liberación. Se produjo una batalla entre dos antiguos presidentes, en la que se mezclaron diferencias políticas, personales y de organización: George C. Vournas representaba el ala «progresista» y V. I. Chebithes el ala «conservadora» [7].

La AHEPA desde los años cincuenta hasta hoy

A pesar de los problemas internos que afrontó la organización a mediados de la década de los cuarenta, el interés de la AHEPA por los asuntos griegos no se tradujo sólo en actividades filantrópicas; también se desarrollaron iniciativas relacionadas con las llamadas «cuestiones nacionales», que estaban por encima de las disputas de partido; los problemas más acuciantes eran las agitadas relaciones con los estados balcánicos y con Turquía. La participación de la AHEPA en estas lides será analizada en otro capítulo.

En los ochenta, la organización contaba con unas cuatrocientas delegaciones locales y alrededor de 25.000 socios (todos varones); el mismo número aproximadamente de componentes tenía su brazo auxiliar femenino, las Hijas de Penélope, así como las organizaciones juveniles de los Hijos de Pericles (masculina) y las Doncellas de Atenea (femenina). Además de sus asambleas, estas asociaciones organizan un banquete anual en Washington, entregas de galardones a personajes ilustres de la comunidad griega, seminarios sobre temas de actualidad que afectan a dicha comunidad, acontecimientos deportivos y otras actividades de carácter filantrópico destinadas a recaudar fondos; los des-

[6] Constantine G. Yavis, «Propaganda in the Greek-American community», en *John Poulos Collection,* Tamiment Library, New York University.

[7] Véase «Report of George C. Vournas to the AHEPA National Convention, Baltimore, Maryland 1946», *AHEPA Archives* y V. I. Chebithes, *AHEPA Must Choose,* Nueva York, 1946.

tinos de las ayudas económicas son, entre otros, la investigación sobre la anemia de Cooley, un hogar para mujeres maltratadas de Mobile (Alabama) y una fundación educativa.

George Bush, en el discurso que pronunció en la convención del partido republicano celebrada en 1988 (aceptando su nombramiento como candidato a la presidencia), dijo que la AHEPA figuraban entre las asociaciones voluntarias más admirables de Estados Unidos. Tal honor se debió quizás a que su rival en las elecciones presidenciales era el demócrata de origen griego Michael Dukakis. En ese preciso momento, una corriente crítica dentro de la AHEPA acusaba a la organización de estar anticuada y de servir únicamente como trampolín para sus directivos [8].

Dada la transformación experimentada a la largo de su historia, es probable que la AHEPA incorpore aún más cambios en el futuro. Sin embargo, no es probable que vuelva a tener la preponderancia que tuvo en sus comienzos. En la actualidad, su influencia no va más allá de sus socios. Una de las razones es que los nuevos inmigrantes prefieren afiliarse a otra organización griega: la *Topika Somatia.*

A pesar de haber intervenido en los asuntos de Grecia, sobre todo a partir de mediados de la década de los setenta, la AHEPA, por su estructura cuasimasónica dominada por inmigrantes antiguos americanizados y por la orientación americana de sus actividades sociales, no resulta demasiado atractiva para los nuevos inmigrantes. Basta observar la lentitud con que funciona en zonas donde la concentración de éstos es alta, como por ejemplo en torno a la ciudad de Nueva York.

En el estado de Nueva York, después de diez años sin crearse ninguna delegación nueva (de 1962 a 1972), han surgido varias: la de Freeport en 1972, la de West Nyack en 1975, la de Manhasset en 1975, la de Far Rockaway y la de la ciudad de Nueva York en 1976, la de Blue Point y la de Hicksville en 1977, la de Massapequa y la de Greenport en 1978, y la de Whitestone en 1981. La creación de estas nuevas agencias no debe entenderse simplemente como una consecuencia de la afluencia de inmigrantes (aunque efectivamente se nutran de ellos), sino que responde a una serie de necesidades políticas y locales. Dada la orientación americana de la institución (que utiliza el inglés, etc.),

[8] Charles C. Moskos, *The Greek Americans Struggle and Success,* p. 163.

afiliarse a ella supone un paso adelante en la integración de los inmigrantes a su nuevo entorno.

La GAPA

Esta organización, en su día rival de la AHEPA (contaba con cerca de 1.000 socios antes de empezar a decaer a mediados de la década de los treinta), se ha extinguido, y no ha quedado ni rastro de su actividad; no existen archivos ni ningún tipo de fuente documental disponible para la investigación.

La GAPA se opuso a la postura asimilacionista de la AHEPA y trabajó en favor de lo que consideraba como «la preservación y difusión de los valores griegos, en especial de nuestro inmortal idioma y de la vivificante fe ortodoxa griega» [9]. Cuando a principios de los treinta la AHEPA suavizó su postura, las dos organizaciones empezaron a colaborar, pero la GAPA perdió socios, quizás porque la asimilación de los griegos era cada vez mayor. En su momento de esplendor (a finales de los veinte), la GAPA había patrocinado más de cincuenta escuelas para enseñar griego a la nueva generación; estas escuelas pasaron después a manos de la Archidiócesis.

La *Topika Somatia*

La vinculación de una persona con su lugar de nacimiento es un rasgo importante en la historia contemporánea de los griegos. La ausencia de un estado centralizado en el siglo XIX (el sistema de gobierno otomano no lo era) y la configuración geográfica del país (con montañas e islas) contribuyeron a la preservación de una identidad local (incluso insular) de larga tradición. Las sociedades basadas en el origen común de sus miembros, con fines económicos y también culturales, eran omnipresentes en las comunidades de la diáspora griega de los siglos XVIII y XIX, y han pervivido en el XX. Una parte crucial de la

[9] *The Tribune of the GAPA,* 19 de diciembre de 1939.

actividad de estas sociedades tenía un carácter filantrópico y su objetivo era beneficiar a la patria.

Tal era el caso en Estados Unidos. Hay que decir, sin embargo, que en un primer momento existían fricciones dentro de la *Topika Somatia*. En efecto, la coexistencia de dos organizaciones de este tipo en Chicago a finales del siglo XIX, una de Arcadia y otra de Laconia (dos comarcas vecinas del Peloponeso) provocó tensiones, por ejemplo, a la hora de construir una segunda iglesia. Lo que fortaleció posiblemente los vínculos locales fue el hecho de que los inmigrantes se establecían en lugares donde tenían familiares o paisanos, y recurrían a ellos, y no a cualquier griego, para salir adelante. Además, a causa de la descentralización y la ineficacia de las comunicaciones en Grecia, muchos no habían mantenido ningún contacto con griegos de otras regiones.

V. I. Chebithes, presidente de la AHEPA, en el discurso pronunciado en Atenas al que hemos hecho referencia anteriormente, afirmó que la preeminencia de dicha organización sobre cualquier otra había puesto fin a la situación de ingobernabilidad creada por las distintas asociaciones locales. Esto podría haber sido cierto, porque entre los treinta y los cincuenta, la actividad de este tipo de organizaciones fue menos intensa. Pero éste no fue el caso de las que representaban a territorios que estaban fuera de Grecia y eran reclamados por aquel país. Entre ellas estaban la de los Epirotes del Norte (al sur de Albania), la de las islas del Dodecaneso (en el Egeo, bajo dominio italiano) y la de Chipre. La actividad de estas asociaciones será analizada en el capítulo dedicado a las relaciones de la comunidad griega de Estados Unidos con Grecia.

La oleada de inmigración posterior a 1965, proveniente sobre todo de la Grecia rural, fortaleció las asociaciones de carácter localista. A veces se trataba sencillamente de clubs sociales; otras veces, estas sociedades emprendían actividades políticas y culturales más sofisticadas. El hecho de que muchas se localicen en Astoria, el barrio griego de Nueva York, demuestra su popularidad entre los nuevos inmigrantes. La tabla que figura a continuación muestra cuántas de ellas están radicadas en Astoria (y en las que, por tanto, predominan seguramente los nacidos en Grecia) en comparación con el total nacional. La clasificación responde a las regiones griegas de origen.

Tabla 9.1. *Topika Somatia* por regiones de Grecia, 1988

Región	Total EE.UU.	Astoria
Epiro	11	3
Macedonia	15	4
Peloponeso	42	10
Sterea Hellas	18	12
Tesalia	3	2
Islas	44	21
Chipre	12	7
Diáspora	4	2
Total	129	61

Fuente: adaptación del Anuario de la Archidiócesis Ortodoxa Griega, 1988.

En un principio (y en muchos casos, también hoy), las asociaciones de la *Topika Somatia* estaban compuestas por personas de la misma localidad. En los años veinte empezaron a agruparse para formar federaciones que representaban regiones administrativas enteras, como es el caso de los Pan-Arcadians (Arcadia), los Pan-Laconians (Laconia) y los Pan-Macedonians (Macedonia). Hoy día es posible ingresar en las federaciones directamente, y en algunos casos, las secciones correspondientes a los diferentes pueblos han desaparecido. Las agencias locales de las federaciones en ciudades de fuerte presencia griega, tales como Nueva York, Chicago, Boston o Filadelfia, han intentado constituir a su vez federaciones en dichas ciudades. Muchas lo han conseguido; pero los esfuerzos por crear una federación nacional o «Consejo Helénico» han fracasado una y otra vez.

Aunque a primera vista pueda parecer que la *Topika Somatia* tiene un acento fuertemente étnico y local, se trata en realidad de organizaciones muy versátiles.

En cierto sentido, han evolucionado con el tiempo, y algunas de sus actividades se han orientado a la integración de sus miembros en la sociedad estadounidense. Por poner un ejemplo, en las elecciones presidenciales de 1988, una coalición de todas las sociedades de Nueva York organizó reuniones en las que se ayudaba a los inmigrantes a solicitar la nacionalidad estadounidense, y tales reuniones se celebraban

en los locales de alguna asociación provincial, como por ejemplo la Casa de Creta [10].

En 1975 había en Canadá aproximadamente noventa organizaciones locales, radicadas en Toronto, Montreal y Vancouver. Una de las más antiguas, la asociación cretense de Montreal, creada en 1912, dirige una escuela dominical.

Escuelas griegas

En Estados Unidos

La enseñanza bilingüe se introdujo en los colegios públicos de Estados Unidos en 1968. Hasta entonces, las clases se impartían en inglés, con unas pocas excepciones entre las que no se encontraba el griego. La enseñanza pública se convirtió en un agente de vital importancia para la «americanización» de las nuevas generaciones de griegos en Estados Unidos. Para contrarrestar su influencia, que consideraban alienante, los padres griegos se dedicaron a crear centros educativos, unos más formales que otros, sobre todo escuelas que eran administradas por la *koinotita* local.

Los esfuerzos de los padres griegos dieron fruto en lugares donde la presencia griega era numerosa. En Chicago, por ejemplo, se formó la Liga Educativa Helénica en 1935. Constituida por especialistas griegos en la materia, la Liga pidió al Consejo de Educación de Chicago que se introdujese el griego en el programa de bachillerato. Adujeron que antes de la Primera Guerra Mundial se había llegado a un acuerdo similar con los alemanes y que entre 1856 y 1883 el griego había formado parte del plan de estudio. Sostenía que el griego debía incluirse en dicho plan, no sólo porque era una de las lenguas más importantes del mundo desde un punto de vista histórico y literario, sino también para satisfacer la demanda de la población griega de Chicago. La propuesta fue finalmente aceptada, con la condición de que se matriculase un mínimo de 100 alumnos. El primero curso de griego se impartió en un instituto de Austin en 1936, y el programa se extendió a otros co-

[10] *Ethnikos Kyrix*, 26 de mayo de 1988.

legios. El sistema estuvo vigente hasta 1961, año en que fue abolido por las dificultades que planteaba a la hora de mantener las demarcaciones educativas, ya que la variedad racial en la ciudad era cada vez mayor [11].

El caso de Chicago fue excepcional porque los griegos eran muy numerosos en la ciudad, pero en todos los demás sitios se crearon pequeñas escuelas privadas. Eran de dos tipos: las de jornada completa y las de tarde, que proporcionaban educación complementaria en griego a quienes asistían a colegios de habla inglesa, ya fueran privados o públicos. La comunidad griega de Estados Unidos nunca desarrolló un sistema amplio de colegios del primer tipo. La razón no era únicamente la falta de recursos económicos, sino también el temor a que los niños no saliesen de estas escuelas lo suficientemente bien preparados para el bachillerato.

En el curso 1988-89 funcionaban 19 colegios en Estados Unidos, dos en Canadá, una en Argentina y otra en Brasil, con un total de 6.646 alumnos matriculados. Su coste total asciende a catorce millones de dólares aproximadamente; las matrículas pagadas por los padres (cerca de mil millones al año) cubren entre un 70 y un 75 % de dicho total, y el resto de los gastos son sufragados por la organización comunitaria local. La distribución geográfica de estos colegios en Estados Unidos es la siguiente: existen 12 en Nueva York, tres en Chicago, uno en California, otro en Florida y otro en Massachusetts.

Las escuelas de tarde han tenido un impacto mayor en la comunidad griega de Estados Unidos, ya que muchos escolares las compaginan con el colegio de habla inglesa al que asisten por la mañana (privado o público). Este tipo de escuelas enseñan Historia cultural y Religión en griego; en el curso 1988-89 había 400, con cerca de 27.000 alumnos matriculados de edades comprendidas entre los seis y los quince años. Esta cifra supone un aumento del 20 % respecto de las registradas en los setenta. La matrícula venía a costar aproximadamente 250 dólares al año.

La administración de unas y otras escuelas corre a cargo de la Archidiócesis ortodoxa griega. En el pasado era responsabilidad de las co-

[11] Andrew T. Kopan, «Greek Survival in Chicago: The Role of Ethnic Education, 1890-1980», 1981, pp. 126-127.

munidades locales, pero cuando éstas se convirtieron en parroquias, la administración de las escuelas fue una de las parcelas en las que perdieron autonomía en favor de la Archidiócesis. Hay que decir que casi una tercera parte de las escuelas que funcionan hoy se crearon en los sesenta por iniciativa del arzobispo Iakovos. En palabras del director del Departamento de Educación Griega de la Archidiócesis:

> El Arzobispo sabía que la supervivencia de nuestra Iglesia dependía del éxito del programa educativo [...] En el momento de instituir su programa de enseñanza, el Arzobispo situó la enseñanza de la religión en el mismo plano que la enseñanza sistemática del idioma griego; porque «la enseñanza de nuestra lengua no basta. Es necesario moldear el carácter, lo cual es tarea de profesores greco-ortodoxos que lleven a cabo su misión con fe, amor y un interés personal intenso» [12].

El tema de la inclusión del griego en la enseñanza pública estadounidense reapareció con la aprobación de la Ley de Educación Bilingüe en 1968. La ley permitía establecer programas bilingües en colegios públicos donde hubiera un número suficiente de escolares que no hablasen inglés. El objetivo del programa bilingüe es erradicar las dificultades a las que están expuestos los niños que se incorporan a una clase en inglés sin tener un conocimiento suficiente del idioma. El principio pedagógico es el siguiente: es más facil que el niño inmigrante acceda a la educación si aprende primero en su lengua materna, antes de zambullirse en un programa completamente en inglés. A diferencia de las escuelas griegas a las que hacíamos referencia al principio, la educación bilingüe se financia con dinero público. A menudo se envían profesores desde Grecia para trabajar en este tipo de colegios.

La educación bilingüe se impuso, a principios de los setenta, en los colegios públicos de zonas donde la concentración de personas de origen griego era alta, como por ejemplo en los barrios neoyorkinos de Astoria, Long Island, Washington Heights y Bayridge. Al principio, esta educación se acogió con sentimientos contrapuestos. En Chicago, por

[12] Emmanuel Hatziemmanuel, «Greek Education and Learning in the Iajovian Era», en Miltiades B. Efthimiou y George A. Christopoulos (eds.), *History of the Greek Orthodox Church in America*, p. 262.

ejemplo, la situación era la siguiente: por un lado estaban los educadores estadounidenses más liberales, que apoyaban el programa bilingüe como un medio de que los colegios reconociesen y aceptasen su responsabilidad con respecto a quienes no hablaban inglés, y el Consejo Helénico de Educación (compuesto en su mayor parte por profesores y educadores de origen griego, y muchos padres inmigrantes); por otro lado, los que se oponían a la educación bilingüe eran la mayoría de los «viejos» inmigrantes (segunda generación) así como algunos «nuevos» ansiosos por asimilarse, y la iglesia griega local, cuyas escuelas vespertinas saldrían perjudicadas si se adoptaba el programa bilingüe [13].

En Canadá

La escuela étnica ha sido una institución muy importante en Canadá desde principios de siglo. La primera de ellas, llamada Platón, se creó en 1910 en Montreal, y presume de ser la primera en su estilo (de jornada completa) de Norteamérica. En 1926 apareció una segunda escuela en la misma ciudad llamada Sócrates. El plan de estudio era confeccionado por la Junta de Colegios Protestantes de Montreal. Al salir de la escuela primaria griega, los alumnos podían ingresar perfectamente en un colegio protestante. Además, existía un equivalente de las escuelas vespertinas estadounidenses donde se enseñaba lengua y religión. En los setenta proliferó este tipo de escuelas, algunas de carácter privado y otras administradas por la Iglesia, y en parte subvencionadas por las autoridades canadienses. Llegaron a tener más de 12.000 alumnos de entre seis y doce años, 4.000 en Toronto y 3.500 en Montreal.

En los países latinoamericanos

Los colegios griegos serán mencionados en el capítulo siguiente, que se ocupa de la Archidiócesis ortodoxa griega de América del Norte y del Sur, y donde se analiza, entre otras cosas, su trabajo en materia de educación.

[13] Charles Moskos, *Greek Americans; Struggle and Success*, p. 84.

En Latinoamérica no existen colegios públicos bilingües equivalentes a los de Estados Unidos. La única excepción es un colegio de Buenos Aires donde los niños asisten hasta los doce años y donde el griego es una asignatura optativa impartida por profesores enviados por el Ministerio griego de Educación. De los cerca de 250 escolares que asisten a este colegio, 70 aprenden griego. El colegio se creó en 1983 gracias a una donación de la fundación Alexander S. Onassis de Grecia. El gobierno griego costea la mitad de los gastos del centro.

Medios de comunicación griegos

Un inglés que visitó el Peloponeso a principios de siglo observó asombrado la ansiedad con que los habitantes de los pueblos más remotos de las montañas esperaban que el tren les llevase, con varios días de retraso, los periódicos [14]. Él atribuyó esta ansiedad a la obsesión por la política que era, en su opinión, inherente al pueblo griego. Una explicación más razonada para tal ansiedad podría estar quizá en el sistema de caciquismo que dominaba en aquel momento la vida pública de la Europa mediterránea, que hacía que las fluctuaciones políticas de la capital cobrasen una tremenda importancia en todos los rincones del país. El futuro de la gente en las provincias dependía menos de su propia capacidad que de la fortuna de sus caciques políticos. En cualquier caso, la población del Peloponeso, antes incluso de iniciarse la emigración, leía la prensa con avidez.

La prensa étnica fue incluso más importante para los primeros inmigrantes en América de lo que lo había sido en Grecia. Les ponía en contacto con los asuntos de la patria, con la política interior griega y con la exterior, relacionada con la «Gran Grecia». Así fue como la prensa se convirtió rápidamente en una institución étnica de importancia capital para los griegos de América.

[14] Philip Marden, *Greece and the Aegean Islands*. Boston: Houghton, Mifflin and Co., 1907.

En Estados Unidos

El tema de este apartado es la prensa griega en Estados Unidos. No se pretende proporcionar una lista exhaustiva de todas las publicaciones periódicas —más de cien— aparecidas en aquel país desde que en 1892 vio la luz en Boston el primer periódico en lengua griega, el *Neos Cosmos,* de corta existencia. El propósito de este apartado es, en primer lugar, ofrecer un poco de información general sobre los periódicos más importantes que se han publicado en el seno de la comunidad griega de Estados Unidos y, en segundo lugar, hacer referencia al desarrollo de la prensa griega de aquel país en las últimas décadas del presente siglo.

Los periódicos de mayor tirada han sido tres: El *Atlantis,* que apareció en marzo de 1894 como semanario y se hizo diario en 1905; el *Ethnikos Kyrix* (Heraldo Nacional), que fue diario desde el principio (1915) y el *Proini* (Diario de la Mañana), cuyo primer ejemplar se publicó en 1977. Los tres surgieron en Nueva York y en la actualidad sólo sobreviven los dos últimos; el primero cerró en 1973.

El *Ethnikos Kyrix* apareció en el momento de estallar en Grecia el conflicto entre los monárquicos (conservadores) y los partidarios de Eleutherios Venizelos (liberales), y tanto su fundador, Petros Tatanis, como su director, Demetrios Kallimachos, se pusieron del lado de Venizelos. El *Atlantis,* sin embargo, dirigido por Solon J. Vlastos, apoyó la monarquía. Este enfrentamiento dominó la política griega del momento y estuvo presente en la diáspora hasta 1936, manteniendo ambos periódicos sus posturas originales. En 1920, el *Atlantis* tiraba 35.000 ejemplares, y el *Ethnikos Kyrix,* 30.133. El segundo tomó la delantera a su rival en 1926. La tirada total de los dos era de 70.000 ejemplares [15].

A pesar de su estrecha vinculación con la política griega, a partir de los años treinta ambos diarios empezaron a incluir cada vez más información sobre la situación política y social estadounidense. El *Atlantis* se situó cerca del partido republicano y el *Ethnikos Kyrix* apoyó al presidente Franklin D. Roosevelt, con su política del New Deal.

Pero Grecia acaparó siempre la atención de la prensa griega. Esto se hizo aún más patente a partir de los años cuarenta, cuando el *Eth-*

[15] S. Victor Papacosma, «The Greek Press in America», pp. 53-54.

nikos Kyrix empezó a simpatizar con el movimiento de resistencia republicano de izquierdas. Pero ambos periódicos respaldaron al gobierno conservador durante la guerra civil (1947-1949). En las dos décadas siguientes, el *Ethnikos Kyrix* se inclinó del lado de los partidos liberales de centro-derecha. Así, aunque en tiempos de la Junta Militar (1964-1974) los dos periódicos apoyaron al régimen, el *Ethnikos Kyrix* fue ligeramente crítico. El *Atlantis* cerró un año después de naufragar la Junta, y el *Ethnikos Kyrix* se identificó con la postura de los conservadores, dejando que el *Proini,* que apareció en 1977, se alineara con el partido socialista de Andreas Papandreu (PASOK).

Conviene resaltar el hecho de que uno y otro, por encima de sus filiaciones políticas, coinciden en apoyar las llamadas «cuestiones nacionales» griegas, que se refieren a las relaciones con Turquía y con los países balcánicos (especialmente, al tema de Chipre). Esto es algo común a casi todos los periódicos griegos, con la excepción de unos pocos de orientación izquierdista que no han durado demasiado.

Entre los demás periódicos griegos de Estados Unidos cabe citar al *Hellenikos Astir* (Estrella Griega), fundado en Chicago en 1904. Nunca sobrepasó el ámbito local, centrándose en los asuntos comunitarios de la ciudad y situándose próximo a posturas conservadoras. Sigue editándose actualmente. En los sesenta se convirtió en una publicación bilingüe, y más tarde apareció sólo en inglés. Otro periódico de Chicago con una trayectoria similar es el *Hellenikos Typos* (Prensa Griega), fundado en 1929. Éste presta más atención a las noticias de Grecia que el primero. En 1982 se calculó la tirada de ambos en 15.000 ejemplares cada uno [16].

Las cifras y la distribución geográfica de la prensa griega pueden extraerse simplemente del número de periódicos que se editan en cada ciudad. En Nueva York han aparecido casi cincuenta; en Chicago veinticinco; en Boston ocho; en San Francisco otros ocho; también ocho en Lowell (Massachusetts); en Pittsburgh cuatro; tres en Detroit, Salt Lake City, Los Ángeles, Atlanta, Youngstown (Ohio) y Manchester (New Hampshire), y dos en Filadelfia y Washington DC. En otras ciudades también ha aparecido alguno.

[16] Andrew T. Kopan, «The Greek Press», en Sally M. Miller (ed.), *The Ethnic Press in the United States.* Nueva York: Greenwood Press, 1987, pp. 166-167.

La llegada de la nueva oleada de inmigrantes en la década de los sesenta contribuyó a aumentar los índices de lectura de periódicos dentro de la comunidad griega de Estados Unidos. La formación de barrios griegos como Astoria, en Queens (Nueva York), proporcionó un mercado para los periódicos atenienses que llegaban en avión el mismo día de su publicación. Los únicos datos estadísticos sobre el tema figuran en un estudio realizado por la HANAC (un servicio organizado por los griegos de Nueva York) en 1979. Este estudio muestra que, en el caso de los griegos nacidos en Estados Unidos, un 6 % lee periódicos de Grecia, un 32,1 % lee periódicos griegos editados en Estados Unidos y un 69,9 % lee periódicos estadounidenses; en cuanto a los nacidos en Grecia, un 32,8 % lee periódicos de Grecia, un 49,3 % lee periódicos griegos editados en Estados Unidos y un 17 % lee prensa americana.

El dato más revelador es el que se refiere al porcentaje de los nacidos en Grecia que leen diariamente periódicos griegos editados en Estados Unidos (72,8 %). Como los de publicación diaria son sólo los que se editan en griego, la cifra refleja la popularidad de este tipo de prensa entre los inmigrantes. En efecto, las publicaciones en lengua griega son con mucho las más importantes en cuanto a tirada y distribución. En la segunda mitad de la década de los sesenta, los nuevos inmigrantes tenían que elegir entre el *Atlantis* y el *Ethnikos Kyrix.*

Aunque potencialmente ambos periódicos podían acaparar un número parecido de lectores, el *Atlantis* dejó de publicarse en 1973 debido a problemas económicos y conflictos sindicales. La paradoja tiene su explicación. La información entresacada del extenso archivo del periódico, que fue depositado en el Instituto Balch de Estudios Étnicos de Filadelfia, arroja bastante luz acerca de las razones de su clausura. Al parecer, la tirada del *Atlantis* había descendido a principios de los sesenta; como ejemplo significativo, el número de suscripciones en Nueva York se había reducido a la mitad. Sólo los que llevaban tiempo suscritos seguían leyendo el periódico.

El *Atlantis* no pudo llegar al sector más progresista del nuevo contingente de inmigrantes, pero el hueco que quedó fue cubierto por otro diario en lengua griega, el *Proini,* que apareció en Nueva York el 2 de abril de 1977. La propietaria del periódico era Fannie Petallidou, una empresaria chipriota. Esta mujer explicó en una entrevista que se habían adoptado un nuevo estilo de impresión *(offset)* y un formato más

moderno (tabloide) para que el periódico resultase más atractivo a los nuevos inmigrantes. Además, la orientación era clara: apoyar la lucha del gobierno chipriota por recuperar el territorio perdido tras la invasón turca de 1974.

La cuestión chipriota era un tema candente en Grecia, y el *Ethnikos Kyrix* se ocupaba también del tema. El partido griego más interesado en la cuestión era el PASOK de Andreas Papandreu, entonces en la oposición, de lo que se puede deducir fácilmente que dicho partido contaba con el apoyo del *Proini,* mientras que la línea del *Ethikos Kyrix* era más conservadora. Es de suponer que la vocación partisana de ambos periódicos y su identificación con los dos partidos rivales griegos contribuyesen a su popularidad.

Ninguno de los dos revela sus cifras de tirada. Una cifra conjunta razonable estaría en torno a los veinte mil ejemplares, con una ligera ventaja del *Ethnikos Kyrix* por contar con un número mayor de antiguos inmigrantes suscritos por todo el país. Cerca del 65 % de los ejemplares del *Proini* se venden en Nueva York y sus alrededores.

La afluencia de inmigrantes a partir de 1965 también contribuyó a una mayor difusión de la prensa en inglés. En 1973 se empezó a publicar el semanario *Hellenic Times,* y el *Proini* sacó un suplemento semanal en inglés. El *Ethnikos Kyrix,* por su parte, empezó a publicar una revista mensual también en inglés, titulada *Greek Accent.* El *Greek Star* de Chicago y el *Hellenic Chronicle* de Boston se centraron en asuntos locales. En 1986, el suplemento semanal del *Proini* se convirtió en publicación independiente y pasó a llamarse *The Greek American;* hoy es la principal publicación griega en inglés y trata temas de política griega y estadounidense, así como de la vida de la comunidad. Por su parte, la Archidiócesis ortodoxa griega ha reemplazado su publicación mensual en griego, *Orthodox Paratiritis,* por otra bimensual bilingüe, el *Orthodox Observer,* que es su órgano oficial. Ello refleja el cambio de rumbo de la Archidiócesis hacia la «americanización». La expansión de la prensa en inglés es un síntoma de la progresiva integración de los nuevos inmigrantes a la sociedad estadounidense.

En Canadá y Latinoamérica

El primer periódico griego de Canadá fue el *Estia* (Hogar), que apareció en Montreal en 1924. Entre 1924 y 1977 surgieron más de

treinta en todo el país, si bien son muy pocos los que han sobrevivido, y de los que lo han hecho, ninguno ha tenido alcance nacional. En Montreal han aparecido de manera esporádica catorce, en Toronto once, en Vancouver cuatro, uno en London y otro en Ottawa. Estos periódicos, como los de Estados Unidos, compaginan las noticias de Grecia con las de la comunidad canadiense.

Los que se publican actualmente son: *The Acropolis* en Vancouver; el *Greek Canadian Tribune,* el *Ellinikos Tachdromos* (Mensajero Griego), el *Ergatika Nea* (Noticias de los Trabajadores) y el *Hellenic Voice of Canada* en Montreal; *The Greek Canadian Weekly* y el *Hellenic-Canadian Chronicle* en Toronto; el *Hellenic Hamilton News* en Hamilton (Ontario) y el *Hellenic News Monthly* en London (también Ontario). Las encuestas han mostrado que más de la mitad de los griegos leen prensa escrita en griego.

En Latinoamérica han aparecido varias publicaciones griegas en el presente siglo. En 1953 se publicó en Brasil el primer ejemplar del periódico *Marathon,* y en Argentina aparecieron en su día el *Patria* (1924) y *South America.* También en Argentina (concretamente, en la ciudad de Buenos Aires) se editan las revistas *Luz Helénica, Grecia Hoy, Logos Hellenico, Pallas Athenea* y *Ta Nea Mas.* No tenemos noticia de ninguna otra publicación griega en Latinoamérica, a excepción de una gaceta erudita de Chile que se ocupa de temas griegos del periodo bizantino y contemporáneo.

En todo el continente funcionan emisoras de radio griegas que emiten las veinticuatro horas del día, y en Norteamérica existen varios programas de televisión, algunos por cable. La mayoría de los programas de radio se localizan en Nueva York (aproximadamente doce) y en Chicago (seis), pero también se emiten programas en los estados de Arizona, California, Connecticut, Florida, Georgia, Indiana, Maryland (6), Massachusetts (11), Michigan, Minnesota, Missouri, Nueva Jersey, Ohio, Pennsylvania, Texas, Washington D.C., West Virginia y Wisconsin.

Las ciudades canadienses donde pueden escucharse programas griegos de radio son Toronto (4), Montreal (3), Winnipeg, Ottawa, Marham Ontario, Halifax y Edmonton. En Latinoamérica existen programas griegos en Argentina, Brasil y Chile.

Los programas, como es natural, varían según la potencial audiencia y el patrocinador. Los de Nueva York, por ejemplo, son bastante

más sofisticados, mientras que en otras ciudades suelen ser muy rudimentarios y emitir básicamente música y publicidad.

Resumen

Hemos visto que los griegos de América han establecido una red compleja y diversa de instituciones étnicas. Esta red es, hasta cierto punto, semejante a la de otras comunidades de la diáspora, aunque en Norteamérica han aparecido una serie de organizaciones peculiares.

Aunque no disponemos de estudios comparativos respecto de otras comunidades de inmigrantes, es inevitable llamar la atención sobre la propensión de los griegos a crear instituciones. La creación de varias asociaciones, incluso en una misma localidad, es un fenómeno recurrente. Hemos de ir más allá de la explicación jocosa que los propios griegos dan al fenómeno, que es la de que todos quieren ser presidentes de algo. Lo que parece es que los griegos de la diáspora sienten con fuerza la necesidad de colaborar entre sí (en la medida de los posible) e institucionalizar dicha colaboración. Este sentimiento está relacionado con su interés por la vida pública y la acción política, y es lo que ha permitido —mediante la creación de una red de organizaciones étnicas— preservar la identidad griega en América.

Hay que añadir que en Argentina y Chile existen varios centros culturales que compensan el bajo rendimiento de otras organizaciones étnicas: en Buenos Aires se encuentra el Instituto Griego de Cultura, y en Santiago de Chile, el Instituto Fotios Malleros, que coordina los estudios griegos en la Universidad.

Capítulo X

LA IGLESIA ORTODOXA GRIEGA EN AMÉRICA

La influencia de la Iglesia en las instituciones étnicas griegas se debe a tres factores. En primer lugar, muchos inmigrantes procedían de zonas rurales donde las tradiciones estaba muy arraigada, y al llegar a América se identificaban con los valores religiosos. En segundo lugar, pasaron varias décadas antes de que emergiera una clase acomodada dentro de la comunidad. Finalmente, la religión era relativamente más importante en América que en Europa, por lo que la Iglesia estaba muy bien considerada y era un ámbito legítimo e incuestionable para el florecimiento de la cultura étnica.

El presente capítulo analiza de manera cronológica el papel de la Iglesia ortodoxa griega en América como una organización étnica más. Se centra en las actividades de la Archidiócesis de América del Norte y del Sur y divide su historia conforme a los distintos arzobispos que la han regido desde 1922. No se trata de un estudio sistemático de las pocas iglesias autónomas y más tradicionalistas que se han establecido en las últimas décadas en Estados Unidos y Canadá, en zonas de asentamiento de la última oleada de inmigrantes.

Además de la Iglesia ortodoxa griega, en América existen otras iglesias ortodoxas orientales. En Norteamérica se han establecido: la albana, la carpato-rusa, la de Antioquía, la búlgara, la rumana y la ucraniana. Estas iglesias comparten doctrina con la griega, pero utilizan sus propios idiomas en la liturgia y mantienen algunas otras diferencias formales.

En zonas donde estas iglesias no tenían fieles suficientes como para formar una congregación, se formaban congregaciones mixtas que reunían, por ejemplo, a griegos, rusos y eslavos, que asistían juntos al

culto. El crecimiento demográfico y las inevitables diferencias entre unas iglesias y otras desembocaron en la formación de congregaciones independientes. Son muchos los clérigos, teólogos y creyentes que sueñan con la unificación de todas las iglesias ortodoxas. Dado que el inglés sustituye cada vez más a las lenguas nacionales en la liturgia, este sueño puede hacerse un día realidad.

El órgano administrativo más importante de la Iglesia ortodoxa griega es el Arzobispado de América del Norte y del Sur. Hay sin embargo varias iglesias que no reconocen la autoridad de este Arzobispado. Estas iglesias autónomas se llaman a sí mismas «genuinas», se rigen por el calendario juliano (que va trece días por detrás del corriente) y su óptica es más tradicional [1]. En teoría, el Arzobispado depende del Patriarcado de Constantinopla, que es la Iglesia «madre» del cristianismo oriental y al que también se conoce como Patriarcado ecuménico.

Primeros pasos de la Iglesia ortodoxa griega en América

La primera iglesia de Estados Unidos se fundó en 1864 en Nueva Orleans (iglesia de la Santísima Trinidad) por iniciativa de un pequeño comerciante griego. Congregaba, además de griegos, a eslavos y árabes cristianos, al igual que otra fundada en 1862 en Galveston (Texas) con la misma vocación panortodoxa.

En 1891, con la llegada masiva de inmigrantes a Nueva York, nació otra iglesia de la Trinidad en dicha ciudad. Esta vez la iniciativa fue de la sociedad Athena, que se puso en contacto con la Iglesia de Grecia para que enviase un sacerdote. Nada más llegar el sacerdote, Paisios Ferentinos, los miembros de la sociedad se mostraron en desacuerdo respecto a si la sociedad debía ejercer el control sobre la parroquia o si ésta debía funcionar de manera autónoma.

Parece que eran muchos los inmigrantes que se decantaban por la autonomía. Los demás se tomaron la revancha pidiendo otro sacerdote al Patriarcado de Constantinopla. Al cabo de dos años habían levantado otra iglesia en Nueva York, la de la Anunciación. No conocemos

[1] Ver la tesis doctoral de Andrea J. Simon, *The Sacred Sect and the Secular Church: Symbols of Ethnicity in Astoria's Greek Community*, University of New York, 1977.

con exactitud el esquema administrativo de estas dos congregaciones, pero es evidente que disfrutaban de más autonomía que las de otras comunidades de la diáspora. Un motivo importante es que los griegos de Estados Unidos no desarrollaron demasiado las organizaciones del tipo *koinotita*. Este tema se tratará en el siguiente capítulo.

Como es natural, los lugares donde aparecieron las diez primeras iglesias en la era de emigración masiva son un reflejo de las pautas de asentamiento de aquellos inmigrantes: Nueva York (1891 y 1893), Chicago (1892 y 1897), Lowell (Massachusetts, 1894), Filadelfia (1901), Newark (Nueva Jersey, 1901), Birmingham (Alabama, 1902), San Francisco (1903), Boston (1903) y St. Louis (Missouri, 1904).

Los nombres que los inmigrantes dieron a sus iglesias revelan el valor simbólico que dichas iglesias tenían en sus vidas. La mayoría de las que se instalaron en Estados Unidos entre 1862 y 1922 tomaron su nombre de la Anunciación de María, cuya fiesta (25 de marzo) coincide con la fecha de la independencia griega. Se ha sugerido que ello demuestra el sentimiento nacionalista y patriótico de los inmigrantes en aquel periodo [2].

En este primer momento, muchos sacerdotes se desplazaban para atender a pequeñas comunidades de inmigrantes establecidas en los alrededores de su iglesia que no tenían templo propio. No existía ninguna entidad que centralizase y coordinase la actividad religiosa, y los sacerdotes funcionaban por propia iniciativa. Algunos destacaron por su valentía en circunstancias adversas; otros, menos capacitados, fracasaron ante la presión de un entorno extranjero; y lo que es peor, algunos eran impostores que se hacían pasar por sacerdotes y recorrían los enclaves griegos ofreciendo sus servicios a un precio menor que el de la iglesia del lugar, aunque carecían de respaldo legal o religioso para celebrar bodas y bautizos [3].

Al no estar coordinadas las congregaciones ortodoxas griegas, muchos creyentes eran susceptibles de sucumbir a la seducción de la Iglesia ortodoxa rusa. Esta Iglesia, de anterior implantación en Estados Unidos, creció considerablemente entre 1898 y 1907 a causa de la conversión de muchos católicos griegos que habían llegado a los Estados

[2] Demetrios J. Constantelos, *Understanding the Greek Orthodox Church*, 1990, p. 140.
[3] Saloutos, *The Greeks...*, p. 147.

Unidos procedentes de las regiones más orientales del imperio Austrohúngaro. El gobierno del zar impulsó el apostolado de la Iglesia rusa y concedió a ésta un subsidio de casi ochenta mil dólares al año. Aunque la intención no era deslumbrar a los creyentes griegos, la riqueza de la Iglesia rusa suponía una amenaza para los intereses de la griega.

Por si la situación en Estados Unidos era poco difícil de por sí, el Patriarcado de Constantinopla, responsable del desenvolvimiento de la religión ortodoxa en aquel país, tuvo que hacer frente a una importante crisis a raíz de la revolución de los Jóvenes Turcos de 1908. Como consecuencia de ello, el Patriarcado decidió ceder su responsabilidad sobre las congregaciones griegas de Estados Unidos a la Iglesia de Grecia.

En un principio, tal decisión apenas afectó a la Iglesia de Grecia. No se tomaron medidas importantes ni se instituyó ninguna autoridad eclesiástica, a pesar de que el Patriarcado había dispuesto que se nombrase un arzobispo para Estados Unidos. El conflicto entre monárquicos (conservadores) y venizelistas (liberales) afectó a la Iglesia de Grecia y se transmitió también a Estados Unidos, donde los sacerdotes empezaron a tomar partido igual que sus feligreses.

D. J. Constantelos, teólogo y estudioso de la Historia de la Iglesia, ha apuntado que quizás, si no se nombró a un obispo para Estados Unidos, ello no se debió al desinterés de la Iglesia de Grecia o a las tensiones políticas, sino a razones de tipo canónico. El derecho canónico prohibía el nombramiento de un obispo en una región o distrito donde ya existiese otro, y en Estados Unidos ya había obispos rusos, aunque éstos reconociesen en teoría la superioridad del Patriarca de Constantinopla [4].

Las razones pudieron ser tanto canónicas como políticas, ya que, al parecer, el nombramiento en cuestión no se efectuó hasta 1908 por presiones diplomáticas. Es probable que los sucesivos gobiernos griegos, enfrentados con los países vecinos, considerasen muy valiosa la amistad con Rusia y no quisieran ponerla en peligro entrando en colisión con la Iglesia rusa de Estados Unidos [5].

[4] Constantelos, *Understanding...*, p. 147.

[5] Metropolitan Syllas, «Greek Americans in Crisis», en Miltiades B. Efthimou y George A. Christopoulos (eds.), *History of the Greek Orthodox Church in America*, 1984, p. 38.

Establecimiento de la Archidiócesis ortodoxa griega, 1918-1930

Finalmente, en 1918 la Iglesia de Grecia puso en marcha un proyecto destinado a estructurar de alguna manera la actividad religiosa en América. En aquel momento, el enfrentamiento entre monárquicos y venizelistas se había inclinado del lado de los segundos y, al mismo tiempo, la Iglesia rusa entraba en crisis a consecuencia de la revolución de 1917. Meletios Metaxakis, elegido por el gobierno de Venizelos como cabeza de la Iglesia de Grecia, emprendió la reestructuración de dicha Iglesia y decidió que lo mismo debía hacerse con la de Estados Unidos. Viajó personalmente a aquel país en agosto de 1922 encabezando una delegación de clérigos y teólogos ilustres. El propósito de su visita era entrevistarse con los sacerdotes, educadores y fieles más destacados de las distintas congregaciones para encontrar la mejor manera de coordinar y centralizar las actividades religiosas de la Iglesia ortodoxa griega en Estados Unidos.

Meletios Metaxakis es una de las figuras clave en la historia reciente de la Iglesia ortodoxa griega. Fue arzobispo de Chipre, arzobispo de Atenas (es decir, cabeza de la Iglesia de Grecia), Patriarca de Constantinopla y Patriarca de Alejandría. No sólo puso orden en la Iglesia de Estados Unidos, sino que sirvió también de mediador ecuménico durante el conflicto greco-turco en Asia Menor y fortaleció la posición de la Iglesia griega en Egipto cuando emergió el movimiento nacionalista en aquel país.

Metaxakis decidió que con una visita no había sido suficiente, así que programó una segunda. No obstante, había establecido un sínodo que actuaría como entidad gubernativa, y había elegido a uno de sus acólitos —el arzobispo Alexander— para representarle en dicho sínodo, y ser por tanto cabeza de la Iglesia americana. Esta Iglesia pasó a denominarse «Archidiócesis de América», lo que la convertía en una diócesis más de la Iglesia de Grecia. El arzobispo, como todos los demás, sería nombrado por dicha Iglesia con el visto bueno del Ministerio griego de Culto Público, que controlaba de forma indirecta las actividades eclesiásticas. Metaxakis fue consciente de que este procedimiento era anormal en el caso de una diócesis extranjera, y solicitó el consentimiento de la Iglesia y del Ministerio para que la comunidad estadounidense eligiese a su propio arzobispo, aduciendo que cualquier otro

método sería inconstitucional y perjudicaría la reputación de la Iglesia griega en Estados Unidos.

Mientras tanto, el obispo Alexander tuvo que afrontar la oposición de los griegos monárquicos de Estados Unidos, que le identificaban con la causa liberal. Al parecer, su carácter tampoco ayudaba. La prensa y los portavoces monárquicos intentaban persuadir a los párrocos para que no aceptaran su autoridad.

A partir de noviembre de 1920, fecha en que los venizelistas resultaron derrotados en las elecciones, la situación empeoró aún más. Metaxakis fue depuesto y la nueva cúpula eclesiástica ordenó volver al obispo Alexander. Metaxakis se trasladó a Estados Unidos, mientras que el obispo Alexander se negó a regresar a Grecia y mantuvo una conferencia en Nueva York de la que surgió la Asociación de Canónigos Helénicos. Los propósitos de la Asociación eran preservar las doctrinas de la Iglesia ortodoxa griega y proclamar la independencia de sus miembros. Metaxakis apoyó a su colega y se unió a él en su condena de los intentos del nuevo estado griego por situar a la Iglesia griega bajo su control. La respuesta de las autoridades griegas fue declarar el cisma.

La crisis se agravó cuando el gobierno monárquico envió al obispo Troianos de Esparta para sustituir a Alexander en la Archidiócesis. Troianos, ya de por sí bastante voluntarioso, intentó imponerse con la ayuda de la diplomacia griega. La Iglesia griega de Estados Unidos se encontró inmersa en una situación de guerra civil.

Formación de la Archidiócesis ortodoxa griega en 1922

Los acontecimientos dieron un giro espectacular y Meletios Metaxakis fue elegido Patriarca Ecuménico en noviembre de 1921; a los doce meses de haber sido depuesto en Grecia se le elegía para el puesto más alto al que un clérigo pudiera aspirar dentro de la Iglesia griega: Patriarca de Constantinopla. Desde esta posición le fue posible revocar la decisión tomada en 1908 y transferir la responsabilidad sobre la Iglesia estadounidense al Patriarcado. Devolvió asimismo a Alexander al puesto de arzobispo y consolidó formalmente la Archidiócesis de América; Alexander estaba ya ganando la batalla a Troianos, que fue

reclamado en Atenas cuando el monarca griego fue derrocado. La Iglesia griega de Estados Unidos volvió así a la normalidad.

El primer documento fundacional de la Archidiócesis, redactado en 1922, establecía una cierta autonomía respecto del Patriarca de Constantinopla: éste desempeñaría un papel supervisor en virtud de sus derechos canónicos históricos. El órgano gubernativo de la Archidiócesis, el Sínodo, estaría compuesto por el arzobispo (radicado en Nueva York) y tres obispos: uno de Boston, otro de Chicago y otro de San Francisco (este último obispado se estableció en 1927). Las comunidades ortodoxas griegas de América Central y del Sur quedaban dentro de la jurisdicción del Arzobispado.

Esta primera carta fundacional se aprobó en el segundo de los congresos de clérigos y seglares que a partir de entonces se celebran con regularidad y constituyen la mayor asamblea de la Iglesia ortodoxa griega. Son un foro donde se discuten y ratifican las decisiones del arzobispo y las del Sínodo. Las del Sínodo tenían más peso, por lo que el sistema —conocido como «sinodal»— era algo más democrático que si fuera a la inversa.

La Iglesia en tiempos del arzobispo Alexander, 1922-1930

La retirada del obispo Troianos facilitó sólo ligeramente las cosas al arzobispo Alexander. Muchos sacerdotes siguieron oponiéndose a él, con lo que la centralización prevista en la carta fundacional avanzó con gran lentitud. La oposición provenía de dos frentes: por un lado estaban los monárquicos, tanto dentro del clero como entre los fieles; el segundo frente lo formaban las congregaciones que no querían perder su autonomía.

Tras la marcha del obispo Troianos, la oposición política pasó a estar liderada por un arzobispo procedente de Grecia: Vasileos. Este arzobispo se instaló en Lowell (Massachusetts), que era el mayor foco de oposición monárquica, y se declaró cabeza de una Iglesia ortodoxa griega autónoma. Hizo caso omiso de las amonestaciones que llegaban del Patriarcado, que le comunicaban que había sido degradado, y permaneció en activo durante toda la década de los veinte, entorpeciendo el funcionamiento de la Archidiócesis.

Si bien la oposición política, por su naturaleza y por verse avivada por diferencias personales, fue efímera, la de índole administrativa trascendió más y pervivió hasta los años sesenta. Cuando Alexander acometió la tarea de la centralización en 1922, muchas congregaciones llevaban años funcionando, con lo que estaban acostumbradas a autogobernarse y a no depender de otra autoridad que no fuera la de los propios fieles.

En este sentido, el derecho del arzobispo a nombrar el sacerdote de cada comunidad fue un tema delicado. Tal derecho tropezaba con la práctica que había sido habitual durante mucho tiempo, que consistía en que lo eligiese un consejo de administración local. No cabe duda de que este sistema permitió que se filtraran a veces criterios poco éticos en los nombramientos y en los despidos; pero garantizaba el control por parte de la congregación de sus propios asuntos, y esto estaba más en consonancia con los principios democráticos que el sistema autoritario que el Arzobispado pretendía imponer.

En un intento por capear el temporal, Alexander supervisó la formulación de un nuevo edicto en 1927 cuyo objetivo era recortar la autonomía de las comunidades. Permitía que personas de fuera de la comunidad integrasen el consejo de administración e introducía un requisito para los sacerdotes elegibles: «buena reputación dentro de la Iglesia», o lo que es lo mismo, lealtad a la Archidiócesis.

Dadas las circunstancias, no es de extrañar que el tiempo del arzobispo Alexander se asociara más con una serie de medidas de carácter político y administrativo destinadas a consolidar la autoridad de la Archidiócesis que con actividades significativas desde el punto de vista espiritual. Se llevaron a cabo algunas labores filantrópicas, pero el proyecto de crear un seminario fracasó.

En 1929 había cerca de doscientas congregaciones ortodoxas griegas en Estados Unidos. Alexander controlaba 133 y el depuesto Vasileos 50; otro puñado de ellas eran independientes y otras más, que se regían por el calendario juliano, se acogían al Patriarcado de Alejandría o al de Jerusalén [6].

[6] Theodore Saloutos, *The Greeks in the United States*, 1965, cap. VI.

Reorganización de la Archidiócesis en 1930

En aquel momento, el Patriarcado de Constantinopla y la Iglesia de Grecia pusieron en marcha una iniciativa conjunta destinada a solventar las fricciones dentro de la Iglesia americana y a unir a todas las congregaciones bajo la jurisdicción de la Archidiócesis. Se decidió que Alexander y sus obispos fuesen sustituidos. Se envió a Damaskenos, arzobispo de Corinto y miembro del Sínodo griego, para que supervisase la reestructuración de la Archidiócesis de América. Damaskenos era un mandatario capaz y astuto; más tarde ejerció como Arzobispo de Atenas y cabeza de la Iglesia griega, y fue regente de Grecia entre 1944 y 1945.

El proyecto de reordenación de Damaskenos no fue bien recibido por Alexander ni por sus obispos. La solución por la que optó el Patriarca fue destituir oficialmente a Alexander para debilitar la oposición de los obispos. Damaskenos propuso además reformar la carta fundacional de la Archidiócesis. Pretendía centralizar aún más la estructura administrativa, abolir el sistema sinodial y reducir la autonomía de varias diócesis. La persona elegida por el Patriarca de Constantinopla en 1930 para desarrollar el nuevo sistema fue Athenagoras Spyrou, arzobispo de Corfú, que llegó a Nueva York en febrero de 1931.

Arzobispado de Athenagoras, 1931-1948

La reestructuración de la Archidiócesis tuvo lugar en el IV congreso de clérigos y seglares celebrado en 1931 en Nueva York, al poco tiempo de convertirse formalmente Athenagoras en el nuevo Arzobispo para América. Las dos propuestas de Damaskenos se aprobaron en dicho congreso. En primer lugar, los obispos obtuvieron un rango «auxiliar», y el Sínodo perdió sus atribuciones en favor del arzobispo. El sistema sinodial fue reemplazado por otro que se ha denominado «monárquico». En segundo lugar, el arzobispo reclamó para sí el control absoluto sobre los sacerdotes locales y sobre todos los «asuntos eclesiásticos» relacionados con la administración de las iglesias ortodoxas griegas. Ésta fue la primera de una serie de medidas destinadas a recortar la autonomía de las comunidades locales. Además, la vaguedad del término «asuntos eclesiásticos» fue totalmente deliberada. Ello permitía

que algún día la Archidiócesis recusase la propiedad del edificio de cualquier iglesia e incluso de la parcela donde se había construido, que pertenecían a la congregación.

En los años siguientes a su toma de posesión, Athenagoras puso en práctica una política enérgica cuyo objetivo era aplacar a los monárquicos y acabar de una vez para siempre con los antiguos conflictos políticos. En muchos sentidos, el nuevo arzobispo encajaba a la perfección con el papel que debía desempeñar, ya que en lugar de enfocar el tema de la desunión desde el punto de vista intelectual o dogmático, explotó sus cualidades diplomáticas y su imagen amable y paternal.

El siguiente paso para fortalecer la posición de la Archidiócesis en detrimento de las comunidades locales se dio en el VIII Congreso Clerical-Seglar celebrado en junio de 1942 en Filadelfia. Allí se decidió que cada familia ortodoxa griega contribuyese con un dólar al año, el llamado «monodolarón». Una vez más, esta medida, aparentemente inocua, tenía implicaciones importantes, ya que establecía una conexión directa entre el fiel y la Archidiócesis, sorteando la autoridad local.

Athenagoras desarrolló también varios proyectos educativos en el tiempo que estuvo al frente de la Archidiócesis. Aunque no faltaban los que poseían titulación, la mayoría de los sacerdotes griegos de América carecían de formación teológica o de otro tipo. Algunos habían logrado dominar el inglés, pero lo normal era que se replegaran en su parroquia y no se dejaran influir por su nuevo entorno. La labor de muchos de estos sacerdotes, aunque se basase en su fe y devoción personales en lugar de en una formación adecuada, era irreprochable. Pero en los años treinta, la segunda generación de griegos nacidos en Estados Unidos resultó ser una feligresía mejor preparada que exigía lo mismo de sus líderes espirituales.

Para poner remedio a la situación, la Archidiócesis fundó el Instituto Teológico de la Santa Cruz, que abrió sus puertas a catorce estudiantes en 1937. Fue concebido como seminario preparatorio, no como una escuela superior de Teología, ya que faltaban fondos y profesorado. Pero después de la Segunda Guerra Mundial se adquirió el rango de centro superior y se trasladó de Connecticut a Brookline (Massachusetts), una ciudad cercana a Boston donde se encuentra hoy. En 1944 se creó la Escuela de Magisterio de San Basilio, que prepararía a los futuros profesores de los colegios griegos y al secretariado de las

parroquias. Aunque la calidad de la enseñanza en estos centros era limitada, contribuyeron a elevar el grado de formación del clero.

Otro deseo de Athenagoras fue promover el uso del griego tanto en la liturgia como en la vida social de las congregaciones; para ello había que crear colegios griegos en cada parroquia. En 1931 el arzobispo instituyó el Consejo Supremo de Educación; pero la idea tardó tiempo en dar fruto.

Finalmente, hay que mencionar el trabajo filantrópico realizado en el tiempo de Athenagoras. La grave crisis económica que azotó los Estados Unidos a principios de la década de los treinta afectó también, como es natural, a la Iglesia ortodoxa griega. Muchas parroquias cerraron y otras se salvaron gracias a la intervención de la Archidiócesis. Para ayudar a los fieles necesitados, Athenagoras creó en 1932 una sociedad filantrópica femenina llamada *Ladies Philoptocos Society*.

Al contrario que su predecesor, Athenagoras terminó su gestión al frente del Arzobispado con un ascenso: en 1948 fue nombrado Patriarca Ecuménico de Constantinopla. Así, por segunda vez en menos de treinta años un clérigo ortodoxo griego radicado en Estados Unidos fue elevado al puesto más alto de su Iglesia.

La elección de Athenagoras tuvo algo que ver con una maniobra política soterrada. El gobierno estadounidense, preocupado por la influencia que la Unión Soviética podía adquirir de resultar elegido un Patriarca ruso, decidió intervenir en la selección del nuevo Patriarca y recomendó a los gobiernos griego y turco que optaran por Athenagoras. Huelga decir que el Sínodo de Constantinopla tomó su propia decisión, pero los argumentos políticos fueron tenidos en cuenta. La relación de Athenagoras con el gobierno estadounidense se puso de manifiesto cuando para viajar a Turquía (que era donde sería entronizado) utilizó el avión presidencial de Harry Truman [7].

Arzobispado de Michael, 1949-1959

Athenagoras, como Patriarca de Constantinopla, podía elegir a su sucesor en el Arzobispado de América. Por razones no del todo cono-

[7] *Ibidem.*

cidas, en lugar de escoger a alguno de sus antiguos colaboradores, nombró a Michael Konstantinides, arzobispo de Corinto, que llegó a Nueva York en diciembre de 1949.

La reacción inmediata de la Iglesia estadounidense a la elección de Michael no fue favorable. Algunos temieron que tardase en familiarizarse con los problemas de una Iglesia extranjera; otros le tacharon de fundamentalista y severo.

Michael demostró su capacidad nada más llegar visitando un gran número de parroquias, tanto de Estados Unidos como de Canadá. En noviembre del siguiente año (1950), el X Congreso Clerical-Seglar, celebrado en St. Louis (Missouri) decidió elevar la contribución anual de los fieles de uno a diez dólares.

Su programa insistió en la necesidad de un renacimiento religioso y de un redescubrimiento de la espiritualidad. Durante la década de los cincuenta se publicaron los primeros libros de texto serios para las escuelas dominicales. Para atraer a los jóvenes a la Iglesia, el nuevo arzobispo creó una organización nacional denominada Juventud Ortodoxa Griega de América *(Greek Orthodox Youth of America)*. Otro de sus objetivos fue revitalizar la Escuela Teológica de la Santa Cruz y mejorar la calidad de su enseñanza.

El tema más controvertido en el tiempo de Michael fue el esfuerzo de la Archidiócesis por imponer en todas las parroquias los llamados estatutos de uniformidad. Se trataba del paso siguiente en el proceso centralizador que había iniciado Athenagoras en 1931. Entonces se había conseguido que la Archidiócesis controlara los asuntos religiosos de las parroquias; ahora Michael se proponía dictar un código operativo que transformara dichas parroquias en entidades dependientes del Arzobispado. A partir de 1931, estas comunidades seglares habían pasado a compartir su autoridad en materia religiosa con la Archidiócesis; con los nuevos estatutos se les exigía que la cedieran completamente.

Michael resultó ser menos eficaz en este terreno; apenas se progresó en la consecución de la deseada sumisión por parte de las parroquias. Tras su muerte, acaecida en 1959, la tarea de imponer los citados estatutos recayó en su sucesor, el arzobispo Iakovos [8].

[8] Demetrios Constantelos, *op. cit.*, 1990, pp. 164-168.

Arzobispado de Iakovos, desde 1960 hasta hoy

Athenagoras, todavía Patriarca Ecuménico, eligió al obispo Iakovos (Demetrios Koukouzes), subordinado del difunto Michael, para suceder a éste en el Arzobispado de América del Norte y del Sur. Iakovos, que continúa actualmente al frente de la Archidiócesis, es probablemente la autoridad ortodoxa griega que ha permanecido por más tiempo en su puesto. Por lo tanto, es fácil de entender que en todo este tiempo se hayan producido muchos cambios por iniciativa de este astuto y voluntarioso arzobispo.

El mandato de Iakovos ha estado marcado por un creciente uso del inglés, no sólo en los sermones (se empezó en los cincuenta) sino en toda la liturgia. Esto es un síntoma de que la Iglesia no se queda atrás respecto de los fieles, que cada vez están más integrados en la vida americana.

En el congreso clerical-seglar de 1970 se permitió usar el inglés en la liturgia si así lo decidía el sacerdote en cuestión tras consultar con su obispo. Esta medida generó una fuerte oposición dentro de la Iglesia. La afluencia de inmigrantes griegos a finales de los sesenta vino en cierta medida a engrosar el componente tradicionalista de la comunidad. El uso del inglés ha cuajado sobre todo en las zonas residenciales situadas en la periferia de las grandes ciudades, que es donde se han instalado los griegos más pudientes de la segunda y tercera generación; en el centro, que es donde se concentran los nuevos inmigrantes, todavía se emplea el griego.

La carta de 1977 descentralizaba en teoría la administración eclesiástica: se abandonaba el sistema monárquico instituido en 1931 y se volvía al sinodal; en cada diócesis, el obispo podía gozar de mayor autonomía en algunas materias.

Una de las primeras iniciativas de Iakovos consistió en volver a intentar que las parroquias aceptasen los estatutos de uniformidad. Unas sucumbieron a la presión y otras se hicieron independientes. Se trataba simplemente de la versión más extrema de una iniciativa antigua que sólo pretendía que lo que eran comunidades seglares se convirtiesen en parroquias totalmente supeditadas a la Archidiócesis.

Cierto estudio ha revelado que de una muestra de 400, más de cincuenta comunidades rechazaron los estatutos. La oposición fue especialmente fuerte en Canadá, sobre todo en Montreal y Toronto; aún

hoy, en comparación con las demás comunidades americanas, las canadienses conservan un grado mayor de autonomía [9].

La segunda fase del proyecto se formuló en el XVII Congreso Clerical-Seglar de 1964 (entonces se celebraba cada dos años): el arzobispo concedió a los sacerdotes poder absoluto sobre sus comunidades o parroquias. Como dijo él mismo en un discurso pronunciado en 1971, los clérigos pasaron de ser meros empleados de la comunidad a gobernarla.

Iakovos desarrolló otras iniciativas para consolidar la influencia de la Archidiócesis sobre la comunidad griega de Estados Unidos. Recuperó el título bizantino de «arconte», que honraba a seglares que hubiesen contribuido a la bonanza de la Iglesia. Para recibirlo, la contribución económica ha de ser cuantiosa, y poseerlo proporciona gran prestigio. Cuando la comunidad se movilizó en apoyo de Chipre, después de que la isla fuese invadida por Turquía en 1974, el arzobispo no se quedó atras y patrocinó la creación de una organización que reflejase su manera de concebir la movilización.

A diferencia de sus predecesores, Iakovos no ha eludido la política. Sus actividades en este terreno han sido diversas, desde marchar, por ejemplo, junto al reverendo Martin Luther King por las calles de Selma (Alabama) en una importante manifestación en favor de los derechos civiles hasta trasladar el congreso clerical-seglar de 1968 a Atenas, algo más de un año después de que los coroneles impusiesen la dictadura militar. En los ochenta y en los noventa ha destacado por su labor mediadora en el conflicto greco-turco sobre Chipre y el Egeo, y ha mantenido reuniones frecuentes con personajes de la política, algunas de rutina, pero otras decisivas.

Estructura actual de la Archidiócesis

La Archidiócesis tiene su sede en Nueva York, y el resto del continente se divide en las siguientes diócesis, conocidas por el nombre de la ciudad o estado más importantes dentro de su jurisdicción: Nueva

[9] Speros Vryonis Jr., *A Brief History of the Greek-American Community of St George, Memphis, Tennessee 1962-1982,* 1982.

Jersey, Chicago, Atlanta, Detroit, San Francisco, Pittsburgh, Boston, Denver, Toronto y Buenos Aires. La tabla que aparece a continuación muestra el territorio comprendido dentro de cada diócesis, así como el número de iglesias o parroquias existentes.

Tabla 10.1. Número de iglesias en cada estado (EE.UU.), provincia canadiense o país sudamericano bajo la jurisdicción de las distintas diócesis pertenecientes a la archidiócesis ortodoxa griega

Archidiócesis de Nueva York		Diócesis de Pittsburgh	
Nueva York	53	Pennsylvania	29
		Ohio	17
DIÓCESIS DE NUEVA JERSEY		West Virginia	6
Nueva Jersey	23		
Delaware	1	DIÓCESIS DE BOSTON	
Maryland	7	Massachusetts	38
Pennsylvania	6	Connecticut	4
Virginia	11	Maine	4
		New Hampshire	12
DIÓCESIS DE CHICAGO		Rhode Island	3
Illinois	33	Vermont	2
Indiana	5		
Iowa	6	DIÓCESIS DE DENVER	
Minnesota	4	Colorado	7
Missouri	2	Idaho	2
Wisconsin	7	Kansas	2
		Louisiana	1
DIÓCESIS DE ATLANTA		Missouri	1
Georgia	6	Montana	2
Alabama	5	Nebraska	4
Florida	30	New México	1
Louisiana	3	Dakota del Norte	1
Mississippi	2	Oklahoma	2
Carolina del Norte	10	Dakota del Sur	1
Carolina del Sur	6	Texas	14
Tennessee	1	Utah	3
		Wyoming	6
DIÓCESIS DE DETROIT			
Michigan	22	DIÓCESIS DE TORONTO	
Arkansas	3	Alberta	4

Archidiócesis de Nueva York		Diócesis de Pittsburgh	
Indiana	2	British Columbia	8
Kentucky	2	Manitoba	1
Nueva York	10	New Brunswick	1
Ohio	5	Newfoundland	1
Tennessee	3	Nova Scotia	2
		Ontario	32
DIÓCESIS DE SAN FRANCISCO		Quebec	8
California	40	Saskatchewan	3
Alaska	1		
Arizona	5	DIÓCESIS DE BUENOS AIRES	
Hawaii	1	Argentina	14
Nevada	4	Bolivia	1
Oregón	2	Brasil	7
Washington	6	Chile	3
		Colombia	1
		Uruguay	1
		Venezuela	1

Fuente: adaptado del anuario de la Archidiócesis, 1989.

Como es natural, la tabla no incluye las iglesias independientes, cuyas cifras son difíciles de calcular.

Aparte de las parroquias que administra directamente, la Archidiócesis tiene a su cargo 23 colegios con más de 6.000 alumnos matriculados cada año, de edades comprendidas entre los seis y quince años. Su localización es la siguiente: 12 están en Nueva York y sus alrededores; tres en Chicago; uno en cada uno de los estados de California, Florida, Massachusetts y Texas; dos en Quebec (Canadá); uno en São Paulo (Brasil), el Instituto Educacional Ateniense, y uno en Buenos Aires (Argentina), el Instituto Privado de la Colectividad Helénica, estos dos últimos con unos ciento treinta y doscientos veinte alumnos respectivamente. También existen 400 escuelas de tarde diseminadas por todo el continente donde se enseña el idioma y la cultura griegos a unos veintisiete mil niños.

Bautizos, matrimonios y divorcios

La consecuencia que se puede extraer del poder y la influencia que disfruta la Archidiócesis es que la identidad ortodoxa griega pervive con

fuerza en Estados Unidos. Una forma de medir las dimensiones y observar la evolución de esta identidad es examinar las cifras totales de bautismos y matrimonios (entre ortodoxos y con otros cristianos) que se celebran, así como las de los divorcios que se conceden. La Iglesia griega sólo permite y bendice los matrimonios mixtos si el cónyuge no ortodoxo está bautizado en el nombre de la Santísima Trinidad.

Aunque nos faltan cifras, son muchos los ortodoxos griegos que contraen matrimonio con personas de otros credos, ya sea mediante ceremonia civil o mediante el rito de la otra religión. Por consiguiente, las cifras de bautizos y bodas reflejan sólo de forma aproximada la influencia de la Iglesia.

Tabla 10.2. Bautizos, matrimonios y divorcios en la archidiócesis ortodoxa griega de América del norte y del sur, 1949-1987

	Bautizos	Matrimonios	
		Ortodoxos	Mixtos
1949	6.000	3.553	?
1950	6.086	3.469	?
1951	6.616	3.409	?
1952	6.469	3.460	?
1953	7.253	3.610	?
1954	7.081	3.453	?
1955	7.323	3.682	?
1956	7.210	3.347	?
1957	6.985	3.568	?
1958	7.104	3.478	?
1959	6.584	4.109	407
1960	6.687	3.982	338
1961	4.492	3.546	946
1962	4.082	2.356	1.356
1963	9.874	2.890	1.135
1964	10.277	2.885	1.190
1965	10.739	3.124	1.259
1966	11.186	2.788	1.405
1967	11.850	2.245	2.145
1968	11.850	2.245	2.145
1969	11.855	3.745	1.755
1970	12.650	2.663	1.473
1971	9.523	2.802	2.388

	Bautizos	Matrimonios	
		Ortodoxos	Mixtos
1972	10.780	3.252	2.401
1973	8.745	2.633	2.476
1974	9.829	2.638	2.451
1975	10.435	2.910	2.568
1976	9.955	2.537	2.201
1977	9.400	2.521	2.438
1978	9.906	2.295	2.445
1979	8.293	2.512	2.412
1980	9.650	2.009	2.660
1981	8.238	1.781	3.104
1982	8.843	1.936	3.175
1983	8.690	1.960	3.287
1984	8.109	1.821	3.222
1985	7.934	2.200	3.387
1986	7.389	1.900	3.253
1987	8.472	1.850	3.673

Fuente: Anuario de la Archidiócesis, 1989, p. 94.

En la tabla pueden observarse los efectos de la oleada de inmigración de los años sesenta; por otra parte, los niveles se han mantenido bastante constantes desde finales de los setenta, lo cual demuestra que la Iglesia conserva su significación entre los griegos de América.

Resumen

La Archidiócesis ortodoxa griega de América del Norte y del Sur es en la actualidad la organización griega más poderosa de América y la única cuya red abarca todo el continente. Hemos visto que esta posición no se consiguió fácilmente, a pesar de que la Iglesia ha sido prácticamente la única institución étnica tolerada por la mayoría de gobiernos y autoridades locales, incluso cuando el movimiento antiextranjero estaba en todo su apogeo. La Iglesia ortodoxa griega de América alcanzó su actual estatus gracias a la firme dirección de prelados como Athenagoras y Iakovos.

La progresiva asimilación y «americanización» de la comunidad griega de Estados Unidos ha supuesto una evolución similar por parte de la Iglesia a partir de los años setenta, con un creciente uso del inglés en la liturgia, etc. Los nuevos inmigrantes han rechazado esta evolución y se han acogido a las iglesias ortodoxas griegas independientes, que son más tradicionalistas. No es probable que las futuras generaciones nacidas en Estados Unidos sostengan estas iglesias. Lo que parece aguardar a la Archidiócesis griega de América, cada vez más asimilada, es una unificación con todas las iglesias orientales del continente.

Capítulo XI

GRECIA Y LOS GRIEGOS DE AMÉRICA

La actitud de Grecia respecto de los griegos de América ha fluctuado considerablemente desde finales del siglo XIX hasta el momento presente. En un sentido amplio, la fluctuación ha estado determinada por el grado de prioridad concedida a la política nacional o a la internacional. En este sentido, en 1922 se produjo un giro fundamental: fue el fin de la «Gran Grecia», el programa político que pretendía recuperar lo que se consideraba territorio griego en poder de Turquía y los países balcánicos. Hasta entonces, el estado griego veía en la diáspora un brazo auxiliar en su lucha por la integridad territorial, proveedor de trabajadores y capital. A partir de 1922, Grecia tuvo demasiadas preocupaciones internas como para ocuparse de la diáspora. Los años cuarenta presenciaron la ocupación del país por parte del Eje y los enfrentamientos entre la izquierda y la derecha que desembocaron en guerra civil (1947-1949); en ambos casos se solicitó la ayuda de la diáspora. Para finalizar, con la intervención de los Estados Unidos en el Mediterráneo oriental en general, y en Grecia en particular, los griegos de aquel país centraron la atención de la política exterior griega.

En un sentido más concreto, la evolución de las relaciones entre Grecia y los griegos de América estaba marcada por la eterna preocupación de dicha nación por la posible «deshelenización» de las comunidades establecidas en el extranjero. Esta preocupación tenía la misma raíz histórica que la postura que se adoptaba en política exterior, es decir, las amenazas reales o supuestas contra la soberanía y la existencia territorial de Grecia. La idea de la «deshelenización» no hacía sino acrecentar el miedo a la desaparición de la nación griega. Los griegos, una población reducida en comparación con sus vecinos turcos o es-

lavos, no podían permitirse el lujo de desligarse de sus compatriotas en el extranjero, ya que éstos podían desempeñar un papel decisivo en caso de peligro.

Por lo tanto, han existido y siguen existiendo imperativos de índole tanto política como cultural que determinan la preocupación de Grecia por conservar la identidad nacional en las comunidades de la diáspora. Así, las autoridades diplomáticas no han dejado ni un momento de promover la conciencia étnica en dichas comunidades. Inútil es decir que los medios empleados, unas veces consciente y otras inconscientemente, han atravesado la invisible frontera entre el simple consejo y la injerencia en los asuntos internos de las comunidades.

También es evidente que las trasmutaciones y redefiniciones a que ha estado sometida la «identidad griega» en América no han sido siempre entendidas o incluso toleradas por las autoridades consulares, y en ocasiones ni siquiera por Grecia. Por último, el estado griego ha tendido siempre a desestimar los distintos matices que adoptaba la política en la comunidad americana y ha favorecido las instituciones más fuertes (la Iglesia, por ejemplo) o ha recomendado la unidad, cuando quizás un mayor pluralismo o una mayor democracia habrían propiciado una mayor participación y habrían estimulado la creatividad. Por otra parte, es necesario señalar que los griegos de América apenas se han quejado de injerencia alguna.

El presente capítulo se ciñe a la cronología esbozada en la anterior introducción, e incluye además una serie de apartados dedicados, por un lado, a determinadas actitudes oficiales y extraoficiales ante el fenómeno de la emigración, especialmente en el periodo de emigración masiva, y por otro, a la postura de cada uno de los dos regímenes autoritarios que gobernaron Grecia, uno entre 1936 y 1940 y el otro entre 1967 y 1974; ambos regímenes cortejaron a los griegos de América para que les apoyaran, por lo que merecen una atención especial.

Actitudes ante la emigración, 1880-1930

Cuando resultó evidente que cada vez eran más los griegos que emigraban a América, comenzó un debate en Grecia acerca de los aspectos positivos y negativos de la emigración. Uno de los primeros comentarios recogidos apareció en mayo de 1882 en *Sphaira* (Globo), un

diario del Pireo. Dicho diario pedía al gobierno que mejorase las condiciones de vida del país antes de que la desbandada fuese incontrolable. Otros periódicos se hicieron eco de la misma preocupación, aunque el *Aeon* entonó ese mismo año una melodía más optimista al sugerir que los emigrantes se ausentaban sólo temporalmente con la intención de acumular capital para regresar a Grecia [1]. Algunos periódicos se oponían a la emigración porque temían que, al despoblarse, el país se resintiera social y económicamente, y empezaron a publicar cartas de emigrantes en las que describían las dificultades que tenían que afrontar en Estados Unidos.

Por lo que respecta a las reacciones gubernamentales ante el fenómeno de la emigración, es difícil encontrar algún testimonio concreto antes de 1906, año en que se formó una comisión parlamentaria para estudiar el tema. En su informe, la comisión empezaba lamentando que el gobierno griego no ejerciese ningún control sobre la emigración, lo que significaba que no existían recuentos oficiales de las personas que abandonaban el país o de las que regresaban. La cuestión más importante de la que se ocupaba el informe era precisamente el miedo expresado por la prensa a que el país quedase despoblado.

La comisión examinó la tasa de crecimiento demográfico de otros países europeos con superiores índices de emigración y concluyó que no había peligro de que la población de Grecia se redujera de manera drástica. Países como Italia, Gran Bretaña, Noruega, Suecia o Dinamarca habían experimentado un incremento en sus tasas de natalidad paralelo al incremento de las tasas de emigración. Por tanto, en Grecia, afirmaba la comisión, la emigración no tenía por qué afectar al crecimiento demográfico absoluto. De hecho, no era probable que la población griega disminuyese porque, como demostraba la experiencia de otras naciones europeas, la emigración permitía que otros sectores accedieran a los recursos nacionales, y su rendimiento se traducía en un aumento de población [2].

Otra razón que, en opinión de la comisión, permitía ahuyentar tales temores era el elevado índice de repatriación. Este hecho distin-

[1] *Apud* Saloutos, *The Greeks in the United States*. p. 25.

[2] *Ekthesis tis Epitropis tis Voulis pros Meletin ton Zitimaton Schetikon ti ex Ellados Metanastefsei* [Informe de la comisión parlamentaria en materia de emigración], Atenas, 1906.

guía a Grecia de los demás países europeos. Los griegos tenían tendencia a emigrar movidos por su amor a la aventura y su curiosidad, y aún así, por mucha fortuna que hicieran en el extranjero, eran incapaces de abandonar su patria. Merece la pena citar las palabras con que la comisión describe tales vínculos:

> Las elementales costumbres populares que marcaron la infancia del emigrante, el idioma de las canciones folclóricas y de las nanas que le cantaba su madre, las sencillas melodías que conmovieron por vez primera su corazón, la especial devoción que la raza griega siente por sus ambiciosas metas históricas, las cuales inspiran un mayor sentido de responsabilidad que las de otras razas; la altísima posición respecto de todas las demás razas que los griegos ocuparon un día y que se sienten obligados a recuperar, el sentido religioso que impregna el fondo de su alma y que les guió durante el largo periodo de tinieblas que su raza experimentó [ocupación turca], todo esto da lugar a una serie de lazos que atan a cualquier griego del mundo con su madre patria, una patria que todos los griegos se creen en la obligación de sostener para que alcance los grandes objetivos impuestos por los nobles ideales de la raza griega [3].

La comisión se encargó de añadir pruebas empíricas de estos lazos entre los emigrantes y su patria; aludió al volumen de la correspondencia entre Grecia y Estados Unidos, así como a la cantidad de dinero que los emigrantes enviaban a su tierra. La comisión descubrió que la cuantía de tales ingresos había hecho bajar los tipos de interés hasta unos niveles saludables y había reactivado la economía, lo cual demostraba los efectos favorables de la emigración. Al mismo tiempo, el contacto con una sociedad desarrollada y civilizada como la americana proporcionaba a los griegos muchas ventajas; a juicio de la comisión, una característica de la cultura griega era su capacidad para absorber y apropiarse de los mejores elementos de otras sociedades y culturas y sacar partido de ellos. Por todo ello, la conclusión extraida por la comisión fue que la emigración era beneficiosa para el país no sólo desde un punto de vista económico, sino también desde un punto de vista social.

[3] *Ibidem.*

El informe Repoulis (1912)

La siguiente investigación gubernamental sobre la emigración se llevó a cabo en 1912: una comisión encabezada por el ministro del Interior, Emmanouil Repoulis, redactó un informe exhaustivo y detallado sobre el tema [4]. Repoulis era uno de los representates de la nueva generación de políticos griegos que habían accedido al poder en 1910, con el ascenso del grupo moderno y liberal de Eleutherios Venizelos, ascenso que simbolizó el fin del viejo régimen. Venizelos personificaba la nueva ideología liberal del mismo modo que Giolitti lo hacía en Italia o Maura en España.

El informe Repoulis se oponía a la emigración. En su página 111 manifestaba: «No nos enorgullezcamos de la tendencia griega a emigrar». A continuación presentaba un resumen de sus hallazgos: la emigración había hecho retroceder ligeramente el crecimiento demográfico, el dinero remitido por los emigrantes no había beneficiado tanto a la economía como se pensaba y una gran proporción de griegos de América estaba en pleno proceso de asimilación y deshelenización.

Así pues, sin reconocerlo de manera explícita, el informe Repoulis echaba por tierra dos de las conclusiones principales del informe de 1906, las relativas al beneficio demográfico y económico de la emigración. En cuanto a la tercera de las conclusiones de aquel primer informe, esto es, que en el fondo Grecia se había beneficiado de los contactos temporales de los emigrantes con una sociedad avanzada como la estadounidense, el informe Repoulis no se pronunciaba. Sí se ocupaba en cambio de recalcar el miedo a la asimilación y a la deshelenización de los emigrantes y denunciaba también que la repatriación estaba extendiendo la tuberculosis.

Si fuese verdad que los datos relativos a la emigración griega habían variado ostensiblemente entre 1906 y 1912, la divergencia entre los dos informes estaría justificada. Pero no era el caso. El censo de 1907 confirmaba la conclusión del primero: el crecimiento demográfico no se había visto afectado por la emigración. El informe Repoulis sostenía que el censo anterior, realizado en 1896, había inflado las ci-

[4] Emmanouil Repoulis, *Meleti meta Schediou Nomou peri Metanastefseos*, Atenas, 1912.

fras porque el gobierno pretendía usarlas para decidir el número de diputados parlamentarios que representarían a cada región.

En cuanto a las remesas de dinero, para minimizar su importancia, el informe Repoulis utilizó un razonamiento bastante tendencioso. Dividió el total de dinero enviado desde Estados Unidos en un año por el número total de emigrantes establecidos en dicho país; el resultado fue de 250 dracmas, a lo que el informe replicaba: «Lo que hace falta saber es si esta cifra representa las ganancias netas producidas por el trabajo de cada uno de los emigrantes en el caso de que se hubiesen quedado en Grecia» [5].

El apartado que analizaba los problemas de la asimilación y la deshelenización venía precedido, quizás estratégicamente, por otro extenso y minucioso sobre la propagación de la tuberculosis en Grecia. Dicho apartado, titulado «Tuberculosis importada», sobrepasaba también los límites de la credibilidad al comentar lo siguiente acerca del número de casos de tuberculosis en el hospital Sotiria de Atenas: «Por lo tanto, casi el 15 % de los enfermos son inmigrantes. Pero la proporción real debería ser mayor, ya que muchos de los demás pacientes son también inmigrantes aunque no se hayan registrado como tales» [6].

Por lo que respecta a la asimilación, aunque no se ofrecían cifras, se enumeraban una serie de factores que contribuían a la deshelenización de los emigrantes, como por ejemplo su baja extracción social, las dificultades que tenían que afrontar en el extranjero o la degeneración moral a que estaban expuestos en los centros urbanos. A los dos meses de publicarse el informe Repoulis estalló la primera guerra balcánica y centenares de griegos regresaron para combatir como voluntarios, lo cual fue todo menos un síntoma de deshelenización.

¿Cómo hemos de interpretar pues el informe Repoulis? Habría que situarlo en su contexto político: la intención de la nueva generación de políticos griegos en el poder, los liberales venizelistas, era hacer progresar al país, y el progreso no dependía únicamente de la burguesía, sino también de los mecanismos del estado. En efecto, todo el informe Repoulis parece tener un solo objetivo: que el gobierno ejerciese un mayor control sobre la emigración. En este sentido, el citado

[5] *Ibidem*, p. 88.
[6] *Ibidem*, p. 94.

informe terminaba con un proyecto legislativo que sería a la postre adoptado por el gobierno. Dicho proyecto proponía reducir la salida de emigrantes menores de quince años así como de jóvenes en edad de cumplir el servicio militar. También recomendaba tomar una serie de medidas con el fin de «proteger» a los griegos de América, como por ejemplo, crear una oficina especial en Atenas, aumentar los servicios consulares y, en general, aumentar el contacto con los emigrantes.

En pocas palabras, el informe Repoulis, más que un cambio de actitud respecto a la emigración, reflejaba la mentalidad de la nueva clase política griega que lo redactó. Aunque se introdujeron algunas restricciones moderadas, no se disuadió oficialmente a los emigrantes. El objetivo del informe, en cualquier caso, era que el estado supervisara más de cerca la emigración y fomentase los vínculos de los emigrantes con su tierra.

La «Gran Grecia» en América hasta 1922

Mientras el Ministerio del Interior —con Repoulis al frente— se encargaba, como hemos visto, de buscar la manera de que el estado griego regulase la emigración, el Ministerio de Asuntos Exteriores se ocupaba de fomentar la idea de la «Gran Grecia» en América. Desde el momento de ser formulada esta teoría, en 1844, y sobre todo a raíz del éxito del movimiento nacionalista en la vecina Bulgaria en la década de 1870, los cónsules griegos se encargaron de que los griegos residentes en el extranjero secundasen la política exterior que se dictaba en Atenas. Esta tarea topó con diversos obstáculos derivados de la situación que se vivía en cada lugar. En el Imperio Otomano, por ejemplo, los griegos temían provocar la ira de las autoridades; en Alejandría (Egipto), los griegos de mentalidad más cosmopolita no acogieron de buen grado la intervención del Consulado en la vida de la comunidad [7].

La «exportación» de la teoría de la «Gran Grecia» a América, y más concretamente a Estados Unidos —que era el principal punto de

[7] Alexander Kitroeff, «The Transformation of Homeland-Diaspora Relations: The Greek Case in the 19th-20th Centuries», pp. 235-242.

mira en estos casos—, se efectuó a comienzos de siglo y tuvo dos peculiaridades. En primer lugar, de todas las comunidades griegas de la diáspora, la de Estados Unidos era la última que se había formado, con lo que la mayoría de sus miembros apoyaban la política de Atenas. En efecto, parece que fueron los propios inmigrantes y no el consulado quienes decidieron, ya en 1907, empezar a movilizarse como preparación para las guerras balcánicas de 1912 y 1913. La segunda peculiaridad consistió en la aparente incapacidad de cierto anciano diplomático griego para influir en los inmigrantes. A esto se vino a añadir el éxito de Matsoukas, un personaje que se había desplazado especialmente desde Grecia para predicar el nacionalismo. Matsoukas era un orador popular y *sui generis*. En cuanto al diplomático al que hacíamos referencia en primer lugar, Lambros Coromilas, nombrado cónsul en Nueva York en 1907, había ocupado antes el puesto de cónsul en Salónica, uno de los más importantes de la diplomacia griega. Salónica era la ciudad más importante de Macedonia, región que se disputaban los nacionalistas griegos, búlgaros, serbios y eslavos a la vista del inminente desmoronamiento del Imperio Otomano.

Coromilas abandonó Salónica a instancias del gobierno otomano, y nada más llegar a los Estados Unidos se le asignó la tarea de frenar la propaganda búlgara y fortalecer el sentimiento nacional de los griegos. Coromilas recurrió a la organización griega más importante del momento, la Unión Panhelénica. Ello provocó la protesta de un sector de la comunidad cuyas opiniones aparecían reflejadas en el diario *Atlantis*. En opinión del historiador Theodore Saloutos, la oposición tenía dos motivos. En primer lugar, algunos inmigrantes destacados querían que la Unión Panhelénica fuese simplemente una entidad asistencial, y no una agencia del nacionalismo griego. El *Atlantis* se hacía eco de esta postura y de las disensiones en cuanto a la función de la Unión Panhelénica [8].

El segundo aspecto de la confrontación era más complejo. Basándose en las denuncias del director del *Atlantis*, Solon J. Vlastos, Saloutos afirma que Coromilas criticaba a los inmigrantes en los informes que enviaba a Atenas; decía que eran de clase baja, no muy inteligentes, que carecían educación y que vivían en la miseria. La actitud de

[8] Theodore Saloutos, *The Greeks in the United States*, pp. 99-102.

Coromilas, así como su intención de gobernar la vida de los inmigrantes, indignaron a Vlastos. Lo cierto es que la noción de que un cónsul tenía derecho a «dirigir» la política de una comunidad griega había determinado las relaciones de Grecia con todas las comunidades griegas del extranjero. A propósito del desprecio de Coromilas por los inmigrantes, Saloutos dice lo siguiente:

> No podemos pasar por alto el comportamiento de Coromilas —que Vlastos no exageró demasiado— como si se tratase simplemente de la acción de un diplomático impulsivo y torpe. Era esto y algo más. Era la expresión del desdén que los miembros de la élite intelectual, profesional y política de Grecia sentían por los inmigrantes. Los consideraban como una horda de analfabetos vulgares que, para proporcionar apoyo físico y financiero a su patria, tenían que ser conducidos como ganado [9].

Hay que hacer dos observaciones al texto anterior. La primera es que la mayor parte del testimonio que poseemos de la actitud vejatoria de Coromilas procede del *Atlantis*, por lo que conviene tomarla con cautela. Hay que tener en cuenta que, a falta de una figura dinámica en el Consulado, la élite de la comunidad —especialmente los dueños de periódicos como Vlastos— tomaban las riendas de la comunidad. Por lo tanto, la impopularidad de Coromilas favorecía a Vlastos.

En segundo lugar, la actitud de los cónsules no era de por sí una simple cuestión de desprecio de la élite griega por los inmigrantes. Unas cuantas décadas antes, en circunstancias parecidas, el cónsul griego en Egipto había descrito a los miembros de la comunidad —que se oponían a él— como gente rica, desarraigada y cosmopolita. Por consiguiente, las diferencias entre Grecia y las comunidades de la diáspora se comprenden mejor teniendo en cuenta el clima imperante hasta 1922, año en que se concibió a Atenas como base de operaciones de una campaña panhelénica de expansión territorial, o lo que es lo mismo, de la «Gran Grecia». Como veremos más adelante, las relaciones se equilibraron más a partir de 1922, aunque algunas cuestiones de antaño revivieran de vez en cuando.

[9] *Ibidem*, p. 103.

En cualquier caso, la tarea de concienciar a los inmigrantes en vísperas de las guerras balcánicas fue asumida con éxito por Matsoukas, el «poeta patriótico». Era evidente que su estilo populista resultaba atractivo: los actos públicos que organizaba congregaban a gran número de inmigrantes y generaban gran entusiasmo. Más de 30.000 griegos viajaron a Grecia para combatir en las guerras balcánicas. En 1917, cuando Grecia entró en la Primera Guerra Mundial, se había interrumpido el tráfico marítimo de buques de pasajeros y el estado griego podía hacer poco por atraer a los griegos de América.

Periodo de entreguerras, 1922-1940

Con el abandono de la idea de la «Gran Grecia», la actitud del gobierno hacia los griegos que residían en el extranjero cambió drásticamente. Al faltar un imperativo para la política exterior, las comunidades de la diáspora ya no eran tan necesarias. Paralelamente, los serios trastornos ocasionados por la entrada en el país de 1.500.000 de refugiados obligaron a que el estado centrase su atención en la esfera nacional. Así, por ejemplo, la numerosa comunidad griega de Egipto, que tenía problemas a causa del ascenso del movimiento nacionalista en dicho país, no recibieron ninguna ayuda específica por parte del gobierno griego en las décadas de los veinte y los treinta.

En cuanto a los griegos de América, la situación se había modificado un poco antes, cuando se cortó el tráfico marítimo con ocasión de la Primera Guerra Mundial. Ello detuvo la salida de emigrantes americanos y la repatriación de inmigrantes griegos. En consecuencia, la discusión sobre el tema de la emigración cesó, al tiempo que muchos analistas griegos empezaban a aceptar el hecho de que muchos emigrantes se quedarían para siempre en América.

La respuesta del estado griego fue la pasividad. Esta actitud coincidió con un periodo de intensa «americanización», pero el miedo a la deshelenización de una parte importante de la diáspora no se puso de manifiesto en Grecia. El cambio de perspectiva quedó expresado claramente en la recepción oficial dispensada en 1927 a los miembros de la AHEPA, en la primera de sus visitas anuales a Grecia.

El presidente de la AHEPA, Dean Alfange, pronunció un discurso en el que alabó las virtudes de la asimilación: «La AHEPA [...] apuesta

por la americanización de sus socios. 'Americanización' no tiene el mismo significado que términos como bulgarificación o turquificación» [10]. A pesar de la envoltura diplomática que Alfange dio al concepto, a las autoridades griegas no les cupo duda de que las intenciones de la organización distaban mucho de lo que el gobierno griego hubiese recomendado antes de 1922, esto es, retener la identidad griega en todos sus aspectos, conservar la nacionalidad griega, etc. Aún así, la delegación fue recibida cordialmente, se consideró a sus miembros como estadounidenses de ascendencia griega y la prensa informó favorablemente sobre la visita. Los tiempos habían cambiado [11].

Tras la crisis económica de 1929 se observa cierta tendencia del estado griego a mantener un contacto más directo con las comunidades del extranjero. Una vez más, esto se puso de manifiesto en la recepción anual ofrecida a la AHEPA. Los discursos pronunciados durante el banquete oficial empezaron a insistir cada vez más en la ayuda económica que los griegos de América podían proporcionar a Grecia, ya fuese a través de inversiones o fomentando la importación de productos griegos.

La nueva postura de las autoridades griegas quedó expuesta en un artículo sobre los griegos en el extranjero escrito por el diputado Mihail Chr. Ailianos. Como muchos otros comentaristas griegos del momento, Ailianos empezaba ensalzando las virtudes de la política desarrollada en otros países —concretamente, en Italia, Francia y Alemania— y criticando la de Grecia. Alemania, por ejemplo, en palabras de Ailianos, había creado una eficaz red de organizaciones a través de la cual se mantenía en contacto con las comunidades del exterior. Grecia no había hecho nada parecido y además había corrido el riesgo de apartar de sí a los griegos de América, ya que, a causa de sus propios problemas económicos, no les había prestado ninguna atención. Por otro lado, su insistencia en que todos los varones que regresaran a Grecia realizasen el servicio militar —algo que había sido abolido, por ejemplo, en Francia e Italia— tampoco facilitaba las cosas. Las visitas de la AHEPA fueron posibles porque Ailianos había conseguido que se hiciese una excepción con los excursionistas de dicha organización. A

[10] *The AHEPA Bulletin,* mayo-junio, 1928.

[11] Entrevista con el difunto Dean Alfange en Nueva York, 1986.

juicio de Ailianos, Grecia debía tomar una serie de medidas para estrechar sus relaciones con la comunidad americana, como por ejemplo, crear instituciones adecuadas, flexibilizar los deberes militares, mejorar el servicio postal o pedir a la comunidad americana que promocionase los productos griegos en América. Todo ello permitiría a los griegos de América cooperar más eficazmente con su patria [12].

Pero sería un error creer que el cambio de actitud denotaba una mayor preocupación por la economía que por la cultura. Cuando los venizelistas (liberales) fueron sustituidos en el gobierno por los populistas (conservadores), más tradicionalistas, la cuestión de la conciencia nacional emergió de nuevo. Se pidió a las autoridades consulares en Estados Unidos que enviasen información sobre la enseñanza griega en sus respectivas jurisdicciones.

Los informes que redactaron los distintos cónsules resultan decepcionantes en términos de contenido. Ofrecen poca información estadística y muchas opiniones personales sobre cómo debería ser la educación griega en el extranjero. El cónsul de Chicago, por ejemplo, empieza su informe indicando que los griegos de Chicago corren el riesgo de americanizarse y que tan importante «caudal nacional» está a punto de perderse. Sin ahondar mucho más en su análisis, el cónsul recomienda que se intensifique la educación griega y se estrechen los vínculos entre Grecia y el sistema educativo griego en Estados Unidos.

Ésta es la tónica general de la mayoría de los informes, incluyendo el del embajador griego en Washington, Demetrios Sicilianos, quien, como observamos con anterioridad, fue uno de los que defendió el origen griego de Colón. El embajador concluía su informe recordando amablemente al Ministerio de Asuntos Exteriores que, en términos globales, el estado griego se había mostrado indiferente al tema de la educación de los griegos en Estados Unidos. Hay que decir que, cuando describen la situación de sus respectivas comunidades, ni los cónsules ni el embajador critican en modo alguno a los inmigrantes [13].

[12] Mihail Chr. Ailianos, «Oi Ellines tou Exoterikou», en *The AHEPA Magazine*, julio de 1930.

[13] Archivos del Ministerio griego de Asuntos Exteriores, 1936 B/7-B/16,

La dictadura de Metaxas, 1936-1940

El 4 de agosto de 1936, unos meses después de la muerte de Venizelos, se estableció en Grecia una dictadura encabezada por el general Ioannis Metaxas, cuya larga carrera militar y política había estado marcada por su oposición al partido liberal venizelista. Con el beneplácito del rey de Grecia, Metaxas acabó con la frágil democracia parlamentaria griega e instituyó un sistema autoritario cuasifascista.

El régimen de Metaxas —conocido como el «4 de agosto»— intentó por todos los medios ganarse el apoyo de los griegos de Estados Unidos; no sabemos a ciencia cierta si se buscaba simplemente la legitimación o si se pretendía contrarrestar la fuerte oposición de izquierdistas y liberales. Esta voluntad se puso de manifiesto en la calurosa recepción dispensada a la excursión anual de la AHEPA en 1937. A juzgar por el espacio que dicha visita ocupó en la revista de la organización, la respuesta del presidente, V. I. Chebithes, y de los directivos de la AHEPA no fue menos entusiasta. Metaxas acudió al final del banquete oficial y pronunció un breve discurso de bienvenida. El general no era precisamente famoso por su brillante oratoria o por su carisma personal, así que prefirió que el discurso principal lo pronunciara su ministro de Prensa, Theologos Nikoloudis, uno de los mayores propagandistas del régimen. Tras ensalzar las virtudes del «4 de agosto» y explicar que la democracia parlamentaria sólo podía funcionar en países desarrollados como Estados Unidos, Nikoloudis dijo a los representantes de la AHEPA:

> Grecia necesita a todos sus hijos. Estamos seguros de que en un periodo como éste de recuperación nacional, la diáspora helénica se mantendrá, indivisa, al lado del rey y de Metaxas [...] El estado tiene, claro está, sus propias obligaciones para con la diáspora y va a cumplir con ellas [14].

Los griegos de América descubrieron pronto en qué consistían aquellas obligaciones y cómo cumpliría con ellas el gobierno de Metaxas. Lo primero que hizo fue intentar establecer una especie de alian-

[14] *The AHEPA,* vol. XI, n.° 3, mayo-junio, 1937.

za con las asociaciones griegas de Estados Unidos. En 1939, la delegación de la AHEPA que viajó a Grecia incluía una representación de su sección juvenil, los Hijos de Pericles, y los líderes del EON *(Ethniki Organosis Neoleas),* que eran las juventudes metaxistas, se esforzaron por ganarse la simpatía del presidente de la organización juvenil griega.

En aquel mismo año, el gobierno envió a Vasilios Papadakis, uno de los principales propagandistas del régimen, para que realizara una gira por las comunidades griegas de Estados Unidos. El diario *Atlantis,* con su apoyo incondicional al sistema —aseguraba además que la mayoría de los griegos de Estados Unidos admiraban a Metaxas—, le había allanado el terreno. Curiosamente, Papadakis decía que no pretendía hacer propaganda del «4 de agosto» sino impedir la deshelenización de los hijos e hijas de los inmigrantes griegos. No fue siempre bien acogido, y en algunas de las comunidades que visitó se llegó incluso al combate físico. Los consulados, el *Atlantis* y la Archidiócesis ortodoxa griega apoyaron la gira propagandística de Papadakis, pero la AHEPA y el diario *Ethnikos Kyrix* se opusieron enérgicamente a la presencia en Estados Unidos del representante de un régimen dictatorial.

La conclusión que podemos extraer es que durante la dictadura del general Metaxas se devaluó el interés oficial por la deshelenización de los griegos residentes en el extranjero. Dicha preocupación había surgido con la premisa de que para desarrollar el programa de la «Gran Grecia» había que movilizar al mayor número posible de griegos en todo el mundo. Ahora, sin embargo, las relaciones del estado griego con las comunidades de la diáspora estaban teñidas de implicaciones políticas.

Pero una vez más, no todos eran tan estrechos de miras en Grecia. Con motivo de la visita de la AHEPA a Grecia en 1937, un diario de Atenas publicó un concienzudo editorial que tenía en cuenta el lado positivo de la emigración:

> Aunque por espacio de varias décadas la emigración fuese una solución desagradable a nuestros problemas demográficos, en el caso de América ofrecía una compensación valiosa: la gran democracia transatlántica funcionaba como una escuela de civilización para muchos griegos. Si nuestra élite social se inspiró en Europa, América es la Europa de la gente corriente [...]. Sólo hay que visitar el Peloponeso y las demás regiones de Grecia para observar el impacto que la cultura

> americana ha tenido, por medio de los que regresaron, en la Grecia rural. Al ver sus casas, sus jardines, su trabajo, su modo de hablar, uno se da cuenta inmediatamente de las lecciones que la gente sencilla aprendió durante su estancia en América [15].

Estas observaciones constituyen una de las primeras muestras de que no todos los comentaristas griegos adoptaron un punto de vista negativo. Seguramente, cierto sector esnobista de la sociedad siguió repudiando a los emigrantes, pero no todos los comentarios fueron desfavorables.

Desde los años cuarenta hasta 1974

Grecia entró en la Segunda Guerra Mundial en octubre de 1940. Tras seis meses de heroica resistencia, en los que las tropas de Mussolini hubieron de replegarse hacia el interior de Albania, Grecia sucumbió al ataque de Alemania en abril de 1941. Al cabo de unos meses se establecía un gobierno provisional en el exilio, concretamente en la parte de Egipto que estaba en poder de Gran Bretaña. Metaxas había muerto, pero su régimen perduraba, si bien los ingleses habían utilizado su influencia para que el rey nombrase a un primer ministro venizelista moderado, y en el transcurso de la guerra ejercieron una leve presión para que el sistema fuese más representativo. Entre los miembros del gobierno que regresó a Grecia a finales de 1944, después de la liberación, había incluso algunos políticos de izquierdas.

En su esfuerzo por conseguir implantar un gobierno griego democrático y probritánico durante la guerra, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña se ocupó de canalizar las opiniones de las comunidades griegas de la diáspora. Especialmente en los dos primeros años de la contienda, en los que la comunicación con Grecia, ocupada por el Eje, era difícil y las manifestaciones de la opinión pública poco fiables, el *Foreign Office* transmitió las reacciones de los griegos de Egipto y de América ante la composición y la política del gobierno en el exilio.

[15] *Elefitheron Vima*, 14 de abril de 1937.

El rey, pero sobre todo el gobierno, durante sus visitas a Estados Unidos y a Canadá en 1942, hicieron lo posible por granjearse la adhesión de los griegos más influyentes. El resto del tiempo que duró el conflicto bélico lo pasaron entre Londres y Egipto, que era la sede oficial del gobierno en el exilio. Aunque no proclamaron expresamente que la comunidad griega de América era una extensión de la patria y que era su deber ser leal, las autoridades griegas establecieron una relación más estrecha y equitativa con dicha comunidad.

De 1950 a 1967

Con la intervención de Estados Unidos en la guerra civil griega —en virtud de la doctrina Truman— en 1947, el ingreso de Grecia en la OTAN en 1953 y la presencia continuada del ejército estadounidense en el Mediterráneo oriental, los gobiernos conservadores griegos de la década de los cincuenta mantuvieron una relación muy estrecha con Washington. A pesar del consiguiente acercamiento entre Grecia y los griegos de Estados Unidos, ello no significó necesariamente un mejor entendimiento, a nivel de gobiernos o de opinión pública, entre ambas partes.

En Atenas, algunos observadores consideraron que en Estados Unidos la identidad griega se adaptaba al entorno. George Melas, embajador griego en Washington, escribió que los griegos de Estados Unidos lo hacían «sin renunciar en absoluto a las armas morales que les proporcionan las tradiciones griegas» y que su progreso se debía a las «virtudes inherentes a nuestra raza» [16].

No todos los escritores griegos que viajaron a los Estados Unidos a mediados de los cincuenta, como parte de un programa organizado de visitas, vieron las cosas de la misma manera. Unos se marcharon con la triste impresión de que los griegos de aquel país estaban desarraigados definitivamente y otros omitieron cualquier referencia a la comunidad griega cuando contaron lo que habían visto. En cuanto a la opinión pública griega, las impresiones también eran diversas. Unos

[16] George B. Melas, «Mynima», en *Nea Estia,* n.º 653, número especial dedicada al helenismo en América, 1955, p. 21.

envidiaban el nivel de vida que se disfrutaba al otro lado del Atlántico y otros seguían despreciando a los griegos que se habían instalado allí. El «tío de América», un ricachón tosco y bufonesco que regresaba a Grecia en busca de esposa, era caricaturizado con frecuencia en la cinematografía griega de los años cincuenta y sesenta.

No faltan testimonios de que los griegos de Estados Unidos tampoco estaban satisfechos con la forma en que les trataba el estado griego. Babis Marketos, director del *Ethnikos Kyrix,* uno de los dos diarios en lengua griega de Estados Unidos, fue una de las figuras públicas que mantuvo una postura crítica. En un editorial publicado en 1950 acusaba al estado griego de hipocresía al proclamar que el año siguiente sería el «año del emigrante griego» y no tomar ninguna medida concreta para ayudar a las comunidades de la diáspora. Cinco años después, en un número especial de la prestigiosa revista literaria *Nea Estia* dedicado a los griegos de Estados Unidos, Marketos escribía que la intelectualidad y la clase política de Grecia simplemente prescindían de los griegos de Estados Unidos [17]. La opinión de Marketos era compartida por otros muchos griegos importantes de Estados Unidos. En las reuniones que la comunidad organizaba con dignatarios griegos que visitaban el país, como por ejemplo el ministro de Asuntos Exteriores Evangelos Averoff, o con diplomáticos destinados allí, los anfitriones se encargaban de recordar a sus invitados que los griegos de Estados Unidos eran ciudadanos americanos.

No obstante, las tensiones entre los griegos de Estados Unidos y el estado griego salieron a la luz en muy pocas ocasiones. Una de ellas se presentó cuando Dean Alfange, antiguo presidente de la AHEPA, se opuso públicamente a que se interviniese en Chipre para que no se rompiese la unidad de la Alianza Atlántica. En 1956 el embajador griego George Melas criticó la postura de Alfange en un discurso pronunciado en un banquete de la AHEPA. Alfange respondió con una carta abierta en la que decía que el embajador consideraba a los estadounidenses de origen griego como una colonia de Grecia [18].

A principios de los sesenta se produjo otra confrontación, cuando la Archidiócesis ortodoxa griega se propuso hacerse con el control de

[17] Babis Marketos, «I Protovoulia», *Nea Estia* n.º 683, número especial sobre helenismo en América, 1955, p. 21.

[18] *Ethnikos Kyrix,* 21 y 24 de agosto de 1956.

las comunidades locales. El partido de centro que gobernaba en Atenas, con George Papandreu al frente, apoyó los planes de la Archidiócesis. Muchos griegos de Estados Unidos se sintieron ofendidos porque pensaron que el gobierno griego, en lugar de haber secundado sin más a la Archidiócesis, debería haber ahondado en el tema o haber mantenido una postura neutral.

A pesar de los roces entre Grecia y los griegos de Estados Unidos, la relación era esencialmente buena a causa del conflicto de Chipre y gracias a la estrecha colaboración entre los dos países. Aunque hasta 1974 los griegos de Estados Unidos no se convirtieron en un factor importante de la política exterior americana, fueron un aliado útil en la lucha de los gobiernos griegos por que su voz se escuchase en Washington.

La Junta Militar griega, 1967-1974

Cuando los coroneles tomaron el poder en abril de 1967, solicitaron enérgicamente el apoyo de los griegos de América. Igual que la dictadura de Metaxas, la de los coroneles buscó su legitimación en un probado apoyo de los griegos del extranjero, especialmente los de Estados Unidos y Canadá.

La Junta encontró en seguida partidarios dentro del *establishment* griego de Estados Unidos, sobre todo en la Iglesia y en la AHEPA. Ambas instituciones celebraron sus reuniones en Atenas durante la dictadura militar. Pero no era simplemente la cúpula del sistema la que apoyaba el régimen: más de tres cuartas partes de la comunidad griega de Estados Unidos lo hacían, ya fuese activa o pasivamente. Les atraía su conservadurismo y su rústico populismo, dos actitudes muy familiares para aquellos cuyos padres procedían de la Grecia profunda y cuyo derechismo había cristalizado en los cincuenta, la etapa más anticomunista de la historia de los Estados Unidos.

No faltaron los oponentes a la Junta, sobre todo en Canadá, pero también en Estados Unidos. Aquel pequeño grupo de exiliados, encabezado por el catedrático y antiguo primer ministro Andreas Papandreu, no estaba solo. A él se unieron griegos de Estados Unidos curtidos en la lucha obrera, jóvenes profesionales de izquierdas o liberales, intelectuales y estudiantes, que criticaron continuamente al régimen en

programas de radio, mítines, manifestaciones y reuniones con políticos estadounidenses. La historia del movimiento de oposición a la Junta Militar griega aún no se ha escrito, y se ha visto eclipsada por el apoyo mayoritario a los dictadores; sin embargo, sus esfuerzos deben ser reconocidos.

Desde 1974 hasta 1992

La relación entre Grecia y los griegos de América desde 1974 ha tenido dos vertientes. La primera es la impopularidad que los segundos —sobre todo, los de la clase alta— cosecharon entre la opinión pública griega por su postura con respecto a la Junta Militar; la segunda, el creciente reconocimiento por parte de Grecia de la contribución de la comunidad griega de Estados Unidos al apoyar su política ante la invasión de Chipre. A causa de la constante tensión con Turquía, que se ha prolongado a lo largo de todo el periodo, y de la reaparición de la cuestión macedonia tras el estallido de la guerra en Yugoslavia en 1991, el gobierno griego ha contado con la comunidad griega de América para difundir sus puntos de vista.

Las actividades del *lobby* griego en Washington a raíz de la crisis de Chipre se analizarán en el siguiente capítulo. Digamos simplemente que el gobierno griego desempeñó un papel secundario, hasta el extremo de adoptar un punto de vista diferente al de la comunidad de Estados Unidos. Esto es habitual en los tiempos que corren. Por mucha atención que las comunidades de una diáspora presten a los asuntos de su país de procedencia, siempre tenderán a considerarlos desde la perspectiva del país donde están ubicadas. La divergencia entre el punto de vista de Israel, por ejemplo, y el de cierto sector judío de Estados Unidos es un fenómeno similar.

Puede decirse que la relación, en cierto sentido, ha completado el círculo, ya que, al igual que en la etapa anterior a 1922, los griegos de América son nuevamente los portavoces de Grecia en el extranjero. Sin embargo, en otro sentido, la situación es bien distinta, ya que se ha terminado por reconocer la autonomía de la comunidad griega de América.

Resumen

La relación de Grecia con los griegos de América ha pasado por varias fases. La primera terminó con el desastre de Asia Menor en 1922; la segunda abarca el periodo comprendido entre 1922 y la invasión turca de Chipre en 1974 y la tercera empieza entonces. Al mismo tiempo, la naturaleza de esta relación ha venido determinada por el carácter de cada gobierno. Las peores experiencias se vivieron entre 1922 y 1974, cuando, a falta de un auténtico propósito nacional, la relación adquirió un marcado tinte político.

A partir de 1974 el panorama inspira cierto optimismo. Aunque quizás el gobierno griego no sea del todo consciente de la complejidad de la situación en que se hallan los griegos de América, los cónsules han demostrado, en términos globales, un alto grado de profesionalidad. Las sucesivas crisis por las que ha atravesado Grecia no les han empujado a intervenir en los asuntos de las comunidades americanas ni a demostrar un nacionalismo exacerbado. Por el contrario, en ocasiones han servido como contención. Probablemente, han tenido que prescindir tanto del apoyo de Atenas como de la ayuda de sus colegas. El cuerpo diplomático griego padece el mismo mal crónico que atenaza a toda la administración griega: la inercia. Y es que los nombramientos no se basan en la habilidad de cada cual sino en sus contactos políticos. Así, los pocos que son realmente competentes no pueden por sí solos llevar a cabo la difícil tarea de construir puentes entre Grecia y la comunidad griega de América.

Capítulo XII

LOS GRIEGOS DE AMÉRICA Y GRECIA

La influencia de los griegos de América en Grecia se ha manifestado principalmente en dos campos: la economía y la política. El dinero enviado por los emigrantes y las inversiones en Grecia han tenido gran importancia desde principios de siglo; ya hemos aludido a ello en otros capítulos. La influencia política es más compleja, ya que se refiere, por un lado, al apoyo ofrecido a un determinado partido y, por otro, a la colaboración con el gobierno griego en materia de política exterior. También nos hemos referido, cuando ha sido necesario, al reflejo del mosaico político griego en la comunidad americana.

El presente capítulo se centra en los esfurzos de los griegos de América por colaborar en la política exterior de Grecia, sobre todo a partir de los años cincuenta, y resulta inevitable prestar especial atención a las actividades del *lobby* o grupo de presión griego en Washington desde 1974, cuyos resultados, durante algún tiempo, fueron extraordinarios.

El impacto económico

Ya hemos observado el efecto positivo que las sumas de dinero enviadas por los emigrantes tuvieron en la economía griega a principios de siglo. El capital que llegaba a través del correo, de los bancos y en mano transformó el panorama económico de regiones enteras de Grecia. En el Peloponeso, por ejemplo, los tipos de interés, que en los albores de la crisis de la pasa se habían disparado hasta sobrepasar el 20 %, descendieron a un 10 e incluso un 5 %. Con el dinero llegado

de fuera se construyeron las llamadas «casas americanas», y la infraestructura agraria introdujo numerosas mejoras.

Las remesas de los emigrantes provocaron todo un *boom* económico entre 1911 y 1929. Su valor total experimentó la siguiente progresión: 42 millones de dracmas de oro en 1914, 369 millones en 1919, 565 millones en 1920 y 375 millones en 1921, para luego bajar a 161. A lo largo de dicho periodo, se calcula que el capital recibido equivalió a un 50 % del déficit comercial del país. Las remesas de los emigrantes eran la segunda fuente de ingresos después del comercio exterior. Aunque los especialistas no se ponen de acuerdo, la mayoría consideran las mencionadas remesas como un factor decisivo en el desarrollo económico que experimentó Grecia en las décadas de los veinte y de los treinta [1].

En esta última descendieron a causa de la crisis económica mundial, y en los años cuarenta también, debido a la guerra, pero en los cincuenta los envíos volvieron a aumentar de manera constante. La tabla que aparece a continuación muestra su volumen y su procedencia geográfica.

Tabla 12.1. Remesas de los emigrantes griegos por países en millones de dólares 1958-1964 (las cifras para 1964 son incompletas)

	1958	1959	1960	1961	1962	1963	1964
Estados Unid.	51,7	63,0	64,3	98,3	72,9	75,7	61,9
Canadá	1,4	1,9	2,2	3,1	6,1	6,8	20,1
Zonas de libra esterl.	16,1	15,7	17,9	22,3	27,1	29,6	—
Países de Europa con acuerdo monet.	5,1	5,9	4,0	5,6	8,7	16,6	19,7
Europa este	0,1	0,1	0,1	0,2	0,2	0,3	—
Otros países	2,3	2,0	1,9	2,1	2,2	1,5	14,7
Total	76,7	88,6	90,4	98,4	117,3	128,5	116,4

Fuente: Banco de Grecia, citado en Angelopoulos... *[et al.], Essays on Greek Migration,* p. 31.

[1] Ira Emke-Poulopoulou, *Provlimata Metanastefsis Palinostisis,* pp. 298-299.

Debido al retroceso general de la emigración en 1974, así como a los elevados índices de desempleo en los países donde los emigrantes griegos se habían instalado, a partir de 1979 las remesas de dinero han ido descendiendo, si bien en el caso de América el descenso ha sido proporcionalmente menor. Otro problema ha sido la influencia de las remesas en la devaluación del dracma. En cualquier caso, dichas remesas, que en 1979 ascendían a más de mil millones de dólares y en 1983 se vieron reducidas a 935 millones, siguen siendo un medio para combatir el déficit comercial, aunque su importancia pueda decaer con el tiempo.

En la actualidad, Grecia solicita de los griegos de América que inviertan en el país. Con este propósito se han abierto oficinas en Nueva York y en otros lugares. Aunque no disponemos de estadísticas, se dice que tal cooperación está dando fruto.

Los griegos de América y la política exterior griega en la década de los cincuenta

De una manera distinta a cuando, movidos por el nacionalismo, combatieron en las guerras balcánicas, los griegos de América en la década de los cincuenta expresaron su vinculación a Grecia esforzándose por influir en la política exterior estadounidense tras la invasión de Chipre. Sus actividades alcanzaron notoriedad pública cuando en 1974 el *lobby* griego contribuyó a que se decretase el embargo de armamento turco, un proceso iniciado por el Congreso con la oposición del gobierno.

Durante la Primera Guerra Mundial, el presidente Wilson, cuya política exterior estuvo sujeta a presiones por parte de los inmigrantes, denostó su vinculación étnica y les acusó de albergar «antiguos afectos» [2]; sin embargo, la dualidad fue aceptada después de la Segunda Guerra Mundial, especialmente desde finales de los sesenta —la era del pluralismo étnico— en adelante. A partir de 1950, dos acontecimientos paralelos introdujeron en Washington el fenómeno de los *lobbies:* el interés por la política de grupos y la legitimación de la identidad étnica.

[2] Ver Joseph P. O'Grady (ed.), *The Immigrants' Influence on Wilson's Peace Policies,* n.p.: University of Kentucky Press, 1967.

A primeras horas del 1 de abril de 1955, unas veinte bombas explotaron en las proximidades de los cuarteles militares británicos de Chipre. Esto marcó el comienzo de lo que serían cuatro años de guerra de guerrillas y actividad terrorista contra objetivos británicos por parte del EOKA, brazo armado del nacionalismo chipriota. Los líderes políticos no habían conseguido apoyo suficiente para acabar con el dominio colonial británico y unir la isla a Grecia; movidos por el fracaso y la frustración, los más radicales recurrieron a la lucha armada. Las acciones del EOKA, aunque dirigidas contra intereses británicos, afectaban inevitablemente a la minoría turca, por lo que Turquía, espoleada por Gran Bretaña, se vio obligada a intervenir en el conflicto. Con el espectro de la vieja rivalidad greco-turca proyectando su sombra sobre el Mediterráneo oriental, el EOKA, la misma noche en que se iniciaron los combates, distribuyó octavillas con el siguiente llamamiento: «Griegos, dondequiera que estéis, escuchad nuestra voz: ¡Avancemos todos juntos por la libertad de nuestra tierra!» [3].

Apoyar la causa chipriota resultó algo natural para los griegos de Estados Unidos que conservaban un sentimiento de identidad étnica muy arraigado, tanto si procedían de la isla como si no. La noción de que Chipre pertenecía a Grecia era común a todos los griegos del mundo. Se trataba de un conocimiento heredado de sus antepasados que se había ido transmitiendo por medio de la educación, religiosa y laica, y de las instituciones comunitarias de la diáspora. En 1930 un almanaque griego de Estados Unidos publicó un reportaje sobre cierta excavación arqueológica sueca en Chipre que había confirmado la presencia de la Grecia clásica en la isla; el reportaje señalaba que era «superfluo» decir que la isla había sido siempre griega [4].

Como era de esperar, la comunidad griega de Estados Unidos interpretó la causa chipriota en términos nacionalistas, y resaltó más la voluntad de unión con Grecia *(Esnosis)* por parte de los griegos de la isla que el deseo de la población por conseguir la autodeterminación. A menudo se definían las aspiraciones de Chipre como «sagrada lucha nacional de nuestros hermanos chipriotas», y los comunicados de adhesión que se enviaban a la isla eran «telegramas patrióticos».

[3] Citado en Evangelos Averoff-Tosizza, *Lost Opportunities The Cyprus Question, 1950-1963.* New Rochelle (Nueva York): Caratzas, 1986, p. 41.

[4] «Oi Thesauroi ton Archeon Anaktoron tis Kyprou», en *Engyklopaidikon Imerologion.* Nueva York: Herald Printing Syndicate, 1930, p. 427.

Pero los griegos de Estados Unidos guardaban la jerga nacionalista para conversar entre ellos, y cuando se dirigían a los políticos o a la opinión pública estadounidense medían sus palabras. En tales ocasiones, si querían conseguir apoyo, les convenía más insistir en la autodeterminación, puesto que muchos americanos mantenían una postura crítica con respecto al colonialismo británico y francés. Los editoriales en favor de la lucha greco-chipriota eran frecuentes en la prensa estadounidense. Los senadores y congresistas, por su parte, eran felices al poder prestar su apoyo a la causa. En el Comité de Justicia para Chipre patrocinado por la AHEPA participaban muchos representantes parlamentarios y otras autoridades locales. Tres días después de estallar la lucha de guerrillas en Chipre, el diario *Atlantis* publicó un anuncio de la AHEPA que proclamaba:

> La mayoría de los congresistas estadounidenses se han declarado en favor del derecho del pueblo chipriota a la autodeterminación. Ello ha sido posible gracias a la labor de representantes de la AHEPA que, en el transcurso de cenas y reuniones, tanto públicas como privadas, les han informado sobre la situación que se vive en Chipre [5].

Pero a pesar de la eficacia con que las jerarquías griegas convencieron a congresistas y a sectores de la opinión pública para que apoyaran la causa chipriota a modo de condena del colonialismo, los resultados políticos no llegaron. A mediados de los cincuenta, no era probable que el Congreso de los Estados Unidos tomase ninguna iniciativa en materia de política exterior: dicha tarea correspondía únicamente al presidente Eisenhower y a su secretario de Estado, John Foster Dulles. En teoría, la política que se siguió fue de neutralidad; en la práctica, se intentó obstaculizar la unión de Chipre con Grecia y desanimar a los defensores de tal causa en sus intentos por elevar el caso a las Naciones Unidas. Se cree que detrás de esta postura se escondía el interés de Dulles por la contención y la seguridad en el Mediterráneo oriental. En cualquier caso, la clave para dar un viraje en la política exterior de Estados Unidos residía en presionar o persuadir a uno de los dos, a Eisenhower o a Dulles. Pero los líderes griegos no parecieron dispuestos a hacerlo.

[5] *Atlantis,* 4 de abril de 1955.

Las razones de esta actitud no están muy claras, ya que no disponemos de testimonios directos. Sin embargo, pueden deducirse del conocimiento general que tenemos de las pautas que siguió la política exterior estadounidense en la década de los cincuenta, un periodo que ha sido descrito por el estudioso Gabriel Almond como la «era del consenso». Era raro que un grupo, y más aún si era étnico, expresase una opinión alternativa sobre cómo debían actuar los Estados Unidos a nivel internacional. Las críticas a la conducta del presidente o a la de los miembros más veteranos del gobierno, por tanto, estaban fuera de lugar. Aunque en periódicos y revistas como el *Life Magazine* se usaba un lenguaje duro para describir la política de no intervención del gobierno, la prensa griega se abstenía de criticar abiertamente a Eisenhower o a Foster Dulles. Ocurría más bien lo contrario: los griegos más influyentes intentaban congraciarse con el presidente. Los directivos de la AHEPA, por ejemplo, no perdían su ocasión anual de visitar a Eisenhower y fotografiarse con él.

Existió, sin embargo, una excepción a esta norma que puso de manifiesto la disconformidad subyacente. Nos estamos refiriendo a un memorándum que el Club Democrático Americano Helénico de Chicago hizo llegar a la convención nacional del partido demócrata que se celebraba en dicha ciudad en 1956, al poco tiempo de que las autoridades británicas arrestasen al arzobispo Makarios, líder del movimiento greco-chipriota. En semejante contexto, los autores del memorándum podían ser acusados quizás de partidismo, pero no de deslealtad a los Estados Unidos. Entre otras cosas, el memorándum mencionaba que

> el secretario de Estado, el republicano John Foster Dulles, ha errado ignominiosamente en el tema de Chipre, ha hecho una chapuza y casi ha conseguido desairar al pueblo griego, que ha sido siempre nuestro aliado [6].

A finales de los cincuenta se ejerció una intensa presión diplomática sobre Grecia y, sobre todo, sobre el movimiento greco-chipriota, para acabar con las actividades del EOKA y alcanzar una solución para

[6] *Atlantis,* 19 de agosto de 1956.

la crisis. La comunidad griega de Estados Unidos había comprobado su influencia en la política exterior estadounidense, y no tendría que esperar demasiado para tener una nueva oportunidad de hacerlo.

La crisis de Chipre en la década de los sesenta

En 1960 se formó la República de Chipre como un compromiso entre el deseo griego de unión y el rechazo de Gran Bretaña y Turquía a que tal unión se efectuase. Las caldeadas negociaciones diplomáticas que habían tenido lugar el año anterior en Londres y Zurich habían desembocado en la mencionada solución de compromiso, con la firma de un documento titulado «Estructura Básica» que, como su propio nombre indica, serviría de base para la futura constitución del estado chipriota. Los acuerdos pretendían asegurar la armonía entre la mayoría griega y la minoría turca. Pero un informe elaborado por una comisión investigadora del Departamento de Estado americano concluía que «en muchos aspectos la solución acordada establece procedimientos nuevos y nunca utilizados» y que

> existen peligros inherentes no sólo en la relativa rigidez del nuevo estado sino también en la detallada codificación de los derechos de cada comunidad, que tenderán más a perpetuar que a eliminar las diferencias [7].

El conflicto étnico estalló en diciembre de 1963. La tensión era cada vez mayor y el peligro de una invasión turca y de una guerra greco-turca acechaba en el horizonte, hasta que Estados Unidos y las Naciones Unidas intervinieron para restablecer la paz a finales del verano de 1964.

En la década de los sesenta, Estados Unidos abandonaría la condición de mero espectador que había adoptado en la década anterior y pasaría a desempeñar un papel decisivo en el asunto de Chipre. Tras el conflicto de 1963, Gran Bretaña, una de las tres potencias garantes

[7] Departamento de Estado, Oficina de Inteligencia e Investigación *(Bureau of Intelligence and Research),* Informe n.º 8.047, «Analysis of the Cyprus Agreements», 14 de julio de 1959, en *Journal of the Hellenic Diaspora,* vol. XI, n.º 4, invierno de 1984, p. 31.

de la soberanía de Chipre (junto con Grecia y Turquía) solicitó formalmente a los Estados Unidos que intervinieran para poner fin a la crisis. Al ser tanto Grecia como Turquía países miembros de la OTAN y depender de la ayuda americana, Estados Unidos contaba aún con mayores facilidades para influir en el curso de los acontecimientos. Y así lo hizo en junio de 1964, cuando la invasión turca se evitó sólo gracias a que Lyndon Johnson se puso en contacto con el primer ministro turco y le amenazó con enviar al ejército. La solución de Johnson supuso un éxito momentáneo; sin embargo, a pesar de reunirse por separado con los gobernantes griego y turco en junio, el presidente americano fracasó en sus intentos de imponer en la isla un sistema viable a largo plazo. En agosto tenía preparada una nueva iniciativa: el llamado «Plan Acheson», que nunca llegó a ponerse en práctica.

En este clima menos coercitivo, y dado que el presidente había decidido intervenir oficialmente en Chipre, los griegos de Estados Unidos ejercieron una presión más valiente sobre el gobierno. En marzo de 1964 Marketos publicó un extenso editorial en la primera página de su periódico, el *Ethnikos Kyrix,* en el que afirmaba que la crisis de Chipre había forzado a los griegos de Estados Unidos a oponerse al presidente por primera vez en la historia de la comunidad; pero continuaba desarrollando la idea de que apoyar la causa chipriota no era incompatible con ser un ciudadano americano amante de la democracia [8].

Pero los líderes de la comunidad griega siguieron procediendo de manera cautelosa y la prensa tenía buen cuidado de que las críticas hacia el presidente estuviesen atenuadas con alguna declaración explícita de que la comunidad compartía los principios estadounidenses. El editorial que publicó el otro periódico griego, el *Atlantis,* con ocasión de la celebración del 4 de julio, lamentaba el hecho de que Estados Unidos no hubiese actuado contra Turquía y la minoría turca de Chipre, cuyo entorpecedor comportamiento violaba los principios de libertad y democracia, dos valores que se asociaban con la independencia estadounidense.

A falta de nada mejor, los griegos de Estados Unidos volvieron a presentar la cuestión como una reivindicación del derecho a la autodeterminación, a pesar de que el conflicto tenía un claro componente

[8] *Ethnikos Kyrix,* 16 de marzo de 1964.

de rivalidad étnica entre griegos y turcos, y de que existía el riesgo de que Turquía invadiese la isla [9]. Pero esta actitud no fue consistente, sino que se ofrecieron varias interpretaciones diferentes de lo que pasaba en Chipre. El conflicto étnico greco-turco se definió como un movimiento antidemocrático por parte de la minoría turca; más tarde, cuando Turquía bombardeó objetivos civiles, se trajeron a colación argumentos de tipo humanitario que reclamaban la protección de la comunidad griega de la isla; finalmente, como ensayo de una táctica que habría de resultar eficaz en 1974, la prensa griega de Estados Unidos condenó los bombardeos porque los misiles empleados eran americanos, lo cual no provocó una reacción demasiado importante por parte del gobierno o la opinión pública.

Si bien la comunidad no abordó de una manera clara y frontal los conflictos étnicos de Chipre en sus contactos con el Congreso o con la opinión pública, las cuestiones nacionalistas protagonizaban sus debates internos. Buena muestra de ello fueron las cartas que los lectores enviaron al *Ethnikos Kyrix* en respuesta al editorial de Marketos al que hacíamos referencia anteriormente, en que el director del diario se mostraba en desacuerdo con la política exterior del presidente. Cierto lector escribió: «Todos estamos muy orgullosos de contar con un periódico griego que represente a la comunidad griega de Estados Unidos con valentía, ardiente patriotismo y claridad histórica en este período de crisis nacional» [10]. Otro lector describía la postura del diario como «orgullo característico de los griegos». El desacuerdo con el presidente, en el caso de éstos y de otros lectores, no era una consecuencia natural de vivir en un sistema democrático, sino una afirmación de los principios nacionales griegos.

La movilización de los griegos de Estados Unidos por el tema de Chipre era un reflejo de la vieja tesis nacionalista de que dicha isla debía unirse a Grecia. Mientras que el Comité Estadounidense para la Autodeterminación de Chipre, del que formaban parte activistas expertos en el tema como Rossides y Plummides, miembros ambos de la AHEPA, pedía la «independencia total y el derecho a la autodeterminación para el pueblo de Chipre» [11], decenas de manifestantes en Chi-

[9] *New York Times,* 22 de agosto de 1964.

[10] *Ethnikos Kyrix,* 3 de marzo de 1964.

[11] Archivo de Saloutos, caja 75, FF 761, Centro de Investigación Histórica sobre la Inmigración *(Immigration History Research Center),* Minneapolis.

cago y Atlantic City demandaban la unión de la isla con Grecia. La prensa griega, entre tanto, sólo hacía hincapié en las atrocidades cometidas por Turquía cuando se refería a los enfrentamientos étnicos, y la comunidad se quejaba de lo que consideraba información tendenciosa por parte de la prensa estadounidense.

Conscientes de lo contraproducente que podía resultar adoptar una perspectiva nacionalista al denunciar la manipulación del tema de Chipre y promover la causa greco-chipriota, las distintas jerarquías de la comunidad griega de Estados Unidos se propusieron modificarla. La Archidiócesis, por su parte, redactó una circular que contenía una lista de instrucciones para orientar adecuadamente la campaña; lo que se pretendía era proteger la reputación de la comunidad. Se ponía el ejemplo de la difamación a que habían estado sometidos los japoneses de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. En el apartado de la circular que se refería a las postales propagandísticas, por ejemplo, el Arzobispado explicaba:

> Cada iglesia ortodoxa griega recibirá cantidades ingentes de postales en las que aparecerá un niño pequeño herido. La fotografía ha sido escogida especialmente por ser la única que no produce pavor. El titular no agravia a los turcos.

Con respecto a las cartas dirigidas a los periódicos («cartas al director»):

> Si la carta hace referencia a un artículo publicado en el periódico que contenga, por ejemplo, un ataque verbal contra Grecia, no hay que dejar que la respuesta venga determinada por los argumentos esgrimidos en dicho ataque; los lectores habrán olvidado el contenido exacto del artículo en cuestión y no hay por qué recordárselo. Además, el ataque podría estar basado en hechos que no resulten convenientes para la presentación del caso griego [12].

La paz llegó a Chipre a finales de año. Puede que la presión ejercida por la comunidad griega sobre el gobierno de los Estados Unidos

[12] Archidiócesis ortodoxa griega de América del Norte y del Sur, circular del 25 de agosto de 1964.

no hubiese obtenido resultados concretos, pero la experiencia les sería útil en el futuro.

El *lobby* griego, 1974-1978

La frágil paz conseguida en Chipre en 1964 duró aproximadamente diez años. En junio de 1974, los coroneles que gobernaban Grecia desde 1967 dieron un golpe de estado e impusieron un régimen de ultraderecha en la isla. El presidente Makarios tuvo que huir. El golpe provocó la invasión turca, que se efectuó en dos fases. Las tropas ocuparon un tercio de la isla y miles de chipriotas griegos perecieron, fueron capturados o lograron ser evacuados. El régimen militar griego se derrumbó al poco tiempo, y se restauró la democracia tanto en Grecia como en Chipre. Pero la ocupación turca permanecía como una sombría realidad.

Las imágenes de televisión y las portadas de los periódicos, repletas de fotografías de las víctimas de la invasión, electrizaron a la comunidad griega de Estados Unidos. Los sucesos de Chipre calaron hondo en la sensibilidad de los griegos, que se rebelaba ante lo que era un siglo entero de sufrimiento a manos de los turcos. Tal estímulo provocó un efecto inmediato. La movilización no se diferenció esencialmente de las acciones que se venían desarrollando desde principios de la crisis, es decir, se seguía apoyando la causa griega. Sin embargo, la invasión planteaba cuestiones múltiples —políticas, humanitarias, legales, etc.— y la forma y el contenido de las movilizaciones fue más diverso que antes. Las reacciones de los griegos de Estados Unidos fueron, por tanto, muchas y muy variadas; en numerosas ocasiones eran puramente espontáneas e iban más allá de las campañas patrocinadas por la AHEPA y la Archidiócesis ortodoxa griega. Estas iniciativas incluyeron manifestaciones a las puertas del edificio de las Naciones Unidas en Nueva York o frente a de la Casa Blanca y una avalancha de cartas enviadas al presidente, al Departamento de Estado, a los senadores y a los miembros del Congreso. El contenido de las protestas era también diverso: se hablaba de la invasión turca como una violación de la soberanía de una nación independiente o como una violación de los derechos humanos, se cuestionaba la responsabilidad de

Estados Unidos y Gran Bretaña por permitir la invasión y por no estar preparados para combatirla.

En tales circunstancias, la tradicional élite griega de Estados Unidos fue reemplazada, en primer lugar, por congresistas y senadores de Washington —algunos de ellos, descendientes de griegos—; en segundo lugar, por el AHI-PAC, un grupo de presión constituido por profesionales que había fundado Eugene Rossides, un griego de Washington que había formado parte del equipo de Nixon, y en tercer lugar, por una serie de organizaciones populares. Estas organizaciones, como el Comité Panheléncio de Emergencia de Nueva York, los Amigos de Chipre de Minnesota o el Comité «Salvad Chipre» de California intentaron desarrollar y coordinar las iniciativas espontáneas de muchos griegos de todo el país. Lo que emergió finalmente fue una especie de pirámide en cuyo vértice se situaban los congresistas y el grupo de Rossides, que se comunicaban con toda la comunidad a través de la Archidiócesis —el arzobispo formó en Chicago su propia camarilla equivalente al AHI-PAC: el UHAC—, y cuyo cuerpo lo formaba la AHEPA y una difusa red de organizaciones populares.

En Washington, un pequeño grupo de congresistas demócratas habían ya reaccionado ante la noticia del golpe de estado y la subsiguiente invasión de Chipre antes de que sus electores griegos se pusiesen en contacto con ellos. El grupo lo integraban, entre otros, John Brademas, de Indiana; Benjamin Rosenthal, de Nueva York, y Paul Sarbanes, de Maryland. Habían adoptado una postura crítica ante la incapacidad del gobierno para frenar a la Junta griega y, tras la invasión, criticaron la relación de Estados Unidos con Turquía. En agosto se reunieron con el secretario de Estado, Henry Kissinger, para protestar por la pasividad del gobierno. Cuando el día 14 Turquía completó la segunda fase de la invasión, otros congresistas se sumaron al grupo de opositores y empezaron a escucharse las primeras propuestas de que se cortase el suministro de armas a Turquía.

La apertura del congreso semestral de la AHEPA tuvo lugar el 16 de agosto de 1974 en Boston, es decir, un día después de la segunda y definitiva acometida del ejército turco. Dicho congreso se convirtió en un foro en el que se expresaron diversas reacciones ante los acontecimientos de Chipre. En Harvard, 30 miembros de una asociación de estudiantes *(MIT-Harvard Hellenic Students Association)* iniciaron una huelga de hambre de dos días para protestar por la «criminal política

del gobierno de Estados Unidos en el tema de Chipre». Se dijo que un manifestante de Boston portaba un letrero con la siguiente inscripción: «Presidente Ford: libre a Chipre de los sucios turcos», mientras que cierta fotografía mostraba otro letrero en el que se le rogaba: «No permita que los turcos sigan bombardeando y asesinando» [13].

Uno de los oradores en aquella manifestación, el demócrata Michael Dukakis, candidato a gobernador por el estado de Massachusetts, se mostró más temperamental e instó a las autoridades a acabar con su «política de indecisión» con respecto a Chipre. La AHEPA, por su parte, consciente de la amplia gama de cuestiones relacionadas con el conflicto y temerosa de quedarse al margen, adoptó una resolución igualmente amplia que incluía: la aplicación del alto el fuego propuesto por las Naciones Unidas, la retirada del ejército turco, el «caudillaje moral» de Estados Unidos en el apoyo a la autodeterminación y la libertad para Chipre, y una llamada a todas «las naciones amantes de la paz para que se unan en un suministro masivo de ayuda para los refugiados griegos de Chipre» [14].

La actitud de la AHEPA no había variado demasiado desde el principio de la crisis. No es que prescindiera del Congreso, pero sus medidas de suave presión iban sobre todo dirigidas al gobierno. Los directivos se mostraban tan circunspectos como siempre; habían contemplado el fracaso de movilizaciones parecidas en el pasado. Sin embargo, en el momento de clausurar el congreso era evidente que las movilizaciones estaban en todo su apogeo y que en el parlamento existía una corriente de protesta contra la política que se estaba llevando a cabo con relación a Chipre. ¿Cómo podrían conjuntarse ambos frentes de una manera efectiva?

Eugene Rossides sabía por experiencia que la AHEPA era reacia a ejercer una presión seria sobre el Congreso y que tampoco tenía medios para hacerlo, por lo que decidió formar su propio grupo de presión o *lobby:* el AHI-PAC. Su función era servir de enlace entre los congresistas preocupados por el tema de Chipre, la AHEPA, la Archidiócesis y otras organizaciones griegas del país. Rossides consultó con los congresistas Brademas, Rosenthal y Sarbanes, y todos coincidieron

[13] *Boston Sunday Globe,* 11 de agosto de 1974.
[14] *Boston Evening Globe,* 21 de agosto de 1974.

en que la táctica más efectiva para atraer al mayor número posible de legisladores a su causa era insistir en la ilegalidad del uso de armamento estadounidense por parte de Turquía.

El grupo empezó a trabajar en el tema y sus esfuerzos se vieron pronto recompensados. El 19 de agosto un periodista preguntó a Kissinger en una rueda de prensa si, conforme a la Ley de Ayuda al Exterior *(Foreign Assistance Act),* no había que negarle ayuda a Turquía, puesto que la asistencia militar sólo estaba prevista en caso de peligro interior o legítima defensa. El secretario de Estado respondió que estaba a la espera de poder examinar los resultados de un estudio que estaban llevando a cabo abogados del Departamento de Estado, y que hasta no disponer de tal información el gobierno se mantendría contrario al embargo, ya que éste perjudicaría los intereses de Estados Unidos en el Mediterráneo oriental.

Dos semanas más tarde, el senador por Missouri Thomas Eagleton, uno de los políticos que se oponía a la postura del gobierno, tuvo conocimiento de que el informe en cuestión no se había hecho público porque Kissinger estaba intentando modificar sus conclusiones, que no convenían a la política del gobierno. A primeros de septiembre, Eagleton denunciaba en el Senado que el presidente Ford estaba siendo mal aconsejado o mal informado acerca de las implicaciones legales de su pasividad con respecto a la crisis de Chipre. En clara alusión al escándalo Watergate, que había derribado a Nixon hacía menos de un mes, el senador añadió: «hemos aprendido que las políticas surgidas de la ignorancia o contrarias a la Ley están abocadas al fracaso» [15].

Para sorpresa de Eagleton, muchos de sus colegas secundaron sus palabras. Obviamente, la inactividad del gobierno y las implicaciones legales del uso de armamento estadounidense preocupaban cada vez más al Senado. También existían otros problemas relacionados con el tema, como el de los refugiados, que había sido planteado por el senador Edward Kennedy. Cuando Eagleton se encontró frente a frente con Kissinger en el Capitolio —el secretario de Estado se dirigía al *caucus* demócrata— le dijo: «Señor secretario, usted no entiende el imperio de la Ley», lo cual no era más ni menos que el principio que susten-

[15] Dennis Kux, «Ethnic Groups and Foreign Policy: The Greek Example» *Seminario sobre política nacional e internacional,* Departamento de Estado, 1977-78, p. 18.

taría la campaña por el embargo tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes: dicho embargo simbolizaría la aplicación del «imperio de la Ley», un concepto delicado después del escándalo Watergate. A finales de septiembre, ambas cámaras habían aprobado la primera de una serie de medidas legislativas que a la postre conducirían al embargo de armas a Turquía, que, tras varias demoras, fue decretado en febrero de 1975. Casi todos reconocen que la legislación relativa al embargo prosperó gracias a los esfuerzos del *lobby* griego, ya que tanto el gobierno como los líderes de ambos partidos en el Congreso se oponían enérgicamente a tales medidas.

La presión ejercida por la comunidad griega de Estados Unidos fue efectiva por centrarse en el punto de vista legal de la cuestión chipriota. A sus ojos, la actividad del Congreso había supuesto el primer avance a nivel de intervención internacional en el conflicto: a mediados de septiembre de 1974 estaba claro que ni el gobierno de Estados Unidos, ni las Naciones Unidas, ni ningún otro organismo nacional o internacional estaban dispuestos a tomar cartas en el asunto. El esfuerzo merecía la pena.

Entre tanto, las movilizaciones de carácter étnico seguían teniendo un tinte marcadamente nacionalista. Al repasar las fotografías de la multitudinaria manifestación que la comunidad griega organizó el 20 de julio de 1975 en Washington, a raíz del intento por parte del gobierno de levantar el embargo, podemos ver una amalgama de banderas griegas y estadounidenses, y manifestantes vestidos con trajes regionales griegos. La información sobre Chipre que aparecía en los dos periódicos en lengua griega de Estados Unidos, el *Etnikos Kyrix* y el *Proini,* estaba plagada de imágenes y mensajes antiturcos; no así sus editoriales.

Los notables de la comunidad griega, por lo tanto, trasladaron las cuestiones étnicas a un terreno más amplio que se había abierto a los legisladores con el caso Watergate: el «imperio de la Ley». Muchos de los personajes que tomaron parte en esta nueva estrategia, como Eugene Rossides, el entonces anciano director del *Ethnikos Kyrix,* Babis Marketos, representantes de la AHEPA como John Plumides o el arzobispo Iakovos habían estado presentes en las movilizaciones de los años cincuenta y sesenta y conocían la facilidad con que podía fracasar una campaña. Incluso después de decretarse el embargo en 1975, organizaciones como el AHI-PAC lanzaban frecuentes consignas a la co-

munidad griega: el embargo no era una medida progriega o antiturca, sino «una importante victoria del imperio de la Ley» [16].

Esta eficaz «traducción» de las inquietudes étnicas no fue el único factor importante para el triunfo del *lobby* griego de Washington. El nuevo papel del Congreso en la formulación de la política exterior y la proliferación de grupos de presión semejantes también contribuyeron. Otro factor crucial fue la popularización de las teorías étnicas que habían renacido a finales de los sesenta en Estados Unidos. Dado que los *lobbies* y la conciencia étnica formaban ya parte de la vida social y política del país, los congresistas sintieron debilidad por los *lobbies* étnicos.

Si bien la comunidad griega de Estados Unidos no tenía la fuerza numérica suficiente como para determinar los resultados electorales, ni siquiera en algún distrito, las inquietudes de los votantes griegos fueron tenidas en cuenta por sus representantes en el Congreso, incluso por aquellos que no habían tomado partido con respecto al tema de Chipre. Éste fue un primer paso hacia la atención directa de sus demandas. Cierto estudio menciona que los congresistas recordaban haber recibido gran número de llamadas telefónicas y de cartas, y la emoción que estas personas ponían en sus peticiones; al parecer, un asesor personal recordaba que David Clancy, representante republicano de Ohío en la Cámara, había dicho: «Quizá no hubiese perdido mi escaño por esto, pero quién quiere meterse en jaleos». Hay que señalar que muchos de los que se oponían al embargo criticaban la presión étnica [17].

No obstante, dicha presión resultaba aceptable para la mayoría, especialmente para los muchos congresistas indiferentes a la cuestión de Chipre. A propósito de esto, siempre se cuenta la historia —probablemente apócrifa— del congresista que reconocía haber votado a favor del embargo porque en su distrito electoral había más restaurantes griegos que turcos.

Pero lo más importante fue que el renacimiento étnico legitimó el interés de los ciudadanos por los asuntos de su país de origen, algo

[16] *AHI-PAC Newsletter*, vol. 1, n.° 1, 10 de enero de 1975.

[17] John Rourke, *Congress and the Presidency in U.S. Foreign Policymaking: A Study of Interaction and Influence, 1945-1982*. Boulder: Westview, 1983, p. 267.

que forma parte del patrimonio étnico y que la sociedad estadounidense quería preservar. Este deseo era compartido por muchos oponentes a la postura del *lobby* griego. George Mahon, por ejemplo, representante demócrata de Texas en la Cámara —presidente del importante comité de Apropiaciones— rebatió la propuesta de Rosenthal de negarle asistencia a Turquía hasta que se hubiese progresado en la resolución de la crisis. Según Mahon, tal medida era precipitada y potencialmente contraproducente para la población griega de la isla, a lo cual añadió:

> Existen en este país numerosas comunidades en las que viven estadounidenses de origen griego. Estas personas tienen derecho, como el resto de los ciudadanos, a nuestra consideración y a nuestra predisposición a ayudarles. Hacer algo que pueda poner más o menos en peligro su patria parecería bastante insensato [...]. A mí me interesan las inquietudes y el bienestar de los estadounidenses de ascendencia griega [18].

Este argumento suponía cortar la hierba bajo sus propios pies, ya que implicaba que si los griegos que habían votado a un determinado legislador afirmaban que el embargo no ponía en peligro su patria, el legislador en cuestión tendría que plantearse defender el embargo, sobre todo si era joven y no tenía asegurado el escaño. En cualquier caso, el debate en el que se produjo la referida intervención de Mahon concluyó con el triunfo de la propuesta de Rosenthal por 370 votos a favor y 90 en contra. El camino hacia el embargo estaba abierto.

La administración Ford no aceptó pasivamente la situación, sino que rechazó contundentemente toda propuesta favorable al embargo entre septiembre y diciembre de 1974; pero el *lobby* griego era fuerte y contaba con el apoyo de la mayoría, tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes. En el verano de 1975 el gobierno hizo un último esfuerzo y consiguió limar algunos aspectos del embargo, aunque la legislación siguió vigente.

En 1976, Jimmy Carter, en el transcurso de su campaña presidencial, anunció que mantendría el embargo hasta que las tropas turcas abandonaran la isla, lo que le congració con la comunidad griega. Se

[18] Archivo del Congreso, 24 de septiembre de 1974, pp. 324-325.

generó tal entusiasmo que, tras su victoria en ese mismo año, los griegos de Nicosia bailaron por las calles.

Pero en abril de 1978 Carter decidió levantar el embargo porque Turquía era un aliado demasiado valioso para Estados Unidos. El *lobby* griego se movilizó de nuevo, pero no consiguió evitar que en el verano, tanto la Cámara de Representantes como el Senado, aprobasen por un estrecho margen la propuesta del presidente.

El contexto había cambiado: el Congreso tenía menos influencia en la política exterior y Carter estaba consiguiendo reafirmar la figura del presidente, tan devaluada en tiempos de Nixon y Ford. El argumento del «imperio de la Ley», que había resonado con tanta insistencia después del Watergate, ya no resultaba tan seductor, ni para la opinión pública ni para la clase política. Además, quienes recalcaron el valor estratégico de Turquía en Washington se sirvieron de campañas de relaciones públicas financiadas por el gobierno turco.

Lobbies griegos en Canadá y Estados Unidos en la actualidad

El *lobby* griego de Estados Unidos, o al menos los distintos grupos de presión integrados por profesionales que surgieron en Washington y Chicago siguen funcionando: el AHI-PAC de Eugene Rossides, el UHAC *(United Hellenic American Congress),* dirigido por el industrial Andrew Athens, el AHA *(American Hellenic Alliance),* encabezado por el naviero de Nueva York George Livanos, y otros. Desde que se levantó el embargo, su objetivo es intentar mantener el sistema que lo ha sustituido: el llamado *ratio 7:10* donde la primera cifra (7) representa la ayuda concedida a Grecia y la segunda (10) la concedida a Turquía.

En estas organizaciones trabajan expertos día y noche, pero el resto de la comunidad apenas toma iniciativas. El *lobby* griego de Washington es un grupúsculo que se mantiene gracias a la reputación cosechada entre 1974 y 1978; desde una posición de retaguardia, combate la política cada vez más proturca de Reagan y de Bush. Los grupos de presión celebran conferencias con regularidad; el AHI-PAC organiza visitas regionales para explicar su postura a los griegos de las distintas zonas.

En momentos en los que se percibe algún peligro, como la posible autonomía de Macedonia —en su día, República Macedonia de Yugoslavia— tras la crisis yugoslava, los ciudadanos «de a pie» de la comunidad se movilizan. La capacidad del *lobby* griego para recuperar algo de su antigua influencia dependerá tanto de la configuración del panorama político nacional como de la colaboración de los estadounidenses de ascendencia griega.

En Canadá, la cuestión de Chipre ha despertado gran interés, tanto en la opinión pública como en la clase política. La presión se ha ejercido a través de organizaciones como el Congreso Helénico Canadiense, la Federación de Asociaciones Greco-canadienses de Ontario y otros comités de solidaridad con Chipre. Pero los *lobbies* étnicos no tienen demasiada influencia en la política canadiense. Además, Canadá sigue más o menos la línea impuesta por Estados Unidos, carece de iniciativa propia, por lo que no se prevén resultados concretos. Lo mismo puede decirse de los países latinoamericanos, aunque allí las movilizaciones no pueden ser masivas al existir tan pocos inmigrantes griegos.

Resumen

A medida que los griegos de América se han integrado en los países donde se han instalado, la única ayuda concreta que pueden prestar a Grecia es intentar influir en la política exterior de aquellos países. Una adhesión directa plantearía problemas no sólo a la segunda y tercera generación de inmigrantes, sino también a las sociedades anfitrionas. Una lealtad dual sería, lógicamente, intolerable.

La actividad del *lobby* griego entre 1974 y 1978 le ha garantizado un puesto en la historia de los grupos étnicos que ejercen presión en la política de Estados Unidos, y su efectividad futura depende de las crisis que se produzcan en el Mediterráneo oriental, de que la comunidad griega se movilice, del interés de Estados Unidos en la zona y de una situación nacional más o menos favorable.

EPÍLOGO

Acerca del futuro del helenismo en América, sólo podemos especular. Desde finales de los setenta, la emigación griega hacia Argentina, Brasil, Canadá y Estados Unidos ha ido descendiendo. ¿Qué aguarda a los griegos de América después de 1992, año en que se celebra el V Centenario de la presencia europea en este continente? La respuesta puede estar en la integración europea, un proceso que está previsto que comience en 1992. Es posible que ello ponga fin a la emigración transatlántica griega.

Si las comunidades griegas de América no se nutren de savia nueva, asistiremos a una asimilación todavía mayor de la tercera y cuarta generación de estadounidenses de origen griego. Al analizar la larga historia de las comunidades griegas de América, hemos aprendido al menos dos cosas. En primer lugar —la experiencia norteamericana lo demuestra— que políticas como el multiculturalismo o el pluralismo étnico pueden resucitar y legitimar la identidad étnica, identidad que está sujeta a sucesivas redefiniciones, y en ocasiones pervive de manera meramente simbólica. En segundo lugar, como contrapunto a lo anterior, observamos que en Latinoamérica no se han traspasado de momento los umbrales numéricos necesarios para que la identidad étnica perdure, y si las cifras no aumentan, dicha identidad corre el riesgo de desvanecerse. En Norteamérica, a medida que disminuye la importancia de la primera y la segunda generación de inmigrantes griegos, el helenismo pasará seguramente de ser una identidad a convertirse en un patrimonio ancestral.

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

1528	El marino Teodoro llega a la costa de Florida a bordo de un buque español. Se dice que fue el primer griego que pisó el continente.
1530-1540	El capitán Antón de Rodas se establece en Lima. Se trata probablemente del primer griego que se instala en el continente.
1660	El capitán Thomas Grecian, supuestamente griego, desembarca en Boston procedente de Islandia.
1764	George Drakos llega a Nueva Orleans; es el primero de una serie de comerciantes griegos que se instalarán en dicha ciudad.
1768	Se establece la colonia griega «Nueva Esmirna» en la costa atlántica de Florida.
1799	Se celebra en Nueva Orleans el primer matrimonio de griegos del continente.
1823	Dos años después de estallar la revolución griega, los primeros refugiados llegan a Boston.
1840	Establecimiento de empresas comerciales griegas en Río de Janeiro (Brasil).
1843	Primera presencia griega registrada en Montreal (Canadá).
1854	Petrocokkino y Rodocanachi constituyen las dos primeras empresas comerciales griegas de Nueva York.
1867	Se funda la primera iglesia ortodoxa griega en Nueva Orleans.

1891 Comienza la era de emigración masiva: la entrada anual de griegos en Estados Unidos supera por primera vez el millar de personas. Se crean organizaciones comunitarias griegas en Nueva York y Chicago.

1892 Aparece en Nueva York el primer periódico griego, el *Neos Kosmos* (Nuevo Mundo).

1893 Se crea la primera organización comunitaria en Lowell (Massachusetts).

1894 Empieza a publicarse en Nueva York el diario en lengua griega *Atlantis*.

1905 John M. Cokkoris constituye «oficialmente» su industria de elaboración de esponjas en Tarpon Springs, que dará lugar a un importante asentamiento griego en dicha localidad.

1909 Disturbios antigriegos en Omaha (Nebraska).

1914 Masacre de Ludlow tras la huelga de mineros griegos encabezada por Louis Tikas.

1915 Pandias Kalogeras se convierte en ministro del gobierno brasileño. Empieza a publicarse en Nueva York el diario en lengua griega *Ethnikos Kyrix*.

1918 Disturbios antigriegos en Toronto (Canadá).

1922 Constitución de la Archidiócesis ortodoxa griega de América del Norte y del Sur. Fundación de Asociación Progresista Helénica de America, AHEPA (*American Hellenic Progressive Association*).

1923 Se forma una organización rival de la AHEPA: la Asociación Progresista Griega de América, GAPA (*Greek American Progressive Association*).

1924 Aparece el periódico griego *Patria* en Argentina.

1927 Primera excursión de la AHEPA a Grecia.

1928 Se establece la primera delegación canadiense de la AHEPA en Toronto.

1931 Athenagoras se convierte en arzobispo de América del Norte y del Sur.

1940 Se forma en Estados Unidos la Asociación de Socorro para la Guerra Griega, GWRA (*Greek War Relief Association*).

1958 John Brademas se convierte en el primer candidato al Congreso de los Estados Unidos de origen griego.

1959 Iakovos se convierte en arzobispo de América del Norte y del Sur.

1973 Cierra el diario *Atlantis*.

1974 Formación del *lobby* o grupo de presión griego en Washington.

1978 Estados Unidos levanta el embargo a Turquía.

1988 Michael S. Dukakis es elegido candidato a la presidencia de los Estados Unidos por el partido demócrata.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

A continuación se ofrece una bibliografía comentada que comprende una selección de los estudios más importantes sobre la presencia griega en América, con atención especial a los que se han publicado en forma de libro.

Los trabajos se han dividido en libros y artículos, y se enumeran por orden alfabético de autores. Un tercer apartado incluye números especiales de publicaciones periódicas dedicados a los griegos de América, que aparecen ordenados por el título de la publicación.

Los títulos de los libros y de los artículos aparecen en su idioma original.

Libros

Angelopoulos A., *et al. Essays on Greek Migration.* Atenas: EKKE, 1967.

Catorce ensayos escritos por especialistas en el tema del impacto económico y social de la emigración griega tras la Segunda Guerra Mundial.

Burgess, Thomas, *Greeks in America: An Account of their Coming, Progress, Customs, Living and Aspirations; with and Introduction and the Stories of Some Famous American-Greeks.* Boston: Sherman, French & Co., 1913. Reimpreso en Nueva York por Arno Press, 1970.

Uno de los primeros trabajos de carácter general sobre la presencia griega en los Estados Unidos, escrito con simpatía hacia los griegos. Lo más útil es la información que ofrece sobre los jóvenes refugiados griegos que llegaron a Norteamérica tras la revolución griega de 1821 y sobre las condiciones de vida de los primeros inmigrantes de principios de siglo.

Buxbaum, Edwin Clarence, *The Greek-American Group of Tarpon Springs, Florida: A Study of Ethnic Identification and Acculturation.* Nueva York: Arno Press, 1980.

Se trata de una reimpresión de la tesis doctoral del autor, presentada en 1967, en la Universidad de Pennsylvania. Ofrece un interesante análisis de la redefinición de la identidad griega y de los cambios experimentados por la colonia de pescadores de esponjas griegos de Florida.

Canoutas, Seraphim G.; Savvaides, M.A., *Greek Immigrant's Guide. Odegos tou Metanastou en Amerike.* Nueva York: Chelme, 1909.

Una fascinante descripción de la vida estadounidense a través de los ojos de un inmigrante griego corriente a principios de siglo.

Canoutas, Seraphim G., *Christopher Columbus: A Greek Nobleman.* Nueva York: St Mark's, 1943.

Es el intento más exhaustivo, aunque poco convincente, de demostrar el origen griego de Colón.

Cateras, Spyros, *Christopher Columbus was a Greek Prince and His Real Name was Nicolaos Ypsilantis from de Greek Island of Chios.* Manchester: N.H., 1937.

Otro intento, menos convincente aún que el de Canoutas, de demostrar el origen griego de Colón.

Chimbos, Peter D., *The Canadian Odyssey; The Greek Experience in Canada.* Toronto: McClelland and Steward Limited, 1980.

Se trata del volumen correspondiente a los griegos dentro de una colección que se ocupa de los distintos grupos étnicos de Canadá. El autor es sociólogo y ofrece una historia general de los griegos de Canadá.

Constantakos, Chrysie Mamalakis, *The American-Greek Subculture: Processes of Continuity.* Nueva York: Arno Press, 1980.

Basado en la tesis doctoral del autor, presentada en la Universidad de Columbia, esta obra es uno de tantos estudios sociológicos que revisan el modelo de menor asimilación y exploran la resistencia de la identidad griega en Estados Unidos.

Constantelos, Dimitrios J., *Understanding the Greek Orthodox Church; Its Faith, History, and Practice.* Brookline, Mass.: Hellenic College Press, 1990.

Escrito por un historiador y teólogo ortodoxo griego residente en Estados Unidos, este libro contiene un apartado interesante sobre la Iglesia ortodoxa griega en el mundo de habla inglesa.

Constantinides, Stephanos, *Les Grecs du Québec, Analyse historique et sociologique* [Los griegos de Quebec; Un análisis histórico y sociológico]. Montreal: Metoikos, 1983.

Es el único estudio sobre los griegos de Quebec que ha alcanzado extensión de libro. Contiene información histórica, pero se centra en el perfil socio-

lógico de la comunidad, derivado de los resultados de un cuestionario elaborado por el propio autor, que es profesor de la Universidad de Quebec en Montreal.

Dendias, Mihail, *Hellenikai Parikoiai ana ton Kosmon* [Colonias griegas del mundo]. Atenas: Frantzeskakis, 1919.

Una visión general de la diáspora griega en aquel momento. Incluye un apartado sobre los griegos de Estados Unidos y sólo una breve referencia a los de Latinoamérica.

Efthimiou, Miltiades B.; Christopoulos, George A. (eds.). *History of the Greek Orthodox Church in America.* Nueva York: Greek Orthodox Archidiocese of North and South America, 1984.

La primera parte del libro, que se compone de seis artículos, abarca toda la historia de la Iglesia ortodoxa griega de América e incluye material inédito. La segunda —diecisiete artículos— está dedicada al arzobispo Iakovos y contiene también datos interesantes sobre el papel de la Iglesia en América.

Emke-Poulopoulou, Ira, *Provlimata Metanastefsis Palinostisis* [Problemática de la emigración y la repatriación]. Atenas: IMEO/EDIM, 1986.

Es el compendio más útil de hechos y comentarios sobre la emigración y la repatriación desde el siglo XIX; su autora es una experta demógrafa.

Fairchild, Henry Pratt, *Greek Immigration to the United States.* New Haven: Yale University Press, 1911.

Aunque ofrece una visión generalmente negativa de los inmigrantes griegos llegados a Estados Unidos a principios de siglo, aporta información útil sobre las causas de la emigración, la cultura griega y la de los inmigrantes griegos, y las condiciones de vida de los primeros inmigrantes.

Gavaki, Effie, *The Integration of Greeks in Canada.* San Francisco: R & E Associates, 1977.

Un estudio sociológico de las formas en que los griegos se han relacionado con su entorno en Canadá.

Georgakas, Dan; Moskos, Charles C., (eds.) *New Directions in Greek American Studies.* Nueva York: Pella, 1991.

Se trata de una colección de trabajos presentados en la Conferencia sobre Griegos en América organizada por el Centro de Investigación Histórica sobre Inmigración (*Immigration History Research Center*) de la Universidad de Minnesota, que se celebró en Minneápolis en 1989. Los autores son: Eva Catafygiotou Topping, Peter W. Dickson, Helen Geracimos Chapin, Gunther W. Peck, Dan Georgakas, Alexandros Kyrou, Yiorgos Kalogeras, Ole Smith, G. James Patterson y Constance Callinicos. Otros trabajos presentados en dicha confe-

rencia aparecieron en un número especial de la revista *Journal of the Hellenic Diaspora* (véase el último apartado).

Giannaris, George, *Oi Hellenes Metanastes kai to Ellinoamerikaniko Mithistorima* [Inmigrantes griegos y novela escrita por americanos de origen griego]. Atenas: Philippotis, 1985.

Este libro analiza cómo los escritores americanos de origen griego han presentado a los inmigrantes griegos en Estados Unidos en sus novelas, escritas en inglés.

Gizelis, Gregory, *Narrative Rethorical Devices of Persuasion: Folklore Communication in a Greek-American Community*. Atenas: EKKE, 1974.

Este estudio, que era una tesis doctoral presentada en la Universidad de Pennsylvania, examina el uso del griego y del inglés en la comunicación diaria por parte de las familias griegas de Filadelfia.

Hutchinson, E.P., *Immigrants and their Children 1850-1950*. Nueva York: Wiley, 1956.

Un análisis de los desplazamientos geográficos y de las actividades profesionales de los grupos étnicos de Estados Unidos, basado en un abultado material censitario.

Karanikas, Alexander, *Hellenes and Hellios: Modern Greek Characters in American Fiction, 1825-1975*. Urbana: University of Illinois Press, 1980.

Un estudio global de la caracterización de los inmigrantes griegos en la literatura norteamericana.

Kourvetaris, George A., *First and Second Generation Greeks in Chicago: An Inquiry into their Stratification and Mobility Patterns*. Atenas: EKKE, 1971.

Examina comparativamente el grado y las formas de asimilación de la primera y la segunda generación de inmigrantes establecidos en Chicago, una de las ciudades con mayor presencia griega.

Leber, George, *The History of the Order of AHEPA (The American Hellenic Educational Progressive Association) 1922-1972*. Washington D.C.: AHEPA, 1972.

Se trata de la historia oficial de la AHEPA escrita por uno de sus directivos, que llevaba años en la organización. Leber ofrece un relato cronológico que incluye resúmenes del desarrollo de los congresos. Elude los puntos controvertidos, pero aporta abundantes datos de interés.

Lockhart, James, *Spanish Peru, 1532-1560 A Colonial Society*. Madison: University of Wisconsin Press, 1968.

Ofrece mucha información sobre el papel de los primeros griegos presentes en Latinoamérica, especialmente en el campo de la navegación y la artillería.

Malafouris, Babis, *Hellenes tis Amerikes 1528-1948* [Griegos de América, 1528-1948]. Publicado por el autor en Nueva York, 1948.

Un libro sobre los griegos en Estados Unidos que pretende abarcar toda su historia. Mucha de la información procede de otras fuentes, pero aporta detalles adicionales y resulta de utilidad.

Moskos, Charles C, *Greek Americans; Struggle and Success*. New Brunswick (N.J.): Transaction Publishers, 1989, 2.ª ed.

El autor, un destacado sociólogo, sostiene que la historia de los griegos de Estados Unidos puede entenderse como una historia de «lucha y éxito». Es un libro ágil, repleto de recuerdos personales y anécdotas, con un apartado dedicado al candidato presidencial Michael Dukakis. Aporta abundante información e ideas muy razonadas.

Panagopoulos, E.P., *New Smyrna: An Eighteenth Century Greek Odyssey*. Gainsville, Fla.: University of Florida Press, 1966.

Un estudio minucioso y exhaustivo sobre la primera comunidad griega de Florida, fundada por Andrew Turnbull en la década de 1770. Su lectura resulta muy interesante.

Papanicolas, Helen Z., *Toil and Rage in a New Land: The Greek Immigrants in Utah*. Salt Lake City: Utah Historical Society, 1974.

Se trata de una crónica sobre los trabajadores griegos de Utah, sus condiciones de vida y su militancia obrera.

—, *Aimilia –Georgios; Emily– George*, Salt Lake City: University of Utah Press, 1987.

La autora, que creció en el seno de una comunidad griega establecida en una de las ciudades mineras de Utah, nos habla de cómo veía entonces a sus padres. El libro está escrito con gracia y pasión.

Papanicolas, Zeese, *Buried Unsung: Louis Tikas and the Ludlow Massacre*. Salt Lake City: University of Utah Press, 1982.

Narra la historia del líder minero griego Louis Tikas, que perdió la vida en 1914 en el transcurso de una huelga que tenía lugar en Colorado.

Psomiades, Harry J; Scourby, Alice (eds.) *The Greek American Community in Transition*. Nueva York: Pella, 1982.

Se trata de una colección de artículos sobre griegos en Estados Unidos. Incluye una extensa bibliografía sobre el tema recogida por John G. Zenelis.

Los autores de los artículos son: Alice Scourby, Charles C. Moskos, Eva E. Sandis, Peter N. Marudas, Nicon D. Patrinacos, Chrysie M. Constantakos, Vivian Anemoyanis, Emmanuel Hatziemmanuel, Stella Coumantaros, Theoni-Velli Spyropoulos, Manos M. Lampidis y Athena G. Dallas Damis.

Saloutos, Theodore, *The Greeks in the United States.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1964.

Un clásico sobre el tema, este estudio aborda la historia de los griegos en Estados Unidos de una manera cronológica, desde los primeros inmigrantes de finales del siglo XIX hasta la década de los sesenta. Parte de una afanosa investigación cuyo resultado es una gran riqueza de información objetiva. En muchas ocasiones, el análisis que ofrece de un determinado aspecto no ha sido aún superado. El autor, haciéndose eco de la mentalidad del momento en que escribió su libro, considera la historia de los griegos de Estados Unidos como un proceso de asmilación gradual.

—, *They Remember America: The Story of Repatriated Greek-Americans.* Berkeley: University of California Press, 1956.

Es un estudio único sobre la repatriación de griegos. Saloutos comenzó entrevistando a inmigrantes que viajaban a bordo de transatlánticos y siguió en Grecia. El libro recoge las impresiones de estos griegos que regresaron.

Scourby, Alice, *The Greek Americans.* Boston: Twayne Publishers, 1984.

Una historia social de los griegos de Estados Unidos dentro de la colección *Immigrant Heritage of America Series* (Colección Patrimonio Inmigrante de América). Se trata de una buena introducción al tema. La autora interpreta los signos de pervivencia de la identidad étnica como una forma simbólica de la misma.

Sicilianos, Demetrios, *E Hellenikie Katagogi tou Christophorou Kolomvou* [Origen griego de Cristóbal Colón]. Atenas: Aetos, 1950.

Un libro de escaso contenido. El autor repite la opinión de Canoutas (ver más arriba) de que Colón procedía de una familia de nobles bizantinos.

Tavuchis, Nicholas, *Family and Mobility Among Greek Americans.* Atenas: EKKE, 1972.

Se trata de un estudio sociológico de las relaciones entre identidad étnica y estructura familiar.

Vlachos, Evangelos C., *The Assimilation of Greeks in the United States, with Special Reference to the Greek Community of Anderson, Indiana.* Atenas: EKKE, 1968.

El libro se basa en la tesis doctoral del autor, presentada en la Universidad de Indiana en 1964. Se trata de la clásica interpretación partidaria de la asimi-

lación. Combina estadísticas y cuestionarios. Aunque ha quedado algo anticuado, su valor radica en que nos proporciona una muestra de este género de estudios sobre la inmigración que defienden la asimilación.

Vlassis, George, *The Greeks in Canada.* Ottawa: Leclerc Printers, 1953.

La primera historia general de los griegos de Canadá con abundante información de interés.

Vryonis, Speros J., *A Brief History of the Greek American Community of St. George, Memphis, Tennessee 1962-1982.* Malibu: Undena, 1982.

Se trata de una monografía detallada sobre la lucha de una comunidad griega contra el empeño de la Archidiócesis por situar todas las congregaciones bajo su jurisdicción. Vryonis es un prestigioso historiador que tiene en cuenta tanto la exposición de los hechos como su análisis.

Watanabe, Paul Y., *Ethnic Groups, Congress, and American Foreign Policy; the Politics of the Turkish Arms Embargo.* Westport Ct: Greenwood, 1984.

Este estudio sitúa las actividades del *lobby* griego de Washington entre 1974 y 1978 en el contexto general de los grupos de presión dentro del sistema político estadounidense. Su autor es un profesor de ciencias políticas.

Xenides, J. P., *The Greeks in America.* Nueva York: George Doran, 1922.

Forma parte de una colección patrocinada por el Movimiento Intereclesial Mundial *(Interchurch World Movement).* Es una historia general de la presencia griega en Estados Unidos desde un punto de vista favorable.

Ziogas, Elias K., *O Hellenismos tis Amerikis aftos o Agnostos* [El helenismo de América: ese desconocido]. Atenas: EARA, 1958.

Es una colección de artículos publicados en la prensa griega de Estados Unidos, que tienen interés especial porque el autor discute en ellos las ideas sobre los griegos de este país expresadas por escritores griegos que lo visitaron en la década de los cincuenta.

Zoustis, Basil Th., *O en Amerike Hellenismos kai he Drasis tou: Historia tes Hellenikes Archiepiskopis Voriou Kai Notiou Amerikes* [Helenismo en América y sus actividades: Historia de la Archidiócesis griega de América del Norte y del Sur]. Nueva York: Divry, 1954.

Se trata de una historia semioficial de la Archidiócesis ortodoxa griega con prólogo del arzobispo Michael y escrita por un periodista que dirigió el registro de la citada Archidiócesis. Incluye información interesante sobre la Iglesia y sus clérigos.

ARTÍCULOS

Abbot, Grace, «A Study of the Greeks in Chicago». *American Journal of Sociology,* 15:3 (noviembre de 1909), pp. 379-93.

Con el propósito de rebatir las opiniones antiextranjeras que imperaban en Estados Unidos, esta profesora de sociología nos proporciona un testimonio valioso de las condiciones de vida de los griegos de Chicago, al que hacen referencia muchos trabajos posteriores.

Bitzes, J. G., «The Anti-Greek Riot of 1909 - South Omaha». *Nebraska History,* 51 (1970), pp. 199-224.

Tomando como fuente los periódicos locales de la época, el autor ofrece una crónica imparcial y detallada de uno de los incidentes más lamentables de la historia de los griegos de Estados Unidos: los disturbios de South Omaha.

Gavaki, Effie, «Greek Immigration to Quebec: The Process and Settlement». *Journal of the Hellenic Diaspora,* 17:1 (1991), pp. 69-89.

Es un análisis histórico y sociológico de la comunidad griega de Quebec. Contiene datos útiles.

Georgakas, Dan, «The Greeks in America». *Journal of the Hellenic Diaspora,* 14:1 & 2 (primavera-verano 1987), pp. 5-53.

El autor sostiene que la tesis del «aburguesamiento» es inadecuada para comprender la experiencia griega en Estados Unidos, ya que su verdadera tradición fue obrera y radical. El mismo número incluye una respuesta de Charles Moskos.

Hackett, Clifford P., «Congress and Greek American Relations: The Embargo Example». *Journal of the Hellenic Diaspora,* 15:1 & 2 (primavera-verano 1988).

Hackett fue asesor personal del congresista Rosenthal, que en 1974 se convirtió en uno de los protagonistas de la lucha por imponer el embargo de armamento turco. El artículo proporciona ideas interesantes sobre aquellos acontecimientos.

Humphrey, Craig R.; Louis, Helen Brock, «Assimilation and Voting Behavior: A Study of Greek Americans». *International Migration Review,* 7:1 (primavera 1973), pp. 34-45.

Se trata de un breve estudio de las pautas electorales de la comunidad griega de Estados Unidos en los comicios presidenciales de 1972, el año en que Spiro Agnew se convirtió en vicepresidente. La conclusión de dicho estudio es que el voto griego se basó más en la vinculación étnica que en una orientación puramente política.

Kitroeff, Alexander, «The Transformation of Homeland-Diaspora relations: The Greek Case in the 19th-20th Centuries», en John M. Fossey (ed.), *Proceedings of the First International Congress on the Hellenic Diaspora,* vol. II. Amsterdam: Gieben, 1991, pp. 233-249.

—, «The Greek Diaspora in the Mediterranean & the Black Sea 18th-19th Centuries; Seen by American Eyes», en Speros Vryonis Jr. (ed.), *The Greeks and the Sea,* ciclo de conferencias y debates organizado por la Universidad de Nueva York, publicación prevista para 1993.

—, «Emigration Transatlantique et Strategies Familiales: La Grèce», en Woolf, S.J. (ed.), *Sociétées Sud-Européenes à Travers de l'Age Moderne.* Florencia: Universidad Europea, publicación prevista para 1992.

Kopan, Andrew T., «Greek Survival in Chicago: The Role of Ethnic Education, 1890-1980», en Jones, Peter d'A; Holli, Melvin G. (eds.), *Ethnic Chicago.* Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1981, pp. 80-139.

Aunque se centra en el tema de la educación, el autor ofrece información valiosa sobre la historia de los griegos de Chicago.

—, «The Greek Press», en Miller, Sally M. (ed.), *The Ethnic Press in the United States; A Historical Analysis and Handbook.* Westport Ct: Greenwood, 1987, pp. 161-176.

Estudia la historia de la prensa griega en Estados Unidos, con especial atención a la de Chicago.

Malafouris, Babis, «The Struggle for a Living». *Journal of the Hellenic Diaspora,* 14: 1 & 2 (primavera-verano 1987), pp. 79-104.

Es un extracto de su libro *Hellenes tes Amerikes* (véase el apartado de libros) traducido al inglés.

Mathias, Charles McC Jr., «Ethnic Groups and Foreign Policy». *Foreign Affairs,* 59:5 (verano 1981), pp. 975-98.

Se trata de un artículo de un exsenador estadounidense que critica el concepto de *lobby* (grupo de presión) étnico.

Papacosma, S. Victor, «The Greek Press in America». *Journal of the Hellenic Diaspora,* 5:4 (invierno 1979), pp. 45-61.

Este artículo proporciona información detallada sobre la historia de la prensa griega en Estados Unidos, haciendo especial hincapié en la orientación política de cada periódico.

Saloutos, Theodore, «The Greek Orthodox Church in the United States and Assimilation». *International Migration Review,* 7:4 (invierno 1973), pp. 395-408.

—, «Causes and Patterns of Greek Emigration to the United States». *Perspectives in American History,* 7 (1973), pp. 381-437.

Se trata de un análisis sistemático de las causas y pautas de la emigración griega a Estados Unidos. Incluye estadísticas útiles.

—, «Greeks», en Thernstrom, Stephan (ed.), *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1980, pp. 430-40.

El autor extrae material de todos sus trabajos anteriores y añade un apartado en el que analiza los efectos de la emigración posterior a 1965 en el perfil de la comunidad griega de Estados Unidos.

Vlanton, Elias, «Documents: The O.S.S. and the Greek-Americans». *Journal of the Hellenic Diaspora,* 9:2 (verano 1982), pp. 197-208; 9:3 (otoño 1982), pp. 65-133; 9:4 (invierno 1982), pp. 63-110.

Números especiales de publicaciones periódicas

Journal of the Hellenic Diaspora, 16:1-4 (1989). Número especial cuádruple sobre la experiencia de los griegos de Estados Unidos.

Se trata de una colección de trabajos presentados en la Conferencia sobre Griegos en América organizada por el Centro de Investigación Histórica sobre Inmigración *(Immigration History Research Center)* de la Universidad de Minnesota, que se celebró en Minneápolis en 1989. Los autores son: Charles C. Moskos, Dan Georgakas, Helen Papanikolas, Alexander Karanikas, Andrew T. Kopan, George P. Daskarolis, Vasilike Demos, Ourania H. Tsorvas, James Steve Counelis, Yorgos Kourvetaris, Louise Martin y George Tselos. Otros trabajos presentados en esta conferencia fueron reunidos por Georgakas en un libro (véase apartado de libros al principio).

Nea Estia [Nuevo Hogar], n.º 683 (1955). Número especial de Navidad dedicado al helenismo en América.

Esta prestigiosa revista literaria de Atenas contiene muchos artículos sobre los griegos de América que analizan, entre otras cosas, el concepto que los intelectuales griegos tenían de sus compatriotas emigrantes. Entre los autores están Petros Haris, I. Bettos, el arzobispo Michael, George B. Melas, Demetrios Callimachos y Babis Marketos.

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 2.1. Emigrantes griegos a EE.UU. 1821-1890 58
Tabla 3.1 Cifras totales de ciudadanos griegos y personas de raza griega de ambos sexos emigrados a EE.UU. 1880-1925 62
Tabla 3.2 Inmigrantes en Canadá según nacionalidad para los años fiscales, 1900-1920 y los naturales, 1920-1924 64
Tabla 3.3 Inmigrantes griegos en Brasil, 1908-1924 66
Tabla 3.4 Inmigrantes griegos en Cuba, 1907-1924 66
Tabla 3.5 Distribución por sexos de la emigración griega a EE.UU. 1890-1924. Totales y porcentajes 75
Tabla 3.6 Distribución por edades de los emigrantes griegos a EE.UU. 1899-1924 78
Tabla 4.1 Emigración transoceánica griega, 1926-1940 84
Tabla 4.2 Emigración desde Grecia hacia EE.UU. 1947-1974 94
Tabla 4.3 Personas de origen griego en Canadá por edades y sexos, 1971 96
Tabla 5.1 Inmigrantes nacidos en Grecia presentes en EE.UU. 1910-1940 por regiones y estados 101
Tabla 5.2 Griegos en Nueva York clasificados según el lugar de nacimiento y la nacionalidad de los padres 103
Tabla 5.3 Ocupaciones de los griegos en EE.UU. En los años cincuenta 113
Tabla 5.4 Distribución de los inmigrantes griegos en Canadá por provincias, 1911-1951 115
Tabla 5.5 Destino de los inmigrantes griegos en Canadá por provincias, 1957-1971 116
Tabla 7.1 Griegos que adoptaron la nacionalidad estadounidense entre 1923 y 1940 150
Tabla 9.1 *Topika Somatia* por regiones de Grecia, 1988 195

Tabla 10.1 Número de iglesias en cada estado (EE.UU.), provincia de Canadá o país sudamericano bajo la jurisdicción de las distintas diócesis pertenecientes a la archidiócesis ortodoxa griega 221
Tabla 10.2 Bautizos, matrimonios y divorcios en la archidiócesis ortodoxa griega de América, 1949-1987 223
Tabla 12.1 Remesas de los emigrantes griegos por países en millones de dólares, 1958-1964 248

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abbott, Grace, 126, 127.
Addams, Jane, 108.
Agganis, Harry, 180.
Agnew, Spiro, 166, 173, 174, 177.
Agnos, Art, 170.
Ailianos, Michail Chr., 237, 238.
Alexander, Lee, 170, 211, 212, 213, 214, 215.
Alfange, Dean, 170, 236, 237, 243.
Ali, Mohammed, 28.
Almagro, 44.
Almond, Gabriel, 252.
Anagnos, Michael (Anagnostopoulos), 54, 173.
Andreades, 76, 77.
Antoniou, Anthony, 114.
Apolo, 126.
Apostol, John, 170.
Apostolides, Evangelinos, 53.
Aquiles, 71.
Argyros, George, 114.
Ataturk, Kemal, 36.
Atenea, 191.
Athanson, George, 170.
Athenagoras, 188.
Athens, Andrew, 264.
Averoff, Evangelos, 243.
Averoff, Georgios, 32.
Bafalis, L. A., 172.
Baziotes, William, 179.
Bilirakis, Michael, 173.
Bissipat, 42.
Boosalis, Helen, 170.
Bouchles (familia), 173.
Bouras, Harry, 179.
Brademas, John, 166, 170, 171, 172, 258, 259.
Brewer, Josiah, 53.
Buchanan, Georgia Gianakos, 158.
Bush, George, 175, 192, 264.
Callas, María, 179.
Calliergis, Zacharias, 18.
Campouris, Alex, 179.
Candia, Pedro de, 44, 45.
Canoutas, Serapheim, 41, 42, 143, 144, 145.
Capodistria, conde, 59.
Carter, Jimmy, 134, 135, 263, 264.
Cassavetes, John, 179.
Catalina II la Grande, 30.
Cateras, Spyros, 41.
Catsimatides, John, 114.
Celivergos, Nikolaos, 52.
Celivergos Zachos, Ioannis, 52.
Clancy, David, 262.
Cokkoris, John, 110.
Colón, Cristóbal, 23, 41, 42, 43, 143, 238.
Collins, Bill, 167.
Combiths, Frank, 107.
Constantelos, D. J., 210.
Constantine, George, 52.
Constantinides, Petros, 59.
Cooley, 192.
Coromilas, Lambros, 148, 234, 235.
Costa, Domingo, 49.
Costa, Jorge, 49.
Chebithes, V. I., 187, 188, 191, 194, 239.

Damaskenos (arzobispo), 215.
Dukakis, Michael, 121, 174, 175, 176, 177, 192, 259.
Gary, 170.
Chacharis, George, 170.
Chakiris, George, 179.
Chakonas, Christos, 57, 107.
Chamales, Tom, 158.
Chauvin Beaulieu de Monplaisir, Françoise, 46.
Chelios, Chris, 180.
Cheyney, John, 110.
Christopher, George, 168, 169.
D'Anastasi, 28.
Dandolos, Nick (Nick *el Griego*), 178.
DeMoulas, Mike, 168.
Derebeis, Christos Apostodulou, 52.
Dikeon (los hermanos), 114.
Dimakopoulos, Dimitri, 180.
Dimitris, Andreas, 46.
Dissypatos (familia), 42.
Dragon, Marianne Celeste, 46.
Drakos, Mihail, 46.
Dukakis, Euterpe, 176.
Dulles, John Foster, 251, 252.
Eagleton, Thomas, 260.
Efrosyni, 52.
Eisenhower, Dwight, 166, 170, 251, 252.
Evangelinos, 53.
Fairchild, Henry Pratt, 128.
Fiske, Photius, 55.
Ford, Gerald, 167, 259, 260, 263, 264.
Foundoulakis, Dimitrios, 49.
Frudakis, Evangelos, 179.
Gage, Nicholas, 136, 179.
Galifianakis, Nick, 171.
Gazis, Anthimos, 21, 53.
Gekas, George, 173.
Giannopoulos, Ioannis, 49.
Giolitti, 231.
Gordon, Milton, 156, 159.
Grammas, Alex, 180.
Gridley Howe, Samuel, 50, 54.
Habsburgo (los), 20, 22.
Hatsopoulos, George, 114.
Haviaras, Stratis, 179.
Helis, William G., 168.
Helms, Jesse, 171.
Homero, 76.
Horton, George, 58, 70.
Howe, Samuel, 52, 54.
Humphrey, Hubert, 167.
Iakovos (Demetrios Koukouzes), 198, 218, 219, 220, 224, 261.
Iorga, Nicolae, 19.
Ipsilantis, Nicholas, 41.
Jackson, Jesse, 176.
Jaharis, Michael (Jr.), 114.
Janópoli, Juan, 49.
Johnson, Lyndon B., 93, 166, 168, 254.
Jorge II, 137.
Kalogeras, 59.
Kalogeras, Pandias, 59, 165.
Kalopathakis, Michael, 52.
Kallimachos, Demetrios, 201.
Kapiotes, George, 59.
Kariotis, George, 174.
Karras, Alex, 180.
Katartzis, Dimitrakis, 25.
Kazan, Elia, 158, 179.
Kennedy (familia), 167.
Kennedy, Edward, 260.
Kennedy, John F., 93, 166, 168, 176, 179.
King, Martin Luther, 163, 220.
King, Martin Luther (Jr.), 179.
Kissinger, Henry, 167, 168, 258, 260.
Konstantinides, Michael, 218.
Korais, Adamantios, 25.
Korologos, Tom C., 167, 168.
Kostas, Georgis, 49.
Kostas, Kyriakos, 49.
Kotzias, George, 178.
Kruschev, Nikita, 169.
Kyros, Peter, 171.
La Gasca, 44.
Lekakis, Michael, 179.
Livanos, George, 264.
Lockhart, James, 43, 44.
Londos, Jim, 178.
Loris, Michael, 190.
Mahon, George, 263.
Makarios (arzobispo), 252, 257.
Maliotis, Charles, 167, 168.
Malone, Fred I., 137.
Manatos, Michael, 168.
Maragon, John, 167.
María Teresa, emperatriz, 21.
Marketos, Babis, 243, 254, 255, 261.
Masourides, John (Ioannis), 129, 130.

Matsoukas, 234, 236.
Maura, Antonio, 231.
Mavroules, Nicholas, 170, 172, 173.
Melas, George, 242, 243.
Metaxakis, Meletios, 211, 212.
Metaxas, Ioannis, 239, 240, 241, 244.
Miller, Jonathan P., 55.
Miller, Loucas Mittiades, 55, 165.
Mitchell, George Phydias, 114.
Mitropoulos, Dimitri, 178.
Moffet, W. H., 58.
Moisiodax, Iosipos, 25.
Moskos, Charles, 114, 157.
Musalas Calvocoresses, George (Colvocoressis), 55.
Mussolini, Benito, 241.
Nakis, Sam, 168.
Napoleón, 24, 26.
Narváez, Pánfilo de, 43.
Nasser, Gamal Abdel, 28, 35.
Niarchos, Gus, 180.
Nikoloudis, Theologos, 239.
Nixon, Richard, 134, 166, 167, 168, 171, 172, 173, 174, 177, 258, 260, 264.
Núñez Cabeza de Vaca, Alvar, 43.
Onassis, Aristóteles, 119, 180.
Otón I, 52.
Pachios, Harold, 168.
Panagopoulos, Epaminondas, 46.
Papachristides, Phryxos, 180.
Papadakis, Vasilios, 240.
Papageorgiou, Apostolos, 181.
Papandreu, Andreas, 202, 204, 244.
Papanicolau, George N., 178.
Papas, James A., 168.
Pappas, Ike, 179.
Pappas, Milt, 180.
Parkinson, 178.
Partridge, Alden, 55.
Paspatis, Alexander George, 54.
Penélope, 191.
Pericles, 126, 191, 240.
Petallidou, Fannie, 203.
Peterson, Peter G., 168.
Petrakis, Harry Mark, 158, 179.
Philips, Thomas, 114.
Pizarro, 44.
Pizarro, Gonzalo, 44.
Platón, 199.
Plummides, John, 255, 261.
Polos, George A., 91.
Polyzopoulos, Petros P., 65.
Pontikes, Kenneth, 114.
Psichogios, Dimitris, 72.
Pucinski, Roman, 135.
Rakoczy (Casa de), 22.
Ralli (los hermanos), 31.
Rayburn, Sam, 190.
Reagan, Ronald, 169, 170, 264.
Repoulis, Emmanouil, 231, 232, 233.
Rodas, Anton de, 43.
Romana, Julia, 54.
Roosevelt, Franklin D., 166, 201.
Rosenthal, Benjamin, 258, 259, 263.
Rossides, Eugene, 255, 258, 259, 261, 264.
Roussakis, John, 170.
Saloutos, Theodore, 112, 142, 157, 234, 235.
Samaras, Lucas, 178.
Sarbanes, Paul, 172, 174, 177, 258, 259.
Savallas, Telly, 179.
Scourby, Alexander, 179.
Scowcroft, Brent, 167.
Sicilianos, Demetrios, 42, 238.
Sinas, George, 21.
Sinas, Simon, 21.
Sirros, Christos, 181.
Skliris, Leonidas, 154.
Skouras, Charles, 178.
Skouras, George, 178.
Skouras, Spyros, 178.
Snowe, Olympia, 173.
Snyder, James, 168.
Sócrates, 199.
Soulikias, Paul, 179.
Spanidou, Irene, 179.
Spanos, Alex G., 114, 168.
Spyrou, Athenagoras, 215, 216, 217, 218, 219, 224.
Stamos, Theodoros, 179.
Stevens, John, 59.
Stevenson, Adlai, 170.
Stoianovich, Traian, 20, 34.
Syrian, George (Syrianis), 55.
Tatanis, Petros, 201.
Tavoulareas, William, 114, 168.
Teodoro, Don, 43.
Tikas, Louis, 154.
Tosizzas, 28.

Triandos, Gus, 180.
Troianos (arzobispo), 212, 213.
Truman, Harry S., 91, 93, 166, 167, 217, 242.
Tsakonas, Christos, 57.
Tsiropoulos, Lou, 180.
Tsongas, Paul E., 176, 177, 178.
Turnbull, Andrew, 46, 47, 48, 49.
Vagis, Polygnotos, 178.
Vandis, Titos, 179.
Vasilakos, Steve, 190.
Vasileos (arzobispo), 213, 214.
Vavoulis, George, 170.
Venizelos, Eleutherios, 149, 201, 211, 231, 239.
Vlachos, 113, 158.
Vlastos, Solon J., 201, 234, 235.
Vlavianos, Nikos, 179.
Voulkos, Peter, 179.
Voulgaris, Eogenios, 25.
Vournas, George C., 190, 191.
Ward Howe, Julia, 50.
Wilder, Marshall P., 54.
Wilson, Woodrow, 149, 249.
Xio, Juan de, 43.
Yamani, 181.
Yannaris, Ioannis, 59.
Yatron, Gus, 171.
Zachos, Nikolaos, 52, 53.
Zenos, Andreas (Xenos), 52.
Zéspedes, Vicente Manuel de, 49.
Zorba *el Griego*, 121.

ÍNDICE TOPONÍMICO

Achai, 76, 79.
Adrianópolis, 31.
Ajaccio, 46.
Alabama, 192, 209, 220.
Albania, 194, 241.
Alejandría, 26, 27, 28, 29, 32, 56, 211, 214, 233.
Alemania, 20, 69, 70, 96, 98, 124, 131, 137, 149, 237, 241.
Alemania Federal, 38.
Amberes, 80.
América, 15, 32, 34, 38, 39, 41, 43, 45, 47, 49, 50, 51, 52, 57, 60, 61, 64, 79, 82, 88, 98, 99, 100, 119, 120, 121, 141, 142, 147, 155, 163, 164, 165, 166, 179, 181, 183, 184, 187, 200, 206, 207, 211, 212, 215, 216, 217, 218, 224, 225, 227, 228, 231, 233, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 249, 265, 267.
América Central, 213.
América del Norte, 199, 207, 208, 219, 224.
América del Sur, 199, 207, 208, 213, 219, 224.
Anatolia, 15.
Ancona, 17, 23.
Anderson, 113, 158.
Andover, 52.
Annapolis, 170.
Antioquía, 207.
Antofagasta, 118, 119.
Arcadia, 69, 79, 184, 194, 195.
Argentina, 65, 87, 97, 117, 118, 119, 197, 205, 206, 222, 267.
Argolis, 79.
Arizona, 205.
Asia Menor, 15, 16, 32, 36, 46, 52, 57, 60, 84, 97, 211, 246.
Astoria, 104, 136, 175, 194, 198, 203.
Asunción, 45.
Atenas, 46, 52, 54, 55, 57, 58, 70, 76, 91, 178, 180, 187, 189, 194, 211, 213, 215, 220, 232, 233, 234, 235, 240, 244, 246.
Atlanta, 151, 202, 221.
Atlantic City, 179, 256.
Atlántico (océano), 37, 44, 47, 50, 56, 57, 67, 243.
Austin, 196.
Australia, 16, 33, 34, 37, 38, 39, 63, 88, 98.
Austria, 21, 77, 78.
Bahamas (las), 110.
Balcanes, 15, 16, 19, 20, 34, 35, 36, 54.
Baltimore, 55, 173.
Banfield, 118.
Birmingham, 209.
Bizancio, 18.
Blue Point, 192.
Bolivia, 97.
Boston, 54, 56, 100, 104, 105, 108, 168, 195, 201, 202, 204, 209, 213, 216, 221, 258, 259.
Brasil, 37, 59, 64, 65, 84, 97, 98, 118, 139, 165, 179, 197, 205, 222, 267.
Brasilia, 118.

Bridgeport, 108.
British Columbia, 114.
Brookline, 216.
Brooklyn, 190.
Bucarest, 19, 20, 25.
Buda, 22.
Buenos Aires, 97, 100, 117, 118, 119, 160, 200, 205, 206, 221, 222.
Bulgaria, 25, 35, 36, 84, 97, 233.
Bursa, 52.
Cajamarca, 44.
California, 101, 102, 105, 111, 114, 128, 168, 169, 197, 205, 222.
Canadá, 33, 34, 37, 38, 50, 56, 59, 61, 62, 63, 83, 87, 88, 94, 95, 96, 98, 99, 115, 116, 117, 119, 120, 121, 136, 137, 138, 139, 141, 159, 160, 161, 180, 181, 185, 186, 196, 197, 199, 204, 207, 218, 219, 222, 242, 244, 265, 267.
Carolina del Norte, 171.
Carolina del Sur, 49.
Castle Garden, 103.
Castoria, 106.
Cefalonia (isla), 23, 68.
Cincinnati, 142, 189.
Clinton, 108.
Cleveland, 91.
Colorado, 111, 114, 128, 154.
Columbia, 170.
Comodoro Rivadavia, 118.
Concord, 108.
Connecticut, 53, 56, 108, 170, 205, 216.
Constantinopla, 17, 18, 19, 20, 32, 36, 41, 42, 52, 170, 208, 210, 211, 212, 213, 215, 217.
Córcega, 47.
Córdoba (Argentina), 117, 118.
Corfú (isla), 23, 215.
Corintia, 79.
Corinto, 69, 144, 215, 218.
Corrientes, 117.
Creta, 17, 54, 196.
Crimea, 26, 56.
Cuba, 37, 65, 110.
Cuzco, 44, 45, 163.
Charleston, 49.
Chicago, 52, 57, 100, 103, 104, 105, 107, 126, 128, 131, 135, 136, 142, 152, 180, 184, 194, 195, 196, 197, 198, 202, 204, 205, 209, 213, 221, 222, 238, 252, 255-256, 258, 264.
Chicope, 108.
Chile, 43, 45, 97, 118, 160, 205, 206.
China, 56, 181.
Chipre, 167, 171, 194, 202, 211, 220, 243, 244, 245, 246, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 265.
Chupas, 45.
Danubio (río), 25, 31, 35.
Denver, 114, 221.
Detroit, 202, 221.
Dinamarca, 229.
Dodecaneso, 188, 194.
Dover, 108.
Duke, 171.
Durham, 171.
Ecuador, 97.
Edimburgo, 59.
Edmonton, 205.
Egeo (mar), 28, 32, 188, 194, 220.
Egipto, 15, 26, 27, 28, 29, 32, 34, 35, 37, 53, 57, 60, 79, 184, 185, 211, 233, 235, 236, 241, 242.
El Cairo, 53.
El Callao (puerto), 43.
El Chaco, 118.
El Pireo, 57, 80, 229.
Elia, 76, 77.
Elis, 79.
Ellis (isla), 87, 103.
Entre Ríos, 117.
Epiro, 54.
Erie (lago), 56.
Escandinavia, 98.
Escocia, 59.
Esmirna, 36, 52, 54, 119.
España, 17, 231.
Esparta, 212.
Espóradas (islas), 188.
Estados Unidos, 32, 33, 37, 38, 41, 42, 43, 45, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 61, 62, 63, 65, 66, 68, 70, 74, 77, 78, 79, 80, 83, 84, 85, 86, 88, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 103, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 112, 113, 114, 115, 117, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 138, 139,

141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 155, 156, 157, 158, 159, 161, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 174, 175, 176, 179, 180, 184, 185, 186, 188, 189, 190, 192, 194, 196, 197, 200, 201, 202, 203, 205, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 216, 217, 218, 220, 223, 225, 229, 230, 232, 233, 234, 238, 239, 240, 242, 243, 244, 245, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 264, 265, 267.
Estambul, 170.
Enobea, 59.
Europa, 15, 16, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 31, 33, 34, 38, 39, 50, 60, 71, 72, 76, 77, 84, 86, 88, 89, 92, 93, 94, 98, 122, 123, 124, 126, 133, 140, 144, 145, 153, 155, 164, 200, 240.
Fall River, 108.
Far Rockaway, 192.
Filadelfia, 100, 104, 105, 110, 195, 202, 203, 209, 216.
Fiume, 21.
Florianópolis, 118.
Florida, 43, 46, 47, 48, 49, 60, 109, 110, 172, 173, 197, 205, 222.
Francia, 17, 22, 23, 24, 26, 27, 69, 70, 79, 180, 237.
Freeport, 192.
Galaz, 31.
Galveston, 56, 208.
Gallo (isla), 44.
Génova, 26, 42, 80.
Georgia, 48, 151, 170, 205.
Gibraltar, 47.
Goiania, 118.
Gran Bretaña, 26, 28, 29, 49, 69, 70, 79, 95, 229, 241, 250, 253, 258.
Gran Grecia, 36, 37, 200, 227, 233, 235, 236, 240.
Grandes Lagos, 56.
Grecia, 15, 16, 17, 21, 23, 25, 29, 30, 32, 33, 35, 36, 37, 38, 39, 41, 43, 47, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 57, 58, 59, 61, 65, 67, 68, 69, 70, 72, 73, 77, 79, 80, 81, 83, 84, 85, 87, 88, 89, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 102, 106, 107, 108, 112, 119, 123, 124, 125, 129, 130, 132, 133, 136, 137, 142, 143, 145, 146, 147, 148, 149, 151, 153, 154, 155, 159, 160, 165, 166, 171, 175, 178, 180, 184, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 194, 198, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 208, 210, 211, 212, 213, 215, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 254, 255, 256, 257, 264, 265.
Greektown, 104.
Greenport, 192.
Halifax, 205.
Hamburgo, 80.
Hamilton, 205.
Hartford, 52, 108, 170.
Harvard, 53, 170, 171, 172, 174, 258.
Haverhill, 108.
Hawai, 57, 100.
Hicksville, 192.
Hidra (isla), 23, 46.
Hungría, 22, 77, 78.
Hurón, 56.
Iasi (Jasy), 24.
Ibraila, 31.
Idaho, 128.
Illinois, 52, 101, 102, 107.
Indiana, 113, 158, 170, 171, 205, 258.
Inglaterra, 15, 22, 23, 24, 26, 27.
Iowa, 111.
Israel, 245.
Italia, 17, 77, 78, 80, 93, 95, 122, 165, 229, 231, 237.
Jerusalén, 214.
Jónicas (islas), 31, 33.
Kalymnos, 110.
Key West, 110.
Kymi, 59.
La Rioja (Argentina), 117.
Laconia, 57, 79, 184, 194, 195.
Lake Forest, 52.
Lamia, 144.
Latinoamérica, 63, 64, 65, 66, 83, 97, 99, 100, 117, 118, 119, 121, 160, 200, 205, 267.
Lesvos (isla), 175.
Levadia, 55.
Levante, 47.
Levkas, 68.

Lima, 43, 44.
Lincoln, 170.
Livorno, 23, 25, 26, 27, 47.
London, 205.
Londres, 27, 46, 47, 48, 56, 119, 242, 253.
Long Island, 198.
Los Ángeles, 104, 202.
Louisiana, 46.
Lowell, 100, 108, 109, 128, 148, 177, 202, 209, 213.
Ludlow, 154.
Lynn, 100, 108.
Lyon, 17.
Macedonia, 21, 155, 180, 195, 234, 265.
Mahón, 25, 47.
Main, 52.
Maina, 47.
Maine, 171, 173.
Manchester, 27, 41, 100, 108, 202.
Manhasset, 192.
Manhattan, 103, 105.
Mar del Plata, 118.
Marham Ontario, 205.
Marsella, 23, 25.
Maryland, 45, 170, 172, 173, 205, 258.
Massachusetts, 100, 101, 105, 108, 128, 132, 148, 168, 170, 172, 174, 176, 177, 178, 197, 202, 205, 209, 213, 216, 222, 259.
Massapequa, 192.
McCormick, 52.
McGill, 111.
Mediterráneo (mar), 15, 19, 23, 24, 25, 26, 27, 31, 34, 37, 39, 44, 47, 51, 56, 61, 67, 84, 100, 110, 172, 227, 242, 250, 251, 260, 265.
Mendoza, 117.
Menorca, 23, 25, 46, 47.
México, 97, 109, 110.
Michigan, 46, 102, 205.
Minnesota, 170, 205, 258.
Mississippi, 56, 107.
Missouri, 168, 205, 209, 218, 260.
Mobile, 192.
Moldavia, 19, 20.
Montevideo, 100.
Montpelier, 55.
Montreal, 114, 116, 139, 179, 180, 181, 185, 196, 199, 204, 205, 219.
Moschopolis, 21.
Nápoles, 17, 23, 80.
Nashua, 100, 108.
Nauplia, 144.
Nebraska, 100, 111, 129, 170.
Negro (mar), 15, 19, 25, 26, 30, 34, 35, 56.
Nevada, 111.
New Hampshire, 100, 105, 108, 202.
New Haven, 108.
Newark, 209.
Nicosia, 264.
Norteamérica, 45, 50, 51, 52, 53, 56, 57, 58, 60, 67, 80, 91, 100, 114, 132, 133, 136, 148, 161, 163, 188, 199, 205, 206, 207, 267.
Noruega, 229.
Norwich, 108.
Nueva Esmirna, 46, 47, 48, 49, 50.
Nueva Inglaterra, 54, 102, 105, 108, 120, 143.
Nueva Jersey, 102, 179, 205, 209, 220-221.
Nueva Orleans, 45, 46, 56, 100, 107, 168, 208.
Nueva York, 53, 56, 80, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 131, 136, 148, 152, 155, 168, 170, 175, 179, 188, 190, 192, 194, 195, 197, 201, 202, 203, 204, 205, 208, 209, 212, 213, 215, 218, 220, 222, 234, 249, 257, 258, 264.
Nuevo Continente, 141.
Nuevo Mundo, 42, 43, 47, 74, 78, 142, 145.
Odessa, 25, 30, 31, 34, 35, 52.
Ohio, 53, 91, 189, 202, 205, 262.
Omaha, 100, 129, 175.
Ontario, 114, 137, 205, 265.
Oregón, 100, 111.
Oriente Medio, 179.
Oshkosh, 55.
Ottawa, 114, 205.
Oxford, 172.
Pacífico (océano), 44, 56, 100, 163, 190.
Padua, 18.
Países Escandinavos, 38.
Palermo, 118.
Panamá, 44.
Papingo, 54.

Paraguay, 65, 97.
París, 17, 24, 46, 54.
Patmos (isla), 23.
Patrás, 67, 76, 80, 81.
Peabody, 108, 170, 172.
Pearl Harbor, 189.
Pelion (monte), 53.
Pelopi, 175.
Peloponeso, 33, 47, 57, 59, 61, 64, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 76, 79, 80, 82, 107, 169, 172, 174, 179, 184, 194, 200, 240, 247.
Península Ibérica, 43.
Pennsylvania, 101, 102, 105, 122, 152, 171, 173, 205.
Pensacola, 43.
Perú, 43, 44, 45, 97.
Pest, 22.
Pisa, 54.
Pittsburgh, 100, 152, 202, 221.
Ponto, 15.
Port Arthur, 137.
Portland, 100.
Port Alegre, 118.
Portugal, 95.
Princeton, 172.
Psara (isla), 23.
Punta Arenas, 118.
Quebec, 114, 138, 180, 181, 222.
Queens, 104, 203.
Quios (isla), 23, 41, 54, 55.
Recife, 118.
Residencia, 118.
Río de Janeiro, 59, 118.
Río de la Plata, 45.
Rodas, 44.
Rosario, 118.
Rumania, 25, 35, 54.
Rusia, 15, 30, 31, 36, 69, 70, 77, 97, 210.
Salem, 108.
Salónica, 24, 234.
Salt Lake City, 100, 111, 112, 155, 202.
Salta, 117.
San Francisco, 56, 100, 168, 169, 170, 202, 209, 213, 221.
San Lorenzo (río), 56.
Santa Catalina, 53.
Santa Fe, 60, 117.
Santiago (Chile), 118, 206.
São Paulo, 100, 118, 222.
Savannah, 56, 170.
Selma, 220.
Sevilla, 46.
Sinaí, 53.
Sorbona, 181.
South Omaha, 129, 130.
Spezzes (isla), 23.
Springfield, 108.
St. Augustine, 47, 48, 49.
St. Louis, 100, 209, 218.
St. Paul, 170.
Stamford, 108.
Sudáfrica, 33, 34, 38, 63, 79.
Sudamérica, 33, 38, 43-44, 45, 50, 59, 62, 63, 65, 79, 139, 161, 180, 186.
Suecia, 229.
Suez (canal de), 28, 29, 35.
Suiza, 180.
Sulina, 31.
Superior (lago), 56.
Syra (isla), 53.
Syracusa, 170, 188.
Syros (isla), 59.
Tarpon Springs, 109, 110, 172.
Tesalia, 53, 176, 177.
Tesalónica, 91.
Texas, 205, 208, 222, 263.
Toledo, 17.
Toronto, 59, 114, 116, 137, 185, 196, 199, 205, 219, 221.
Tracia, 36.
Trieste, 21, 80.
Trifilia, 77.
Tsangarades, 53.
Tsoucaleika, 76.
Tucumán, 117.
Turquía, 35, 36, 61, 84, 93, 167, 171, 172, 191, 202, 217, 220, 227, 245, 250, 253, 254, 255, 256, 258, 260, 261, 263, 264.
Tzintzinon, 57.
Unión Soviética, 35, 124, 169, 217.
Uruguay, 65, 97.
Utah, 100, 111, 128, 153, 154, 155.
Valaquia, 19, 20.
Valparaíso, 118.
Vancouver, 59, 114, 116, 181, 196, 205.
Venecia, 17, 18, 21, 23.
Verisso La Plata, 118.
Vermont, 55.

Victoria, 59.
Viena, 20, 21, 24, 53.
Vietnam, 179.
Viña del Mar, 118.
Washington, 101, 111, 166, 168, 169, 190, 191, 202, 205, 238, 242, 244, 245, 247, 249, 258, 261, 262, 264.
West Nyack, 192.
West Virginia, 205.
Whitestone, 192.
Winnipeg, 205.
Wisconsin, 55, 165, 205.
Worcester, 108.
Wyoming, 111, 168.
Yale, 177.
Youngstown, 202.
Yugoslavia, 245, 265.
Zante, 68.
Zurich, 253.

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

A continuación presentamos los títulos de algunas de las Colecciones.

COLECCIÓN
AMÉRICA, CRISOL DE LOS PUEBLOS

Judíos y América.
Irlandeses y América.
Filipinos y América.
Eslavos y América.
Chinos y América.
Griegos y América.
Árabes y América.
Negros en América.
Japoneses y América.
Armenios y América.
Trata de esclavos y efectos sobre África.

COLECCIÓN
SEFARAD

Diáspora sefardí.
La Inquisición y los judíos.
Lengua sefardí.
Sinagogas y barrios judíos en España.
Los judíos en Portugal.
La ciencia hispanojudía.
Literatura sefardí.
La expulsión de los judíos de España.
Polémica y convivencia de las tres religiones.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

El libro *Griegos en América,* de Alexander Kitroef, forma parte de la Colección «América, crisol de pueblos», en la que se estudia la aportación realizada por diversos pueblos a la construcción del Nuevo Mundo, analizando la historia cultural y humana de cada comunidad étnica en el continente americano.

COLECCIÓN AMÉRICA, CRISOL DE PUEBLOS

- Judíos en América.
- Negros en América.
- Chinos en América.
- Griegos en América.

En preparación:

- Irlandeses en América.
- Filipinos en América.
- Eslavos en América.
- Trata de esclavos y efectos sobre África.
- Árabes en América.
- Japoneses en América.
- Armenios en América.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

Alexander Kitroeff

GRIEGOS EN AMÉRICA

COLECCIÓN AMÉRICA, CRISOL DE PUEBLOS